

LA REVOLUCIÓN SOCIAL EN FRANCIA II

BAKUNIN



LA REVOLUCIÓN SOCIAL EN FRANCIA II

MIIAÍL BAKUNIN

ÍNDICE

PRESENTACIÓN, Ángel Cappelletti	9
PRÓLOGO, Max Nettlau	27
EL IMPERIO KNUTO-GERMÁNICO Y LA REVOLUCIÓN SOCIAL	59
LA COMUNA DE PARÍS Y LA NOCIÓN DEL ESTADO	151
ADVERTENCIA PARA EL IMPERIO KNUTO-GERMÁNICO	167
TRES CONFERENCIAS DADAS A LOS OBREROS DEL VALLE DE SAINT-IMIER	193

PRESENTACIÓN

La obra de Bakunin es esencialmente fragmentaria y ocasional. También Proudhon y Marx produjeron una gran parte de sus escritos como reacción ante determinados acontecimientos políticos y sociales de su época o respondiendo a las necesidades de la acción y aún de la propaganda. En medio de las vicisitudes de la lucha encontraron, sin embargo, tiempo para elaborar algunos libros de notable extensión y dotados de una estructura sistemática que realza su importancia teórica. Bakunin, por el contrario, no sólo fue y se consideró a sí mismo como un hombre de acción (conspirador perpetuo e incansable promotor de organizaciones revolucionarias públicas y secretas), sino que, pese a su indudable talento, se mostró siempre incapaz de un sostenido esfuerzo literario. Escribió, sin duda, una larga serie de folletos, artículos, proclamas, discursos, cartas, etc. Ya en sus años mozos, cuando lo poseía la pasión por la metafísica alemana, tradujo *El destino del sabio* de Fichte (1836) y los *Discursos gimnasiales* de Hegel (1838), y publicó en ruso un ensayo *Sobre la filosofía* (1840). Cuando abandonó la especulación filosófica por la política, comenzó escribiendo un artículo sobre *La reacción en Alemania* para los *Deutsche Jahrbucher* (1842), y desde entonces no dejó nunca de ocuparse, en periódicos, en revistas, en panfletos, de la realidad contemporánea europea, como crítico y como revolucionario. Recordemos, al azar, entre otros muchos trabajos, el *Discurso a los polacos* (29 de noviembre de 1847), el *Manifiesto a los eslavos* (1848), *Federalismo, Socialismo, Antiteologismo* (1867), *Programas y Estatutos de la Democracia Socialista* (1868), *A los osos de Berna y el oso de San Petersburgo* (1870), las numerosas cartas a sus hermanos, a Belinski, a Herzen, a los camaradas italianos, suecos, suizos, franceses y españoles.

Esto no obstante, bien puede decirse que Bakunin no escribió ningún libro. Si alguno de sus trabajos fue proyectado como tal —y esto se deduce de las palabras del propio autor en una carta— éste es, sin duda, *El imperio knuto-germánico y la revolución social*, el cual quedó, sin embargo, inconcluso. Dicha obra, cuya primera parte apareció en Ginebra en mayo de 1871 (119 páginas) (así como el *Preámbulo* para la segunda entrega, que recién se publicó en 1878, y la *Advertencia para el imperio knuto-germánico*), constituye, como el propio autor aclara, una continuación de la *Carta a un francés*, publicada en septiembre de 1870, y fue escrita ante el impacto de la guerra francoprusiana. Viene a ser por eso, como todas las anteriores, un escrito ocasional, pero sobresale por su riqueza doctrinaria, y trasciende inclusive los importantísimos hechos históricos que la motivaron.

Durante el año 1869 Bakunin, vinculado con el terrorista Nechaief,

se había empeñado en promover una insurrección campesina en Rusia. Dedicado a tal tarea, había abandonado la traducción rusa de *El capital* de Marx, encomendada por el editor Poliakov. La empresa, como tantas otras del infatigable revolucionario, concluye antes casi de haber comenzado, cuando éste advierte que su colaborador Nechaief no es sino un oportunista que pretende utilizarlo para lograr sus propios fines. Cuando en 1870 estalla la guerra franco-prusiana, Bakunin comienza a seguir sus peripecias, como dice Guillaume, «con un interés apasionado, con una fiebre interna». Toda su admiración y su amor por la tierra de la gran revolución y por el suelo natal del socialismo salen a la luz junto con el ya inveterado odio por el autoritarismo y el militarismo germánicos. En 1914, frente a la segunda confrontación bélica entre Francia y Alemania, Kropotkin (contra la mayoría del movimiento anarquista, sin embargo) se pronuncia por la justicia de la causa gala. Tal vez en ambos insignes revolucionarios, más allá de la repulsa racional hacia un país que simbolizaba la fuerza y la autoridad contra la libertad y la razón, estaba presente, de manera más o menos inconsciente, el viejo odio eslavo contra todo lo germánico. Sin embargo, no sin sólido fundamento veía Bakunin en el triunfo de las armas prusianas un triunfo de la contrarrevolución. Y no sin profundas razones pensaba que sólo el pueblo francés, unánimemente movilizado contra el enemigo externo e interno, podía evitar la definitiva derrota del país y de la causa del socialismo. «A sus ojos, el aplastamiento de Francia por la Alemania feudal y militar era el triunfo de la contrarrevolución; y este aplastamiento no podía ser evitado más que llamando al pueblo francés a levantarse en masa, para rechazar al mismo tiempo al invasor extranjero y para desembarazarse de los tiranos internos que lo tenían en la servidumbre económica y política» (Guillaume).

Exponer sus puntos de vista sobre la situación y proponer los medios adecuados para vencer al invasor, tal como, en efecto, lo hace al publicar su *Carta a un francés sobre la crisis actual*, no le parece, sin embargo, suficiente al viejo revolucionario: se cree obligado a participar personalmente en el conflicto y el 9 de septiembre deja Locarno para dirigirse a Lyon, dispuesto a luchar y a dar su vida, si fuera preciso, por Francia y por la libertad de Europa. Inmediatamente organiza un comité con el fin de promover la insurrección popular, que considera inseparable de la resistencia al invasor. Este comité proclama la abolición del Estado, y pretende sustituirlo por una federación de comunas, cada una de las cuales debe organizar sus propios comités de salvación nacional y enviar delegados para la constitución de una «Convención revolucionaria para la salvación de Francia». El 28 de septiembre los revolucionarios, inspirados si no capitaneados, por Bakunin, toman la municipalidad lyonesa. Sin embargo, las vacilaciones del general Cluseret y la traición de algunos delegados acaban por arruinarlo todo. Andrieux, reaccionario procurador de la República, que durante el Imperio había representado

el papel de opositor radical, ordena que Bakunin sea detenido. Éste consigue escapar a Marsella y ocultarse allí, mientras prepara un nuevo movimiento revolucionario. Mientras tanto, el gobierno francés, en extraña coincidencia con los socialistas alemanes del Volksstaat, comienza a divulgar la especie de que Bakunin es agente del gobierno prusiano y colaborador de Bismarck. Cuando se convence de que todo está perdido y de que nada queda ya por hacer, se embarca (24 de octubre) y retorna, pasando por Génova y Milán, a su casa de Locarno.

Es claro que no faltaron historiadores que acusaron a Bakunin de «aventurismo irresponsable» y de haber hecho fracasar el levantamiento de Lyon, como recuerda Sam Dolgoff; pero Franz Mehring, el biógrafo oficial de Marx, según cita del mismo autor, lo defiende, con razón, diciendo: «Ridicularizar este intento fracasado tendría que haber sido a todas luces propio de la reacción, y un oponente de Bakunin, cuya oposición al anarquismo no le había robado toda capacidad de poder formar un juicio objetivo, escribió: Por desgracia, voces de mofa se han levantado en la prensa radical democrática, aunque el intento de Bakunin en realidad no lo merece. Naturalmente, aquellos que comparten las opiniones anarquistas de Bakunin y sus partidarios, deben adoptar una actitud crítica con respecto a sus esperanzas sin base, pero, aparte de ello, su acción en Lyon fue un valiente intento de despertar las energías adormiladas del proletariado francés y de dirigirlas simultáneamente contra el enemigo extranjero y el sistema capitalista. Más tarde, la Comuna de París intentó hacer algo por el estilo y fue cálidamente elogiada por Marx...».

De cualquier modo, Bakunin no se amilanó ni renunció a la lucha. «Vuelto a Locarno, donde pasó el invierno en la soledad, en la lucha contra la penuria y la negra miseria, Bakunin escribió como continuación de la *Carta a un francés*, una exposición de la nueva situación en Europa, que apareció en la primavera de 1871 con este título característico: *El imperio knutogermánico y la revolución social* (Guillaume).

En realidad, gran parte de lo que Bakunin escribió desde entonces hasta el fin de sus días tiene relación con el conflicto franco-prusiano y con la Comuna de París. Tal es el caso, en especial, de la *Respuesta de un internacional a Mazzini* (1871) y de *La teología política de Mazzini y la Internacional* (1871). En la primera parte de *El imperio knuto-germánico* sostiene Bakunin la necesidad de vincular la lucha contra el invasor prusiano con la lucha revolucionaria por la instauración del socialismo, contra la burguesía nacional. Mientras los republicanos y la izquierda burguesa exhortaban al pueblo a la disciplina y a la obediencia para poder enfrentar eficazmente al extranjero, exigiendo que se postergara cualquier otro problema (y, sobre todo, el problema social), Bakunin opina que la lucha en el frente exterior sólo podrá llevarse a cabo con éxito, si se combate al mismo tiempo contra el enemigo interior, esto es,

contra las clases dirigentes, contra la burguesía y contra el Estado mismo. La situación no ha dejado de repetirse en la historia de la última centuria. Particularmente notable es la que se produce durante la Guerra Civil Española, cuando republicanos y bolcheviques, reproduciendo casi al pie de la letra las posiciones de la izquierda burguesa de Francia en 1870, rechazan como gratuita dispersión de esfuerzos los intentos anarquistas por crear, mediante las colectividades, una sociedad sin clases, y limitan sus aspiraciones a la legalidad democrática y al Estado constitucional parlamentario, mientras C. N. T.-F. A. I. entienden que la única posibilidad de vencer a los fascistas se encuentra en la construcción inmediata del socialismo libertario. Podría decirse que la tesis de Bakunin fue también aplicada parcialmente en ciertas guerras de liberación nacional, como la chino-japonesa o la de Vietnam. Es muy probable que Mao tuviera presentes las ideas de Bakunin a este respecto. Pero, en todo caso, no se trata sino de una aplicación parcial, en la medida en que el movimiento revolucionario, paralelo a la guerra, no tendía en esos casos sino a la instauración de un nuevo Estado.

Los republicanos y la izquierda burguesa solicitaban una alianza de las diversas fuerzas políticas y clases sociales, para poder salvar al país. Bakunin rechaza la idea, poniendo de relieve el carácter esencialmente reaccionario de la burguesía, que ante todo y sobre todo quiere no la salvación de Francia, sino la «de sus casas, de sus propiedades, de sus capitales», y a la cual le interesa no tanto «la integridad del territorio nacional como la integridad de sus bolsillos, que llenó el trabajo del proletariado por ella explotado bajo la protección de las leyes nacionales». Los obreros, que nada tienen que perder, desean «la salvación de Francia a todo precio y a pesar de todo». En tal sentido, ellos son los únicos verdaderos patriotas. Pero una coalición sólo puede existir allí donde se persigue un fin único. Luego, toda unión entre burguesía y proletariado —concluye con lógica, aunque contrariando el «buen sentido» burgués— resulta imposible. Otra vez la experiencia muchas veces intentada de los gobiernos policlasistas y de los «frentes populares» nos revela que estaba en lo cierto.

Un notable pasaje aclara a continuación, mejor quizás que ningún otro fragmento bakuniniano, el concepto de organización anarquista. Lo que en la guerra como en la paz se rechaza es la organización jerárquica, esto es, la división estable y permanente de los que mandan y los que son mandados. En una determinada circunstancia y para un determinado objeto, alguien manda y dirige encarnando la voluntad de todos, pero su papel es siempre limitado y temporal; el que ahora manda es, al momento siguiente, mandado; el que es mandado en esta tarea, manda, a su vez, en la otra. Si Bakunin hubiera podido conocer, como las conocía ya en parte Kropotkin, las investigaciones de los modernos etnólogos y antropólogos sobre la organización de los pueblos verdaderamente primitivos, no

hubiera dudado en ponerla como ejemplo de sus aspiraciones políticas.

La democracia, con su principal instrumento, el sufragio universal, le parece, en cambio, una verdadera estafa. En esto, sin duda, sigue los pasos de Proudhon, y las críticas que formula son, a su vez, recogidas por cuantos socialistas (marxistas o no) rechazan el parlamentarismo y, en general, el gobierno representativo y el reformismo. En esencia se reducen a observar «que el sufragio universal, mientras sea ejercido en una sociedad en que el pueblo, la masa de los trabajadores, esté económicamente dominado por una minoría detentadora de la propiedad y del capital, por independiente que sea por otra parte o que lo parezca desde el punto de vista político, no podrá nunca producir más que elecciones ilusorias, antidemocráticas y absolutamente opuestas a las necesidades, a los instintos y a la voluntad real de las poblaciones».

La oposición así establecida entre dependencia económica y (aparente) independencia política corresponde a la que con tanta frecuencia establece Kropotkin, en su gran obra histórica sobre la revolución francesa, entre igualdad jurídica (formal, abstracta) e igualdad económica (real, concreta). La primera sólo tiene vigencia en y con la segunda y, sin ella, se convierte en una ficción.

Sin embargo, así como Kropotkin no rechaza de un modo absoluto la democracia representativa y el sufragio universal, y en ciertas circunstancias inclusive los considera preferibles a cualquier otra solución inmediata (por ejemplo, en la Rusia de 1918, donde propicia, como primer paso, después del derrocamiento del zarismo, una república federal), así Bakunin, en determinadas circunstancias, llega a apoyar un acuerdo temporal y limitado con las fuerzas políticas de avanzada y hasta aconsejó a algún amigo valerse del sufragio para conseguir un cargo de diputado. Cuando la reacción se apoderó de toda Europa, después de la derrota de la Comuna, Bakunin señala, en una carta al compañero italiano Celso Ceretti, que España es el único país europeo donde existen por entonces posibilidades revolucionarias, pero que, dadas las especiales circunstancias por las que atraviesa, los anarquistas deben colaborar allí con los partidos progresistas. En carta a otro anarquista italiano, Carlos Gambuzzi, le aconseja que se presente como candidato a diputado, porque «los tiempos son tan críticos, el peligro que amenaza la libertad en todos los países tan formidable, que todos los hombres de buena voluntad deben abrir una brecha y, en especial, nuestros amigos deben estar en una situación de ejercer la mayor influencia posible en los acontecimientos». El mismo Proudhon —conviene recordarlo— se había presentado a elecciones y había sido electo diputado. Todo esto puede explicar tal vez la participación de los anarquistas españoles en el último gobierno de la República: los tiempos, en efecto, no podían ser más críticos ni el peligro que amenazaba la libertad más formidable.

De todas maneras, Bakunin analiza con gran lucidez los mecanismos

mediante los cuales las clases dominantes imponen sus ideas y su voluntad al proletariado dentro de un régimen de sufragio universal. El proletariado urbano y rural no tiene más que un arma para defenderse: el instinto. Pero esta arma resulta insuficiente para salvarlo, ya que, el instinto abandonado a sí mismo, antes de convertirse en conciencia reflexiva, fácilmente se extravía; y para que llegue a ser autoconciente, necesita la ayuda de la educación, que le es negada por la sociedad burguesa. De lo cual se sigue que las clases oprimidas ni siquiera hacen lo que realmente quieren hacer: «el proletariado quiere una cosa; los hombres hábiles, aprovechando su ignorancia, le hacen hacer otra, sin que él se dé cuenta de que hace todo lo contrario de lo que quiere; y cuando al fin se apercibe, es de ordinario demasiado tarde para reparar el mal que ha hecho y del cual es siempre naturalmente, necesariamente, la primera y principal víctima.» De esta manera —añade— los sacerdotes, los grandes propietarios y la administración bonapartista, gracias a la criminal pasividad del gobierno llamado de la defensa nacional, continúan hoy su propaganda entre los campesinos y, aprovechándose de su ignorancia, tratan de sublevarlo contra la república en favor de los invasores alemanes. Y desgraciadamente lo consiguen. Ahora bien, frente a la profunda ineptia del gobierno, que no se ha preocupado por dar a conocer a los campesinos la verdadera situación del país y por sublevarlos en todas partes contra los prusianos, Bakunin se plantea el problema de los medios a emplear para conseguir tal fin. Ya antes (septiembre de 1870) se había ocupado de la cuestión en el folleto titulado *Carta a un francés sobre la crisis actual*. En primer lugar —dice— hay que remover a todos los funcionarios municipales, nombrados por el Imperio. Pero ésta es condición necesaria y no suficiente. Será preciso además que los trabajadores de las ciudades, «la única clase que lleva hoy en su seno realmente, francamente, la revolución», vayan al campo, no como enviados del gobierno, sino como francotiradores, propagandistas «revolucionariamente inspirados y organizados», que llevan «la revolución en su seno, para poder provocarla y suscitarla a su alrededor». De ninguna manera, sin embargo, podrá confiarse esta tarea de agitación y propaganda a los republicanos burgueses que detentan el gobierno.

A propósito de esto escribe Bakunin sus más lúcidas páginas sobre las relaciones entre burguesía y república. Los republicanos burgueses identifican su república con la libertad. Esa república está fundada sobre la idea de poder y exige un gobierno tanto más fuerte cuanto que proviene de la elección popular. No comprenden que todo poder establecido que actúe sobre el pueblo excluye la libertad del pueblo; que, siendo la misión del Estado proteger la explotación del trabajo del pueblo por parte de las clases privilegiadas, el mismo poder del Estado sólo es compatible con la libertad de dichas clases y enteramente adverso a la del pueblo. «Quien dice Estado o poder, dice dominación, pero toda dominación presupone la existencia de masas dominadas. El Estado, por consiguiente, no puede

tener confianza en la acción espontánea y en el movimiento libre de las masas, cuyos intereses más caros son contrarios a su existencia.» En *Protesta a la Alianza* escribe: «El Estado, por muy popular que se haga en sus formas, será siempre una institución tiránica y explotadora y, por tanto, una fuente permanente de esclavitud y miseria para el pueblo». Y en *Federalismo, socialismo, Antiteologismo* había dicho ya en 1867: «Un Estado republicano, basado en el sufragio universal, podrá ser muy despótico, más despótico aún que el Estado monárquico, cuando bajo el pretexto de que representa la voluntad de todo el mundo, influya la voluntad y el libre movimiento de cada uno de sus miembros con todo el peso de su poder colectivo». También aquí, como anota H. Saña, que cita los dos textos anteriores, «Bakunin ha anticipado literalmente la ficción en que se apoyan las democracias burguesas de nuestro tiempo», pues en nombre de la democracia, las oligarquías de Wall Street y el Pentágono llevaron a cabo en nuestros días su agresión neofascista contra Vietnam.

Los republicanos burgueses —sigue Bakunin— detestan el despotismo monárquico, y por eso creen que detestan el despotismo en general. «Ignoran que el despotismo no está en la forma del Estado o del poder, como en el principio del Estado y del poder político mismo, y que, por consiguiente, el Estado republicano debe ser por su esencia tan despótico como el Estado gobernado por un emperador o por un rey. Entre estos dos Estados no hay más que una sola diferencia real. Ambos tienen igualmente por base esencial y por fin el sometimiento económico de las masas en beneficio de las clases poseedoras». La única diferencia entre el Estado monárquico y el republicano consiste, según Bakunin, en que aquél, para proteger los intereses de la burguesía, la excluye del gobierno, mientras éste pone directamente el poder político en sus manos. El Estado monárquico, aunque ofrece así a la burguesía una seguridad perfecta desde el punto de vista de la explotación del trabajo popular y en todo lo que se refiere a la defensa de sus intereses económicos, la hiere en su vanidad y en su orgullo. He aquí por qué muchos burgueses se hacen republicanos. No es que pretendan la completa emancipación del pueblo, el fin de la explotación de las masas o la abolición del Estado. Son, por el contrario, «los enemigos más encarnizados y más apasionados de la revolución social», y aunque cuando necesitan de los trabajadores para derribar el trono llegan a prometerles hasta mejoras «materiales», una vez llegados al poder, tales promesas quedan en agua de borrajas. Esto es, en términos generales, lo que sucedió en la emancipación de las repúblicas hispanoamericanas, al cabo de las guerras de la independencia: el indio, el negro, el mulato, el blanco «de orilla», el pueblo criollo, que dio su sangre por la república en los campos de batalla, siguió constituyendo la gran masa explotada y su condición real poco o nada cambió con la independencia.

Cuando el pueblo, decepcionado, se rebela, los republicanos burgueses

en el poder recurren a la represión estatal: «De donde resulta que el Estado republicano es tan opresivo como el Estado monárquico; sólo que no lo es para las clases poseedoras; no lo es más que contra el pueblo exclusivamente».

Ninguna forma de gobierno hubiera complacido, pues, a la burguesía tanto como la república, si no fuera por el empuje del socialismo y por las aspiraciones de las masas obreras. Los burgueses empiezan a temer, y al temer, dudan, no de la bondad de la república, pero sí de su fuerza y de su capacidad para defenderlos contra el proletariado. Dicen que la república es hermosa, pero imposible, que no puede durar porque no tiene fuerza como para constituir un Estado serio y capaz de hacerlos respetar a ellos por los trabajadores. Adorando así la república con un amor platónico, prefieren, sin embargo, siempre, ponerse bajo la protección de una dictadura militar que detestan y que, a su vez, los desprecia y humilla, pero que les ofrece garantías de orden y de paz social. Tal preferencia desespera a los republicanos burgueses, que se esfuerzan por demostrar a los miembros de su clase que la república está y estará siempre de su lado, esto es, contra la clase trabajadora.

Si sustituyéramos apenas la palabra «república» por «democracia», todo cuanto escribe aquí Bakunin podría servir como óptimo análisis de las relaciones entre la burguesía (y la clase media) latinoamericana y el poder político en la actualidad. Es claro que al comerciante de Santiago o al terrateniente de los valles araucanos le gustaría más ver en la Casa de la Moneda a Alessandri; pero Allende los obliga a preferir a Pinochet. Puede asegurarse sin gran temor a errar que en su fuero íntimo los políticos conservadores y moderados de Argentina, aprecian peyorativamente a los gobernantes militares, pero se cuidarán muy bien de regatearles su apoyo ante el peligro de una presunta victoria de los montoneros (que ni siquiera son una fuerza de izquierda, sino un retoño demagógico del viejo árbol del fascismo argentino).

Quizás sea cierto, como cree E. H. Carr, que Bakunin, mucho más cerca de sus compatriotas que Herzen (el gran demócrata exiliado), «participaba totalmente de la instintiva desconfianza rusa hacia la democracia». En todo caso, sabe analizar, como pocos sociólogos lo han hecho, las motivaciones, las creencias, el comportamiento de los campesinos. Conoce su desconfianza hacia el Estado, sabe que sólo aguantan sus imposiciones porque no ven cómo impedirlo, pero sabe también que para ellos un gobierno republicano es todavía peor que uno monárquico o imperial. Advierte su desconfianza y su incompreensión de las ideas abstractas, su respeto por el prestigio y las manifestaciones de la fuerza, pero señala asimismo su profundo patriotismo, en la medida en que ser patriota equivale a amar profundamente la tierra que se habita y se trabaja. Considera, por eso, basándose en la experiencia de la revolución francesa, y en las interpretaciones de Michelet, que la única manera de

ganar a los campesinos para la lucha contra el invasor y, más aún, para la causa revolucionaria, es repartir entre ellos las tierras de los grandes propietarios y hacerlos dueños del suelo que trabajan.

Los campesinos, por otra parte, aunque en Francia sean propietarios, viven de su trabajo, a diferencia de los burgueses, que luchan con el trabajo ajeno. Los obreros de la ciudad tienen en común con aquéllos este hecho fundamental, y a pesar de la diferencia de ideas y de los malentendidos, obreros y campesinos están destinados a hacer frente común contra la burguesía. En realidad, dice copiando algunos párrafos de su *Carta a un francés*, la desconfianza y el odio de los campesinos por los obreros de la ciudad, a quienes consideran partidarios del reparto y de quienes temen el despojo de sus tierras, que es lo que más aman, constituye (no sólo en Francia, sino en todas partes) el principal obstáculo de la revolución y la principal fuerza de la reacción. Por eso, es absolutamente indispensable —añade— que los obreros dejen de despreciar a los campesinos, basados en su superioridad intelectual, y, más aún, que renuncien a la pretensión de quitarles sus tierras y de imponerles una forma cualquiera de organización social y política. Porque ninguna medida, por socialista que en sí misma parezca, es verdaderamente revolucionaria cuando es impuesta a las masas y no suscitada en ellas como idea, para que ellas mismas la realicen. En tal caso, se trata siempre de la acción del Estado. Los bolcheviques y, en particular, Stalin obraron de un modo muy distinto, y por eso puede decirse que aún hoy el campesino ruso no ha sido ganado por el socialismo y por la revolución. «Cuando en nombre de la revolución —escribe Bakunin, como si a los mismos bolcheviques se dirigiera— se quiere hacer Estado, aunque no sea más que un Estado transitorio, se hace reacción o se trabaja por el despotismo, no por la libertad; por la institución del privilegio contra la igualdad.» Los estalinistas (y aun cualquier marxista) objetarán en seguida que la propuesta de Bakunin implica respetar la propiedad privada de la tierra. Pero éste, para quien lo primero es la abolición del Estado, considera que sin la sanción estatal la misma propiedad privada dejará de serlo. Y aunque las cosas no se arreglen inmediatamente y no se puedan descartar conflictos entre los propietarios —dice— cualquier orden que surja será más deseable y humano, porque surgirá de la vida misma y no de la imposición y la violencia.

La dura invectiva contra el partido bonapartista («cuadrilla de bandidos, primero no muy numerosa, pero más grande de año en año, atrayendo a su seno, por el lucro, todos los elementos pervertidos y podridos, después reteniéndolos por la solidaridad de la infamia y del crimen...») nos obliga a pensar en cierto bonapartismo de nuestro tiempo, que hemos vivido en América del Sur y, concretamente, en Argentina. Dicho bonapartismo, en efecto, «violó su libertad, degradó su carácter, corrompió su conciencia, envileció su inteligencia, deshonoró su nombre» y, además, «ha destruido,

por un saqueo desenfrenado, ejercido durante diez y ocho años, su fortuna y sus fuerzas».

Sin embargo, más repudiables que a los bonapartistas considera Bakunin a los republicanos burgueses, cuya cruel persecución contra los obreros socialistas representa para él una reacción típicamente clasista. Las páginas que escribe sobre la lucha de clases, a este propósito, pueden considerarse antológicas, junto a algunas de Marx y de Lenin. Baste recordar el siguiente párrafo: «Regla general: un burgués por republicano rojo que sea, será mucho más vivamente afectado, conmovido y lesionado por una desventura de que sea víctima otro burgués, aunque ese burgués sea un imperialista rabioso, que por la desgracia de un obrero, de un hombre de pueblo. En esa diferencia hay, sin duda, una gran injusticia, pero esa injusticia no es premeditada, es instintiva. Proviene de que las condiciones y los hábitos de la vida, que ejercen sobre los hombres una influencia siempre más poderosa que sus ideas y sus convicciones políticas, esas condiciones y esos hábitos, esa manera especial de existir, de desarrollarse, de pensar y de obrar, todas esas relaciones sociales — tan múltiples y al mismo tiempo tan regularmente convergentes al mismo fin— que constituyen la vida burguesa, el mundo burgués, establecen entre los hombres que pertenecen a ese mundo, cualquiera que sea la diferencia de sus opiniones políticas, una solidaridad infinitamente más real, más profunda, más poderosa y sobre todo más sincera que la que podría establecerse entre los burgueses y los obreros, a consecuencia de una comunidad más o menos grande de convicciones y de ideas.» Como Marx, Bakunin cree que son las condiciones de la existencia social (la vida) lo que determina el pensamiento, y no viceversa. Desde el momento en que pasó de la democracia, más o menos confusa, de sus años juveniles, al socialismo anárquico, y del paneslavismo al internacionalismo proletario, rechazó también definitivamente todo resabio metafísico, y adoptó una concepción materialista del mundo, a la cual le corresponde una concepción materialista de la historia. Su materialismo histórico se reduce, sin embargo, a la tesis básica de que son las condiciones sociales y económicas de la existencia las que determinan, en gran medida, la actividad espiritual, y de ninguna manera puede identificarse con un monismo economicista, posición que Bakunin atribuye y reprocha a Marx, en otro escrito.

El elogio de la clase obrera (digna, heroica, consciente del peligro que amenaza a la sociedad, pero incapaz de crueldad) se contrapone, en Bakunin, directamente al más sombrío retrato de la burguesía (tan feroz como cobarde, tan estúpida como miedosa y avara), a propósito de la actuación de ambas en la reciente historia de Francia.

Si a alguien se puede culpar de la situación de sometimiento en que este país se encuentra y de la invasión de los ejércitos alemanes, es —dice Bakunin— solamente a la burguesía: los bonapartistas concertaron un

acuerdo con el rey de Prusia, y no dejaron nunca de apoyar a los invasores, por temor al pueblo francés y al socialismo; el otro partido burgués, el de los republicanos de Gambetta y de Favre, los que integraban el llamado gobierno de defensa nacional, como buenos miembros de su clase, se mostraron sumamente generosos con los bonapartistas (burgueses, al fin y al cabo, como ellos), no los ajusticiaron, ni encarcelaron ni desterraron, cosa que hicieron antes (y harán después) con los obreros (dando muestras de innoble sevicia). De esta manera, al perdonar y dejar libre campo a la acción de los amigos de los invasores; al castigar y reprimir a los verdaderos patriotas, se hicieron cómplices de los traidores, enemigos de los leales, y eficacísimos colaboradores de la potencia extranjera de la cual se suponía que debían defender a Francia. Y es que, por encima de la nacionalidad y de los motivos patrióticos, está la clase y la defensa de los intereses. Para los republicanos burgueses (y nada se diga de los bonapartistas), «la revolución social constituye para Francia un peligro más grave todavía que la invasión extranjera misma».

Los análisis de Bakunin sobre la política de Prusia y su alianza con Rusia, sobre el desdichado destino de Polonia y el posible escollo que las relaciones rusoprusianas encontrarán en la cuestión de las provincias bálticas, sobre el plan prusiano de constituir un gran imperio alemán, sobre la posición de Austria, sobre la alarma que la realización de los designios de Bismarck provocará en todos los Estados europeos (inclusive en Inglaterra), parecen fundamentalmente correctos y sus previsiones han sido en gran parte confirmadas por los acontecimientos posteriores. También pueden considerarse, sin duda, certeras, las ideas sobre la relación de las diversas clases sociales con el Estado prusiano. En particular, la crítica a la socialdemocracia germánica resulta ideológicamente coherente en un revolucionario y en un anti-centralista como Bakunin, pero el leal reconocimiento de la heroica actitud de la misma y de sus jefes (Bebel, Liebknecht, etc.), «que tuvieron en medio de los clamores de la gente oficial y de toda la burguesía de Alemania, rabiosa de patriotismo, el valor de proclamar altamente los derechos sagrados de Francia», honra también la ecuanimidad de quien no tenía ciertamente ninguna simpatía por los alemanes. De hecho, la antigua germanofobia del paneslavista Bakunin no deja de manifestarse, más allá de la racionalidad socialista de su argumentación. Aunque sigue reconociendo, como no puede menos de hacer, las atrocidades cometidas por los rusos en Polonia, considera que las de los prusianos en Francia son diez veces más terribles. En todo caso, los agravios de los alemanes contra los rusos le parecen carentes de todo fundamento, cuando no completamente ridículos.

Así como se opone al centralismo de Marx en el terreno de la organización obrera y en su concepción del socialismo, también se opone a su actitud anti-rusa en la interpretación de la historia europea contemporánea: culpar a Rusia de que Alemania no haya llegado aún a la democracia —

dice Bakunin— es desconocer la propia historia de Alemania e ignorar la experiencia según la cual nunca una nación de inferior civilización, como la rusa, puede imponerse a otra más civilizada, sino por la conquista de las armas. Y no se puede negar que por lo menos en un punto Bakunin tiene plena y absoluta razón contra Marx: asegura, en efecto, que una revolución socialista triunfante ha de derribar por completo el Imperio en Rusia, lo cual al comunista alemán le parece, sin duda, inverosímil. Y abocándose a una tarea que, según expresa, le correspondería al propio Marx, intenta demostrar que la esclavitud y los crímenes de la Alemania contemporánea son productos autóctonos de las siguientes causas: 1) el feudalismo, cuyo espíritu, en lugar de haber sido vencido, como en Francia, se incorporó a la constitución; 2) el absolutismo real, consagrado por el luteranismo; 3) el servilismo de la burguesía; 4) la paciencia del pueblo; 5) la rápida formación de la potencia antinacional del Estado en Prusia.

En esencia la interpretación de Bakunin será compartida por la mayoría de los anarquistas. Kropotkin tiene una visión análoga del Imperio alemán cuando, al estallar la primera guerra mundial, juzga necesario pronunciarse por la causa francesa contra Alemania. El mismo Rocker, alemán por nacimiento y por formación, acepta muchas de las ideas de Bakunin al respecto. Sin embargo, en ninguno de ellos resuena una pasión anti-alemana tan violenta, como en éste. Todos se esfuerzan por deslindar responsabilidades y por separar al pueblo del gobierno, el ejército, los partidos nacionalistas y el gran Capital, y ni siquiera se atreven a cargar la culpa sobre la entera burguesía. Bakunin, si bien separa a obreros y campesinos y los absuelve parcialmente, considera a los burgueses alemanes más retrógrados inclusive que los de otros países europeos, en la medida en que no sólo no son por entonces (1871) liberales, sino que, en realidad, no lo han sido jamás: «En presencia de lo que pasa hoy, la duda no es posible. La burguesía alemana no amó nunca, ni comprendió ni quiso la libertad. Vive en su servidumbre, tranquila y feliz como una rata en un queso, pero quiere que el queso sea grande. Desde 1815 hasta nuestros días no ha deseado más que una sola cosa, pero esa cosa la ha querido con una pasión perseverante, enérgica, digna de un objeto más noble. Ha querido sentirse bajo la mano de un amo poderoso, aunque sea un déspota feroz y brutal, siempre que pueda darle, en compensación de su necesaria esclavitud, lo que llama su grandeza nacional; siempre que haga temblar a los pueblos, comprendido el pueblo alemán, en nombre de la civilización alemana».

Max Nettlau opina que, aunque estas apreciaciones de Bakunin sobre los alemanes son encomiables como reacción de solidaridad hacia el vencido y oprimido pueblo francés, resultan indignas del internacionalismo libertario de Bakunin, y constituyen una manifestación más de esa literatura tan arbitraria y poco rigurosa como violenta que aparece en

todas las épocas y en todas las naciones ante un conflicto bélico.

Lo cierto es que lo que dice bajo el título de *Historia del liberalismo alemán* (que en todo caso debería ser *Historia de la libertad en Alemania*) parece el resultado de una generalización excesiva, donde abundan las interpretaciones puramente subjetivas, donde se pasan por alto hechos importantes y se tergiversan acontecimientos e ideas. Y, sin entrar aquí en un análisis detallado de ese párrafo, nos parece significativo el contraste que existe entre los capítulos dedicados por Kropotkin a las costumbres e instituciones de los germanos primitivos, a su derecho consuetudinario (que opone al derecho romano y canónico), a la comuna de los pueblos bárbaros (y, por tanto, de los antiguos germanos), a las ciudades libres medievales (y, entre ellas, a las de Alemania, y a la Liga hanseática) en *El apoyo mutuo* (y en otras obras, como *El Estado*) y la negación bakuninista de toda vida social auténticamente libre en la Alemania antigua y medieval. Quizás su anti-teologismo le impidiera a Bakunin recordar la profunda libertad espiritual de los místicos alemanes, como Meister Eckhardt (que no pasa desapercibido para Landauer); el movimiento de los Hermanos del libreespíritu; la Theologia Deutsch. Pero es menos explicable su olvido de la obra de Strauss y de la izquierda hegeliana, de Feuerbach y de Stirner, de Guillermo y Alejandro Humboldt y del propio Fichte, en el cual hay, sin duda, ideas muy próximas a una ética libertaria, y al cual había rendido tributo de admiración en sus años mozos, para no decir nada de Lessing y de Heine. No se le puede negar toda experiencia de la libertad al pueblo que produce un Beethoven.

Que las peculiares circunstancias históricas de Alemania después de la Reforma —hasta nuestros días— hayan impedido un florecimiento general de la libertad en lo político, y aun en lo cultural, no quiere decir que el pueblo alemán como tal esté destinado al servilismo. Ante el espectáculo de las multitudes aclamando brazo en alto a un psicópata criminal como Hitler, cualquiera podría sentirse tentado a coincidir aquí con Bakunin. Pero si nos dejamos arrastrar por tal tentación, corremos el peligro precisamente de incurrir en un nuevo racismo, en un racismo al revés, con lo cual estaríamos también rindiendo tributo a Hitler y a su peculiar locura homicida.

De hecho, un apasionado internacionalista, como Bakunin, no siempre puede echar por la borda atávicos complejos raciales y liberarse de sentimientos nacionalistas arraigados con la más temprana educación. Y mucho menos cuando dichos sentimientos, racionalizados y sublimados, han constituido el móvil de largos años de lucha política e ideológica. Basta citar algunas frases, como éstas, en las cuales el nacionalismo eslavo se mezcla al culto de la libertad: «Quiero hablar de la revuelta religiosa de Juan Huss, el gran reformador eslavo. Es con un sentimiento de profunda simpatía y de altivez fraternal que pienso en ese gran movimiento nacional de un pueblo eslavo. Fue más que un movimiento

religioso, fue una protesta victoriosa contra el despotismo alemán, contra la civilización aristocrático-burguesa de los alemanes; fue la revuelta de la antigua comuna eslava contra el Estado alemán».

El nacionalismo llevado a veces a los límites del chauvinismo, aparece no pocas veces también en los escritos de Marx. Este muestra, en general, un hondo desprecio por los países latinos y, en especial, por los pueblos hispánicos, así como un gran aprecio por lo germánico y sajón. Bien conocidas son su semblanza enteramente negativa de Simón Bolívar y su escasa simpatía por la independencia de las repúblicas latinoamericanas, así como su alabanza de la obra colonizadora de Inglaterra en la India.

Mientras Bakunin pone toda su confianza revolucionaria en los pueblos latinos y eslavos, y siente una profunda y fraternal amistad por Italia y España, Marx descalifica a esta última, diciendo que en ella «hay más curas que obreros». En otra ocasión, en una carta a Engels, se refiere a los españoles llamándolos «raza podrida» y denostando su «fanfarronería, jactancia y donquijotismo», a los que se une la «indiferencia por derramamientos de sangre». Mientras Bakunin, como luego Kropotkin, ve en Francia la abanderada de la revolución y la hermana mayor de los pueblos de Europa, e identifica sus destinos con los de la Humanidad toda, Marx, escribiendo otra vez a su compatriota Engels, dice: «Francia necesita una paliza. Si los prusianos vencen, la centralización del poder del Estado será útil a la centralización de la clase obrera alemana; por otra parte, la preponderancia alemana trasladará el centro de gravedad del movimiento obrero de la Europa occidental de Francia a Alemania. Basta solamente comparar el movimiento en los dos países desde 1866 hasta hoy, para ver que la clase obrera alemana es superior a la francesa tanto por lo que respecta a la teoría como a la organización. La hegemonía, en el teatro mundial, del proletariado alemán sobre el francés significaría al mismo tiempo la preponderancia de nuestra teoría sobre la de Proudhon». Y aunque es verdad que posteriormente al desarrollarse la guerra franco-prusiana, Marx varió de opinión, las citadas frases no dejan de traducir sus más firmes convicciones personales.

En el *Preámbulo para la segunda entrega del Imperio knuto-germánico*, que Reclus publicó por primera vez en 1878 con el título de *La Comuna de París y la noción de Estado*, partiendo de una oposición entre socialismo revolucionario (o anarquismo) y comunismo autoritario (o marxismo) celebra la constitución de la Comuna de París como un acontecimiento histórico trascendente, donde una minoría de auténticos socialistas (proudhonianos) logró contagiar sus ideales, que eran, por lo demás, los del pueblo, a una mayoría de jacobinos o revolucionarios burgueses (marxistas no había casi ninguno). De tal manera, intentaron, y en la medida en que el corto tiempo que les fue concedido lo permitió, realizaron, el ideal de una sociedad sin Estado, lo cual resulta para Bakunin tanto más importante cuanto que tuvo lugar «precisamente en Francia, que ha sido

hasta aquí el país por excelencia de la centralización política».

Su derrota, su aplastamiento, el martirio de sus defensores, no ha hecho sino magnificar su imagen y su ideal en el alma de los trabajadores: «Soy un partidario de la Comuna de París que, por haber sido masacrada, sofocada en sangre por los verdugos de la reacción monárquica y clerical, no por eso ha dejado de hacerse más vivaz, más poderosa en la imaginación y en el corazón del proletariado de Europa; soy partidario de ella sobre todo porque ha sido una negativa audaz, bien pronunciada, del Estado».

La Comuna de París, de la cual hizo Marx una tan apasionada defensa, respondió de hecho más a una praxis libertaria que a las mismas concepciones de Marx y a su teoría del partido y de la dictadura del proletariado. James Guillaume, amigo y biógrafo de Bakunin, dice refiriéndose al libro de Marx *La guerra civil en Francia* que éste «es una declaración sorprendente por la cual Marx parece haber abandonado su propio programa y haberse pasado al lado de los federalistas (es decir, de los anarquistas)». Por otra parte, el ya citado Mehring, biógrafo de Marx, escribe: «Las opiniones del *Manifiesto comunista* no pueden conciliarse con el elogio (en *La guerra civil en Francia*) al vigoroso impulso que empezó a destruir el Estado parasitario... Tanto Marx como Engels eran muy concientes de esa contradicción y, en el prefacio a la nueva edición del *Manifiesto comunista* publicada en junio de 1872, revisaron sus opiniones».

En la primera de las *Tres conferencias dirigidas a los obreros del valle de Saint Imier*, encontramos una excelente y rotunda síntesis de la concepción bakuninista del Estado. Éste, que sustituye en el mundo moderno a la Divinidad, se coloca por encima de la Humanidad y de sus derechos. Constituye, por tanto, una réplica negativa de la moralidad, una hipóstasis de la injusticia. «Es la negación misma de la moral humana y de la humanidad». Y ello no por un mero accidente, sino por su esencia misma. Su misma idea resulta intrínsecamente contradictoria. Es indudable que aquí saca a relucir Bakunin lo mejor de su dialéctica: «No habiendo podido realizarse nunca el Estado universal, todo Estado es un ser restringido que comprende un territorio limitado y un número más o menos restringido de súbitos. La inmensa mayoría de la especie queda, pues, al margen de cada Estado, y la humanidad entera es repartida entre una multitud de Estados grandes, pequeños o medianos, de los cuales cada uno, a pesar de que no abraza más que una parte muy restringida de la especie humana, se proclama y se presenta como el representante de la humanidad entera y como algo absoluto. Por eso mismo todo lo que queda fuera de él, todos los demás Estados, con sus súbitos y la propiedad de sus súbitos, son considerados por cada Estado como seres privados de toda sanción, de todo derecho, y el Estado se supone, por consiguiente, el derecho de atacar, conquistar, masacrar, robar, en la medida en que sus

medios y sus fuerzas se lo permitan». Por una parte, el Estado asume la personalidad de sus súbitos y, al hacerlo, niega la condición humana (es decir, todos los derechos de los mismos), y se comporta amoralmente respecto a ellos. El Estado (abstracción encarnada en los gobernantes) se considera a sí mismo como la única persona humana y, en consecuencia, como el único sujeto. En relación a él sus súbitos no son sino meros órganos o instrumentos. Por otra parte, cada Estado, que no incluye sino a un número restringido de súbitos, se presenta, por su propia naturaleza, como hipóstasis de la humanidad, y no puede menos de considerar como usurpadores a todos los demás Estados. Lejos de considerar así al Estado como la encarnación de la moral, este antiguo hegeliano que es Bakunin lo mira como la substancialización del mal, de la opresión y de la injusticia. Su anti-estatismo radical tiene, como se ve, no sólo una justificación dialéctica, sino también, y sobre todo, una profunda motivación ética, a la cual los revolucionarios de nuestros días (y me refiero, en particular, a los del Tercer Mundo), arrebatados por su pasión nacionalista, son absolutamente inmunes.

En la segunda conferencia encontramos un pasaje también filosóficamente muy significativo acerca de la relación hombre-sociedad. Igual que Kropotkin —y contra Stirner y los llamados individualistas— niega Bakunin toda oposición entre individuo y sociedad. Para él la verdadera oposición se da entre la sociedad y el Estado, que es la sociedad coactiva y jerárquicamente organizada. El hombre supone siempre la sociedad y no sería verdaderamente hombre sin ella. Desde este punto de vista, Bakunin es todavía un aristotélico. Al refutar a Rousseau y a su teoría del contrato social, rechaza de plano las bases de la moderna democracia representativa. La libertad no se cede ni se delega: está en cada individuo por su misma naturaleza de ser social y en la sociedad como lugar necesario en que se ejercita y desenvuelve la libertad de cada uno de sus miembros. «La libertad de los individuos no es un hecho individual —dice—, es un hecho, un producto colectivo» Y añade: «Ningún hombre podría ser libre fuera y sin el concurso de toda la sociedad humana». El gran error de Rousseau y de los contractualistas, que originaron la revolución burguesa, consiste para Bakunin en suponer que el hombre crea la sociedad, cuando en realidad nace de ella, y es, por tanto, un animal social por excelencia. Más aún, el hombre no llega a ser hombre para este socialista a quien, sin embargo, no pocos críticos marxistas consideran como un representante del individualismo pequeño burgués, sino en la sociedad. Ser hombre significa pensar, hablar, amar; y todo esto resulta absolutamente imposible sin la convivencia, es decir, sin la sociedad. No hay pensamiento sin palabras; pero la palabra supone la conversación de un individuo humano con otros muchos de su misma especie. Ahora bien, el hombre, que es un animal entre otros, «no se transforma en ser humano, es decir, pensante, más que por esa conversación, más que en esa conversación». He aquí, pues, por qué su

individualidad humana en cuanto tal y, por consiguiente, su libertad, es el producto de la sociabilidad. Inclusive el trabajo, mediante el cual el hombre se libera de la naturaleza, es trabajo colectivo, ya que el trabajo individual no podría jamás vencer los obstáculos que el medio hostil opone a su existencia. Y la educación, por la que el ser humano desarrolla su humanidad, es también un producto de la sociedad entera. La humanidad y la libertad del puro individuo aislado resultan, pues, para Bakunin, una mera ficción, una abstracción metafísico-teológica, carente de todo significado: «Todo lo que es humano en el hombre y, más que otra cosa, la libertad, es el producto de un trabajo social, colectivo. Ser libre en el aislamiento absoluto es un absurdo inventado por los teólogos y los metafísicos, que reemplazaron la sociedad de los hombres por la de su fantasma, por Dios». Cuando Bakunin habla de libertad no se refiere al libre albedrío que, como determinista y materialista, no admite, sino el obrar sin coacción frente a los demás miembros de la especie y al ser reconocido por ellos como un agente libre que responde a la acción de otros agentes igualmente libres con los cuales convive. Por eso dice: «Para ser libre tengo necesidad de verme rodeado y reconocido como tal por hombres libres. No soy libre más que cuando mi personalidad, reflejándose, como en otros tantos espejos, en la conciencia igualmente libre de todos los hombres que me rodean, vuelve a mí reforzada por el conocimiento de todo el mundo. La libertad de todos, lejos de ser una limitación de la mía, como pretenden los individualistas, es, al contrario, su confirmación y su extensión infinitas». Si se le pregunta a Bakunin cuál es el fin de la vida humana y en qué consiste el bien supremo y la felicidad, contesta que en la realización recíproca (cabría decir: dialéctica) de la libertad individual en la libertad general y viceversa: «Querer la libertad y la dignidad humana de todos los hombres, ver y sentir mi libertad confirmada, sancionada, infinitamente extendida por el asentimiento de todo el mundo, he ahí la dicha, el paraíso humano sobre la tierra».

A través de esta segunda conferencia es interesante confrontar la interpretación de la revolución francesa que da Bakunin con la que extensa y brillantemente presentará luego Kropotkin.

Ambos acogen como verdaderamente revolucionarios los ideales genéricos del movimiento iniciado en 1789. Ambos consideran también que estos ideales fueron frustrados y radicalmente limitados por la burguesía, que usufructuó la revolución, excluyendo por completo al pueblo cuyo concurso había requerido en los días de la acción y de la lucha. Ambos coinciden también en considerar como meramente formales la libertad y la igualdad consagradas por la revolución francesa, y oponen la igualdad jurídica a la igualdad material y económica, poniendo de relieve la sangrienta burla que comporta el considerar iguales al opulento banquero y al mísero proletario. Sin embargo, Kropotkin que, sin duda, ha ahondado más en las fuentes y ha dedicado más tiempo y

atención a los hechos históricos, revela en el seno mismo de la revolución una corriente verdaderamente socialista e inclusive anarquista, que si no logró imponerse del todo en ningún momento, desempeñó, pese a todo, un papel decisivo en los sucesos más auténticamente revolucionarios. Bakunin, en cambio, aunque conocía la obra historiográfica de Luis Blanc, vio en la revolución francesa una revolución no sólo usufrutuada por la burguesía sino también totalmente inspirada y protagonizada por ella, en el cual el pueblo y los trabajadores sólo habían sido instrumentos utilizados (y luego fácilmente desechados) por la astucia burguesa. De todas maneras, tanto Bakunin como Kropotkin, postulan la necesidad de una segunda revolución que complemente y, más aún, que haga efectivos y reales los ideales enunciados en la primera, revolución que sólo pueden llevar a cabo la clase obrera y los trabajadores en general.

En la tercera conferencia llama la atención particularmente, dentro del contexto general de la crítica, tan aguda como pertinaz, a la burguesía, el análisis de los mecanismos de la producción capitalista, la competencia industrial, la concentración de capitales, el salario. Llevado a cabo en términos sencillos y ajenos a todo tecnicismo, dicho análisis no difiere del que realiza Marx con germánica minuciosidad y rigor en *El Capital*, obra que, como hemos dicho al principio, Bakunin comenzó a traducir al ruso dos años antes.

Ángel J. Cappelletti

PRÓLOGO

I

Los tres primeros escritos de este volumen constituyen parte del esfuerzo literario de Bakunin suscitado por la guerra franco-alemana de 1870-1871 desde agosto de 1870, siguiendo los acontecimientos hasta después de la Comuna de París, o sea hasta el verano de 1871; el cuarto escrito lo hace aparecer como conferencista en medio de los obreros del Jura en la primavera de 1871. Sus escritos que datan de agosto de 1870 a junio-julio de 1871 tienen las más diversas formas, pero el mismo fin, el de contribuir en la medida de sus fuerzas a dar a los acontecimientos un carácter revolucionario, y cuando esto no fue posible para él, el de dar una voz a su crítica revolucionaria y presentar en esta ocasión el conjunto de sus ideas ante el público europeo. Primero las cartas concernientes a una acción, el folleto de actualidad luego, después el folleto o libro de crítica política retrospectiva, histórica, el libro de crítica filosófica y la exposición de las bases de sus ideas tan profundamente antirreligiosas; cuando el gran acontecimiento de la Comuna de París intervino, otra vez, la crítica actual, socialista y revolucionaria; de todo eso hay en algunos escritos publicados en la misma época, en los escritos más numerosos sacados de los manuscritos para las *Oeuvres* de la edición de París (1895-1910) y aún más en los fragmentos inéditos que no fueron discutidos más que en mi *Biografía* de Bakunin, en 1899.

Fue imposible para Bakunin hallar un cuadro literario, una forma de publicación bastante amplia, rápida y fundida sobre una base material sólida para exponer ante el público todo lo que quería decir, y le fue imposible a él mismo coordinar esa masa de materiales que desbordaba. Partiendo de la actualidad, de su marcha de Lyon y de su carta a Palix del 29 de noviembre, fue absorbido en su crítica actual por lo que veía acontecer en Francia, hace la crítica a los alemanes, llega a los comunistas antiautoritarios, luego a los filósofos doctrinarios, consigue dar el fondo de sus ideas antirreligiosas en un escrito que separa al conjunto como *Apéndice*, aparta aún otros materiales para un apéndice germano-eslavo, pero antes de hablarnos de sus ideas sobre socialismo y anarquía, la Comuna de París lo vuelve a la actualidad y no nos dejó sólo un busto, sino todo un taller lleno de bustos. Es lamentable desde el punto de vista literario, pero tenemos al menos en los numerosos fragmentos elaboraciones precisas de muchas series de sus ideas que podemos examinar a nuestro gusto, lo que es preferible a encontrarlas, de una manera reducida quizás, adaptadas al cuadro siempre restringido de un solo libro.

Bakunin carecía del tiempo para producir libros bien proporcionados, tampoco tuvo probabilidad para ello en el invierno de 1870-1871, encon-

tró demasiado poco reposo. No estaba muy contento de la manera que James Guillaume había sacado de sus abundantes manuscritos el pequeño folleto (43 páginas.) de las *Lettres à un Français*; quería pasar sin Guillaume y no le quedó más en Ginebra, donde el trabajo de impresión fue muy mal hecho; la única base material era la garantía de un estudiante ruso de pagar una entrada (505 francos), lo que hizo. Recurrió de nuevo a Guillaume, pero no había dinero para imprimir otra cosa. Bien pronto, en julio, eliminaron completamente el proyecto presente otros trabajos para la Internacional y contra Mazzini.

A pesar de esas adversidades, su aislamiento y sus grandes preocupaciones materiales durante ese invierno, fue incansable en ese trabajo y se dedicó a él con su mejor esfuerzo: las partes que han sido tituladas más tarde *Dios y el Estado* —aparecerán en su cuadro original en el tomo III de esta edición— dan fe de ello. Aunque esos meses de noviembre de 1870 a marzo de 1871 fueron por consiguiente, desde hacía muchos años, la época más tranquila de la vida de Bakunin, en la que no se trató de acción y propaganda, sino solamente de estudios, de lecturas y de elaboración sucesiva de muchos manuscritos, vale la pena ocuparse de este trabajo de su pensamiento aquí. No es un espectáculo demasiado frecuente, por desgracia, el ver a un anarquista remover totalmente sus ideas después de los grandes acontecimientos históricos, tratando de relacionarlas a la acción que ve a su alrededor en el mundo profundamente conmovido; no digo que Bakunin haya encontrado el buen camino y que fue infalible en sus apreciaciones, pero lo intentó e hizo al menos una vasta labor intelectual y es siempre interesante seguir de cerca un trabajo serio.

II

De regreso en Locarno en los últimos días de octubre de 1870 (véase el prólogo del primer tomo), debió entenderse con sus amigos rusos en Ginebra, el viejo Ogaref y Ozerof, para hacer imprimir en la Imprenta Cooperativa su trabajo proyectado en entregas que formarían grandes folletos. Nos queda sólo una carta escrita el 19 de noviembre a Ogaref, donde dice en lengua rusa:

«Mi querido y viejo amigo Aga:

Te has vuelto excesivamente avaro en cartas. ¿Es que bebes de nuevo? Cuidado, hermano, abstente. Bebe con moderación para no perderte y olvidarte a ti mismo y a los amigos y aún la causa. Veo por tu última misiva que lees mis cartas muy distraídamente y es probable que no las leas hasta el fin. Me escribes que recibiste de mí el fin del folleto, pero te escribía que enviaba el último envío, que enviaré todavía muchas, muchas hojas, de suerte que no resultará un folleto, sino todo un libro. Tengo aún cuarenta

páginas listas y esto no es el fin, falta mucho, y si no las envío es porque me es indispensable tenerlas cerca de mí para terminar una cuestión difícil. Por favor, mi querido amigo, ocúpate seriamente de este asunto y no de un modo cualquiera, porque si haces esto de una manera sucia, no saldrá una cosa, sino una suciedad. Primeramente, yo no tengo fiebre y en general no estoy apresurado por imprimir lo más pronto posible, como Ozerof procede. Me habría apresurado como él si hubiese tenido la intención de escribir un folleto para influir lo más pronto posible sobre la opinión pública. Pero no tengo ese propósito por ahora; no lo tengo porque no tengo ya fe en los folletos, cualquiera que sean, ni aun con las empresas y actos prácticos inmediatos se puede modificar ahora la marcha de los acontecimientos. Según mi opinión, el sistema mentiroso de Gambetta ha ganado ya en la práctica una fuerza tal y ha vencido y logró despojar hasta tal grado nuestro sistema que, si Gambetta mismo quisiera cambiarlo ahora, no sucedería nada menos que la pérdida definitiva de Francia. Su sistema se ha hecho más fuerte que él mismo y bien o mal debe seguir su curso inevitable y dar todos sus frutos antes que sea posible derribarlo. Por esta razón no estoy de ningún modo impaciente por imprimir. Escribo un esbozo patológico de la Francia presente y de Europa, para edificación de los hombres de acción más próximos del porvenir, y también para justificación de mi sistema y de mi modo de obrar. Y, por tanto, quiero escribir algo completo y totalmente íntegro. No aparecerá un folleto, sino un libro. ¿Se sabe esto en la Imprenta Cooperativa? A causa de ello evidentemente deben modificarse las condiciones y os he escrito sobre eso, a ti especialmente. Ozerof me escribe que las pruebas las leerás tú solo. Te ruego, querido amigo, que tomes por asistente a Jouk [Joukowski] que, estoy convencido, no se rehusará ni a ti ni a mí el ser tu colaborador en este asunto. Un espíritu, un ojo, y especialmente el tuyo, son buenos, pero dos valen todavía más. Si él está de acuerdo, estaré tranquilo; sin eso pediré **que me envíes una segunda prueba para la impresión definitiva**. Haz esto, te ruego, viejo Aga, y remítele **inmediatamente** la carta adjunta.

A propósito, ¿dónde ha ido Ozerof con su mujer? Tú escribes que marchó, pero a dónde, con qué fin y por cuánto tiempo tú no me lo dices y me es indispensable saberlo. Yo lo espero. Escribe sobre él todo lo que sepas y dale o envíale mi última carta, añadiendo las dos cartas de Zurich que espero no habrás extraviado.

Escribe pronto, viejo Aga, y por consideración a nuestra amistad, a nuestro honor común, a la causa misma, te ruego que bebas con moderación.

Tu inalterable M. B.

Tú lees mi escritura muy mal, de manera que si corriges sólo las pruebas, resultará sin duda una confusión. Me obligarás a decir otra cosa [que he escrito ya], y eso me llevaría a la desesperación. Es necesario para mí que el folleto o el libro esté impreso correctamente y a causa de ello repito: un espíritu es bueno, pero dos valen más.

Abraza a María por mí».

Se ve que Bakunin no se hacía ilusiones sobre el débil apoyo que le presentaría Ogaref y también la delicadeza con que maneja al viejo que estaba más o menos en descomposición física e intelectual. Recibí en otro tiempo de Joukowski comunicación de la carta dirigida a él, en ruso también:

«19 de noviembre de 1870.— Locarno.

Querido Jouk: He recibido tu carta [que ha debido llegarle de Marsella donde se encontraba Joukowski después de la marcha de Bakunin y donde Moczkowski y su mujer se hallaban también entonces]. Envié la carta a Z. S. [la señora Obolenska] a Gambuzzi [que atendía sus asuntos en Italia], el cual, cediendo a mis persuasiones, ha vuelto a Nápoles de la mitad del camino [quería ir a Francia también] y probablemente será elegido diputado [lo que no sucedió] —yo mismo espero la carta más extensa que me prometes [sobre los acontecimientos de Marsella]— también Alerini, de Marsella, me promete una carta semejante [Alerini en efecto ha escrito una carta muy detallada, desde el 9 al 12 de noviembre, informando a Bakunin sobre el movimiento desencadenado por las noticias de la capitulación de Metz; he reproducido largos extractos, *Biografía*, páginas. 517 a 520].

¡Y ahora al grano! Escribo y publico en este momento, no un folleto, sino todo un libro, de cuyas correcciones y publicación se ocupa Ogaref. Pero él solo no tiene la fuerza para ello —ayúdale, te lo ruego, en nombre de nuestra vieja amistad que, aunque últimamente un poco oscurecida por nubes, a pesar de todo—, hablo juzgando según mi opinión —no ha terminado—, y por consiguiente te ruego ayudes a Aga en la publicación, la impresión y las pruebas. Ogaref te comunicará todos los detalles, y cuento con tu apoyo y espero tu larga carta.

También Joukowski prestó sólo un débil apoyo y no figura en la correspondencia de Bakunin en enero y febrero de 1871. Encontramos allí a Ogaref y a Ozerof y a partir del 9 de febrero los envíos del manuscrito son hechos a Guillaume [Neuchatel], del cual Bakunin anota, el 12 de febrero, una «buena carta», pero que no se ocupó tampoco de la impresión hecha en Ginebra hasta que fue demasiado tarde.

No hubo durante este invierno ninguna comunicación entre Bakunin y los jurasianos, aunque Guillaume fue informado sobre el libro que preparaba Bakunin. El 17 de enero, uno de los camaradas jurasianos más activos, el grabador A. Schwitzguebel, escribió a Joukowski proponiéndole la publicación de una serie de folletos que comprendía: el Capital y el trabajo; el patronato y el salariado; las huelgas y las cajas de resistencia; de la cooperación; de la propiedad; de la organización comunal y de la federación de las comunas; de la instrucción integral; del proceso histórico entre la burguesía y el proletariado o la revolución social; y el 22 de enero Guillaume le escribió que esa idea le pareció excelente. «Justamente hemos hablado últimamente con él y con Ozerof de la necesidad que había de exponer en una obra, que sería la contraparte de *El Capital* de Marx, nuestra teoría anarquista y revolucionaria. Sólo que hacer un gran volumen exige dos cosas: un estudio muy profundo de todos los detalles de la cuestión social, estudio que es muy difícil que haga un hombre completamente solo, después de mucho tiempo. Por lo demás “Miguel” escribe en este momento un libro que parece responder hasta cierto punto al deseo expresado.

Pero la idea de Schwitzguebel descarta las dificultades. En lugar de un gran libro, obra de uno solo, obra necesariamente defectuosa y débil sobre varios puntos —en lugar de un volumen que cuesta caro— reparte la materia: se convierte en un plan, en una serie de capítulos que forman una serie de folletos a la vez independientes unos de otros y complementarios. Esos folletos serán escritos todos, según los mismos principios, por hombres que están de acuerdo en la teoría, y sin embargo habrá variedad, y serán obra de especialistas, que tratan cada cual la tarea que les es familiar».

Advierte aún con qué cuidado habría que examinar la división del asunto y dice: «No sería de opinión que se pidiese la colaboración de los franceses y de los belgas en general; primero, no es fácil que estén de acuerdo con nosotros, después puede suceder que no sean capaces de ayudarnos, y aún es posible que no estén “dispuestos” a hacerlo. Propondría que se hablara de la cosa sólo a Robin y a De Paepe: este último podría tratar de mano maestra las relaciones entre las ciencias y el socialismo, mostrar la necesidad histórica y natural de la igualdad. Robin podría tratar de la instrucción integral, que es su especialidad. Tú [Joukowski], Schwitzguebel

y yo haríamos lo demás; pienso que Sentiñon [de Barcelona, médico] está demasiado ocupado para ayudarnos...».

Guillaume ha debido saber por Ozerof el trabajo que hacía Bakunin y hasta que Bakunin se hallaba de nuevo en Locarno desde hacía meses, porque cuenta (*L'Internationale*, II, pág. 131) que hasta enero había ignorado dónde estaba Bakunin. Según él había escrito entonces a Bakunin afectuosamente, ofreciendo sus servicios para vigilar la impresión; el diario de Bakunin no anota esa primera carta, pero esas notas de cada día no tienen ninguna pretensión de ser completas. En todo caso el aislamiento de Bakunin en esa época resalta también de lo que Guillaume escribió entonces y después sobre ese período. Sólo a A. Ross (Sayin), que había ido a verlo a Locarno en noviembre, le prometió reunir dinero para el libro entre los estudiantes rusos y halló probablemente a Alexander Sibiriakof que pagó en efecto la factura del 19 de abril, que se eleva a 505 francos.

He aquí en qué circunstancias de aislamiento y de cooperación precaria compuso Bakunin su libro entrevisto, soñado, pero no concluido.

III

Pone aparte primero el manuscrito de 114 páginas, escrito en Marsella, y que se encuentra en el tomo I de esta edición. Da también a su nuevo manuscrito (hablo del texto impreso) la forma de una carta a un amigo francés. En las primeras ochenta hojas promueve ciertas cuestiones que discutiría más tarde: las razones que no le permiten exaltarse por el sufragio universal; las razones de la decadencia absoluta del republicanismo burgués; el incidente de Lyon en que el famoso republicano Andrieux puso en libertad a los funcionarios y policías bonapartistas arrestados, y la solidaridad en el crimen entre los bonapartistas y sus predecesores, los masacradotes del proletariado en junio de 1848. Y en toda la última parte que se ocupa aún de Francia (hojas 86-87) denuncia el cálculo de los bonapartistas de volver a Napoleón III por el triunfo definitivo de los alemanes, realizado por la paralización de todos los esfuerzos «patrióticos y necesariamente revolucionarios», a lo cual llegarían por el camino más corto y más seguro, «por la convocación inmediata de una Asamblea Constituyente»; habría, pues, discutido rudamente la Asamblea Nacional elegida el 8 de febrero.

Después de haber llegado a la página 80 de su manuscrito, vacila. Acaba de preguntarse por qué Jules Fravre, del gobierno provisorio, no emplea contra los bonapartistas esa ferocidad despiadada que manifestó en junio de 1848 contra los obreros socialistas. En el manuscrito que se imprimió llega a la conclusión de que ese gobierno, por odio a la revolución, entrega o hace entregar a Francia a los prusianos. Copia casi textualmente, sin tener en cuenta el anacronismo, un párrafo del manuscrito de Marsella con una fecha de los primeros días de octubre («He aquí pronto

un mes...»), pero pasa en seguida a una nota sobre Emile de Girardin. Escribió esa nota el 23 de enero («por la noche un poco más [del escrito] arreglado Emile de Girardin»); había anotado el 22: «de nuevo vuelve a comenzar el folleto a partir del impreso», y el 23 por la mañana: «folleto poco» [escrito]. Se puede deducir de eso que el texto fue compuesto primeramente hasta la página 80 del manuscrito (pág. 69 del folleto) y que el trabajo se había detenido allí durante bastante tiempo, desde noviembre probablemente. Esas diez semanas sirvieron para hacer estudios y para la redacción de manuscritos cuidadosamente elaborados, pero rechazados por el autor.

Guillaume (*Oeuvres*, tomo III, 1908, pág. XII, nota 1) cree que estos trabajos están perdidos; habría podido ver las páginas 534 a 538 que se conservaron en parte, en grupos de hojas que el autor quiso conservar, aun destruyendo probablemente una cantidad de hojas intermediarias a las que no atribuyó ninguna importancia.

Así hay «un manuscrito de las páginas 81 a 93» que discute el gobierno provisorio más o menos como el texto impreso; luego pasa a los bonapartistas; su único medio es la corrupción. El autor muestra que toda mala acción, en tanto que el individuo queda fiel a los intereses de su clase, no es corrupción; da como ejemplo las bandas de bandidos, los jesuitas y Andrieux, el procurador burgués que actuaba como reaccionario bajo la república. Pero traición y corrupción existen cuando un obrero elegido vuelve la espalda al pueblo, como lo hizo Brialou de Lyon. Pasa a observaciones históricas sobre la corrupción y discute las bandas de mercenarios, el individualismo, las ciudades de la Edad Media; habla mucho de Italia, la madre de la civilización moderna, de Maquiavelo y del Estado, de la centralización, en fin, de Inglaterra y de América; la continuación del manuscrito falta.

Se sabe que existe «aún otra versión manuscrita de estas páginas a partir de la 81», donde el autor comienza el nuevo texto con estas palabras: «La revolución por lo demás no es vindicativa ni sanguinaria. No exige ni la muerte ni la deportación en masa, ni siquiera individual de esa turba bonapartista...» Y continúa: «La revolución, desde que reviste el carácter socialista, cesa de ser sanguinaria y cruel. El pueblo no es de ningún modo cruel, lo son las clases privilegiadas...» «He demostrado el furor de los burgueses de 1848. Los furores de 1792, 1793 y 1794 fueron igualmente, exclusivamente, furores burgueses», y prueba esta proposición con extractos de Michelet, una fuente sobre la cual Guillaume (*Oeuvres*, III, pág. 189, nota) hace restricciones muy juiciosas. El aspecto popular de la revolución francesa, que ha fascinado tanto a Kropotkin, era ignorado en tiempos de Bakunin, el cual dice de la revolución de 1793: «dígase lo que se quiera [haciendo alusión quizás a *Les Hebertistes*, de Gustave Tridon, 1864, y a otra literatura semejante del sesenta] no era ni socialista ni materialista..., fue esencialmente burguesa, jacobina, metafísica, política

e idealista». Soñaba lo imposible, «el establecimiento de una igualdad ideal, en el seno mismo de la desigualdad material», y Bakunin demuestra que «la explotación excluye la fraternidad y la igualdad». Discute esto largamente, después pasa a la «libertad» y llega a esa larga disertación, todo un libro, al cual dio más tarde al título de *Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre el mundo real y sobre el hombre*, págs. 105 a 254 del manuscrito que permaneció inconcluso. Este manuscrito está impreso en *Oeuvres*, III, págs. 183 a 405, y hallará su puesto en el tomo IV de la edición presente, al lado de *Antiteologismo*, con el cual se relaciona. Se comprende cuánto tiempo ha llevado a Bakunin ese trabajo en los últimos meses de 1870; aceptó, sin embargo, ese texto en su obra como *Apéndice* y habla como tal de él en continuación del manuscrito principal (que se hallará en el tomo III de esta edición).

En el texto impreso del *Imperio Knuto-germánico*, la parte francesa se interrumpe bruscamente después de la promesa de mostrar el carácter reaccionario de la convocación inmediata de una Asamblea Constituyente, con las palabras: «Pero primero creo útil demostrar que los prusianos pueden y deben querer el reestablecimiento de Napoleón III sobre el trono de Francia», tesis que la historia, tal como la conocemos ahora, no ha confirmado, pero que un autor que escribió en la tercera década de enero de 1871 ha podido muy bien construir y motivar. Sigue la parte intitulada por Guillaume en 1871, *La Alianza rusa y la rusofobia de los alemanes* (lo que quiere decir la alianza rusa de los alemanes y su rusofobia) y la parte histórica, *Historia del liberalismo alemán*, terminada en detalle hasta el siglo XVI y continuada hasta el tiempo presente por notas generales, concluyendo así: «Si se quisiese juzgarla [a Alemania] según los hechos y los gestos de su burguesía, se debería considerarla como predestinada a realizar el ideal de la esclavitud voluntaria».

Estas partes (págs. 87 a 138 del manuscrito) fueron enviadas a Guillaume el 9, el 11 y el 16 de febrero (págs. 81 a 183); para fecharlas no hay más que estas indicaciones: *Folleto-alemanes* (26 de enero) y *La literatura moderna de Alemania* (28 de enero); esta última observación, según yo creo, se aplica a las páginas que preceden la *Historia del liberalismo Alemán*.

En el manuscrito que precede, este asunto fue igualmente tratado a juzgar por las notas desde enero 1: «acabado cuadros históricos»; éstos son los cuadros cronológicos de los progresos humanos y de los principales acontecimientos históricos. Bakunin los elaboró muy extensamente según el conocido libro de Kobb sobre la historia de la cultura; existen en manuscrito, pero es posible que haga alusión aquí a los extractos de esos cuadros hechos para el capítulo histórico que meditaba. El 2 de enero: folleto. Alemania, historia, «Nota muy larga». El 5: investigaciones históricas sobre Alemania. El 10: folleto bastante bien («Alemanes»). Trabajaba en él todos los días, claro está, y el 22 anota: folleto («Libertad»), pero

por la noche de ese día reinicia todo ese trabajo: «de nuevo recomienza folleto a partir de lo impreso», y se dedica al texto definitivo.

«Un fragmento manuscrito, páginas 97 a 140», interrumpido en esta última página, escrito todo bajo forma de «nota», es quizás lo que llama el dos de enero «nota muy larga». La prosperidad material, el desenvolvimiento y la libertad intelectual y moral... todo debe ser sacrificado al solo fin de la grandeza, expansión y omnipotencia del Estado: «tal es el único sentido “oficial” de la palabra patriotismo en el imperio de todas las Rusias». He ahí esa Rusia de quien los eslavos austriacos esperan aún torpemente su liberación. (Bakunin no deja nunca de zaherir la rusolatría de los políticos checos, de los Palacky, Rieger, Brauner y otros que en 1867, en la época de la mayor represión de los polacos habían hecho la llamada «peregrinación» a Moscú). Pasa luego a la carta de Marx en el periódico ruso *Narodnoe Dyelo*» (1870), que discute también en el texto definitivo.

Después discute el protestantismo en Inglaterra (Cronwell) y en América y sus efectos en Francia. Habla de las guerras de los campesinos alemanes, polemizando contra una opinión emitida por Lassalle.

Esto, según parece, termina una discusión «del siglo XVI», porque pasa al desenvolvimiento intelectual de Francia «en el siglo XVII», Gassendi, etc.: de ahí se deriva la Francia moderna. Sus relaciones con Holanda, Suiza e Inglaterra. La incipiente independencia del espíritu inglés; Hobbes, Hume, Gibbon. Desenvolvimiento semejante en Italia. Sólo Alemania y España quedan enteramente fuera de esa solidaridad internacional, de la opinión pública que se forma: España por su catolicismo, Alemania por su protestantismo.

Continúa sobre Francia, sobre los jansenistas, etc. «No tenemos que ocuparnos de España. Pero debemos hablar de Alemania. Primero constataremos los hechos». Después sigue una primera versión de la «historia del liberalismo alemán» (sin este título), bastante semejante al texto definitivo, pero más explícita sobre el asunto de los eslavos, un largo pasaje sobre el espíritu de la raza eslava. «En mi calidad de eslavo, no puedo hablar de la insurrección memorable de los eslavos de Bohemia, en el siglo XV, sin un sentimiento de justa altivez», etc. Sobre los campesinos polacos, sobre el odio entre alemanes y eslavos, sobre el pangermanismo después de la guerra, sobre las tendencias patrióticas de los socialistas alemanes, sobre las calumnias del *Volksstaat* contra Bakunin. Habla del congreso eslavo de Praga en 1848, de sus ideas sobre los eslavos austriacos. En fin, habla de los obreros alemanes y de sus perspectivas en un sentido revolucionario que para el presente son nulas.

Otro fragmento, páginas 98 a 122, trata del sistema que ha puesto a Francia en su posición terrible, de la cual no se puede salir más que por medio de la revolución social: «es el sistema que el triunfo del protestantismo ha hecho asentar el Alemania sobre las ruinas del viejo imperio germánico; porque la acción de la reforma religiosa, emancipadora y es-

timulante en todas sus partes, ha producido en ese país de respetuosa subordinación y de piadoso quimerismo un efecto singular: paralizó en él completamente durante dos siglos por lo menos el florecimiento de los espíritus, y estableció definitivamente la religión del poder temporal, el culto a la autoridad de los príncipes y a los empleados del Estado...». Es un primer esbozo de esa idea y el texto mismo está interrumpido, página 99, correspondiendo en parte al texto impreso y conservado hasta una discusión del clero ruso; el resto falta. Otra página 99 discute las consecuencias del protestantismo en Alemania...: «lo que se demuestra por la inmovilidad casi absoluta del espíritu alemán y por la ausencia casi completa de toda iniciativa nacional, tanto política como comercial e industrial durante los dos siglos y cuarto aproximadamente que han seguido a las primeras manifestaciones triunfantes del movimiento al principio completamente popular de la Reforma». Añade en nota: «No es en efecto una cosa digna de ser notada que el protestantismo, que en todas partes ha producido un espíritu de libertad», etc. (en Holanda, etc.).

En dos fragmentos, página 107 a 120 y páginas 108 a 111 (señalados Alemania 2 y 1), se trata de Rusia, que no habría nunca amenazado a Alemania ni ejercido una influencia reaccionaria sobre ella. El centro de la reacción era Metternich (Austria), más tarde fue Prusia. Discute el período desde Alejandro I (primer cuarto del siglo XIX). Nesselrode, el canciller ruso, estuvo a sueldo de Austria; Metternich impidió a Alejandro I dar una constitución a Rusia, como ahora impide Bismarck a Alejandro II hacerlo; la reacción reina en Rusia desde 1819.

Luego sobre Austria, su disgregación inmediata, las nacionalidades que componen ese país. Polemiza contra el doctor Rieger (jefe político entonces de los checos) y el Estado checo. Sobre los jefes checos en 1848, que estaban «desgraciadamente formados en la doble escuela de los jesuitas austriacos y de la ciencia política, burocrática, jurídica e histórica de los alemanes»; sobre su peregrinaje a Moscú en 1867, al «imperio tártaro-bizantino-germánico de todas las Rusias».

Otros fragmentos, página 110 a 123 y 124 a 130, se ocupan de los liberales alemanes de 1830, 1840 y 1848; critica el pensamiento de Francfort (1848-49), sobre las insurrecciones de mayo de 1849 (a las cuales prestó él mismo su apoyo en Dresde) cuando la «Baviera renana y el Gran ducado de Bade, al mismo tiempo que una parte del reino de Sajonia y algunas ciudades de Prusia, movidas por un último esfuerzo del partido democrático, se habían insurreccionado, bajo el pretexto de apoyar las resoluciones de la Asamblea Nacional de Francfort...». Sobre los alemanes en general, que no poseían la «jiba» de la rebelión, y cuentan que los obreros alemanes de América eran partidarios de los demócratas, es decir, del partido eslavista, y que los colonos alemanes en Rusia no se rebelan jamás. (A esto se podría responder que la participación de los alemanes en la guerra civil en América en los ejércitos del norte, su lucha contra

los esclavistas, es un hecho demasiado conocido para ser descuidado y que los campesinos alemanes inmigrados a Rusia para fundar allí aldeas, bien pronto florecientes y que gozaban de una cierta autonomía, dejados tranquilos después de haber hecho los pagos concedidos, conservando su idioma, se abstendrían de participar en la vida pública y más aún en la vida revolucionaria del pueblo ruso, fenómeno que no es muy extraordinario; pero no discuto aquí las observaciones de Bakunin).

Según él, en ese manuscrito, los alemanes reúnen cualidades que no se hallan reunidas habitualmente: trabajo, honestidad y esclavitud, valor, inteligencia, ciencia y obediencia resignada. Eso les hace tan peligrosos para la libertad; «son instrumentos natos del Estado». Bismarck comprende que el que da a los alemanes la unidad, puede tratarlos como esclavos. Habla de Bismarck, Napoleón I y III, de la Francia después de junio de 1848 y diciembre de 1851, de la burguesía desde 1830, de Guizot, Cousin, del justo medio también en la literatura, de la tendencia aristocrático-burguesa de esa literatura francesa de entonces, que ponía su más alta aspiración en ser aceptada en los salones... «Aún en la bohemia artística y literaria —cuya miseria espantosa, parece, habría debido abrir el espíritu y el corazón— esa indiferencia y esa hostilidad [se refiere al movimiento ascendente y a las aspiraciones progresivas de las masas populares] eran tan completas como en los más célebres representantes de la literatura y de las artes...» (Aquí habla de lo que pudo observar él mismo en París, de 1844 a 1847, en los años del supremo triunfo de la clase burguesa).

Dejo de lado algunos fragmentos más pequeños y llego a las páginas 124 a 140, escritas todas en «nota» (a las páginas 112 a 123) y que comienzan así: «Los teóricos del comunismo alemán, Fredinand Lassalle y muchos otros, impulsados por su antipatía singular, pero sistemática y que traiciona su instinto burgués, contra todo movimiento revolucionario de campesinos o de trabajadores de la tierra, han enunciado esta idea barroca: que la derrota de los campesinos insurrectos de Franconia en 1825... fue una inmensa ventaja desde el punto de vista del desenvolvimiento racional y normal de la libertad y del socialismo para Alemania, porque los campesinos, dicen, tendiendo entonces como hoy a la propiedad individual, representan y continúan representando aún el elemento aristocrático; feudal, agrario; mientras que las ciudades», etcétera. Esta concepción es combatida y pasa al asunto de la burguesía y del proletariado, de Napoleón y de Bismarck, etc.

El autor observa que fue siempre adversario de la «escuela histórica fatalista y optimista a la vez», que representaba los acontecimientos no sólo como inevitables, sino también como inútiles. Cree que todo no ha podido suceder de otro modo a como ha sucedido, pero no reconoce por eso que las cosas más abominables hayan sido provisoriamente necesarias, buenas, útiles, y no será nunca su apologista. Algunas veces puede resultar lo bueno del mal, porque no hay anda que sea absolutamente

malo. ¿Qué es lo bueno y lo malo en la historia?

Pasa a la «libertad», y eso nos recuerda que anota esta palabra: «folleto-libertad» por la mañana del 22 de enero, el mismo día que recomienza de nuevo su manuscrito. Este fragmento, que no termina, marca, pues —al lado del último fragmento (págs. 132 a 148 y 149 a 159)—, el último período de su tanteo antes de la redacción definitiva.

«Por “libertad” —dice— no entiendo el libre arbitrio. El libre arbitrio es una imposibilidad, una insensatez, una invención de la teología y de la metafísica que nos lleva derechamente al despotismo divino, y del despotismo celeste a todas las teologías de la Tierra, la consecuencia es necesaria y segura. Así, todos los tiranos de la Tierra, todos los que bajo un título cualquiera pretenden imponerse a la sociedad humana como gobernantes...», etc.; a esta concepción nefasta opone: no hay libre arbitrio, no se puede más que conocer y reconocer las leyes de la naturaleza.

«La “libertad” no tiene, pues, propiamente más que un sentido social. El hombre no puede, no debe, no quiere ser libre más que ante los otros hombres, tomados aislada o colectivamente. Toda su libertad consiste, pues, en esto: en no obedecer más que a sus propias convicciones, más que a su propio pensamiento, a su propia voluntad, y en no dejarse determinar por las convicciones, por el pensamiento y por la voluntad ajenas, en tanto que no se hayan convertido en las suyas. De donde resulta que el hombre no es, que no puede llegar a ser libre más que cuando se encuentra ya en algunas relaciones con sus semejantes; que la libertad humana no ha podido nacer más que en la sociedad humana, y que, por consiguiente, esta última ha sido por fuerza anterior a la primera» (la libertad humana).

Añade otra prueba y concluye: «por tanto, no fue al comienzo de la historia la libertad quien creó la sociedad, sino al contrario, es la sociedad la que crea sucesivamente la libertad de sus miembros, orgánicamente unidos en su seno por la naturaleza, independientemente de todo contacto, de toda premeditación y de toda voluntad de su parte». Es preciso considerar la «sociedad humana» como «un ser colectivo natural fatalmente producido por la naturaleza e impuesto como tal a cada individuo humano como base única de su existencia». ¿Qué ley fundamental lo domina? «Es la constitución del orden o de su organización interior por el desenvolvimiento más y más amplio de la libertad de sus miembros».

Cita entonces algunas páginas del *Antiteologismo* (inédito todavía; *Oeuvres*, I, págs. 136-139) y se da el placer de mencionar el famoso pasaje anarquista de las *Untersuchungen über Thierstaaten*, del naturalista Karl Vogt, su antiguo amigo, libro publicado en 1851, reimpresso de la revista alemana *Deutsche Monatschrift* (Stuttgart), donde apareció ese pasaje en enero de 1850, págs. 129-131; se reimprimieron esas notas de Bakunin y la cita libertaria de Vogt en el suplemento de la *Révolution* en enero de 1893. Bakunin, que quiso hacer ese honor a su amigo, o más bien

a su ex-amigo, porque Vogt y él no estaban ya en relaciones, hace por lo demás restricciones a las opiniones demasiado individualistas propuestas por Vogt. Se aplica a demostrar los lazos de solidaridad absoluta que ligan a cada individuo con la sociedad, no se tiene más que pensar en los dos instrumentos más poderosos del desenvolvimiento del hombre, en el «pensamiento» y en la «palabra». El pensamiento presupone la palabra, el idioma es un producto colectivo. Después de algunas polémicas contra las tendencias liberticidas de un «Volksstaat» y contra esa libertad individual preconizada por los proudhonianos extraviados y por los positivistas en el congreso de Basilea de la Internacional (1869), termina con las siguientes palabras: «Nosotros queremos la emancipación universal de todos los individuos humanos, la libertad integral y completa de cada uno, igual no sólo en cuanto al derecho, sino también en cuanto a los medios de su realización para todos. Y esa libertad no podrá ser obtenida más que cuando no haya ni derecho, ni propiedad jurídica, ni gobierno político, ni Estado; cuando la humanidad se haya libertado en fin para siempre de todos sus gobernantes y tutores. En una palabra, como el señor Karl Vogt, queremos la anarquía».

Si no existiese la nota «Folleto-Libertad» del 22 de enero, se creería que el manuscrito siguiente fue escrito después; en todo caso marca el último punto alcanzado por las tentativas literarias que preceden a esa fecha. Estas son, en paquetes separados, las páginas 132 a 148 y 148 a 159. Al dorso de la hoja 136 se encuentran notas sobre el contenido: «Restauración – Romanticismo – Literatura burguesa. Socialismo. Libertad».

2. «Apología de la esclavitud histórica».

3. «Revolución de los campesinos alemanes – San Bartolomé – Escuela fatalista». Se encuentra allí la última parte de una descripción del socialismo francés de los años anteriores a 1848, las primeras palabras conservadas son: «de Fourier, de Considérant, de Pierre Leroux, de Cabet, de Louis Blanc y de Proudhon...». Después dice que la influencia más tarde sobre la juventud fue ejercida entonces por Lamennais, pero sobre todo por Michelet y por Quinet, de lo cual da una bella descripción.

Luego, hablando de la esclavitud, dice entre otras cosas:

«Pero en todas partes donde hay reflexión hay rebeldía. Sólo los burgueses alemanes son y han sido siempre excepciones: son animales muy reflexivos, muy sabios y a pesar de todo están domesticados e irreconciliablemente apegados a sus amos».

«Pero dejemos a los burgueses alemanes y hablemos del esclavo humano, del esclavo normal en el que se desarrolla más y más el sentimiento de su esclavitud penosa, vergonzosa, el odio al amo y al instinto, el pensamiento, la voluntad de la santa rebeldía».

Después habla de Comte, del Estado popular, de la nota de Lassalle, sobre las guerras de los campesinos en Alemania, sobre los campesinos y la revolución francesa, que Lassalle debía rechazar también, porque dio la tierra a los campesinos como propiedad privada. Se halla la observación: «Estoy lejos de ser un admirador absoluto de Suiza. Encuentro en ella desgraciadamente muchas estrecheces y muchas miserias. Pero comparada con Alemania, es un paraíso de hombres altivos, de hombres libres; en tanto que Alemania no presenta hoy más que un infierno de esclavos».

En fin; llega a la «escuela fatalista y optimista» (como en el manuscrito anteriormente citado). Auguste Comte es naturalmente de ese número; se detiene a discutir este asunto.

He ahí, pues, una cantidad de trabajos inéditos que habrían debido hallar un puesto entre las dos grandes partes que componen *El imperio knuto germánico*, la parte que critica lo que pasó en Francia desde el 4 de septiembre, y la parte que discute el asunto primero: alemanes y rusos, y que luego hace un proceso histórico a los alemanes.

Para juzgar propiamente el acta de acusación de inferioridad histórica y casi natural contra los alemanes, sería preciso conocer todos los materiales adicionales envueltos en estas páginas inéditas de que no he indicado apenas más que el contenido. Espero poder publicar la mayor parte posible algún día.

Ese acto de acusación fue escrito entre el 22 de enero y el fin de dicho mes, por tanto algunos días después de la proclamación del imperio alemán en Versalles, el 18 de enero de 1871 y poco antes o durante la capitulación de París, en un momento, por consiguiente, en que ese nuevo imperio tenía las apariencias del más fuerte, por el momento, y en el que agradó más a Bakunin lanzar un desafío aplastante al vencedor; lo que hizo. Su manera de instruir ese proceso histórico es un buen ejemplo de su verbo, de su solidaridad con los más débiles de la hora; pero según mi opinión al menos, eso es todo.

Su crítica contiene indicaciones interesantes que verdaderos estudios históricos profundizarían y verificarían o al contrario, según el caso; pero eso no es historia ni método científico aplicado a la historia. Panfletos semejantes han sido escritos en enorme cantidad en todos los pueblos. En cada período de guerra o de relaciones tirantes entre Estados pulula semejante literatura; ¡cuántos libros no ha en Inglaterra sobre las malas acciones de Francia, en Francia sobre las de Inglaterra y Rusia, y así por el estilo! El nombre y el prestigio de Bakunin no debían, pues, cubrir esa manera de envilecer a un pueblo por un panfleto apasionado escrito durante semanas de gran excitación. Bakunin ha lanzado su desafío al más poderoso de la hora (muy bien, pero ¿correspondía a un internacionalista el sembrar así el odio nacional?). No podía obrar de otro modo; ha dicho absolutamente lo que pensó toda su vida y lo que dijo y escribió en muchas ocasiones antes y después. Pero el lector moderno que se in-

spira en su espíritu socialista, libertario y rebelde no tiene ninguna razón para seguirle también en sus predilecciones y en sus prejuicios, que le son propios como a todo hombre, pero que sería perjudicial aceptar ciegamente sin abrir los ojos críticos. En una palabra, como toda apreciación rápida pronunciada en las luchas de cada día, así esta parte de apariencia «histórica» en la obra de Bakunin exige un escrutinio «crítico» para separar lo que es válido de las partes en que la pasión del día falsea el juicio sobrio¹.

IV

Las otras partes del gran manuscrito serán discutidas cuando se publiquen en los tomos III y IV de la edición presente. El 25 de febrero, al expedir a Guillaume las páginas 149 y 169 del texto definitivo, le escribí: «te ruego, querido amigo, que envíes todo el manuscrito corregido a Ozerof, que lo pide a grandes gritos. En total, con esto te envíe 89 páginas (61-189)»; no se tenía, pues, siempre manuscrito en Ginebra para continuar la composición, pero un poco más tarde, en abril, Bakunin debió luchar para que no se suprimiese su segunda parte (alemana), limitando el folleto a cinco pliegos.

He aquí sus cartas de la época, las únicas que se conocen y que dan una muestra viva y sus impresiones de la Comuna de París, que luchaba entonces contra los versalleses.

El 5 de abril escribió a Ogaref, a Ozerof y a Varlin; al primero le dice:

«Y bien, amigo Aga, escríbete tú también aunque no sea más que una línea. ¿Qué piensas del movimiento desesperado de París? Acabará como pueda, pero es preciso decirlo, son atrevidos. En París se ha encontrado precisamente lo que nosotros hemos buscado en vano en Lyon y en Marsella: una organización y hombres decididos a ir hasta el fin. [Se refiere a la guardia nacional y a su comité central, organizaciones creadas primeramente para la Defensa de París, pero que habían permitido a los republicanos avanzados y a los obreros socialistas estar en contacto constante con el pueblo, lo que facilitó una acción colectiva el

¹ Una carta de su mujer, de las que no conozco más que un resumen, habla de la grave crisis material que sufría Bakunin entonces. Dice el 25 de enero de 1871: M. B. se encuentra en un estado muy abrumado; dice: qué hacer, soy demasiado viejo para comenzar a ganar mi pan, no me queda mucho tiempo de vida; la cuestión económica le abruma de tal modo que pierde toda su energía y se mata moralmente —y todo eso después de haber sacrificado su vida a la libertad y a la humanidad, olvidándose de sí mismo—. Los hermanos han permanecido siempre indiferentes, inactivos hasta el crimen; M. B. piensa obligar a los hermanos a darle su parte de la herencia.

18 de marzo y después]. Probablemente serán vencidos. Pero es probable también que para Francia no haya en lo sucesivo ninguna existencia exceptuada la revolución social. El Estado francés está perdido para siempre. Allí los revolucionarios son más terribles que los cinco millones — ¡y cuán diversas naciones!—: 1) los campesinos; 2) los obreros; 3) la pequeñoburguesía; 4) la gran burguesía; 5) los nobles que salen del otro mundo; 6) los eternos vampiros de la sombra —los sacerdotes, en fin—; 7) el mundo de la burocracia, y 8) el proletariado de la pluma. Entre estas naciones no existe ninguna solidaridad más que la del odio mutuo y la frase patriótica.

Con L. también estoy muy convencido. He desenterrado en él un viejo amigo —el mismo caballero, el mismo último de los mohicanos entre los nobles, sólo que ahora se preocupa por la cooperación—. También se ha ocupado calurosamente, sinceramente y de buena gana de mi asunto y tiene la esperanza de que se arreglará².

Tú también, mi viejo amigo, escíbeme. Hoy te telegrafíé pidiendo que me envíes contra reembolso dos libras de té. Envíalas, pues. ¿Y qué hace mi ángel María [Mary Sutterland]? ¿Cómo va su salud y la tuya también?

Escribe pronto.

Tu M. B.

Lee mi carta a Varlin y di tu opinión».

* * *

Para Juan [Ozerof]

«5 de abril de 1871.— Locarno.

He aquí para ti una carta para Varlin. Te la envío ahora para

². Se trata de un ruso llamado Luguinin que Bakunin acababa de encontrar en marzo en Florencia y que había prometido comunicarse en Rusia con sus hermanos sobre el asunto de la herencia. Ha debido recordar a Bakunin otra persona que él y Ogaref conocían. En 1886 apareció en París un folleto: *Les Arteles et le mouvement cooperatif*, por W. Luninguin, que dice allí: «He vivido y obrado en ese medio de cooperación». Este es sin duda el mismo de que habla Bakunin.

el caso en que, incitado por nuestro impaciente amigo Ross, te hayas decidido a ir a París antes de que las circunstancias me permitan ir a tu casa [Bakunin salió de Locarno tan sólo el 25 de abril]. Sobre esto escribí ayer a ti y a Ross [de las cuales había recibido carta ese mismo día].

Remite esta carta a Varlin, no de otro modo que en sus propias manos. Según todas las probabilidades los prusianos perecerán, pero no perecerán en vano, habrán hecho algo; que arrastren consigo al menos la mitad de París. Las ciudades de provincia: Lyon, Marsella y otras están desgraciadamente mal como hasta aquí, al menos a juzgar según las noticias que me llegaron. Los viejos jacobinos me inquietan también mucho: los Delescluze, los Flourens, los Pyat y aún Blanqui, que se han hecho miembros de la Comuna. Temo que tiren sobre el antiguo carril cabezas quemadas, pero aliviándoles los bolsillos. Entonces, todo estará perdido. Una e indivisible, eso la arruinará todo y ante todo a sí mismos. Todo el mérito de esta revolución consiste propiamente en que es una revolución de los trabajadores. He ahí lo que trae la organización. Nuestros amigos, en la época del asedio, han logrado y sabido organizar y han fundado así una fuerza enorme, pero los nuestros en Lyon y en Marsella han quedado como antes. En París se concentró un número de hombres bastante grande, capaces y enérgicos, tanto, que temo que se molesten los unos a los otros. Si hay aún tiempo es preciso insistir para que vaya a París el mayor número de delegados sinceramente revolucionarios de provincias. ¿Cómo cayó Cluseret en el Comité? ¿Es verdad? Sería simplemente un ultraje si fuera cierto. [Bakunin había concedido en Lyon en el curso de los acontecimientos del 28 de septiembre, una mala opinión de Cluseret que, en efecto, fue uno de los jefes militares de la Comuna]. ¡Qué posición más diabólicamente difícil! Por una parte, la cohesión policial de los prusianos con la reacción francesa; por otra, la estupidez de las provincias. Sólo las medidas más desesperadas y el estar dispuesto a destruirlo todo consigo pueden salvar la causa. Te ruego que escribas todo lo que sepas de Lyon y de Marsella, pero también sobre París. James ¿marchó o no? [James Guillaume explicó él mismo que debía haber ido ya en febrero, de acuerdo a una proposición que le fue hecha por Ferninand Buisson, a París, como maestro del Orfelinato Prevost, en el que Paul Robin realizó más tarde algunas de sus ideas pedagógicas. Este viaje no tenía nada que ver con la Comuna y fue abandonado por causas privadas].

¿Por qué mi libro se imprime en papel tan gris y sucio?

Quisiera darle otro título: *El imperio Knuto-germánico y la revolución social*. Si no ha sido hecha aún la impresión definitiva, cam-

biad eso. Y si está ya enteramente impreso, entonces que quede vuestro título del libro [*La revolución social o la dictadura militar*].

Te ruego que envíes inmediatamente todos los pliegos impresos en 20 ejemplares, y envía ejemplares a Alerini, de Marsella, a alguno de Lyon, es decir, a Richard³ o a la señora Blanc, a Sentiñón y a Farga Pellicer, de Barcelona. Sus direcciones y también la de Alerini las tomarás de casa de Jouk.

¿Y Jouk y Utin no irán a París? Envía la *Egalité*. ¿Y qué hay con la *Solidarité*? [*La Solidarité*, redactaba por Joukowski, aparecía entonces en Ginebra, a partir del 28 de marzo, 4 números].

Si partes, la amiga Sasha [la mujer de Ozerof] permanecerá sin duda por algún tiempo en Ginebra. Espero una respuesta con impaciencia.

Y Lazaref ¿dónde vuela con su máquina? ¿No sabes nada de P.L.? [¿Luniguin?] Dice que habrá en Rusia pronto más de dos millones de soldados y que están todos armados, los soldados disciplinados según el nuevo sistema prusiano y los oficiales excelentemente instruidos. ¿Y qué es lo que se espera Nechaief y compañía?

Aprende a leer mi carta a Varlin y léesela tú mismo, si es posible con algunas otras cartas [aquí falta una palabra]. Y sería bueno que pudiésemos vernos antes de vuestra marcha. Enviad dinero; iré después del 13 o el 15 de abril».

El 7 de abril llega una carta de Ozerof, entonces en la Jura; la respuesta, del mismo día, se perdió. El 9 escribe Bakunin a Ogaref:

«9 de abril de 1871. Locarno, Domingo de Pascuas; entre nosotros [en Rusia], parece que todavía no.

Mi querido Aga:

He recibido el té, gracias —y, según parece, gratis, como ofrenda amistosa—; dos veces gracias por eso. Espero con impaciencia cartas de ti y de Ozerof —una respuesta a tres cartas [4, 5 y 7 de abril]—. No repetiré lo viejo. Pero quiero discutir contigo sobre la primera entrega de mi libro. Nuestro pobre amigo Ozerof delira ahora con los amigos de las montañas a propósito de París y de Francia, y no se puede pensar que, a pesar de toda su buena vol-

³. En el texto ruso impreso se lee *Riter*, pero no puede ser sino Albert Richard.

untad, dedique algún pensamiento a este producto de mi pluma. Yo también he tenido el delirio, pero no lo tengo más. Veo demasiado claramente que el juego está perdido. Los franceses, aún los obreros, no están bastante penetrados en ello, pero la lección ha sido terrible. Sin embargo, fue todavía poco. Se necesitan más calamidades, sacudidas más fuertes. Las circunstancias son tales que eso no faltará, y entonces quizás se despierte el diablo. Y antes de esa época sería criminal y estúpido perder nuestros pobres medios y nuestros pocos hombres. Esta es mi opinión definitiva. Me esfuerzo, y esfuérate tú también, con todas mis fuerzas para retener a nuestro amigo, a nuestros amigos Ozerof y Ross, y también a nuestros amigos de las montañas. En ese sentido escribí ayer a Adhemar [Schwitzgubel; carta comenzada el 6 y enviada el 8 de abril]. Díselo a Ozeof; por lo demás, él leerá esta carta, que se refiere exactamente tanto a él como a ti. Y ahora vuelvo a mi libro:

La primera entrega debe componerse de ocho pliegos. [Comprende 119 págs., por tanto, 7 y medio pliegos].

Primera pregunta: ¿Tenéis materia para ocho pliegos? Si no, que se haga el cálculo en la tipografía sobre el número de páginas de mi manuscrito que faltan aún. Las enviaré inmediatamente.

2. ¿Se continúa imprimiendo o no hay bastante dinero para pagar ocho pliegos, y si no, qué medidas fueron tomadas para tener ese dinero?

3. Tú, viejo amigo, atiende para que se imprima el libro sin faltas. ¿No se puede emplear el francés que ha corregido tan bien en otro tiempo las pruebas en casa de Czerniecki, o si no está ahí, algún otro?

4. Sería bueno que la primera entrega constituyera un conjunto, en lugar de estar interrumpida en medio de una frase.

5. He rogado a Ozerof que me envíe 20 ejemplares de los pliegos impresos, y que envíe algunos ejemplares a las direcciones indicadas. Os ruego que hagáis esto lo antes posible.

Adiós. Te abrazo a ti y a tu María. Escríbeme sobre tu vida, sobre lo que haces. Antonia [la mujer de Bakunin] os saluda.

Tu M. B.»

Entre el 9 y el 16 Bakunin recibe nuevas molestias sobre su libro y es preciso que ponga de nuevo las cosas en orden; es la última carta relativa a él que conocemos. Hela aquí:

«16 de abril, 1871.

Mi querido Aga:

Ayer he recibido tu carta, hoy respondo. Tú, mi viejo amigo, no lo dudes, tus cartas no se pierden, llegan exactamente y yo pienso y respondo explícitamente a todas las observaciones y cuestiones.

Tú escribes ahora que decidieron publicar la primera entrega compuesta de 5 pliegos. Tú me escribes esto antes de haber recibido mi última carta, donde imploro, aconsejo, pido, en fin, *exijo* que la primera entrega comprenda también toda la historia alemana hasta el movimiento de los campesinos inclusivamente y que acabe exactamente antes del capítulo que he bautizado: *Sofismas históricos de los comunistas alemanes*. [Es lo que se hizo en efecto]. Añadí además que ese título ha sido cambiado por Guillaume quizás, borrado por él, pero no sin duda hasta el grado de haberse hecho ilegible. En una palabra, el fin debe estar allí donde comienzan propiamente, o más bien antes de su comienzo, las consideraciones filosóficas sobre la libertad, el desenvolvimiento del hombre, el idealismo y el materialismo, etc. Te ruego, Ogaref, y os ruego a todos los que tomáis parte de la impresión del libro que hagáis exactamente como os lo ruego, es indispensable para mí.

De este modo, si toda la historia alemana, con la guerra de los campesinos, está comprendida en la primera entrega, esta entrega tendrá 6, 7 o aún tal vez 8 pliegos [tiene 7 y medio]. No puedo determinar eso aquí, vosotros podéis hacerlo. Nada importa que resulte mayor de lo que habéis propuesto, puesto que escribes tú mismo que hay dinero para diez pliegos. Pero puede suceder que la copia destinada por mí para la primera entrega sea insuficiente para llenar el último pliego, el sexto, séptimo y octavo. En este caso haced esto:

1. Enviadme de inmediato todo el resto del manuscrito, es decir, todo lo que no entra en la primera entrega hasta la página 285 inclusive. [Estas últimas páginas, 273 a 274 habían sido enviadas por el autor el 19 de marzo, el día de su partida para Francia].

2. Enviad igualmente *la última página de la parte que debe entrar en la primera entrega* (en original, o en copia, con indicación del número de la página, si alguno quiere tomarse el trabajo de transcribirlo), a fin de que pueda añadir una conclusión. Y pedid que se haga el cálculo en la imprenta so-

bre el número de páginas necesario para terminar el pliego. Añadiré inmediatamente todo lo que sea preciso y en dos días, nada más, os enviaré de nuevo el manuscrito. Sólo que no debes olvidarte de enviarme esa última página, sin la cual es imposible escribir una continuación.

Te ruego, Ogaref, inclínate graciosamente a mi ruego y a mi legítima demanda y has exactamente y pronto todo lo que pido y exactamente como lo pido. Todavía otra vez, eso me es indispensable; pero por qué esto es indispensable, te lo diré cuando nos veamos, lo que espero debe ocurrir pronto.

Pides siempre que te dirija la conclusión. Mi querido amigo, enviaré inmediatamente material para la segunda entrega de ocho pliegos, pero eso no será todavía el fin. Comprendo que he comenzado un folleto, pero que lo he terminado como un libro. Esto no tiene forma, pero no hay nada que hacer, yo mismo soy amorfo, y aunque amorfo el libro será sólido y viviente. Lo escribí ya casi completamente. No hay más que poner el todo en orden. Es mi primer y mi último libro, mi testamento espiritual. Y entonces, querido amigo, no pongas obstáculos, tú sabes que es imposible renunciar a un plan favorito, a mi último pensamiento, ni modificarlo siquiera. Arrojad lo natural, vuelve al galope. Se trata del dinero. En total no se reunió más que para diez pliegos y no habrá menos de 24. No te preocupes, he tomado ya medidas para reunir la suma necesaria. La cosa principal es que haya dinero para la primera entrega de 6, 7 u 8 pliegos; imprimid pues y publicad atrevidamente la primera entrega exactamente en las dimensiones queridas por mí (y no en las fijadas por vosotros). Dios da el día, Dios da también el pan. [Proverbio ruso].

Es claro, creo yo, y ahora haced como os pido, exactamente y pronto y todo irá bien.

Si dependiera de mí, no dejaría ni a Ross ni al del lago [el hombre del lago Neuchatel, es decir, James Guillaume] ir a París sobre todo a este último [que habría ido por razones privadas, proyecto ya abandonado]. Pero respeto la libertad de mis amigos y cuando esté convencido de que la decisión de marchar es inalterable, no seré un obstáculo. Ross ha marchado ya. Tengo que caiga en lances no amistosos antes de llegar a París; los hijos de perra están ahora exasperados contra todos los extranjeros; en Marsella han fusilado garibaldinos con particular delicia. Mientras no haya un movimiento serio en provincias, no veo salvación para París. Veo que París está fuerte y decidido, gracias a los dioses. En fin, han pasado del período de la fase al de la actuación. Cualquiera que sea el fin, han establecido, sin embargo, un hecho histórico enorme. Pero para el caso de un fracaso me quedan dos votos

que hacer: 1) que los versalleses no venzan a París de otro modo que con la ayuda directa de los prusianos, 2) que los parisienses, al parecer hagan perecer junto con ellos la mitad del París por lo menos. Entonces la cuestión de la revolución social, a despecho de todas las victorias de la guerra, se planteará como un hecho enorme irrefutable.

Se puede hacer todavía el cambio, titulado mi libro así: *El imperio knuto-germánico y la revolución social*.

Tu M. B.»

Fue tarde para cambiar el título, puesto que la primera hoja, ya impresa entonces, pero que Bakunin no había visto, contiene el título antiguo [¿qué según la carta del 5 de abril no habría sido dado por Bakunin mismo?]: *La revolución social o la dictadura militar*⁴. Pero se conformaron a las demás instrucciones de Bakunin que, como se advierte, debió tomarse una molestia increíble para que sus auxiliares de Ginebra llevaran a buen fin su trabajo, sin embargo, bastante sencillo. A pesar de todas las dilaciones y una correspondencia continua entre el autor y Ogaref y Ozerof, nadie tuvo la idea de enviarle una prueba y se horrorizó con justa razón y se enfureció cuando vio el texto estropeado de la edición en rústica pronta a aparecer así con una tapa sin título. No quiso tratar más con la Imprenta Cooperativa e hizo imprimir en Neuchatel, en la imprenta de Guillaume, una lista de erratas completada aún por Guillaume; se imprimió también allí una nueva cubierta que lleva en fin el título que se conoce. Se habían impreso 1.000 ejemplares; la factura de 505 francos calcula 408 francos por 8 pliegos, precio aumentado «en razón de la copia casi ilegible» (dice la factura); se pagó, pues, más caro el lodazal que se hizo con el texto de un autor que había tenido demasiada confianza en los cuidados y la competencia de sus amigos. Se había compuesto además una parte de la segunda entrega por 102 francos, y además los gastos de Neuchatel ascendieron a 80 francos. El dinero fue pagado, sobre todo con la ayuda de un estudiante ruso, Sibiriakof, entonces en Munich. Se contaban con éste para solucionar los gastos de una segunda entrega, impresa en Neuchatel, 8 pliegos por 512 francos, pero Sibiriakof escribió el 2 de junio que no podía prometer nada, lo cual hizo interrumpir la publicación.

Es verdad que Bakunin conservó todavía la esperanza; escribió el 10 de junio a James Guillaume:

⁴. Se encuentran en la parte escrita a fines de febrero las palabras: «El imperio pruso-germánico o *knuto-germánico* que el patriotismo alemán levanta hoy sobre las ruinas y en la sangre de Francia». He aquí el origen del título donde el adjetivo *knuto* reemplaza, pues, en la intención del autor, el adjetivo *pruso* y, por consiguiente, no tiene nada que ver con Rusia (con el *knut* ruso).

«Querido amigo: Te envió la carta de Sibiriakof [del 8 de junio], adjunto una carta que si tú crees útil, puedes enviar. Sin duda has recibido lo que escribí el 5 de este mes y que te he enviado, como habíamos convenido, para el amigo Zurich [el estudiante ruso Panomaref]. ¿Qué piensas del arreglo que te propuse?, me parece realizable. Si venden 40 ejemplares [del *Imperio Knuto-germánico*] en Saint Imier, la Chaux-de-Fonds, Locle, lo que no me parece imposible, eso dará 60 francos; con los 30 francos enviados de Munich [ejemplares para Sibiriakof y sus amigos], eso dará 90. De éstos, 40 francos para Locle, otros 40 para Sonvillier, 6 que debo como responsable de la *Solidarité* [déficit de periódico], 4 francos de gasto de correo [eso quiere decir que Bakunin pagó así lo que debía en el Jura por el pago de su mantenimiento]. Quedaré debiéndote por dos libras de té, si me las envías; si no me las enviaste ya, no lo hagas, porque espero de Ginebra...

En cuanto a la suma necesaria para la segunda entrega, tengo la confianza que se encontrará pronto y el manuscrito de esta entrega no tardará en llegarte completo. El amigo de Zurich se preocupa por completar la suma y además tendría otros amigos.

Envíame lo más pronto posible los otros 210 ó 200 ejemplares para que los expida a Italia, donde los amigos los esperan ya.

Te envié esta mañana por el correo no ocho, sino once volúmenes de Grote [*Historia de Grecia*] y cuatro volúmenes de Auguste Comte [*Curso de filosofía positiva*]. Te ruego envíes inmediatamente estos últimos a Fritz Robert, al que se los he prometido...

He recibido una carta de Ross [había teleografiado primeramente desde Zurich que estaba de regreso de París, donde otro camarada, el joven polaco Lankiewicz, había muerto en los combates]. Le insito a que escriba su diario lo más detallado y lo más severamente verídico [sobre la Comuna; no lo hizo]. Nosotros lo traduciremos, primero para los amigos íntimos, porque toda la verdad no puede decirse en público. No debemos disminuir el prestigio de ese hecho inmenso, la Comuna, y debemos defender incondicionalmente en este momento mismo a los jacobinos que han muerto por ella. Hecha la traducción, tú verás la parte que se puede sacar para el público, ¿no es así? Espero con impaciencia tu carta.

Tu abnegado M. B.»

Según una nota que había conservado Guillaume y que me comunicó,

recibió de Ginebra 376 ejemplares en rústica; Ozerof recibió 124 para introducirlos en Saboya y en Francia; 200 ejemplares fueron enviados a Italia; he aquí 750 ejemplares, la suerte de los otros 250 me es desconocida. El volumen entró muy poco en la circulación general; hubo largo tiempo depósitos, pero desde hace muchos años todo ha desaparecido y se ha vuelto bastante raro, aunque no tan raro como un gran número de los demás escritos de Bakunin en ediciones originales.

V

De regreso en Locarno el 1 de junio después de su viaje por el Jura, de lo que se hablará aún, Bakunin recibe noticia de la grandeza del desastre de París, de la masacre de los combatientes de la Comuna; su diario anota el 3 y el 4: tristes noticias de París. El 5 se siente impulsado, se iría a reivindicar la causa, vencida por el momento, de la Comuna, y habla de ella en un *Preámbulo para la segunda entrega del Imperio knuto-germánico* [véase carta a Guillaume del 10 de junio] que prepara. Escribe lentamente, por lo demás, con interrupciones y mucha correspondencia a que atender, hasta el 23 de junio, 14 hojas. Esa introducción al libro llega pronto a su asunto principal: «el socialismo revolucionario acaba de intentar una primera manifestación brillante y práctica en la Comuna de París», y continúa: «Yo soy un partidario de la Comuna de París», etc.

Estas páginas fueron sacadas por primera vez de los papeles de Bakunin por Eliseo Reclus, el cual las publicó en la revista anarquista ginebrina *Le Travailleur* (en abril de 1878, págs. 6-15), bajo el título creado por él: *La Comuna de París y la noción del Estado*. Más tarde se remitió el manuscrito a Bernard Lazare, que lo publicó en los *Entretiens politiques et littéraires* (París, número 29, agosto de 1892, págs. 59-70), edición más correcta que la primera impresión, pero desgraciadamente el manuscrito original no se volvió a encontrar desde entonces. Esta apreciación de la Comuna fue muy a menudo reimpressa y traducida desde esa época en folleto; una traducción rusa (Ginebra, 1892, 20 páginas) está acompañada de una carta de Piotr Kropotkin, que sería interesante recoger.

Es lástima que este manuscrito no haya sido continuado y vale la pena examinarlo con gran atención en vista de lo que hemos experimentado de las luchas sociales de nuestro tiempo y de lo que vamos a ver todavía y quizás a vivir nosotros mismos. No se aprovechó bastante la experiencia de la Comuna, que reunió en su seno precisamente las dos tendencias, la autoritaria y la libertaria, que encierran los movimientos de nuestros días y que, en el fondo, son los componentes inevitables de todo movimiento revolucionario; habrá siempre en ellos libertarios, pero desgraciadamente, por largo tiempo aún, será de los autoritarios. En la Comuna los dos grupos se llamaban mayoría y minoría, jacobinos e internacionales. Pero el desastre de la Comuna, la espantosa carnicería de la semana de mayo, las prisiones, la deportación, el destierro —y también y la energía

iguales de los partidarios convencidos de ambas tendencias— los rodeó a todos con la misma aureola de luchadores y de mártires y la crítica se impuso silencio. Bakunin dice eso en la carta a Guillaume, el 10 de junio, y lo practica en su manuscrito que no oculta su punto de vista libertario, lejos de eso, pero que se conforma a las exigencias completamente naturales de la solidaridad revolucionaria. Se tendrá en cuenta este hecho inevitable al leer sus páginas como la mayoría de las apreciaciones corrientes sobre la Comuna. Si la crítica seria (no la polémica personal, que no ha faltado) sobre la Comuna de París hubiese tenido más vigor —sin descuidar por eso el deber de solidaridad contra la burguesía y los gobiernos—, se hubiera estado mejor preparado para recibir los acontecimientos de 1917 en Rusia y en otras partes, se hubiera podido obrar en lugar de ser deslumbrado, mal informado, vacilante, ingenuo y cualquier otra cosa menos activo, y los años posteriores no se habría sucedido en Europa en el caos intelectual, por decirlo así, del mundo revolucionario. No es jamás demasiado tarde para saber, y la crítica de Bakunin, aunque velada, es siempre digna de atención.

Por lo demás, la Comuna no es el asunto predominante más que en la pequeña parte de ese «preámbulo» que se escribió; el autor llega pronto a una tesis más general: «La abolición de la Iglesia y el Estado debe ser la condición primera e indispensable de la emancipación real de la sociedad; después de lo cual puede y debe organizarse de otra manera...», y entra en un vasto asunto de la emancipación religiosa, muy bellas páginas interrumpidas en las palabras: «Si el progreso de nuestro siglo no es un sueño mentiroso, debe acabar con la Iglesia».

Según sus notas diarias, estaba bastante ocupado en los últimos días, cuando trabajaba en ese escrito; anota tres veces: «Preámbulo poco» (el 20, 21 y 23 de junio); recibe la revista de Fanelli (del 19 al 26) escribe una «larga carta cifrada a Sonvillier», que envía por Zurich (para Schwitzguebel, por Ponomaref), una larga carta a Ross, le ocupan correspondencias para Italia y España, etc. El 25 anota: «Recomienza advertencia».

¿Ha visto que la parte teórica del *Preámbulo* tomaba grandes proporciones y se apartaba demasiado del contenido del libro mismo?⁵ ¿O buscó de nuevo el asunto que era más actual, el enemigo victorioso de la hora, para combatirlo de frente?

5. Existe aún la posibilidad de que una parte importante del manuscrito haya existido y se encuentre perdida hasta el presente. Conozco una carta de Eliseo Reclus a la mujer de Bakunin, del 13 de junio de 1878, donde dice que grandes obstáculos monetarios impiden la continuación de la revista *Le Travailleur*, «pero eso no nos impedirá preparar para la impresión los artículos de Bakunin. El fin del artículo... está listo. Hallaremos los medios de publicarlo». Es, pues, posible que el manuscrito de Bakunin, que se había copiado sin duda en esa ocasión, ha sido extraviado entonces. Reclus no hizo otra publicación desde entonces hasta la impresión de *Dios y el Estado*, en 1882.

Este enemigo no fue ya en primer grado en ese momento Alemania por su triunfo militar efímero, ni la burguesía francesa personificada en Thiers que había aplastado la Comuna de París, fue ya en ese momento tras esa burguesía la «burguesía rural», la antigua aristocracia, y con y tras ella la «iglesia, Roma», la eterna esclavitud religiosa, y es contra eso contra lo que la *Advertencia*, escrita del 25 de junio al 3 de julio (48 páginas de manuscrito) está dirigida en primer lugar. La burguesía de las ciudades, por odio al socialismo, ha dejado degollar al pueblo del París, y de abdicó por eso mismo de todo carácter progresivo, y la «burguesía rural» (los «rurales», como todo el mundo decía entonces) se ha convertido en «la clase realmente dominante en Francia», pero ella misma no es más «que un instrumento pasivo y ciego en manos del clero». Será, pues, «la intriga ultramontana», «será la iglesia de Roma, en una palabra, lo que se encargará en lo sucesivo del gobierno de Francia y la que, formando una alianza defensiva o ofensiva con la razón del sable y la moralidad de la bolsa, la tendrá en sus manos hasta la hora más o menos cercana en que la causa de los pueblos, de la humanidad, representada por la revolución social, triunfe». Hace, pues, lo que llama «nuestros estudios históricos sobre el desenvolvimiento del partido del orden en Francia», en espera de la hora de la liberación por la revolución social.

Son páginas brillantes en que zahiere ese horrible «partido del orden» que conocemos tan bien en nuestros días. Agota para estas páginas, tan rápidamente esbozadas, su propia experiencia, los años pasados en París, en las postrimerías de Luis Felipe, su observación constante de la vida política y social europea desde 1862. Pienso que esas páginas pertenecen a lo más bello y sólidamente establecido que haya escrito, porque en el fondo de cada nota hay una abundancia de hechos que conoce bien y todo está impregnado del más puro espíritu libertario, del verdadero pensamiento libre. En una discusión de los diputados campesinos en la Asamblea Constituyente en 1848 el manuscrito es interrumpido y perdemos así la continuación de uno de sus escritos mejor inspirados.

Existe una variante inédita, las páginas 22 a 29, sobre las cuales ha escrito el reverso como asunto principal: «Bonapartistas, hombres fuertes», que corresponde en efecto al contenido del texto de las páginas 21-22 de la *Advertencia* (*Oeuvres*, t. IV, págs. 305-6). No tengo a mi disposición en este momento un fragmento inédito que espera su publicación.

No hay por qué asombrarse de que Bakunin haya dirigido entonces su mayor atención al asunto de la iglesia de Roma. Si lo comprendo bien, la derrota del proletariado en París, la sofocación del socialismo en Francia por un número indefinido de años, marcó para él el fin de ese periodo ascendente, lleno de esperanzas, de 1860-70, el período de Garibaldi, de la insurrección polaca y de la Internacional. Veía demasiado claro la reacción estatista brotar de la nueva Alemania victoriosa y la reacción antisocialista primero, clerical luego, evolucionar de la Francia de los rurales,

luego del «gobierno del orden moral» victorioso sobre el pueblo de París, y dio la voz de alarma sobre ambos peligros. Se ve por diferentes notas escritas algunos años más tarde que balanceaba el peligro del «Estado» y el peligro de la «Iglesia» para ver cuál sería el mal mayor, y concluyó que la esclavitud mental, la imbecilidad psíquica que crea la iglesia es aún más funesta que el sometimiento físico por el Estado. Siguió las diversas luchas de los años siguientes contra el clericalismo con el mayor interés. El escrito presente, la *Advertencia*, expresaba, pues, sentimientos que le afectaban hondamente.

Pero una cuestión de solidaridad exigió su atención inmediata; las intrigas ginebrinas contra la sección de la «Alianza de la democracia socialista» exigían una defensa común e hizo lo que estaba de su parte, más que los otros, y entregó a eso todo su tiempo desde el 4 de julio. La *Advertencia* quedó inconclusa. Después de eso comienza la defensa de la Internacional y de la Comuna contra los ataques verdaderamente malvados de Mazzini, y desde entonces el nuevo movimiento italiano le absorbe. Y cuando en el otoño fue posible imprimir un folleto, imprime *La teología política de Mazzini y la Asociación Internacional de los Trabajadores* y no una segunda entrega de su libro.

No es sino en noviembre-diciembre de 1872 cuando comienza un largo escrito, cuyas primeras páginas faltan, pero que designa en la página 58 como «segunda entrega del *Imperio knuto-germánico*»... Permaneció inédito y fue publicado en las *Oeuvres*, t. IV (1910), págs. 395-510; encontrará su puesto en un volumen subsiguiente de la edición presente.

VI

Las *Tres conferencias a los obreros del Valle de Saint Imier*, en el Jura bernés en mayo de 1871, por Bakunin, que forman la conclusión del volumen presente, nos muestra un trabajo improvisado de propaganda socialista inmediata, pero que mantiene ese nivel elevado del pensamiento que Bakunin sabía dar a todos sus esfuerzos. Redactó el texto completo para leerlo en Sonvillier, donde permaneció desde el 28 de abril hasta mediados de mayo en casa de Adhemar Schwitzguebel a quien dejó el manuscrito. Éste hizo una copia y remitió el original a Guillaume. En 1893 me comunicó Schwitzguebel en Bienne su copia, en la que faltaba una hoja. Antes de publicar ese texto incompleto —pero notable, sin embargo, y bastante correctamente copiado del manuscrito del autor que, como tan a menudo, contenía algunas palabras de lectura difícil— en la *Société Nouvelle*, de Bruselas, marzo y abril de 1895, me había dirigido a Guillaume para coleccionar y completar la copia de acuerdo al original, pero no juzgó entonces importante y oportuno ver publicado ese manuscrito. Relato este detalle a causa de su crítica, un poco exagerada del primer texto (*Oeuvres*, tomo V, pág. 298), donde no se dice que le hubiera sido muy fácil facilitar entonces la edición de un texto completo y correcto. La

edición de 1895 fue traducida varias veces, entre otras, en español, en *El Eslavo* (Tampa, Florida), pero evidentemente todas esas ediciones habría que modificarlas de acuerdo al texto completo, en *Oeuvres*, tomo V, págs. 298 a 360, publicado en 1911.

Bakunin, como se sabe bien, fue sorprendido por el movimiento puramente local de París el 18 de marzo, como todo mundo. Estaba absorbido entonces —como se verá en detalle en el prólogo del tomo III— por las partes más abstractas y difíciles de su libro proyectado, y al lado de eso los esfuerzos para arreglar su situación material desesperada hicieron necesario un viaje a Florencia para ver a ciertas personas; partió el 19 de marzo y volvió el 3 de abril a Locarno. En entonces cuando recibió noticias de sus camaradas rusos íntimos, Ozerof y Ross, dispuestos a partir para París, y escribió el 4 una carta a Varlin, que Ozerof debía remitirle en propias manos, pero Ozerof no llegó a París entonces. Ya el 9 de abril escribió a Ozerof que había comenzado a delirar (como él dice) lo mismo que sus amigos, pero que volvió en sí y considera perdida la causa de París. Escribe en este sentido a Schwitzguebel (carta del 8 de abril). En la carta del 16 admira la firmeza de París, pero la abstención de las provincias le hace desesperar de la salvación de la Comuna parisién.

Según lo que me dijo Guillaume, no existía hasta entonces ningún proyecto colectivo; no se trataba más que de la marcha de los camaradas más ardientes a París, lo que Bakunin pudo alentar al principio; después previno a sus amigos; pero respetó su libertad y los dejó hacer. Existía independientemente de él en Ginebra el plan todavía rudimentario de formar un cuerpo de guerrilleros, compuesto sobre todo de garibaldinos, que habría penetrado en Francia para sembrar la rebelión a favor de la Comuna, pero no había dinero. James Guillaume, que estaba particularmente ligado a Varlin, supo comunicarse con éste por medio de un obrero de Locle, que se dirigió a París y logró remitirle a Varlin una pequeña nota de Guillaume. Era todavía en la época del Comité Central, en las primeras semanas después del 18 de marzo, y el contenido de la respuesta de Varlin fue «que no se trataba de una revolución social, como se imaginaban, que no habría más que un movimiento espontáneo e inesperado de la guardia nacional a favor de un consejo municipal, un asunto completamente local: París demanda la Comuna «elegida».

Varlin creía que se estaba en vías de arreglarse pacíficamente con el gobierno, que después de las elecciones próximas del Comité Central presentaría su dimisión y que todo habría acabado. Sería locura querer hacer una revolución seria con los prusianos a las puertas de París. En cuanto a sostener el proyecto mencionado con dinero, no había que pensar en ello; existía una contabilidad regular y la idea de enviar diez o veinte mil francos sería romántica e irrealizable. Se pensaba entonces que se tenían los millones de la Banca de Francia «para protegerlos y no para derrocharlos». Tales sentimientos animaban a los mejores en París hasta que

fue demasiado tarde; algunas semanas después, cuando los versalleses se reforzaron e hicieron la guerra abierta a la Comuna para exterminarla, hubo algunos emisarios de París que fueron hasta Ginebra, desde donde se estaba en relaciones con los lyoneses; éstos prepararon movimientos parciales, pero abortaron. Los camaradas de Bakunin, Joukowski y otros prestaban su concurso, pero todos estos esfuerzos carecían de verdadero ímpetu.

Bakunin estaba sin duda al corriente de las cosas lyonesas mediante una correspondencia frecuente con Ozerof. El 13 de abril anota: «carta de Ozerof» —anuncia llegada de Parraton a Ginebra (uno de los lyoneses del 28 de septiembre de 1870)—; el 17: «Carta de Camilo Camet. Carta a Camet y Ozerof enviada». Camilo Camet permaneció en Suiza, 1872, y en España, 1873, en el medio íntimo anarquista de entonces. Joukowski conservó esta nota del 17 de abril, dirigida a Camet:

«Este 17 de abril de 1871. Locarno.

Mi querido amigo: Estoy muy contento por saber que aún está con vida y libertad y espero que también con buena salud. —Sólo estoy asombrado de que no haya buscado ni encontrado a nuestro amigo Jean [Ozerof], que se halla en Ginebra (pida su dirección a M. Zamperini [un internacionalista italiano], 12 en ka Cluse), y que se habría alegrado de verle. Habría podido darle todos los detalles sobre lo que a mí se refiere—. Escríbame de inmediato a la dirección siguiente: Locarno, cantón de Tessino. Señora Teresa Pedrazzini (para la señora Antonia).

Espero con impaciencia su carta.

M. Bakunin.»

El 25 de abril, pues, Bakunin partió, se reunió con Guillaume el 27 en Neuchatel y a partir del 28 se estableció en Sonvillier, en casa de Schwitzgubel, su primera visita a esa parte del Jura, en tanto que conocía desde 1869 la región neuchatelense de las montañas. Guillaume cuenta que fue a verle una vez (*L'Internationale*, t. II, pág. 151) y «comenzaba a hastiarse, y me lo dijo. Si entre los obreros hay algunas naturalezas de “élite”, un gran número de ellos carecen de la solidez de carácter, que es lo único que puede hacer revolucionarios serios y seguros; los “gritadores” y “bebedores”, como dijo [en las últimas palabras de la tercera conferencia], podían muy bien ser arrastrados a un acto de rebeldía en un momento de exaltación pasajera, pero no eran capaces de acción reflexiva, voluntaria y profunda». En abril, antes de la llegada de Bakunin,

Schwitzguebel escribió a Joukowski: «tuvimos fiesta estos días pasados; algunos de nuestros miembros se exaltaron bebiendo y han tenido ideas que perjudicarán más que beneficiarían. Pero los acontecimientos harán olvidar esa torpe salida». Tales detalles explican la ligera crítica que encierran las últimas palabras de las conferencias.

De estas semanas data la fotografía de Bakunin, hecha por Sylvain Clement, de Saint Imier (el mismo de quien habla en la segunda conferencia); le muestra muy viejo, completamente cano, en gran contraste con la fotografía muy popular hecha en Ginebra en el otoño de 1867.

«A mediados de mayo —continúa Guillaume— salió del valle de Saint Imier para volver a detenerse en Locle [Hotel des Trois Rois], donde debía hallar otra vez un medio conocido por él [desde 1869] y en donde además estaba más cerca de la frontera francesa. Se habían poco a poco precisado proyectos de acción en nuestros espíritus: el pensamiento de dejar luchar solos a nuestros hermanos de París, sin procurar ir en su ayuda, nos era insoportable. No sabíamos lo que nos sería posible hacer, pero queríamos absolutamente hacer algo».

Según lo que me contaron los camaradas jurisianos de esta época, uno de los planes fue el de entrar en Francia en banda, con Ozerof a la cabeza, ir de pueblo en pueblo como una avalancha para crear una fuerza de apoyo a París. Otro plan era el de un movimiento local parecido al de la Comuna, si ésta se mantenía.

Guillaume informa de otro proyecto más, de que da fe una carta de Bakunin a él (19 de mayo), que reproduce:

«...Te prevengo que Adhemar ha escrito a... [Besançon] y que es posible que un amigo de allá vaya a tu casa mañana sábado [20], o el domingo [21] a la dirección directa de Adhemar [Schwitzguebel] le envió».

Y añade:

«Nosotros iremos, naturalmente, el domingo, los loclenses y yo con el primer tren de Locle [a Neuchatel]. Si no puedes venir tú mismo a recibirnos a la estación, envíame a tu hermano y dile el nombre del hotel en el que, conforme a mi ruego, has hecho conservar una habitación para mí y para Ozerof, a fin de que pueda transportar inmediatamente mis cosas. Hasta pronto. Tuyo M. Bakunin.»

Esta reunión se ocupó de los asuntos de la Internacional jurisiana, pero, dice Guillaume, fue también discutido el movimiento proyectado; «y es

entonces cuando se decidió que Treyvand y yo iríamos a preparar el terreno». No es seguro que Bakunin haya asistido a esta reunión. Todos estaban vigilados entonces por la policía; Bakunin y Ozerof se habían alojado en un hotel cerca de la estación y —cuenta Guillaume— «el teniente de la gendarmería Chatelain se instaló en el piso bajo del hotel, y desde allí tomó los nombres de cuantos iban a visitar a los dos rusos».

Algunos socialistas, relojeros, de Besançon que tenían relaciones con los jurasianos para el contrabando de impresos habían propuesto a éstos para ir a dicha localidad algunos centenares y proclamar allí la Comuna con ayuda de los camaradas locales. Se habría ido allí con armas, en tres o cuatro grupos. Guillaume era muy pesimista: éstas eran operaciones militares en las que les faltaban la experiencia, y la población de Besançon no era comparable a la de París. Prevenía una catástrofe, pero no se habría abstenido por eso. Bakunin no promovió objeción alguna contra el proyecto. No hubo apresuramiento, porque no se tenía ninguna idea de que la caída de la Comuna fuese inminente.

Lo fue en efecto, porque el mismo domingo que se deliberó en Neuchâtel, entraban los versalleses en París (21 de mayo). El viaje a Besançon no tuvo, pues, lugar. Se desarrolló la semana sangrienta y llegaban día a día con una intensidad creciente noticias de la muerte de sus camaradas y amigos, de la masacre general, de los incendios que convertían en ruinas una parte de París.

«Bakunin —cuenta Guillaume— no tuvo debilidad. Esperaba la derrota; no temía más que una cosa, o sea, que en la catástrofe final los comunales careciesen de audacia y de energía. Pero cuando supo que se defendían como leones y que París estaba en llamas, lanzó un grito de triunfo: “¡Muy bien! ¡Son hombres!” —dijo a Spichiger... al entrar bruscamente en el taller cooperativo, golpeando con su bastón sobre la mesa— ». Según lo que se me contó, había dicho antes que sería necesario que las Tullerías ardiesen, y cuando sucedió esto entró a grandes pasos en el taller cooperativo, golpeando con su bastón la mesa y gritando: «¡Muy bien, amigos míos, las Tullerías arden! Os pago a todos un ponche». Estaba lleno de entusiasmo; sus cartas a Ogaref confirman por los demás estos recuerdos. Quería en la revolución la destrucción completa, el hecho realizado, cortadas de las vías de regreso, y, si es preciso morir, la muerte de Sansón, que destruye a sus enemigos al matarse.

Se vio aún con los jurasianos militares en su visita semanal en Couvers, el 28, pasó una noche en casa de Guillaume, en Neuchâtel, el 29, donde se mostró un conversador ameno en un medio familiar, relatando sus vidas y sus viajes; partió el 30 para Locarno, a donde llegó el 1 de junio. Sentía vencida la revolución, postergada por largo tiempo, sabía que no la vería más, lo que no le impidió trabajar por ella como hasta entonces todo el resto de su vida.

He aquí estas dos introducciones de los tomos I y II de esta edición casi

un año de la vida de Bakunin, desde agosto de 1870 hasta junio de 1871; ha hecho todo lo posible por pasar de la idea a la acción, pero sus fuerzas y las de sus camaradas eran todavía demasiado débiles para hacer algo más que tocar someramente el curso de los acontecimientos. Pero nos ha dejado sus ideas, reunidas en estos dos volúmenes y en otros dos que seguirán; estudiemos esas ideas con un espíritu crítico; y que se realice por fin lo que aún queda de válido con los medios mucho más grandes de que se dispone ahora. Se ve en estos relatos no adulterados por la exageración, la debilidad de los medios materiales de Bakunin para obrar y el poder de sus ideas; que se reflexione un poco sobre lo que habría intentado, soñado si se quiere, hacer con las masas y las fuerzas de que se dispone el movimiento obrero de nuestros días —¡y lo que nosotros hacemos!—. Al recorrer estos volúmenes, con la ayuda de nuestra experiencia moderna, encontraremos muchos motivos de reflexión seria y de interés siempre vivo.

Max Nettlau

28 de octubre de 1923

PRIMERA ENTREGA ¹

29 de septiembre de 1870, Lyon.

Querido amigo:

No quiero irme de Lyon sin haberte dicho una última palabra de despedida. La prudencia me impide ir a estrecharte otra vez la mano. No tengo nada más que hacer aquí. Había venido a Lyon para combatir o para morir con vosotros. Había venido porque tengo la suprema convicción de que la causa de Francia que se ha convertido hoy en la de la humanidad y que su caída, su sometimiento al régimen que le será impuesto por la bayoneta de los prusianos, será la mayor desgracia que, desde el punto de vista de la libertad y el progreso humano, pueda sucederle a Europa y al mundo.

He tomado parte en el movimiento de ayer y he firmado con mi nombre las resoluciones del *Comité Central de Salvación de Francia*, porque, para mí, es evidente que después de la destrucción real y completa de toda la maquinaria administrativa y gubernamental de vuestro país, no queda otro medio de salvación para Francia que la sublevación, la organización y la federación espontánea, inmediata y revolucionaria de sus comunas, fuera de toda tutela y de toda dirección oficiales.

Todos esos fragmentos de la antigua administración del país, esas municipalidades compuestas en gran parte de burgueses o de obreros convertidos a la burguesía —gentes rutinarias si las hay, desprovistas de inteligencia, de energía y de buena fe—; todos esos procuradores de la república, esos prefectos y esos subprefectos, y sobre todo esos comisarios extraordinarios provistos de plenos poderes militares y civiles, y a los que la autoridad fabulosa y fatal de ese resto de gobierno que reside en Tours acaba de investir en ese momento con una dictadura imponente —todo eso no vale más que para paralizar los últimos esfuerzos de Francia y para entregarla a los prusianos—.

El movimiento de ayer, si hubiese triunfado, cosa que habría acontecido si el general Cluseret, demasiado aficionado a agrandar a todos los partidarios, no hubiese abandonado la causa del pueblo tan pronto; ese movimiento que habría derribado la inepta municipalidad de Lyon, imponente y reaccionaria en sus tres cuartas partes, y que

¹. Locarno, mediados de noviembre de 1870 a mediados de marzo de 1871.

la habría reemplazado por un comité revolucionario, omnipotente en cuanto expresión inmediata y real, no ficticia, de la voluntad popular; ese movimiento, digno, habría podido salvar a Lyon y con Lyon a Francia.

He aquí que han transcurrido veinticinco días desde la proclamación de la república. ¿Qué se ha hecho para preparar y originar la defensa de Lyon? Nada, absolutamente nada.

Lyon es la segunda capital de Francia y la llave del Mediodía. Además de la misión de su propia defensa, tiene un doble deber que cumplir: el de la organización de la sublevación armada del Mediodía y el de liberar a París. Podía hacer, puede aún, lo uno y lo otro. Si Lyon se subleva arrastrará necesariamente con él todo el Mediodía de Francia. Lyon y Marsella se convertirían en los dos polos de un movimiento nacional y revolucionario formidable, de un movimiento que, al sublevar al mismo tiempo los campos y las ciudades, suscitaría centenares de millares de combatientes y opondría a las fuerzas militarmente organizadas de la invasión la omnipotencia de la revolución.

Por el contrario, debe ser evidente para todo el mundo que si Lyon cae en manos de los prusianos, Francia estará irremediablemente perdida. Desde Lyon a Marsella no encontrarán obstáculos. ¿Y entonces? Entonces Francia se convertirá en lo que fue Italia tanto tiempo frente a vuestro emperador: un vasallo de Su Majestad el emperador de Alemania. ¿Es posible caer más bajo?

Sólo Lyon puede ahorrarle esta caída y esta muerte vergonzosa. Pero es necesario para eso que Lyon se despierte, que actúe sin perder un día, sin perder un instante. Desgraciadamente los prusianos no pierden el tiempo. Se han olvidado de dormir: sistemáticos, como lo son todos los alemanes, siguiendo con una desesperante precisión sus planes sabiamente combinados, y uniendo a esa antigua cualidad de su raza, una rapidez de movimientos que se había considerado hasta aquí patrimonio exclusivo de las tropas francesas, avanzan resueltamente, más amenazadores que nunca, hacia el corazón mismo de Francia. Marchan sobre Lyon. ¿Y qué hace Lyon para defenderse? Nada.

Y, sin embargo, desde que Francia existe, nunca se encontró en una situación más desesperada, más terrible. Todos sus ejércitos están destruidos. La mayor parte de su material de guerra, gracias a la honradez del gobierno y de la administración imperial, no existió nunca más que en el papel, y el resto, gracias a su prudencia, fue tan bien enterrado en las fortalezas de Metz y Estrasburgo, que probablemente servirá más al ejército de la invasión prusiana que al de la defensa nacional. Este último carece de cañones, de municiones, de fusiles en todos los puntos de Francia, y, lo que aún es peor, carece de dinero para comprar todo eso. No quiero decir que el dinero falte a la burguesía

de Francia; al contrario, gracias a las leyes protectoras que le ha permitido explorar ampliamente el trabajo del proletariado, sus bolsillos están repletos. Pero el dinero de los burgueses no es patriótico, y prefiere ostensiblemente hoy la emigración, hasta las requisas forzadas por los prusianos, al peligro de ser invitado a concurrir a la salvación de la patria en la miseria. En fin, ¡qué no podré decir!, Francia no tiene ya administración. La que existe aún y que el gobierno de Defensa Nacional ha tenido la debilidad criminal de conservar es una máquina bonapartista, creada para el uso particular de los bandidos del 2 de diciembre y, como lo dije ya en otra parte, sólo capaz, no de organizar, sino de traicionar a Francia hasta el fin y de entregarla a los prusianos.

Privada de todo lo que constituye la potencia de los prusianos, Francia no es ya un Estado. Es un inmenso país, rico, inteligente, lleno de recursos y de fuentes naturales, pero completamente desorganizado, y condenado en medio de esa organización espantosa a defenderse contra la invasión más asesina que haya jamás acometido a una nación. ¿Qué puede oponer a los prusianos? Nada más que la organización espontánea de una inmensa sublevación popular, *la revolución*.

Aquí oigo gritar a todos los partidarios del orden público, a los doctrinarios, a los abogados, a todos esos explotadores de guantes amarillos del republicanismo burgués, y a un gran número también de sedicentes representantes del pueblo, como vuestro ciudadano Brialou, por ejemplo, tráfugas de la causa popular, y a quienes una ambición miserable, nacida ayer, impulsada hoy al campo de los burgueses:

«¡La revolución! ¡Pensad en ello; sería el colmo de la desgracia para Francia! ¡Sería un desgarramiento interior, la guerra civil en presencia de un enemigo que nos aplasta, que nos abrumba! La confianza más absoluta en el gobierno de Defensa Nacional, la más perfecta obediencia ante los funcionarios militares y civiles en quienes haya delegado el poder, la unión más íntima entre los ciudadanos de opiniones políticas, religiosas y sociales más diferentes, entre todas las clases y todos los partidos: he ahí los únicos medios para salvar a Francia».

* * *

La confianza produce la unión, y la unión crea la fuerza, he ahí, sin duda, verdades que nadie intentará negar. Pero para que sean verdad hacen falta dos cosas: es preciso que la confianza no sea una tontería y que la unión, igualmente sincera de todas las partes, no sea una ilusión, una mentira, o una explotación hipócrita de un partido por otro. Es preciso que todos los partidos que se unen, olvidando completamente, no para siempre, sin duda, sino para el tiempo que debe du-

rar esa unión, sus intereses particulares y necesariamente opuestos —intereses y fines que en tiempos ordinarios los olviden— se dejen absorber igualmente en la persecución del fin común. De otro modo, ¿qué sucederá? El partido sincero se convertirá necesariamente en la víctima y en el engañado del que lo sea menos o del que no lo sea absolutamente nada, y se verá sacrificado, no al triunfo de la causa común, sino en detrimento de esa causa y en beneficio exclusivo del partido que haya explotado hipócritamente esa unión.

Para que la unión sea real y posible, por lo menos, ¿no es necesario que el fin en nombre del cual los partidos deben unirse sea el mismo? ¿Sucede eso hoy? ¿Puede decirse que la burguesía y el proletariado quieren en absoluto la misma cosa? De ningún modo.

Los obreros franceses quieren la salvación de Francia a todo precio: aunque se debiese, para salvarla, hacer de Francia un desierto, hacer saltar todas las cosas, destruir e incendiar todas las ciudades, arruinar todo lo que es tan querido por los burgueses: propiedades, capitales, industria y comercio; convertir, en una palabra, el país entero en una inmensa tumba para enterrar a los prusianos. Quieren la guerra incondicional, la guerra bárbara a cuchillo si es preciso. No teniendo ningún bien material que sacrificar, dan su vida. Muchos de ellos, y precisamente la mayoría de los miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores tienen plena conciencia de la alta misión que incumbe hoy al proletariado de Francia. Saben que si Francia sucumbe, la causa de la humanidad en Europa se perderá al menos por un medio siglo. Saben que son responsables de la salvación de Francia, no tan sólo ante Francia, sino ante el mundo entero. Estas ideas no están difundidas sin duda más que en los obreros más avanzados, pero todos los obreros de Francia, sin distinción alguna, comprenden instintivamente que el sometimiento de su país al yugo de los prusianos sería la muerte de todas sus esperanzas en el porvenir; y están dispuestos a morir antes de legar a sus hijos una existencia de miserables esclavos. Quieren, pues, la salvación de Francia a todo precio y a pesar de todo.

La burguesía, o al menos la inmensa mayoría de esta respetable clase, quiere absolutamente lo contrario. Lo que le interesa ante todo es la conservación, a pesar de todo, de sus casas, de sus propiedades, de sus capitales; no es tanto la integridad del territorio nacional como la integridad de sus bolsillos, que llenó el trabajo del proletariado por ella explotado bajo la protección de las leyes nacionales. En su fuero interno, y sin atreverse a confesarlo en público, quiere, pues, la paz a todo precio, aunque debiese comprarla con el empequeñecimiento, la decadencia y la sumisión de Francia.

Pero si la burguesía y el proletariado de Francia persiguen objetivos no sólo diferentes, sino absolutamente opuestos, ¿por qué milagro se

establecería entre ellos una unión real y sincera? Está claro que esta conciliación tan sermoneada, tan predicada, no será nunca nada más que una mentira. Esta mentira ha matado a Francia; ¿se espera que le devuelva la vida? Por más que se condene la división, no existirá menos en la realidad, y puesto que existe, puesto que por la fuerza misma de las cosas debe existir, sería pueril, diré más, sería funesto, desde el punto de vista de la salvación de Francia, ignorar, negar, no confesar altamente su existencia. Y ya que la salvación de Francia os llama a la unión, olvidad, sacrificad todos vuestros intereses, todas vuestras divisiones, y todas vuestras ambiciones personales; olvidad y sacrificad, en tanto sea posible hacerlo, todas las diferencias de partidos; pero en nombre de esa misma salvación, preservaos de toda ilusión: en la situación presente las ilusiones son mortales. No busquéis la unión más que con aquellos que quieren tan seriamente, tan apasionadamente como vosotros mismos salvar a Francia *a todo precio*.

Quando se va al encuentro de un inmenso peligro, ¿no vale más marchar en pequeño número, con la plena certidumbre de no ser abandonados en el momento de la lucha, que arrastrar consigo una multitud de falsos aliados que traicionarán en el primer campo de batalla?

* * *

Lo mismo que con la unión sucede con la disciplina y la confianza. Son cosas excelentes cuando están bien colocadas, funestas cuando se dirigen a quien no las merece. Amante apasionado de la libertad, confieso que desconfío mucho de los que tienen siempre la palabra disciplina en la boca. Es excesivamente peligroso, sobre todo en Francia, donde la disciplina significa, la mayor parte de las veces, por una parte despotismo y por otra automatismo. En Francia, el culto místico a la autoridad, el amor al mando y la costumbre de dejarse mandar han destruido en la sociedad, tanto como en la mayoría de los individuos, todo sentimiento de libertad, toda fe en el orden espontáneo y viviente, que nadie más que la libertad puede crear. Habladles de la libertad y gritarán «¡anarquía!», porque les parece que desde el momento en que esa disciplina del Estado, siempre opresiva y violenta, cese de obrar, toda la sociedad debe desgarrarse entre sí y derrumbarse. Ahí yace el secreto de la asombrosa esclavitud que la sociedad francesa soporta desde que hizo su gran revolución. Robespierre y los jacobinos le han legado el culto a la disciplina del Estado. Encontraréis ese culto enteramente en todos vuestros republicanos burgueses, oficiales y oficiosos, y es él quien pierde a Francia hoy. La pierde al paralizar la única fuente y el único medio de liberación que le queda: el libre despliegue de sus fuerzas populares, y al hacerle buscar su salvación en la autoridad y en la acción ilusoria en un Estado que no representa

hoy otra cosa que una pretensión despótica, acompañada de una impotencia absoluta.

Por enemigo que sea de lo que se llama en Francia disciplina, reconozco siempre que una cierta disciplina, no automática, sino voluntaria y reflexiva, en perfecto acuerdo con la libertad de los individuos, es y será siempre necesaria, siempre que muchos individuos, unidos libremente, emprendan un trabajo o una acción colectiva cualquiera. Esta disciplina no es más que la concordancia voluntaria y reflexiva de todos los esfuerzos individuales hacia un fin común. En el momento de la acción, en medio de la lucha, las tareas se dividen naturalmente, según las aptitudes de cada uno, apreciadas y juzgadas por la colectividad entera: unos dirigen y mandan, otros ejecutan los mandatos. Pero ninguna función se petrifica, ni se fija, ni queda irrevocablemente asociada a una persona. El orden y el avance jerárquicos no existen, de suerte que el comandante de ayer puede convertirse en el subalterno de hoy. Nadie se eleva por encima de los demás, y donde se eleva no es más que para caer un instante después, como las olas del mar, volviendo siempre al nivel saludable de la igualdad.

En este sistema no hay propiamente poder. El poder se funde en la colectividad y se convierte en la expresión sincera de la libertad de cada uno, en la realización fiel y seria de la voluntad de todos; se obedece tan sólo porque el jefe del día manda lo que cada uno desea ejecutar.

He ahí la disciplina verdaderamente humana, la disciplina necesaria para la organización de la libertad. Esa no es la disciplina predicada por vuestros estadistas republicanos. Éstos quieren la vieja disciplina francesa, rutinaria y ciega. El jefe, no elegido libremente y sólo para un día, sino impuesto por el Estado para largo tiempo, sino para siempre, manda, es preciso obedecerlo. La salvación de Francia —os dicen— y aun la libertad de Francia no puede verificarse más que a ese precio. La obediencia pasiva, base de todos los despotismos, será también la piedra angular sobre la que fundaréis vuestra república.

Pero si mi jefe me manda volver las armas contra esa república o entregar Francia a los prusianos, ¿debo o no obedecerle? Si le obedezco, traiciono a Francia; y si le desobedezco, violo, rompo esa disciplina que queréis imponerme como el único medio de salvación para Francia. Y no digáis que este dilema que os ruego resolváis es un dilema ocioso. No, está animado por la actualidad, porque es en él donde se encuentran prisioneros vuestros soldados. ¿Quién no sabe que sus jefes, sus generales y la inmensa mayoría de sus oficiales superiores son en cuerpo y alma devotos del régimen imperial? ¿Quién no ve que conspiran abiertamente y por todas partes contra la república? ¿Qué deben hacer los soldados? Si obedecen, traicionarán a Francia; si desobedecen, destruirán lo que os queda de tropas regularmente

organizadas.

Para los republicanos, partidarios del Estado, del orden público y de la disciplina, ese dilema es insoluble. Para nosotros, revolucionarios, socialistas, no ofrece ninguna dificultad. Sí, deben desobedecer, deben rebelarse, deben romper esa disciplina y destruir la organización actual de las tropas regulares, deben, en nombre de la salvación de Francia, destruir ese fantasma del Estado, impotente para el bien, poderoso para el mal; porque la salvación de Francia no puede venir ahora más que de la única fuerza real que le queda, la revolución.

* * *

Y ¿qué decir ahora de esa confianza que se os recomienda como la virtud más sublime de los republicanos? Antes, cuando se era republicano de veras, se recomendaba a la democracia la desconfianza. Por otra parte, no había tampoco necesidad de aconsejarla: la democracia es desconfiada por la posición, por la naturaleza y también por la experiencia histórica; porque en todos los tiempos ha sido la víctima y la engañada de todos los ambiciosos, de todos los intrigantes, clases e individuos, que, bajo pretexto de dirigirla y de conducirla a buen puerto, la han engañado y explotado eternamente. No hizo hasta aquí otra cosa que servir de pedestal.

Ahora los señores republicanos del periodismo burgués le aconsejan la confianza. Pero ¿en qué? ¿Quiénes son ellos para atreverse a recomendarla y qué han hecho para merecerla ellos mismos? Han escrito frases de un republicanismo muy pálido, impregnadas de un espíritu estrechamente burgués a tanto la línea ¿Y cuántos pequeños Olliviers hay en germen entre ellos? ¿Qué hay de común entre ellos, defensores interesados y serviles de los intereses de la clase poseedora, explotadora, y el proletariado? ¿Han compartido alguna vez los sufrimientos de este mundo obrero al que se atreven desdeñosamente a dirigir sus amonestaciones y sus consejos, han simpatizado siquiera con él? ¿Han defendido jamás los intereses y derechos de los trabajadores contra la explotación burguesa? Muy al contrario, siempre que la gran cuestión del siglo, la cuestión económica, ha sido planteada, se hicieron los apóstoles de la doctrina burguesa que condena al proletariado a la eterna miseria y a la eterna esclavitud, en provecho de la libertad y de la prosperidad material de una minoría privilegiada.

He ahí las gentes que se creen autorizadas para recomendar al pueblo la confianza. Pero vemos, sin embargo, quién ha merecido y quién merece hoy esa confianza.

¿Será la burguesía? Pero sin hablar del furor reaccionario que esa clase ha mostrado en junio de 1848 y de la cobardía complaciente y servil de que dio prueba en los veinte años siguientes, bajo la presi-

dencia lo mismo que bajo el imperio de Napoleón III; sin hablar de la explotación despiadada que hace pasar a sus bolsillos todo el producto del trabajo popular, dejando todo lo estricto a los desdichados asalariados; sin hablar de la avidez insaciable y de esa atroz e inicua ambición que, al fundar toda la prosperidad de la clase burguesa sobre la miseria y sobre la esclavitud económica del proletariado, hacen de ella el enemigo irreductible del pueblo, veamos cuáles pueden ser los derechos *actuales* de esa burguesía a la confianza del pueblo.

Las desgracias de Francia ¿la habrán transformado repentinamente? ¿Se habrá vuelto francamente patriota, republicana, demócrata, popular y revolucionaria? ¿Habrá mostrado la disposición a levantarse en masa y a dar su vida y su bolsa por la salvación de Francia? ¿Se habrá arrepentido de sus viejas iniquidades, de sus infames traiciones de ayer y de anteayer, y se habrá vuelto a echar francamente en brazos del pueblo, llena de confianza en él? ¿Se ha puesto cordialmente a la cabeza de ese pueblo para salvar el país?

Amigo mío, basta, ¿no es cierto?, plantear esas preguntas para que todo el mundo, en vista de lo que pasa hoy, esté obligado a responder negativamente. ¡Ay!, la burguesía no se ha transformado, ni enmendado, ni arrepentido. Hoy como ayer y aún más que ayer, traicionada por la luz denunciadora que los acontecimientos vierten sobre los hombres tanto como sobre las cosas, se muestra dura, egoísta, ambiciosa, estrecha, tonta, a veces brutal y servil, feroz cuando cree poder serlo sin mucho peligro, como en las nefastas jornadas de junio, siempre prosternada ante la autoridad y la fuerza pública, de la que espera su salvación, y enemiga del pueblo siempre y en todas las ocasiones.

La burguesía odia al pueblo, a causa misma de todo el mal que le ha hecho; lo odia porque ve en la miseria, en la ignorancia y en la esclavitud de ese pueblo su propia condena, porque sabe que ha merecido justamente el odio popular y porque se siente amenazada en toda su existencia, por ese odio que cada día se presenta más intenso y más irritado. Odia al pueblo porque le causa miedo; le odia hoy doblemente porque, como único patriota sincero, despertado de su torpeza por la desgracia de esa Francia, que por lo demás no ha sido, como todas las patrias del mundo, más que una madrastra para él, el pueblo se atreve a levantarse; se reconoce, se cuenta, se organiza, comienza a hablar alto, canta *La Marsellesa* en las calles, y por el ruido que hace, por las amenazas que profiere ya contra los traidores de Francia, perturba el orden público, la conciencia y la quietud de los hombres burgueses,

La confianza no se gana más que con la confianza. ¿Acaba de mostrar la burguesía la menor confianza en el pueblo? Lejos de ello. Todo lo que ha hecho, todo lo que hace, prueba al contrario que su desconfianza contra él ha sobrepasado todos los límites. Hasta el punto que en un momento en que el interés, la salvación de Francia exige evidente-

mente que todo el pueblo esté armado, no ha querido darle armas. Habiéndole amenazado el pueblo con tomarlas por la fuerza, debió ceder. Pero después de haberle entregado los fusiles, hizo todos los esfuerzos posibles para que no se le dieran municiones. Debió ceder una vez más. Y ahora que el pueblo está armado, a los ojos de la burguesía se ha hecho más peligroso y más detestable.

Por odio y temor al pueblo, la burguesía no quiso y no quiere la república. No lo olvidemos nunca, querido amigo, en Lyon, en Marsella, en París, en todas las grandes ciudades de Francia, no es la burguesía, es el pueblo, son los obreros los que han proclamado la república. En París no fueron siquiera los pocos fervientes republicanos irreconciliables del Cuerpo Legislativo, hoy casi todos miembros del gobierno de Defensa Nacional, fueron los obreros de la Villete y de Belleville los que la proclamaron contra el deseo y la intención claramente expresada de esos singulares republicanos de la víspera. El espectro rojo, la bandera del socialismo revolucionario, el crimen cometido por los señores burgueses en junio, les han hecho pasar el gusto de la república. No olvidemos que el 4 de septiembre, habiendo encontrado los obreros de Belleville al señor Gambetta y habiéndolo saludado con el grito de «¡Viva la república!», les respondió con estas palabras: «¡Viva Francia, *os digo yo!*».

El señor Gambetta, como todos los demás, no quería en absoluto la república. Quería mucho menos la revolución. Lo sabemos por todos los discursos que ha pronunciado desde que su nombre atrajo la atención pública. El señor Gambetta quiere llamarse estadista, *republicano prudente, moderado conservador, racional y positivista*², pero tiene horror a la revolución. Quiere gobernar al pueblo, pero no dejarse dirigir por él. Todos los esfuerzos de Gambetta y de sus colegas de la izquierda radical en el cuerpo legislativo no han aspirado, el 3 y el 4 de septiembre, más que un solo objetivo: el de evitar a toda costa la instalación de un gobierno salido de una revolución popular. En la noche del 3 al 4 de septiembre se esforzaron de un modo inaudito para hacer aceptar a la derecha bonapartista y al mismo tiempo Palikao el proyecto del señores Jules Favre, presentado a la víspera y firmado por toda la izquierda radical; proyecto que no pedía más que la institución de una *Comisión Gubernamental* nombrada legalmente por el Cuerpo Legislativo, aun consintiendo en que los bonapartistas fuesen mayoría y no poniendo otra condición que la entrada de esa Comisión de algunos miembros de la izquierda radical.

Todas estas maquinaciones fueron rotas por el movimiento popular que estalló la noche del 4 de septiembre. Pero en medio mismo de la sublevación de los obreros de París, cuando el pueblo había invadido las tribunas y la sala del Cuerpo Legislativo, el señor Gambetta, fue

2. Ver su carta al *Progrès* de Lyon. [Nota de Bakunin.]

a su pensamiento sistemáticamente anti-revolucionario, recomienda todavía al pueblo que guarde silencio y respete *la libertad de los debates* (!), *a fin de que no se pueda decir que el gobierno, que debía salir del voto del Cuerpo Legislativo, ha sido constituido bajo la presión violenta del pueblo*. Como un abogado verdadero, partiendo de la ficción legal en todas las circunstancias, el señor Gambetta había, sin duda, pensado que un gobierno que hubiera sido nombrado por ese Cuerpo Legislativo, salido del fraude imperial y que encerraba las infamias más notorias de Francia, habría sido mil veces más impotente y más respetable que un gobierno aclamado por la desesperación y por la indignación de un pueblo traicionado. Ese amor a la mentira constitucional había cegado al señor Gambetta de tal modo que no ha comprendido, no obstante, su perspicacia, que nadie podría ni querría creer en la libertad de un voto emitido en semejantes circunstancias. Felizmente, la mayoría bonapartista, asustada por las manifestaciones más y más amenazantes de la cólera y del desprecio popular, huyó; y el señor Gambetta, sólo con sus colegas de la izquierda radical en el Cuerpo Legislativo, se vio obligado a renunciar, contra su deseo, sin duda, a sus sueños de poder legal y a soportar que el pueblo depositase en las manos de esa izquierda el poder revolucionario. Diré en seguida qué clase de uso miserable han hecho él y sus colegas, durante las cuatro semanas que transcurrieron desde el 4 de septiembre, del poder que les ha sido confiado por el pueblo de París para que provocasen en toda Francia una revolución salvadora, y del que ellos se sirvieron hasta el momento, al contrario, para paralizarla por todas partes.

Bajo este aspecto, el señor Gambetta y todos sus colegas del gobierno de Defensa Nacional no han sido más que la justa expresión de los sentimientos y del pensamiento dominante de la burguesía. Reunid todos los burgueses de Francia y preguntadles lo que prefieren: la liberación de su patria por una revolución social, o bien el sometimiento al yugo de los prusianos. Si se atreven a ser sinceros, por poco que se encuentren en una posición que les permita decir su pensamiento sin peligro, las nueve décimas, ¡qué digo!, las noventa o nueve centésimas o aun las novecientas noventa y nueve milésimas partes os responderán sin vacilar que prefieren la subyugación a la revolución. Preguntadles aún si, suponiendo que el sacrificio de una parte considerable de sus bienes, de sus propiedades, de su fortuna mobiliaria e inmobiliaria sea necesaria para la salvación de Francia, se sienten dispuestos a hacer ese sacrificio, y si, para servirme de la figura retórica de Jules Favre, están decididamente dispuestos dejarse enterrar antes bajo los escombros de sus casas que entregar éstas a los prusianos. Os responderán unánimemente que prefieren rescatarlas de los prusianos. ¿Creéis que si los burgueses de París no se encontrasen bajo la mirada y el brazo, siempre amenazantes de los obreros de París, hubiese opuesto esta ciudad a los prusianos una resistencia tan gloriosa?

* * *

¿Acaso calumnio yo a los burgueses? Querido amigo, sabes bien que no. Y por lo demás existe ahora, a la vista y conocimiento de todo el mundo, una prueba irrefutable de la verdad, de la justicia de todas mis acusaciones contra la burguesía. La mala voluntad y la indiferencia de la burguesía se han manifestado harto claramente en la cuestión del dinero. Todo el mundo sabe que las finanzas del país están arruinadas, que no hay un céntimo en las cajas de ese gobierno de Defensa Nacional, que los señores burgueses parecen sostener ahora en un celo tan ardiente y tan interesado. Todo el mundo comprende que ese gobierno no puede llenarlas por los medios ordinarios de los empréstitos y de los impuestos. Un gobierno irregular no halla crédito; en cuanto al rendimiento de los impuestos se ha hecho nulo. Una parte de Francia, comprendiendo las provincias más industriales, más ricas, está ocupada y entregada al saqueo regulado por los prusianos. El comercio, la industria, todas las transacciones están en todas partes detenidas. Las contribuciones indirectas no dan nada o casi nada. Y esto en un momento en que Francia tendría necesidad de todos sus recursos y de todo su crédito para subvenir a los gastos extraordinarios, excesivos, gigantescos de la defensa nacional. Las personas menos habituadas a los negocios deben comprender que, si Francia no encuentra inmediatamente dinero, mucho dinero, será imposible continuar su defensa contra la invasión prusiana.

Nadie debía comprender esto mejor que la burguesía, ella que pasa toda su vida en el manejo de los negocios y que no reconoce otra potencia que la del dinero. Debía comprender también que, no pudiendo Francia procurarse ya, por los medios regulares del Estado, too el dinero necesario para su salvación, está obligada, tiene el derecho y el deber de tomarlo donde se encuentra. ¿Y dónde se encuentra? Ciertamente no en los bolsillos de ese miserable proletariado al que apenas deja la avaricia burguesa con qué alimentarse; está, pues, únicamente, exclusivamente en las cajas fuertes de los señores burgueses. Ellos solos poseen el dinero necesario para la salvación de Francia. ¿Han ofrecido espontáneamente, libremente tan sólo una pequeña parte?

Volveré, querido amigo, sobre este asunto del dinero, que es la cuestión principal cuando se trata de medir la sinceridad de los sentimientos, de los principios y del patriotismo burgueses. Regla general: ¿queréis reconocer de un modo infalible si el burgués quiere sinceramente tal o cual cosa? Preguntadle si para obtenerla ha sacrificado dinero. Porque, estad seguros, cuando los burgueses quieren alguna cosa con pasión, no retroceden ante ningún sacrificio por dinero. ¿No gastaron sumas inmensas para matar, para ahogar la república en 1848? Y más tarde, ¿no han votado con pasión todos los impuestos

y todos los empréstitos que Napoleón III les ha pedido, y no encontraron en sus cajas fuertes sumas fabulosas para suscribir todos esos impuestos? En fin, proponedles, mostradles el medio de restablecer en Francia una buena monarquía, muy reaccionaria, muy fuerte y que les dé, con el querido orden público y con la tranquilidad en las calles, la dominación económica, el precioso privilegio de explotar sin piedad ni vergüenza, legalmente, sistemáticamente, la miseria del proletariado, y veréis si son avaros.

Prometedles sólo que una vez expulsados los prusianos del territorio de Francia se restablecerá esa monarquía, sea con Enrique V, sea con un duque de Orleáns, sea con un retoño del infame Bonaparte, y persuadíos que sus cajas de caudales se abrirán inmediatamente y de que encontrarán todos los medios necesarios para la expulsión de los prusianos. Pero se les promete la república, el reino de la democracia, la soberanía del pueblo, la emancipación de la canalla popular, y no quieren ni vuestra república ni esa emancipación a ningún precio, y lo demuestran teniendo sus arcas cerradas, no sacrificando ni un céntimo.

Sabes mejor que yo, querido amigo, cuál ha sido la suerte de que ese desgraciado empréstito abierto para la organización de la defensa de Lyon por la municipalidad de esta ciudad. ¿Cuántos suscriptores tuvo? Tan pocos que los predicadores del patriotismo burgués se muestran humillados, desolados y desesperados.

¡Y se recomienda al pueblo que tenga confianza en esa burguesía! La burguesía tiene la cara, el cinismo para pedir esa confianza, ¡qué digo!, para exigirla. Pretende gobernar y administrar por sí sola toda esta república, que en el fondo de su corazón maldice. En nombre de la república, esfuérsase por establecer y reforzar su autoridad y su dominación exclusivas, quebrantadas por un momento. Se apoderó de todas las funciones, ha ocupado todos los puestos, no dejando sino algunos libres para los obreros tráfugas que se consideran felices al sentarse entre los señores burgueses. ¿Y qué uso hacen del poder de que se apoderaron así? Puede juzgarse de ello al considerar los actos de vuestra municipalidad.

Pero, se dirá, no tenéis el derecho de atacar a la municipalidad; porque, nombrada después de la revolución, por la elección directa del pueblo mismo, es el producto del sufragio universal. Por esta causa debe resultarnos sagrada.

* * *

Os confieso, querido amigo, que no comparto en modo alguno la devoción supersticiosa de vuestros burgueses radicales y de vuestros republicanos burgueses por el sufragio universal. En otra carta expon-

dré las razones por las que no me entusiasmo por él. Básteme dejar aquí sentada en principio una verdad que me parece incontestable y que no me será difícil demostrar después, tanto por el razonamiento como por un gran número de hechos tomados en la vida política de todos los países que gozan en la hora actual de instituciones democráticas y republicanas, a saber: *que el sufragio universal, mientras sea ejercido en una sociedad en que el pueblo, la masa de los trabajadores, esté económicamente dominado por una minoría detentadora de la propiedad y del capital, por independiente que sea por otra parte o que lo parezca desde el punto de vista político, no podrá nunca producir más que elecciones ilusorias, antidemocráticas y absolutamente opuestas a las necesidades, a los instintos y a la voluntad real de las poblaciones.*

Todas las elecciones que se hicieron directamente por el pueblo en Francia desde el golpe de Estado de diciembre ¿no han sido diametralmente contraria a los intereses de ese pueblo, y la última votación sobre el plebiscito imperial no ha dado siete millones de «SI» al emperador? Se dirá tal vez que el sufragio universal no fue nunca ejercido libremente bajo el imperio, pues estaban proscriptas a la libertad de prensa, la de asociación y la de reunión, y el pueblo estaba entregado sin defensa a la acción corruptora de una prensa estipendiada y de una administración infame. Sea, pero las elecciones de 1848 para la Constituyente y para la presidencia, y las de mayo de 1849 para la Asamblea Legislativa, fueron absolutamente libres, tal pienso. Se hicieron fuera de toda presión o intervención oficial, en las condiciones de la más absoluta libertad. Y, sin embargo, ¿qué han producido? Nada más que la reacción.

«Uno de los primeros actos del gobierno provisional, dijo Proudhon³, aquel que se ha aplaudido más, es la aplicación del sufragio universal. El mismo día en que el decreto fue promulgado, nosotros escribimos estas propias palabras que podían pasar entonces por una paradoja: *El sufragio universal es la contrarrevolución.* Se puede juzgar, después de su advenimiento, si nos hemos engañado. Las elecciones de 1848 han sido hechas, en su inmensa mayoría, por los sacerdotes, por los legitimistas, por los dinásticos, por todo lo que Francia encierra de más reaccionario, de más retrógrado. No podía suceder de otro modo».

No, eso no podía ocurrir y aun no ocurrirá de otro modo, en tanto que la desigualdad de las condiciones económicas y sociales de la vida continúe prevaleciendo en la organización de la sociedad; en tanto

3. *Idées révolutionnaires.* [Nota de Bakunin.]

que la sociedad esté dividida en dos clases, de las cuales una, la clase explotadora y privilegiada, goce de todas las ventajas de la fortuna, de la instrucción y del ocio, y la otra, que compone toda la masa del proletariado, no tenga por patrimonio más que el trabajo manual aplastador y forzado, la ignorancia y la miseria y su obligado cortejo, la esclavitud, no de derecho, sino de hecho.

Sí, la esclavitud, porque por amplios que sean los derechos políticos que concedáis a esos millones de proletarios asalariados, verdaderos forzados del hambre, no llegaréis nunca a sustraerlos a la influencia pretenciosa, a la dominación natural de los diversos representantes de la clase privilegiada, desde el sacerdote hasta el republicano burgués más jacobino, más rojo; representantes que, por divididos que parezcan o que estén realmente entre sí en las cuestiones políticas, no están menos unidos en un interés común y supremo: el de la explotación de la miseria, de la ignorancia, de la inexperiencia política y de la buena fe del proletariado, en beneficio de la dominación económica de la clase posesora.

¿Cómo el proletariado de los campos y de las ciudades podrá resistir a las intrigas de la política clerical, nobiliaria y burguesa? No tiene para defenderse más que un arma, su instinto, que tiende casi siempre a lo verdadero y a lo justo, porque es él mismo la principal, sino la única víctima de la iniquidad y de todas las mentiras que reinan en la sociedad actual, y porque, oprimido por el privilegio, reclama naturalmente la igualdad para todos.

Pero el instinto no es un arma suficiente para salvar el proletariado contra las maquinaciones reaccionarias de las clases privilegiadas. El instinto abandonado a sí mismo, en tanto que no está aún transformado en conciencia reflexiva, en un pensamiento claramente determinado, se deja desorientar fácilmente, falsear y engañar. Pero le es imposible elevarse a la conciencia de sí mismo sin la ayuda de la instrucción, de la ciencia; y la ciencia, el conocimiento de los negocios y de los hombres, la experiencia política, faltan completamente al proletariado. La consecuencia es fácil de deducir: el proletariado quiere una cosa; los hombres hábiles, aprovechando su ignorancia, le hacen hacer otra, sin que él se dé cuenta de que hace todo lo contrario de lo que quiere; y cuando al fin se apercibe, es de ordinario demasiado tarde para reparar el mal que ha hecho y del cual es siempre naturalmente, necesariamente, la primera y principal víctima.

Es así como los sacerdotes, los grandes propietarios y toda esa administración bonapartista que, gracias al *dolce far niente* criminal de ese gobierno que se intitula de Defensa Nacional⁴, puede continuar tranquilamente hoy su propaganda imperialista en los campos; es así

⁴. ¿No será más justo calificarlo de gobierno de la ruina de Francia? [Nota de Bakunin.]

como todos esos factores de la reacción franca, aprovechándose de la ignorancia crasa del campesino de Francia, tratan de sublevarlo contra la república a favor de los prusianos. ¡Y lo consiguen! Porque ¿no vemos a las comunas no ya abrir las puertas a los prusianos, sino denunciar y expulsar a los cuerpos francos que acuden para ayudarlas?

¿Habrán cesado los campesinos de Francia de ser franceses? De ningún modo. Pienso que en ninguna parte el patriotismo, tomado en el sentido más estrecho y más exclusivo de la palabra, se ha conservado tan poderoso y tan sincero como entre ellos; porque, más que las otras partes de la población, tienen ese apego al suelo, el culto a la tierra, que constituye la base esencial del patriotismo. ¿Cómo es que no quieren o que vacilan aún en levantarse para defender esa tierra contra los prusianos? ¡Ah!, es porque fueron engañados y lo son todavía. Por una propaganda maquiavélica, comenzada en 1848 por los legitimistas y por los orleanistas, de común acuerdo con los republicanos modernos, como el señor Jules Favre y compañía, y después continuada, con mucho más éxito, por la prensa y la administración bonapartistas, se ha llegado a persuadirles que los obreros socialistas, los de reparto, no piensan en nada menos que en confiscar sus tierras; que sólo el emperador ha querido y pudo defenderlos contra esa expoliación, y que para vengarse, los revolucionarios socialistas lo han entregado a él y a su ejército a los prusianos; pero que el rey de Prusia acaba de reconciliarse con el emperador y que lo volverá a traer victorioso para restablecer el orden en Francia.

Esto es muy estúpido, pero es así. En muchas, o mejor dicho, en la mayoría de las provincias francesas, el campesino cree sinceramente en todo eso. Y ésa es la única razón de su inercia y de su hostilidad contra la república. Es una gran desgracia, porque es claro que si los campos quedan inertes, si los campesinos de Francia, unidos a los obreros de las ciudades, no se levantan en masa para expulsar a los prusianos, Francia está perdida. Por grande que sea el heroísmo que desplieguen las ciudades —y es preciso que todas desplieguen mucho—; las ciudades, separadas de los campos, estarán aisladas como oasis en el desierto. Deberán forzosamente sucumbir.

* * *

Si hay algo que prueba a mis ojos la profunda ineptitud de este singular gobierno de Defensa Nacional, es que desde el primer día de su advenimiento al poder no ha tomado inmediatamente todas las medidas necesarias para instruir a los campesinos sobre el estado actual de las cosas y para provocar, suscitar por todas partes la sublevación armada de los campesinos. ¿Era tan difícil comprender esta cosa tan simple, tan evidente para todo el mundo, que la sublevación en masa de los campesinos, unida a la del pueblo de las ciudades, ha dependido

y depende aún la salvación de Francia? Pero el gobierno de París y de Tours ¿ha dado hasta hoy un solo paso, ha tomado una sola medida para provocar el levantamiento de los campesinos? Nada hizo para sublevarlos, pero, al contrario, lo hizo todo para imposibilitar esa sublevación. Tal es su locura y su crimen; locura y crimen que puede matar a Francia.

Ha hecho imposible la sublevación de los campesinos, manteniendo en todas las comunas de Francia la administración municipal del imperio: los mismos alcaldes, jueces de paz, guardas campestres, sin olvidar los señores curas que no han sido escogidos, instituidos y protegidos por los señores prefectos y subprefectos, tanto como por los obispos imperiales, más que con un solo fin: el de servir contra todos y contra todo, contra los intereses de Francia misma, los intereses de la dinastía, esos mismos funcionarios que han hecho todas las elecciones del imperio, comprendiendo el último plebiscito, y que en el mes de agosto último, bajo la dirección del señor Chevreau, ministro del interior en el gobierno Palikao, habían promovido contra los liberales y los demócratas de todo color, a favor de Napoleón III, en el mismo momento en que éste entregaba a Francia a los prusianos, una cruzada sangrienta, una propaganda atroz, difundiendo en todas las comunas la calumnia tan ridícula como odiosa de que los republicanos, después de haber llevado al emperador a la guerra, se liaron contra él con los soldados de Alemania.

Tales son los nombres que la mansedumbre o la estupidez igualmente criminales del gobierno de la Defensa Nacional han dejado hasta hoy a la cabeza de todas las comunas rurales de Francia. Esos hombres, de tal modo comprometidos y para quienes todo retroceso se hizo imposible, ¿pueden retractarse ahora y —cambiando repentinamente de dirección, de opinión, de palabra— obrar como partidarios sinceros de la república y de la salvación de Francia? Los campesinos se le reirían en la cara. Están, pues, obligados hoy a obrar y hablar como lo hicieron ayer, forzados a defender y a abogar por la causa del emperador contra la república, de la dinastía contra Francia, y de los prusianos, hoy aliados del emperador y de su dinastía, contra la Defensa Nacional. He aquí lo que explica por qué todas las comunas, lejos de resistir a los prusianos, les abren sus puertas.

Lo repito aún, es una gran vergüenza, una gran desgracia y un inmenso peligro para Francia, y toda la culpa recae sobre el gobierno de Defensa Nacional. Si las cosas continúan marchando así, si no se cambian pronto las disposiciones de los campos, si no se subleva a los campesinos contra los prusianos, Francia está irremediablemente perdida.

Pero ¿cómo sublevarlos? He tratado esta cuestión ampliamente

en otro folleto⁵. Aquí no diré sino muy pocas palabras. La primera condición, sin duda, es la revocación inmediata y en masa de todos los funcionarios comunales actuales, porque en tanto esos bonapartistas queden en su puesto, no habrá nada que hacer. Pero esta revocación no será más que una medida negativa. Es absolutamente necesaria, pero no es suficiente. Sobre el campesino, naturaleza desconfiada como no hay otra, no se puede obrar eficazmente más que por los medios positivos. Baste decir que los decretos y las proclamas, aunque estén firmadas por todos los miembros, que le son, por otra parte, completamente desconocidos, del gobierno de Defensa Nacional, lo mismo que con los artículos de los periódicos, no le causan ningún efecto. El campesino no lee. Ni su imaginación ni su corazón están abiertos a las ideas, en tanto que estas últimas se presentan bajo una forma literaria y abstracta. Para que las aprehenda, las ideas se le deben manifestar por la palabra viva de los hombres y por la potencia de los hechos. Entonces escucha, comprende y acaba por dejarse convencer.

¿Hay que enviar a los campos propagandistas apóstoles de la república? El medio no sería malo; sólo que presenta una dificultad y dos peligros. La dificultad consiste en esto: el gobierno de Defensa Nacional, tanto más envidioso de su poder cuanto que ese poder es nulo, y fiel a su desgraciado sistema de centralización política, en una situación en que esa centralización se ha hecho absolutamente imposible, querrá elegir y nombrar él mismo todos los apóstoles, o bien encargará de esta tarea a sus nuevos prefectos y comisarios extraordinarios, pertenecientes todos o casi todos a la misma religión política que él, es decir, que todos o casi todos no son más que republicanos burgueses, abogados o retractores de los periódicos, adoradores, sea platónicos —y éstos son los mejores, pero no los más sensatos—, sea interesados de una república de la que recibieron la idea, no en la vida, sino en los libros, y que promete a los unos la gloria con la palma del martirio, a los otros carreras brillantes y puestos lucrativos; por lo demás muy moderados, los republicanos *conservadores*, *racionales* y *positivistas*, como el señor Gambetta, y, como tales, enemigos encarnizados de la revolución y del socialismo y adoradores incondicionales del poder del Estado.

Estos honorables funcionarios de la nueva república no querrán naturalmente enviar a los campos como misioneros más que a hombres de su propio temple y que compartan absolutamente sus convicciones políticas. Serían necesarios para toda Francia, cuando menos algunos millares. ¿Dónde diablos los encontrarán? ¡Los republicanos burgueses son hoy tan raros, aun entre la juventud! Tan raros que en una ciudad como Lyon, por ejemplo, no se encuentran bastantes para

⁵. *Cartas a un francés sobre la crisis actual*, septiembre de 1870. [Nota de Bakunin.]

llenar las funciones más importantes y que no deberían ser confiadas más que a republicanos sinceros.

El primer peligro consiste en esto: que si aun los prefectos y los subprefectos encontrasen en sus respectivos departamentos un número suficiente de jóvenes para llenar el oficio de propagandistas en los campos, esos misioneros nuevos serían necesariamente casi siempre y en todas partes inferiores, por su inteligencia revolucionaria y por la energía de sus caracteres, a los prefectos y a los subprefectos que les hayan enviado, como estos últimos son también evidentemente inferiores a esos hijos degenerados o más o menos castrados de la gran revolución, que, llenando hoy las supremas funciones de miembros del gobierno de Defensa Nacional, se han atrevido a recibir en sus débiles manos los destinos de Francia. Descendiendo así más y más, de la impotencia a la más grande impotencia, no se encontrará nada mejor que enviar, como propagandistas de la república a los campos, que republicanos del género del señor Andrieux, procurador de la república, o del señor Eugenio Veron, redactor del *Progrès* de Lyon; hombres que, en nombre de la república, harán propaganda para la reacción. ¿Piensas, querido amigo, que esto puede dar a los campesinos el gusto de la república?

¡Ay!, temo lo contrario. Entre los tibios adoradores de la república burguesa, de aquí en adelante imposible, y el campesino de Francia, no *positivista* y *racional* como el señor Gambetta, pero muy positivo y lleno de buen sentido, no hay nada en común. Aunque estuviesen animados de las mejores disposiciones del mundo, verán fracasar toda su retórica literaria, doctrinaria y leguleya ante el mutismo astuto de estos rudos trabajadores de los campos. No es cosa imposible, pero es muy difícil apasionar a los campesinos. Para ello es preciso ante todo llevar en sí mismo esa pasión profunda y poderosa que remueve las almas y provoca y produce lo que en la vida ordinaria, en la existencia monótona de cada día se llaman milagros; milagros de abnegación, de sacrificio, de energía y de acción triunfal. Los hombres de 1792 y de 1793, Dantón sobre todo, tenían esa pasión, y con ella y por ella tuvieron la potencia de esos milagros. Tenían el diablo en el cuerpo, y habían conseguido meter el diablo en el cuerpo a toda la nación; o más bien, fueron ellos mismos la expresión más enérgica de la pasión que animaba a la nación.

Entre todos los hombres de hoy y de ayer que componen el partido radical burgués de Francia, ¿habéis encontrado o simplemente oído hablar de uno de quien se pueda decir que lleva en su corazón algo que se acerque al menos un poco a esa pasión y a esa fe que animaron a los hombres de la gran revolución? No hay uno siquiera, ¿no es cierto? Más tarde os expondré las razones a las que debe atribuirse, según mi opinión, esa desoladora decadencia del republicanismo bur-

gués. Me contento ahora con constatarlo y con afirmar en general, cosa que probaré más tarde, que el republicanismo burgués ha sido intelectual y moralmente castrado, vuelto estúpido, impotente, falso, cobarde, reaccionario y definitivamente rechazado como tal de la realidad histórica por la aparición del socialismo revolucionario.

Hemos estudiado juntos, querido amigo, a los representantes de ese partido en el mismo Lyon. Los hemos visto en la práctica. ¿Qué han dicho, qué han hecho, qué hacen en medio de la crisis terrible que amenaza devorar a Francia? Nada más que la miserable y la pequeña reacción. No se atreven siquiera a hacer la reacción en grande escala. Dos semanas han bastado para demostrar al pueblo de Lyon que entre los autoritarios de la república y los de la monarquía no hay más diferencia que la del nombre. Es la misma ambición de un poder que detesta y teme el control popular, la misma desconfianza en el pueblo, el mismo entusiasmo y las mismas complacencias ante las clases privilegiadas. Y, sin embargo, el señor Challemel-Lacour, prefecto, y hoy, gracias a la servil cobardía de esta ciudad, es un amigo íntimo del señor Gambetta, su querido elegido, el delegado confidencial y la fiel expresión de los más íntimos pensamientos del gran republicano, de ese *hombre viril*, de quien espera hoy Francia, estúpidamente, su salvación. Y, sin embargo, el señor Andrieux, hoy procurador de la república, y procurador digno de ese nombre, porque promete sobrepasar pronto, por su celo ultrajurídico y por su amor desmesurado al orden público, a los procuradores más celosos del imperio —el señor Andrieux se había presentado bajo el régimen precedente como un librepensador, como el enemigo fanático de los sacerdotes, como un partidario abnegado del socialismo y como un amigo de la Internacional—. Hasta creo que pocos días antes de la caída del imperio ha tenido el insigne honor de ser, por esa causa, encarcelado y que ha sido sacado en triunfo de la prisión por el pueblo de Lyon.

¿Cómo es que estos hombres han cambiado y que, revolucionarios de ayer, se han convertido en reaccionarios tan decididos hoy? ¿Será este el efecto de una ambición satisfecha? ¿Será que, encontrándose hoy colocados, merced a una revolución popular, bastante lucrativamente, bastante alto, se preocupan más que de otra cosa de la conservación de sus puestos? ¡Ah!, sin duda el interés y la ambición son poderosos móviles y han depravado a muchas gentes, pero no pienso que dos semanas de poder hayan podido bastar para corromper los sentimientos de estos nuevos funcionarios de la república. ¿Habrán engañado al pueblo, presentándosele, bajo el imperio, como partidarios de la revolución? Y bien, francamente, no puedo creerlo; no han querido engañar a nadie, pero se han engañado ellos mismos por su propia cuenta, imaginándose que eran revolucionarios. Habían tomado su odio muy sincero, sí, pero ni muy enérgico ni muy apasionado,

contra el imperio, por un amor violento a la revolución, e, ilusionándose sobre sí mismos, no se daban cuenta que eran partidarios de la república y reaccionarios al mismo tiempo.

«El pensamiento reaccionario que el pueblo no olvida nunca, dice Produhon⁶, ha sido concebido en el seno mismo del partido republicano» Y después añade que ese pensamiento nace en su «celo gubernamental», quisquilloso, meticoloso, fanático, policial y tanto más despótico cuanto que se cree autorizado a todo, pues su despotismo tiene siempre por pretexto la salvación misma de la república y de la libertad.

Los republicanos burgueses identifican injustamente *su* república con la libertad. Esa es la gran fuente de todas sus ilusiones cuando se encuentran en la oposición, de sus decepciones y de sus inconsecuencias cuando tiene en sus manos el poder. Su república está fundada sobre esa idea del poder y de un gobierno fuerte, de un gobierno que debe mostrarse tanto más enérgico y poderoso cuanto que ha salido de la elección popular; y no quieren comprender esta verdad, sin embargo, tan sencilla, y confirmada por la experiencia de todos los tiempos y de todos los países, que todo poder organizado, establecido, que actúe sobre el pueblo, excluye necesariamente la libertad del pueblo. No teniendo el Estado político otra misión que la de proteger la explotación del trabajo popular para las clases económicamente privilegiadas, el poder del Estado no puede ser compatible más que con la libertad exclusiva de esas clases de quienes representa los intereses, y por la misma razón debe ser contrario a la libertad del pueblo. Quien dice Estado o poder, dice dominación, pero toda dominación presupone la existencia de masas dominadas. El Estado, por consiguiente, no puede tener confianza en la acción espontánea y en el movimiento libre de las masas, cuyos intereses más caros son contrarios a su existencia. Es su enemigo natural, el opresor obligado y debe siempre obrar como tal, cuidándose bien de confesarlo.

He aquí lo que la mayor parte de los jóvenes partidarios de la república autoritaria o burguesa no comprenden, en tanto que quedan en la oposición, en tanto que no han experimentado ellos mismos la detentación del poder. Porque detestan desde el fondo de su corazón, con toda la pasión de que esas pobres naturalezas bastardas, enervadas, son capaces, el despotismo monárquico; se imaginan que detestan el despotismo en general; porque quisieran tener el poder y el valor para derribar un tronco, se creen revolucionarios; y no se imaginan que no es al despotismo a quien odian, sino sólo a su forma monárquica, y que este despotismo, por poco que revista la forma republicana, encontrará sus más celosos defensores en ellos mismos.

Ignoran que el despotismo no está tanto en la *forma* del Estado o

⁶ *Ideé générale de la Revolution*. [Nota de Bakunin.]

del poder, como en el *principio* del Estado y del poder político mismo, y que, por consiguiente, el Estado republicano debe ser por su esencia tan despótico como el Estado gobernado por un emperador o por un rey. Entre estos dos Estados no hay más una sola diferencia real. Ambos tienen igualmente por base esencial y por fin el sometimiento económico de las masas en beneficio de las clases poseedoras. Pero difieren en esto, que para llegar a este fin, el poder monárquico que en nuestros días tiende fatalmente a transformarse en todas partes en dictadura militar, no admite la libertad de ninguna clase, ni la de aquella a quien protege en detrimento del pueblo. Quiere y está forzado a servir los intereses de la burguesía, pero sin permitirle intervenir de un modo serio en el gobierno de los asuntos del país.

Este sistema, cuando está aplicado por manos inhábiles o por deshonestos, o cuando pone en oposición demasiado flagrante los intereses de una dinastía con los de los explotadores de la industria y del comercio del país, como acaba de suceder en Francia, puede comprometer gravemente los intereses de la burguesía. Presenta otra gran desventaja, muy grave, desde el punto de vista de los burgueses: les hiere en su vanidad y en su orgullo. Les protege, es verdad, y les ofrece, desde el punto de vista de la explotación del trabajo popular, una seguridad perfecta, pero al mismo tiempo les humilla al establecer límites estrechos a su manía palabrera y, cuando se atreven a protestar, los maltrata. Esto impacienta naturalmente a la parte más ardiente, si queréis la más generosa y menos reflexiva de la clase burguesa, y es así como se forma en su seno, como odio a esa opresión, el partido republicano burgués.

¿Qué quiere este partido? ¿La abolición del Estado? ¿El fin de la explotación de las masas populares, oficialmente protegida y garantizada por el Estado? ¿La emancipación real y completa para todos por medio de la emancipación económica del pueblo? Nada de eso. Los republicanos burgueses son los enemigos más encarnizados y más apasionados de la revolución social. En los momentos de crisis política, cuando tienen necesidad del brazo potente del pueblo para derribar un trono, condescienden hasta prometer mejoramientos *materiales* a esa clase *tan interesante* de los trabajadores; pero como, al mismo tiempo, están animados de la más firme resolución de conservar y mantener todos los principios, todas las *bases sagradas* de la sociedad actual, todas esas instituciones económicas y jurídicas que tienen por consecuencia necesaria la servidumbre real del pueblo, sus promesas naturalmente quedan en agua de borrajas. El pueblo, decepcionado, murmura, amenaza, se rebela, y entonces, para contener la explosión del descontento popular, se ven forzados, como revolucionarios burgueses, a recurrir a la represión omnipotente del Estado. De donde resulta que el Estado republicano es tan opresivo como el

Estado monárquico; sólo que no lo es para las clases poseedoras, no lo es más que contra el pueblo exclusivamente.

Ninguna forma de gobierno hubiese sido tan favorable a los intereses de la burguesía, ni tan amada de esta clase, como la república si tuviese en la situación económica actual de Europa el poder de mantenerse contra las aspiraciones socialistas más y más amenazadoras de las masas obreras. De lo que el burgués duda, por tanto, no es de la bondad de esa república, que está completamente en su favor; es de su potencia como Estado, o de su capacidad de mantenerse y de protegerlo contra las rebeliones del proletariado. No hay un burgués que no os diga: «La república es una cosa hermosa, sólo que es imposible; no puede durar, porque no encontrará nunca en sí la potencia necesaria para constituirse en Estado serio, respetable, capaz de hacerse respetar y de hacernos respetar ante las masas». Adorando la república con un amor platónico, pero dudando de su posibilidad o al menos de su duración, el burgués tiende, por consiguiente, a ponerse siempre bajo la protección de una dictadura militar que detesta, que le desprecia, que le humilla y que acaba siempre por arruinarle tarde o temprano, pero que al menos le ofrece todas las condiciones de la fuerza, de la tranquilidad en las clases y del orden público.

Esta predilección fatal de la inmensa mayoría de la burguesía hacia el régimen del sable constituye la desesperación de los republicanos burgueses. Por eso han hecho y hacen hoy precisamente esfuerzos *sobrehumanos* para hacerle amar la república, para demostrarle que, lejos de perjudicar los intereses de la burguesía, les será al contrario completamente favorable, lo que equivale a decir que estará siempre en contra de los intereses del proletariado, y que tendrá toda la fuerza necesaria para imponer al pueblo el respeto a las leyes que garantizan la tranquila dominación económica y política de los burgueses.

Tal es hoy la preocupación principal de todos los miembros del gobierno de Defensa Nacional, lo mismo que la de todos los prefectos, subprefectos, abogados de la república y de los comisarios generales que han sido delegados a los departamentos. No se trata tanto de defender a Francia contra los prusianos como de demostrar a los burgueses que ellos, republicanos y detentadores actuales del poder de Estado, tienen toda la buena voluntad y toda la potencia deseadas para contener las revueltas del proletariado. Colocaos en ese punto de vista y comprenderéis todos los actos, de otro modo incomprensibles, de estos singulares defensores y salvadores de Francia.

Animados de ese espíritu y persiguiendo este fin, son forzosamente impulsados hacia la reacción. ¿Cómo podrían servir y provocar la revolución, aunque la revolución sea, como lo es evidentemente hoy, el único medio de salvación que le queda a Francia? Estas gentes que llevan la muerte oficial y la parálisis de toda la acción popular en sí

mismos, ¿cómo habrían de llevar la vida y el movimiento a los campos? ¿Qué podrían decir a los campesinos para sublevarlos contra la invasión de los prusianos, en presencia de esos curas, esos jueces de paz, de esos alcaldes y de esos guardias campestres bonapartistas, a quienes su amor desmesurado al orden público les ordena respetar y que hacen en los campos, y continuarán haciendo, de la mañana a la noche y armados de una influencia y de una potencia de acción mucho más eficaces que la suya, una propaganda absolutamente contraria? ¿Se esforzarán por conmover a los campesinos a fuerza de frases, cuando todos los hechos serán opuestos a esas frases?

Sabedlo bien, el campesino odia todos los gobiernos. Los soporta por prudencia; les paga regularmente los impuestos y tolera el que le quiten sus hijos para hacerlos soldados, porque no ve cómo podría obrar de otro modo, y no presta ayuda a ningún cambio, porque se dice que todos los gobiernos se equivalen y que el gobierno nuevo, sea cualquiera que sea su nombre, no será mejor que el antiguo, y porque quiere evitar los riesgos y los gastos de un cambio inútil. Por lo demás, de todos los regímenes, el gobierno republicano le es el más odioso, porque le recuerda los céntimos adicionales de 1848 primero y luego, durante los veinte años siguientes, hubo quien se ocupó de ennegrecerlo en su opinión. Es una bestia negra, porque representa a sus ojos el régimen de la violencia sofrenada, sin ventaja alguna, al contrario, con la ruina material. La república para él es el reino de lo que detesta más que otra cosa cualquiera, la dictadura de los abogados y de los burgueses de la ciudad, y dictadura por dictadura tiene el mal gusto de preferir la del sable.

¿Cómo esperar entonces que los representantes *oficiales* de la república puedan convertirlo a la república? Cuando se sienta más fuerte, se burlará de ellos y los expulsará de su aldea; y cuando sea más débil, se encerrará en su mutismo y en su inercia. Enviar republicanos burgueses, abogados o redactores de periódicos a los campos, para hacer allí propaganda en favor de la república, sería, pues, dar el golpe de gracia a la república.

¿Qué hacer entonces? No hay más que un solo medio, es el de revolucionar los campos tanto como las ciudades. ¿Y quién puede hacerlo? La única clase que lleva hoy en su seno realmente, francamente, la revolución: la clase de los trabajadores de las ciudades.

Pero, ¿cómo se las arreglarán los trabajadores para revolucionar los campos? ¿Enviarán a cada aldea obreros aislados como apóstoles de la república? Pero, ¿de dónde sacarán el dinero necesario para cubrir los gastos de esa propaganda? Es verdad que los señores prefectos, los subprefectos y los comisarios generales podrían enviarlos a expensas del Estado. Pero entonces no serían ya delegados del mundo obrero, sino del Estado, lo cual cambiaría singularmente su carácter, su mis-

ión y la naturaleza misma de su propaganda, que se convertiría por eso mismo, no en una propaganda revolucionaria, sino forzosamente reaccionaria; porque la primera cosa que estarían obligados a hacer sería inspirar a los campesinos la confianza en todas las autoridades nuevamente establecidas o conservadas por la república, por lo tanto también la confianza en esas autoridades bonapartistas cuya acción malhechora continúa pesando aún sobre los campos. Por lo demás es evidente que los señores subprefectos, prefectos y los comisarios generales, de acuerdo a esa ley natural que hace preferir a cada uno lo que concuerda con él y no lo que es contrario, elegirían para llenar esa misión de propagadores de la república los obreros menos revolucionarios, los más dóciles o los más complacientes. Esto sería siempre la reacción bajo la forma obrera; y ya hemos dicho, sólo la revolución puede revolucionar los campos.

En fin, es preciso añadir que la propaganda individual, aunque fuese ejercida por los hombres más revolucionarios del mundo, no podría tener una influencia más grande sobre los campesinos. La retórica para ellos no tiene encanto, y las palabras, cuando no son la manifestación de la fuerza, y no van acompañadas inmediatamente por los hechos, no son para ellos más que palabras. El obrero que sólo vaya a pronunciar discursos a una aldea correrá el riesgo de ser befado y expulsado como un burgués.

¿Qué hacer, pues?

Es preciso enviar a los campos, como propagandistas de la revolución, cuerpos de franco-tiradores.

Regla general: Quien quiere propagar la revolución debe ser él mismo francamente revolucionario. Para sublevar a los hombres es preciso tener el diablo en el cuerpo; de otro modo no se hace más que pronunciar discursos que abortan, no se produce más que un ruido estéril, no hechos. Por consiguiente, ante todo, los cuerpos francos propagandistas deben estar, ellos mismos, revolucionariamente inspirados y organizados. Deben llevar la revolución en su seno, para poder provocarla y suscitarla a su alrededor. Además deben trazarse un sistema, una línea de conducta conforme al fin que se proponen.

¿Cuál es ese fin? No es el de imponer la revolución a los campos, sino el de provocarla y suscitarla. Una revolución impuesta, sea por decretos oficiales, sea a mano armada, no es la revolución, sino la contrarrevolución. Al mismo tiempo, los cuerpos francos deben presentarse a los campos como una fuerza respetable y capaz de hacerse respetar; no para violentar a los campesinos, sino para sacarles las ganas de reír y de maltratarlos antes de haberlos escuchado, lo que podría suceder a los propagandistas individuales y no acompañados de una fuerza respetable. Los campesinos son un poco toscos, y las naturalezas toscas se dejan arrastrar fácilmente por el prestigio y por las manifestacio-

nes de fuerza, salvo la posibilidad de rebelarse después contra ella, si esa fuerza les impone condiciones demasiado contrarias a sus instintos y a sus intereses.

He aquí de lo que los cuerpos francos deben guardarse bien. No deben imponer nada, sino suscitarlo todo. Lo que pueden y lo que deben naturalmente hacer es desviar desde el principio todo lo que pudiera obstaculizar el éxito de la propaganda. Así, deben empezar por romper toda la administración municipal, necesariamente infestada de bonapartismo, cuando no de legitimismo o de orleanismo; atacar y expulsar y, en caso de necesidad, arrestar a todos los señores funcionarios comunales, lo mismo que a todos los grandes propietarios reaccionarios, y al señor cura con ellos, *por ninguna otra causa que por su convivencia con los prusianos*. La municipalidad legal debe ser reemplazada por un comité revolucionario formado por un pequeño número de campesinos, los más enérgicos y los más sinceramente convertidos a la revolución.

Pero antes de constituir ese comité es preciso haber producido una conversión real en las disposiciones, sino de todos los campesinos, al menos de la gran mayoría. Es preciso que esa mayoría se apasione por la revolución. ¿Cómo producir ese milagro? Por el interés. El campesino francés es avaricioso, se dice; y bien, es preciso que su misma avaricia se interese en la revolución. Hay que ofrecerle y darle inmediatamente grandes ventajas materiales.

* * *

No hay que protestar contra la inmoralidad de un sistema semejante. En el tiempo que corre y en presencia de los ejemplos que nos dan todos los graciosos potentados que tienen en sus manos los destinos de Europa, sus gobiernos, sus generales, sus ministros, sus altos y bajos funcionarios, y todas las clases privilegiadas, clero, nobleza, burguesía, se incurrirá verdaderamente en una equivocación al rebelarse contra él. Sería inútil hipocresía. Los intereses lo gobiernan hoy todo, lo explican todo. Y puesto que los intereses materiales y la avaricia de los campesinos pierden hoy a Francia, ¿por qué no habrían de salvarla los intereses y la avaricia de los campesinos? Tanto más cuanto que la salvaron ya una vez, en 1792.

Escuchad lo que dice sobre este asunto el gran historiador de Francia, Michelet, al que ciertamente nadie acusará de ser un materialista inmoral⁷:

«No hubo nunca una labor como la de octubre del 91, aquella en que el labrador, seriamente advertido por Varennes y

⁷. *Histoire de la révolution française* de Michelet, tomo III. [Nota de Bakunin.]

Pillnitz, pensó por primera vez, arruinó espiritualmente sus peligros y todas las conquistas de la revolución que se quería arrancarle. Su trabajo, arruinado por una indignación guerrera, era ya para él una campaña en espíritu. Labraba la tierra como soldado, imprimía al arado el paso militar y picando a sus animales con un aguijón más agudo gritaba a uno: “¡Hué, Prusia!” y al otro: “¡Fuera, Austria!”. El buey marchaba como un caballo, la reja iba áspera y rápido, el negro surco humeaba, lleno de aliento y lleno de vida.

Es que este hombre no soportaba el verse turbado así *en su posesión reciente*, en ese primer momento en que la dignidad humana se había despertado en él. *Libre y pisando un campo libre, sentía bajo sus pies una tierra sin tributos ni diezmos, que era ya suya o que sería suya mañana... ¡No más señores!* Todos señores, todos reyes, cada cual sobre su tierra, realizando el viejo adagio: *Hombre pobre, en su casa rey es.*

En su casa y fuera. ¿Es que Francia entera no es ahora su casa?»

Y más lejos, hablando del efecto causado en los campesinos por la invasión de Brunswick:

«Brunswick, entrado en Verdun, se encontró allí tan cómodamente que permaneció una semana en esta ciudad. Los emigrados que rodeaban al rey de Prusia comenzaron a recordarle las promesas que había hecho. Este príncipe había dicho al partir estas extrañas palabras (Hardenberg las oyó): “Que no se mezclaría en las cuestiones internas del gobierno de Francia, que no haría más que devolver al rey la autoridad absoluta.” Devolver al rey la realiza, las iglesias a los sacerdotes, *las propiedades a los propietarios*, ésa era toda su ambición. Y a cambio de todos estos beneficios, ¿qué pedía a Francia? Ninguna cesión de territorio, nada más que los gastos de una guerra emprendida para salvarla.

Esta palabrita, *devolver las propiedades*, contenía mucho. El gran propietario era el clero, se trataba de restituirle *un bien de cuatro mil millones, de anular las ventas que se habían hecho por valor de mil millones* en enero del 92 y que después, a los nueve meses, se habían enormemente acrecentado. ¿En qué se convertirían una infinidad de contratos de los que esa operación había sido la ocasión directa o indirecta? No eran sólo los adquirentes los lesionados, sino todos los que les prestaban el dinero, los subadquiridores a quienes habían vuelto a

vender, una multitud de otras personas..., un gran pueblo y *verdaderamente asociado a la revolución por un interés respetable. Estas propiedades, desviadas desde hace siglos del fin de sus piadosos fundadores, habían sido devueltas por la revolución a su verdadero destino, a la vida y al mantenimiento del pobre. Habían pasado de la mano muerta a la viva, de los perezosos a los trabajadores, de los abates libertinos, de los canónigos ventrudos, de los obispos fastuosos, al labrador honesto. Se había formado en ese corto espacio de tiempo una Francia nueva. Y los ignorantes (los emigrados) que traían al extranjero no se imaginaban eso...*

El campesino prestó atención a estas palabras significativas de restauración de los sacerdotes, de restitución, etc., y comprendió que era la contrarrevolución la que entraba en Francia, que una mutación inmensa de las personas y *de las cosas* iba a ocurrir. Todos no tenían fusiles, pero los que los tenían los tomaron; el que tenía una horca tomó una horca y el que tenía una hoz, una hoz. Tuvo lugar un fenómeno sobre la tierra de Francia. Pareció cambiada repentinamente al paso del extranjero. Se convirtió en un desierto. Los granos desaparecieron y, como si un torbellino los hubiera llevado, marcharon al oeste. No quedó en el camino más que una cosa para el enemigo: las raíces verdes, la enfermedad y la muerte».

Y más adelante traza Michelet este cuadro de la sublevación de los campesinos de Francia:

«La población corrió al combate con un ímpetu tal que la autoridad comenzaba a asustarse y la retenía a la retaguardia.

Masas confusas, casi inermes, se precipitaban hacia un mismo punto; no se sabía cómo alojarlas y alimentarlas. En el este, especialmente en Lorena, las colinas, todos los puestos dominantes se habían convertido en campos toscamente fortificados por los árboles derribados, al modo de nuestros viejos campos de la época de César. Vercingetorix se habría imaginado, ante ese paisaje, en plena Galia. Los alemanes tenían muchos motivos para preocuparse, pues cuando avanzaban dejaban tras sí esos campos populares. ¿Cuál sería para ellos el regreso...? Debían apercebirse: no era un ejército lo que tenían allí, era justamente Francia».

¡Ay!, ¿no es eso todo lo contrario de lo que hoy vemos? Pero ¿por qué esta misma Francia que en 1792 se había levantado enteramente para rechazar la invasión extranjera, por qué no se levanta hoy que está amenazada por un peligro mucho más terrible que el de 1792? ¡Ah!, es que en 1792 ha sido electrizada por la revolución y hoy está paralizada por la reacción, protegida y representada por su gobierno de la llamada Defensa Nacional.

¿Por qué los campesinos se habían sublevado en masa contra los prusianos de 1792, y por qué quedan no sólo inertes, sino más bien favorables a esos mismos prusianos contra la misma república? ¡Ah!, es que para ellos no es ya la misma república. La república fundada por la Convención Nacional, el 22 de septiembre de 1792, era una república eminentemente popular y revolucionaria. Había ofrecido al pueblo un interés inmenso, o, como dice Michelet, *respectable*. Por la confiscación en masa de los bienes de la iglesia primero, y más tarde de la nobleza emigrada o insurrecta, o sospechosa o decapitada, le había dado la tierra, y para hacer imposible la restitución de la tierra a sus antiguos propietarios, el pueblo se había levantado en masa. Mientras que la república actual, de ningún modo popular, sino al contrario, llena de hostilidad y de desconfianza contra el pueblo, república de abogados, de impertinentes doctrinarios y burguesa, no le ofrece nada más que frases, un aumento de los impuestos y de los riesgos, sin la menor compensación material.

Tampoco el campesino cree en esta república, pero por otra razón que los burgueses. No cree en ella precisamente porque la encuentra demasiado burguesa, demasiado favorable a los intereses de la burguesía, y alimenta en el fondo de su corazón contra los burgueses un odio disimulado, que, bien que se manifieste en una forma diferente, no es menos intenso que el odio de los trabajadores de las ciudades contra esa clase que hoy es tan poco respetable.

Los campesinos, al menos la inmensa mayoría de los campesinos, no lo olvidemos nunca, aunque convertidos en propietarios en Francia *siguen viviendo del trabajo de sus brazos*. Es eso lo que les separa profundamente de la clase burguesa, cuya mayoría vive *de la explotación lucrativa del trabajo de las masas populares*; esto les une por lo demás a los trabajadores de las ciudades, a pesar de la diferencia de sus posiciones, en desventaja de estos últimos, y la diferencia de ideas y los malentendidos en los principios que resultan desgraciadamente demasiado a menudo.

Lo que sobre todo aleja a los campesinos de los obreros de las ciudades es una cierta *aristocracia de la inteligencia*, muy mal fundada por otra parte, que los obreros tienen el error de atribuirse. Los obreros son, no cabe contradicción, más instruidos; su inteligencia, su sabiduría, sus ideas están más desarrolladas. En nombre de esa

pequeña superioridad científica sucede algunas veces que tratan a los campesinos desde un plano de altura, haciéndoles notar su desdén. Y como lo hice observar ya en otro trabajo⁸, los obreros obran injustamente, porque, en ese mismo título, y con mucha más razón aparente, los burgueses, que son más sabios y están más desarrollados que los obreros, tendrían aún más derecho a despreciar a estos últimos. Y los burgueses, como se sabe, no dejan de hacer uso de ese argumento.

* * *

Permíteme, querido amigo, repetir aquí algunas páginas del escrito que acabo de citar.

«Los campesinos —he dicho en ese folleto— consideran a los obreros de las ciudades como *los del reparto*, y temen que los socialistas vayan a confiscar su tierra, a la que aman sobre todas las cosas. ¿Qué deben hacer los obreros para vencer esa desconfianza y esa animosidad de los campesinos contra ellos? Primeramente cesar de testimoniarles su desprecio, cesar de despreciarles. Eso es necesario para la salvación de la revolución, porque el odio de los campesinos constituye un inmenso peligro. Si no existiera esa desconfianza y ese odio, la revolución habría sido hecha desde hace mucho tiempo, porque la animosidad que desgraciadamente existe en los campos contra las ciudades constituye, no sólo en Francia, sino en todos los países, la base y la fuerza principal de la reacción. Por tanto, en interés de la revolución que debe emanciparlos, los obreros deben cesar lo más pronto posible de testimoniar ese desprecio a los campesinos. Lo deben por justicia, porque verdaderamente no tienen ninguna razón para despreciarlos y para detestarlos. *Los campesinos no son parásitos, sino rudos trabajadores como ellos mismos, sólo que trabajan en condiciones diferentes. He ahí todo. En presencia del burgués explotador, el obrero debe sentirse hermano del campesino.*

Los campesinos marcharán con los obreros de las ciudades a la salvación de la patria tan pronto como estén convencidos de *que los obreros de las ciudades no pretenden imponer su voluntad ni un orden político y social cualquiera inventado por las ciudades para la mayor felicidad de los campos; tan pronto como hayan adquirido la seguridad de que los obreros no tienen intención de arrebatarles la tierra.*

Pues bien, hoy es absolutamente necesario que los obreros renuncien realmente a esa pretensión y a esa intención, y que

8. *Cartas a un francés sobre la crisis actual*, septiembre. [Nota de Bakunin.]

renuncien de modo que los campesinos lo sepan y se convezan realmente de ello. Los obreros deben renunciar a eso, porque aunque esas pretensiones mismas fueran realizables, serían soberanamente *injustas y reaccionarias*; y ahora que su realización se ha dado imposible, no constituiría más que una locura criminal.

¿Con qué derecho impondrían los obreros a los campesinos una forma de gobierno o de organización cualquiera? Con el derecho de la revolución, se dice. Pero la revolución no es revolución cuando, en lugar de provocar la revolución en las masas, suscita la reacción en su seno. El medio y la condición, sino el fin principal de la revolución, es la anulación del principio de autoridad en todas sus manifestaciones posibles, es la abolición completa del Estado político y jurídico, porque el Estado, hermano menor de la Iglesia, como lo ha demostrado perfectamente Proudhon, es la consagración histórica de todos los despotismos, de todos los privilegios, la razón política de todos los sometimientos económicos y sociales, la esencia misma y el centro de toda reacción. Cuando en nombre de la revolución se quiere hacer Estado, aunque no sea más que un Estado transitorio, se hace reacción o se trabaja por el despotismo, no por la libertad; por la institución del privilegio contra la igualdad.

Esto está claro como la luz del día. Pero los obreros socialistas de Francia, educados en las tradiciones políticas de los jacobinos, no han querido comprenderlo nunca. Ahora estarán obligados a comprenderlo, por suerte para la revolución y para ellos mismos. ¿De dónde les viene esa pretensión tan ridícula como arrogante, tan injusta como funesta, de imponer su ideal político y social a diez millones de campesinos que no lo quieren? Esto es evidentemente una herencia burguesa, un legado político del revolucionarismo burgués. ¿Cuál es el fundamento, la explicación, la teoría de esa pretensión? Es la superioridad pretendida o real de la inteligencia, de la instrucción, en una palabra, de la civilización obrera sobre la civilización de los campos. Pero, ¿sabéis que con un principio semejante se pueden legitimar todas las conquistas, consagrar todas las opresiones? Los burgueses no se sirvieron nunca de otro para demostrar su misión de *gobernar* o, lo que equivale a decir lo mismo, de explotar al mundo obrero. De nación a nación, tanto como de clase a clase, ese principio fatal, y que no es otra cosa que el de la autoridad, explica y plantea como un derecho todas las invasiones y todas las conquistas. Los alemanes, ¿no lo emplearon siempre para excusar todos sus atentados contra

la libertad y la independencia de los pueblos eslavos y para legitimar su germanización violenta y forzosa? Esto es, dicen, la conquista de la civilización sobre la barbarie. Tened cuidado; los alemanes empiezan a apercibirse también de que la civilización germánica, protestante, es muy superior a la civilización católica, representada, en general, por los pueblos de raza latina, y a la civilización francesa en particular. Tened cuidado que no se imaginen pronto que tienen la misión de civilizaros y de haceros dichosos, como os imagináis vosotros tener la misión de civilizar y de emancipar a vuestros compatriotas, a vuestros hermanos, los campesinos de Francia. Para mí, una y otra pretensión son igualmente odiosas, y os declaro que, tanto en las relaciones internacionales como en las relaciones de clase a clase, estaré siempre de parte de aquellos a quienes se quiera civilizar por este procedimiento. Me rebelaré con ellos contra todos los arrogantes civilizadores, llámense obreros o alemanes, y al rebelarme contra ellos, serviré a la revolución contra la reacción.

Pero si es así, se dirá, ¿es preciso abandonar a los campesinos ignorantes y supersticiosos a todas las influencias y a todas las intrigas de la reacción? De ningún modo. Es preciso aplastar la reacción en los campos lo mismo que en las ciudades, pero para eso es necesario atacarla en los hechos y no hacerle la guerra a golpes de decretos. Al contrario, los decretos y todos los actos de autoridad consolidan lo que quieren destruir.

En lugar de querer tomar a los campesinos las tierras que poseen hoy, dejadles seguir su instinto natural. ¿Sabéis lo que sucederán entonces? El campesino quiere tener *toda la tierra*; mira al gran señor y al rico burgués, cuyos vastos dominios, cultivados por brazos asalariados, empequeñecen su campo, como extraños y usurpadores. La revolución de 1789 ha dado a los campesinos las tierras de la iglesia; *quisieran aprovechar otra revolución para ganar las de la nobleza y de la burguesía*.

Pero si sucediera esto, si los campesinos echaran mano a toda la porción de tierra que no les pertenece todavía, ¿no se reforzaría con ello de un modo escandaloso el principio de la propiedad individual, y no serían los campesinos más que nunca hostiles a los obreros de las ciudades?

No, *porque una vez abolido el Estado, a la consagración jurídica y política les faltará la garantía de la propiedad por el Estado. La propiedad no será ya un derecho, quedará reducida al estado de simple hecho*.

Eso será entonces la guerra civil, diréis. No siendo ya la propiedad individual garantizada por ninguna autoridad su-

perior, política, administrativa, jurídica, policial, y no estando ya definida más que por la energía del propietario, cada cual querrá apoderarse del bien ajeno, los más fuertes saquearán a los más débiles.

Es cierto que al principio las cosas no transcurrirían de un modo perfectamente pacífico, habrá luchas; *el orden público*, el archisanto de los burgueses, será perturbado, y los primeros hechos que resulten de un semejante estado de cosas podrán constituir lo que convino en llamar la guerra civil. ¿Pero preferís entregar a Francia a los prusianos...?

Por lo demás, no temáis que los campesinos se devoren mutuamente; si quisieren tratar de hacerlo al comienzo, no tardarían en convencerse de la imposibilidad material de persistir en ese camino y entonces se puede estar seguros de que tratarán de entenderse, de transigir y de organizarse entre sí. La necesidad de comer y de alimentar a sus familias, y por consiguiente la necesidad de continuar los trabajos del campo, la necesidad de garantizar sus casas, sus familias y su propia vida contra los ataques imprevistos, todo eso los obligará indudablemente a entrar pronto en el camino de los arreglos mutuos.

Y no creáis tampoco que en estos arreglos *dirigidos fuera de toda tutela oficial*, por la única fuerza de las cosas, los más fuertes, los más ricos, ejerzan una influencia predominante. La riqueza de los ricos, no estando ya garantizadas por las instituciones jurídicas, cesará de ser una potencia. Los ricos no son hoy tan influyentes más que porque, cortejados por los funcionarios del Estado, son protegidos especialmente por el Estado. Faltándoles ese apoyo, su potencia desaparecerá repentinamente. En cuanto a los más astutos, a los más fuertes, serán anulados por la potencia colectiva de la masa de los pequeños campesinos, así como por los proletarios de los campos, masa reducida hoy al sufrimiento mudo, pero a la que el movimiento revolucionario armará de un poder irresistible.

No pretendo, notadlo bien, que los campos que se organizan así, de abajo a arriba, crearán desde el primer momento una organización ideal, conforme a todos los puntos a la que nosotros soñamos. De lo que estoy convencido es que será una organización *viva* y, como tal, mil veces superior a la que existe ahora. Por lo demás, esta organización nueva, que queda siempre abierta a la propaganda de las ciudades, y que no puede ser fijada y, por decirlo así, petrificada por la sanción jurídica del Estado, progresará libremente, desarrollándose y perfeccionándose de un modo indefinido, pero siempre viviente y

libre, nunca decretado y legalizado, hasta llegar a un punto tan razonable como puede esperarse en nuestros días.

Como la vida y los actos espontáneos, suspendidos durante siglos por la acción absorbente del Estado, habrán sido devueltos a las comunas, es natural que cada comuna tome como punto de partida de su nuevo desenvolvimiento, no el estado intelectual y moral en que la ficción oficial la supone, sino el estado real de su civilización y como el grado de la civilización real es muy diferente en las comunas de Francia, tanto como en las de Europa en general, resultará necesariamente una gran diferencia de desarrollo; pero el acuerdo mutuo, la armonía, el equilibrio establecido por un acuerdo común reemplazarán la unidad artificial y violenta de los Estados. Habrá allí una vida nueva y un mundo nuevo.

Me diréis: “Pero esa agitación revolucionaria, esa lucha interior que debe nacer necesariamente de la destrucción de las instituciones jurídicas y políticas, ¿no paralizará la defensa nacional y en lugar de rechazar a los prusianos no entregará, al contrario, a Francia a la invasión?”.

De ningún modo. La historia nos prueba que nunca las naciones se mostraron tan poderosas en el exterior como cuando se sintieron profundamente agitadas y turbadas en el interior, y que, al contrario, nunca fueron tan débiles como cuando aparecían unidas y tranquilas bajo una autoridad cualquiera. En el fondo, nada más natural: la lucha es el pensamiento activo, es la vida, y este pensamiento activo y vivo es la fuerza. Para convenceros, comparad entre sí algunas épocas de vuestra historia. Poned frente a frente la Francia de la Fronda, desarrollada, aguerrida por las luchas de la Fronda, bajo a juventud de Luis XIV, y la Francia de su vejez, la monarquía fuertemente establecida, unificada, pacificada, por el *gran rey*: la primera resplandece victorias, la segunda marcha a la ruina de derrota en derrota. Comparad igualmente la Francia de 1792 con la Francia de hoy. Nunca fue Francia tan desgarrada por la guerra civil como en 1792 y 1793; el movimiento, la lucha, una lucha a vida o muerte, se producía en todos los puntos de la República; y, sin embargo, Francia ha rechazado victoriosamente la invasión de casi toda la Europa coaligada contra ella. En 1870, la Francia unida y pacificada del imperio es derrotada por los ejércitos de Alemania y se muestra desmoralizada hasta tal grado que hay que temer por su existencia».

* * *

Aquí se presta una cuestión: la revolución de 1792 y de 1793 ha podido dar a los campesinos, no gratis, pero sí a un precio muy bajo, los bienes nacionales, es decir, las tierras de la iglesia y de la nobleza emigrada, confiscadas por el Estado. Pero, se objeta, hoy no tiene ya nada que darle. ¡Oh, sí! La iglesia, las órdenes religiosas de ambos sexos, gracias a la connivencia criminal de la monarquía legítima y del segundo imperio sobre todo, ¿no volvieron a enriquecerse? Es verdad que la mayoría de sus riquezas ha sido prudentemente movilizadas, en previsión de revoluciones posibles. La iglesia que, junto a sus preocupaciones celestes, no descuidó nunca sus intereses materiales y se distinguió siempre por la hábil profundidad de sus especulaciones económicas, colocó, sin duda, la mayor cantidad de sus bienes terrestres, que continúa acrecentando cada día para mayor bien de los desdichados y de los pobres, en toda suerte de empresas comerciales, industriales y bancarias, tanto privadas como públicas, y en las rentas de todos los países, de manera que no sería necesaria nada menos que una bancarrota universal, que sería la consecuencia inevitable de una revolución social universal, para privarla de la riqueza, que constituye hoy el principal instrumento de su potencia, por desgracia demasiado formidable todavía. Pero no es menos verdad que posee hoy, sobre todo en el Mediodía de Francia, inmensas propiedades en tierras y en construcciones, lo mismo que en ornamentos y utensilios del culto, verdaderos tesoros en plata, en oro y en piedras preciosas. Y bien, todo eso puede y debe ser confiscado, no en beneficio del Estado, sino de las comunas.

* * *

Existen además los bienes de esos miles de propietarios bonapartistas que, durante los veinte años del régimen imperial, se distinguieron por su celo y que han sido protegidos ostensiblemente por el imperio. Confiscar esos bienes no sería solamente un derecho, sería también un deber. Porque el partido bonapartista no es un partido ordinario, histórico, salido orgánicamente y de un modo regular de los desenvolvimientos sucesivos, religiosos, políticos y económicos del país, y fundado sobre un principio racional cualquiera, verdadero o falso. Es una cuadrilla de bandoleros, de asesinos, de ladrones que, apoyándose por una parte *en la cobardía reaccionaria de una burguesía temblorosa ante el espectro rojo, y roja ella misma aún por la sangre de los obreros de París, derramada con sus propias manos*, y por la otra en la bendición de los sacerdotes y en la ambición criminal de los oficiales superiores del ejército, se había apoderado calladamente de Francia. «Una docena de Robertos Macaire de la vida elegante, solidarizados por el vicio y por una miseria común, arruinados, perdidos en su repu-

tación y en sus deudas, para rehacer una posición y una fortuna no han retrocedido ante uno de los atentados más horribles que conoce la historia. He aquí en pocas palabras toda la verdad sobre el golpe de Estado de diciembre. Los bandidos han triunfado. Reinan desde hace diez y ocho años sin compartir con nadie el más hermoso país de Europa y al que Europa considera con mucha razón como el centro del mundo civilizado. *Han creado una Francia oficial a su imagen*. Ha conservado poco más o menos intacta la apariencia de las instituciones y de las cosas, pero han trastornado el fondo, rebajándolo al nivel de sus costumbres y de su propio espíritu. Todas las viejas palabras han quedado. Se habla allí como siempre de libertad, de justicia, de dignidad, de derecho, de civilización y de humanidad, pero el sentido de estas palabras se ha transformado completamente en sus labios, pues cada palabra significa todo lo contrario de lo que parece querer expresar: se diría una sociedad de bandidos que, por una ironía sangrienta, hiciera uso de las más honestas expresiones para discutir los designios y los actos más perversos. ¿No es aún este el carácter de la Francia imperial? ¿Hay cosa más disgustante, más vil, por ejemplo, que el senado imperial, compuesto, en los términos de la constitución, *por todos los ilustres del país*? ¿No es, según sabe todo el mundo, la casa de inválidos de todos los cómplices del crimen, de todos los decembristas repuestos? ¿Se conoce cosa más deshonrada que la justicia del imperio, que todos esos tribunales y esos magistrados que no conocen otro deber que el de sostener en todas las ocasiones y a pesar de todo la iniquidad de los imperialistas?»⁹.

He ahí lo que en el mes de marzo, cuando el imperio aún florecía, escribía a uno de mis amigos más íntimos¹⁰. Lo que decía de los senadores y de los jueces era aplicable igualmente a toda la gente oficial y oficiosa, a los funcionarios militares y civiles, comunales y departamentales, a todos los electores consagrados, así como a todos los diputados bonapartistas. La cuadrilla de bandidos, primero no muy numerosa, pero más grande de año en año, atrayendo a su seno, por el lucro, todos los elementos pervertidos y podridos, después reteniéndoles por la solidaridad de la infamia y del crimen, había acabado por cubrir a toda Francia, sujetándola con sus anillos como un inmenso reptil.

He ahí lo que se llama el partido bonapartista. Si hubo alguna vez un partido criminal y fatal para Francia, fue éste. No solamente violó su libertad, degradó su carácter, corrompió su conciencia, envileció su inteligencia, deshonró su nombre; ha destruido, por un saqueo desen-

⁹. *Los osos de Berna y el oso de San Petesburgo. Lamentación patriótica de un suizo humillado y desesperado*, Neuchatel, 1870. [Nota de Bakunin.]

¹⁰. El propio Bakunin. [Nota del editor.]

frenado, ejercido durante diez y ocho años, su fortuna y sus fuerzas, después la entregó desorganizada a la conquista de los prusianos. Aun hoy, cuando se hubiera debido creerlo desgarrado por los remordimientos, muerto de vergüenza, aniquilado bajo el peso de su infamia, aplastado por el desprecio universal, después de algunos días de inacción aparente y de silencio, vuelve a levantar la cabeza, se atreve a hablar de nuevo, y conspira abiertamente contra Francia, en favor del infame Bonaparte, que es desde ahora aliado y protegido por los prusianos.

Este silencio y esta inacción de corta duración habían sido causados, no por el arrepentimiento, sino únicamente por el miedo atroz que le había causado la primera explosión de la indignación popular. En los primeros días de septiembre, los bonapartistas habrían creído en una revolución y, sabiendo muy bien que no había castigo que no hubiesen merecido, huyeron y se ocultaron como cobardes, temblando ante la justa cólera del pueblo. Sabían que la revolución no ama las frases, y que una vez que se despierta y obra, avanza decididamente. Los bonapartistas se creyeron, pues, políticamente aniquilados, y durante los primeros días que siguieron a la proclamación de la república no pensaron más que poner en lugar seguro sus riquezas acumuladas por el robo y sus queridas personas.

Fueron agradablemente sorprendidos al ver que podían efectuar una cosa y otra sin la menor dificultad y sin el menor peligro. Como en febrero y en marzo de 1848 los doctrinarios burgueses y los abogados que se encuentran hoy a la cabeza del nuevo gobierno provisional de la república, en lugar de adoptar medidas de salvación, hicieron frases; ignorando la práctica revolucionaria y la situación real de Francia tanto como sus predecesores, teniendo como ellos horror a la revolución, los señores Gambetta y compañía quisieron asombrar al mundo con una generosidad caballeresca y que no sólo fue intempestiva, sino criminal; constituyó una verdadera traición contra Francia, puesto que devolvió la confianza y las armas a su enemigo más peligroso, a la banda de los bonapartistas.

Animado por ese deseo vanidoso, por esa frase, el gobierno de Defensa Nacional tomó, pues, todas las medidas necesarias, y esta vez aún las más enérgicas para que los señores bandidos, los saqueadores y los ladrones bonapartistas pudiesen salir tranquilamente de París y de Francia, llevando consigo toda su fortuna movilizable y dejando bajo su protección especial sus casas y sus tierras, que no pudieron llevarse. Fue, en su asombrosa servicialidad hacia esa banda de asesinos de Francia, hasta el punto de arriesgar toda su popularidad al protegerles contra la demasiado legítima indignación y la desconfianza populares. Principalmente en varias ciudades de provincia, el pueblo, que no entiende nada de esa exhibición ridícula de una generosidad

tan mal aplicada, y que, cuando se levanta para obrar, macha siempre derecho a su fin, detuvo algunos altos funcionarios del imperio que se habían distinguido de un modo especial por la infamia y por la crueldad de sus actos, tanto oficiales como privados. Apenas el gobierno de Defensa Nacional, y principalmente Gambetta, como ministro del interior, tuvo conocimiento de ello, valiéndose de ese poder dictatorial que cree haber recibido del puesto de París y del cual, por una singularidad contradicción, no cree de su deber hacer uso más que contra el pueblo de las provincias, pero en sus relaciones diplomáticas con el invasor extranjero, se apresuró a ordenar del modo más orgulloso y más perentorio que se pusieran inmediatamente todos esos pícaros en plena libertad.

Te recuerdas, sin duda, querido amigo, de las escenas que se sucedieron en la segunda mitad de septiembre en Lyon, a consecuencia de la liberación del antiguo prefecto, del procurador y de los agentes de policía del imperio. Tal medida, ordenada directamente por Gambetta y ejecutada con celo y dicha por el señor Andreieux, procurador de la república, asistido por el consejo municipal, ha repugnado tanto más al pueblo de Lyon cuanto que a esta hora se encuentran en los fuertes de esa ciudad muchos soldados presos, aherrojados por el solo crimen de haber manifestado altamente su simpatía por la república, y para los cuales el pueblo reclamó en vano la libertad hace varios días.

Volveré sobre este incidente, que fue la primera manifestación de la escisión que debía procurarse necesariamente entre el pueblo de Lyon y las autoridades republicanas, tanto municipales, electivas, como nombradas por el gobierno de Defensa Nacional. Me limitaré ahora, querido amigo, a hacer observar la contradicción más que extraña que existe entre la indulgencia extrema, excesiva, diré más, imperdonable de este gobierno hacia antes que han arruinado, deshonrado y traicionado al país, y que continúan traicionándolo aún hoy, y la severidad draconiana de que ha hecho uso contra los republicanos, más republicanos e infinitamente más revolucionarios que él. Se diría que el poder dictatorial le ha sido dado, no por la revolución, sino por la reacción, para tratar con rigor la revolución, y que no es más que para continuar la mascarada del imperio que se da el nombre de gobierno republicano.

Se diría que no ha libertado y salvado de las prisiones a los servidores más celosos y más comprometidos de Napoleón III más que para hacer lugar en ellas a los republicanos. Usted ha sido testigo y en parte también víctima de la oficiosidad y de la brutalidad con que se han puesto a perseguirlos, a detenerlos y a encarcelarlos. No se contentaron con esa persecución *oficial y legal*, recurrieron a la más infame calumnia. Se atrevieron a decir que esos hombres que, en medio de la mentira oficial que sobrevive al imperio y que continúa arruinando las

últimas esperanzas de Francia, se han atrevido a decir la verdad, toda la verdad al pueblo, eran agentes pagados por los prusianos.

Libertan a los prusianos del interior, notorios, confesos, los bonapartistas, porque ¿quién puede poner en duda ahora la alianza ostensible de Bismarck con los partidos de Napoleón III? Realizan por sí los asuntos de la invasión extranjera; en nombre de no sé qué legalidad ridícula y de una dirección gubernamental que no existe más que en sus frases y sobre todo el papel, paralizan en todas partes el movimiento popular, la sublevación, el armamento y la organización espontánea de las comunas que, en las terribles circunstancias en que se encuentra el país, son lo único que puede salvar a Francia; y por eso mismo, los defensores nacionales la entregan infaliblemente a los prusianos. Y no contentos con detener a los hombres francamente revolucionarios, por el solo crimen de haberse atrevido a denunciar su incapacidad, su impotencia y su mala fe, y de haber mostrado los únicos medios de salvación para Francia, se permite aún echarles en cara este sucio nombre de ¡prusianos! Ah, cuánta razón tenía Proudhon cuando decía (permitidme citar todo este pasaje; es demasiado bello y demasiado verdadero para que se pueda suprimir una sola palabra):

«¡Ay!, nunca se es traicionado más que por los propios amigos. En 1848 como en 1793, la revolución fue determinada por los que la representaban. Nuestro republicanismo no es como el viejo jacobinismo, más que *un humor burgués*, sin principio y sin plan, *que quiere y no quiere*, que murmura siempre, sospecha de todos y no es por eso menos engañado; que no ve en todas partes, aparte del corrillo, más que facciosos y anarquistas; que huroneando los archivos de la policía no sabe descubrir allí más que las debilidades, verdaderas o supuestas, de los patriotas; que impide el culto de Châtel y hace cantar misas por el arzobispo de París; *que esquiva la palabra propia sobre todos los asuntos por miedo a comprometerse, se reserva ante todo, no decide nunca nada, desconfía de las razones comprensibles y de las posiciones claras*. Ahí está otra vez Robespierre, el hablador sin iniciativa, que encuentra a Danton demasiado viril, *que injuria las osadías generosas de que él se siente incapaz*, que se abstiene el 10 de agosto [como el señor Gambetta y Cía. hasta el 4 de septiembre], que no aprueba ni desapruaba las masacres de septiembre [como estos mismos ciudadanos ante la proclamación de la república por el pueblo de París], que vota la constitución del 93 y su postergación para la paz, que zahiere la fiesta de a *Razón* y establece la del *Ser Supremo*, que persigue a Carrier y apoya a Fouquier-Tinville, que da el beso de paz a Camilo Desmoulins por la maána y lo hace deten-

er por la noche, que propone la abolición de la pena de muerte y redacta la ley del 22 pradial; que encarece sucesivamente a Sieyes, a Mirabeau, a Barnave, a Petion, a Danton, a Marat, a Herbert, después hace guillotinar a una tras otro, a Herbert, a Danton, a Petion, a Barnave, al primero como anarquista, al segundo como indulgente, al tercero como federalista, al cuarto como constitucional, *que no tiene estima más que para la burguesía gubernamental* y para el clero refractario, *que lanza el descrédito sobre la revolución*, tanto a propósito del juramento eclesiástico como en ocasión de los asignados; que no ahorra más que a aquellos a quienes el silencio o el suicidio aseguran un refugio, y *que sucumbe, en fin, el día en que, casi solo con los hombres del término medio, trata de encadenar en su beneficio, y de acuerdo con ellos, la revolución»*¹¹.

¡Ah!, sí, lo que distingue a todos estos republicanos burgueses, verdaderos discípulos de Robespierre, es su amor a la autoridad del Estado y el odio a la revolución. Ese odio y ese amor lo tienen en común con los monárquicos de todos los colores, hasta con los bonapartistas, y es esa identidad de sentimientos, esa convivencia instintiva y secreta, lo que los hace precisamente tan indulgentes y tan singularmente generosos hacia los servidores más criminales de Napoleón III. Reconocen que entre los hombres de Estado del imperio hay muchos criminales y que todos causaron a Francia un mal enorme y apenas reparable. Pero, después de todo, eran hombres de Estado; los comisarios de policía, esos espías patentados y condecorados, que denunciaron constantemente a las persecuciones imperiales todo lo que quedaba de honesto en Francia, los agentes de policía mismos, atormentadores privilegiados del público, ¿no eran después de todo servidores del Estado? Y entre los hombres de Estado se deben consideraciones, porque los republicanos oficiales y burgueses sin hombres de Estado ante todo y podrían mucho contra aquel que se permitiera ponerlo en duda. Leed todos sus discursos, los del señor Gambetta sobre todo. Encontraréis en ellos en cada palabra esa preocupación constante del Estado, la pretensión ridícula e ingenua de presentarse como estadistas.

No hay que perderlo de vista, porque eso lo explica todo; su indulgencia hacia los bandidos del imperio y sus severidades contra los republicanos revolucionarios. Monárquico o republicano, un estadista no puede menos de tener horror a la revolución y a los revolucionarios, porque la revolución es el derrumbamiento del Estado, y los revolucionarios son los destructores del orden burgués, del orden público.

¿Creéis que exagero? Os demostraré con hechos lo que digo.

¹¹. Proudhon, *Idée générale de la révolution*. [Nota de Bakunin.]

Estos mismos republicanos burgueses que en febrero y en marzo de 1848 habían aplaudido la generosidad del gobierno provisorio que protegió la huida de Luis Felipe y de todos los ministros y que después de haber abolido la pena de muerte por causas políticas tomó la resolución magnánima de no perseguir a ningún funcionario público por las malas acciones cometidas bajo el régimen precedente; esos mismos republicanos burgueses, comprendido, sin duda, el señor Jules Favre, uno de los representantes más fanáticos, como se sabe, de la reacción burguesa en la Constituyente de 1848 y en la Asamblea Legislativa de 1849, y hoy miembro del gobierno de Defensa Nacional y representante de la Francia republicana para el exterior, esos mismos republicanos burgueses ¿qué han decretado y hecho en junio? ¿Han empleado la misma mansedumbre hacia las masas obreras impulsadas a la revolución por el hambre?

El señor Louis Blanc, que es un estadista, pero un estadista socialista, os responderá⁹:

«Quince mil ciudadanos fueron detenidos después de los acontecimientos de junio y cuatro mil trescientos cuarenta y ocho afectados por la deportación sin juicio, *por medida de seguridad general*. Durante dos años pidieron jueces: se les enviaron comisiones de *clemencia*, y las liberaciones fueron tan arbitrarias como sus arrestos. ¿Creeríase que hubo un hombre que se atrevió a pronunciar ante una asamblea en pleno siglo XIX estas palabras: “Sería imposible juzgar a los deportados de Belle Isle; contra muchos de ellos no existen pruebas materiales”? Y como según la afirmación de este hombre, que era Baroche [el Baroche del imperio y en 1848 el cómplice de Jules Favre, y con él muchos otros republicanos, en el crimen cometido en junio contra los obreros], *no existían pruebas materiales* que diesen de antemano la certidumbre de que el juicio terminaría en una condena, se condenó a cuatrocientos sesenta proscritos de las prisiones, sin juzgarlos, a ser transportados a Argelia. Entre ellos figuraba Legarde, ex presidente de los delegados de Luxemburgo. Escribió desde Brest a los obreros de París esta admirable y punzante carta:

Hermanos: Aquél que a consecuencia de los acontecimientos de febrero de 1848 fue llamado al insigne de marchar a vuestra cabeza; aquél que desde hace diecinueve meses sufre en silencio, lejos de su numerosa familia, las torturas del más monstruoso cautiverio; aquél, en fin, que acaba de ser condenado *sin juicio* a diez años de trabajos forzados en tierra extranjera, y esto en virtud de una ley retroactiva, de una ley concebida, votada y promulgada bajo la inspiración del odio y

del miedo [por los republicanos burgueses]: aquél, digo, no ha querido abandonar el suelo de la madre patria sin conocer los motivos por los que un ministro audaz se atrevió a andaminar la más terrible de las procripciones.

En consecuencia se dirigió al comandante de la prisión de Guerrière, el cual le dio comunicación de lo que sigue, textualmente extraído de las notas adjuntas a su expediente:

“Lagarde, delegado de Luxemburgo, hombre de una probidez incontestable, muy pacífico, instruido, generalmente amado, y por eso mismo muy peligroso para la propaganda”.

No doy más que este hecho a la apreciación de mis conciudadanos, convencido de que su conciencia sabrá juzgar bien quién, los verdugos o la víctima, merece más su compasión.

En cuanto a vosotros, hermanos, permitidme deciros: ¡Marcho, pero no estoy vencido, sabedlo bien! Marcho, pero no os digo adiós.

No, hermanos, no os digo adiós. Creo en el buen sentido del pueblo; tengo fe en la santidad de la causa a la que consagré todas mis facultades intelectuales; tengo fe en la república, porque es imperecedera como el mundo. Es por eso que os digo hasta la vista, y sobre todo, unión y clemencia.

¡Viva la república!

En la rada de Brest, prisión de Guerrière.

Lagarde, expresidente de los delegados del Luxemburgo».

* * *

¿Se quiere algo más elocuente que estos hechos? ¿No se tuvo mil veces razón al decir y repetir que la reacción burguesa de junio, cruel, sanguinaria, horrible, cínica, desvergonzada, ha sido la verdadera madre del golpe de Estado de diciembre? El principio era el mismo, la crueldad imperial no ha sido más que la imitación de la crueldad burguesa, no habiéndola superado más que sobre el número de las víctimas deportadas y asesinadas. En cuanto a los muertos, no se está aún seguro, porque la masacre de junio, las ejecuciones sumarias hecha por las guardias nacionales burguesas en los obreros desarmados, sin ningún juicio previo, y no el mismo día, sino al día siguiente de la victoria, han sido horribles. En cuanto al número de deportados, la diferencia es notable. Los republicanos burgueses habían detenido a quince mil y deportado a cuatro mil trescientos cuarenta y ocho obreros. Los

bandidos de diciembre han detenido a su vez cerca de veintiséis mil ciudadanos y deportado poco más o menos la mitad, trece mil aproximadamente. Es evidente que de 1848 a 1851 hubo progresos, pero sólo en la cantidad, no en la calidad. En cuanto a la calidad, es decir, al principio, se debe reconocer que los bandidos de Napoleón III han sido mucho más excusables que los republicanos burgueses de 1848. Eran bandidos, sicarios de un déspota; por consiguiente, asesinando republicanos abnegados ejercía su oficio; y se puede decir también que deportando a la mitad de sus presos, no asesinandolos a todos a la vez, han dado en cierto modo prueba de generosidad; mientras que los republicanos burgueses, deportando sin juicio alguno, *por medida de seguridad general*, a cuatro mil trescientos cuarenta y ocho ciudadanos, han pisoteado su conciencia, escupido a la cara de su propio principio y al preparar, al *legitimar* el golpe de Estado de diciembre, han asesinado la república.

Sí, lo digo abiertamente, a mis ojos y ante mi conciencia, los Money, los Baroche, los Persigny, los Fleury, los Pietri y todos sus compañeros de la sangrienta orgía imperial, son mucho menos culpables que el señor Jules Favre, hoy miembro del gobierno de Defensa Nacional, menos culpables que todos los otros republicanos burgueses que en la Asamblea constituyente y en la Asamblea Legislativa de 1848 a diciembre de 1851 han votado con él. ¿No será también el sentimiento de esta culpabilidad y de esta solidaridad criminal con los bonapartistas lo que los hace hoy tan generosos y tan indulgente hacia ellos?

Hay otro hecho digno de observación y de meditación. Exceptuados Proudhon y Louis Blanc, casi todos los historiadores de la revolución de 1848 y del golpe de Estado de diciembre, así como los más grandes escritores del radicalismo burgués, los Víctor Hugo, los Quinet, etc., han hablado mucho del crimen y de los criminales de diciembre, pero no se han dignado jamás detenerse sobre el crimen y los criminales de junio. ¡Y, sin embargo, es tan evidente que diciembre no fue otra cosa que la consecuencia fatal y la repetición en grande de junio!

¿Por qué este silencio sobre junio? ¿Es porque los criminales de junio eran republicanos burgueses de quienes los escritores nombrados han sido moralmente cómplices? ¿Cómplices de su principio y necesariamente cómplices indirectos de su acción?

Esta razón es probable. Pero hay otra todavía que es segura: El crimen de junio no afectó más que a los obreros, a los socialistas revolucionarios, por consiguiente *a los extraños* a la clase y a los enemigos naturales del principio que representan todos esos escritores honorables. Mientras que el crimen de diciembre hirió y deportó a millares de republicanos burgueses, sus hermanos desde el punto de vista social, sus correligionarios desde el punto de vista político. Y por otra parte todos ellos han sido más o menos víctimas. De ahí su extrema

sensibilidad para diciembre y su indiferencia para junio.

Regla general: Un burgués, por republicano rojo que sea, será mucho más vivamente afectado, conmovido y lesionado por una desventura de que sea víctima otro burgués, aunque ese burgués sea un imperialista rabioso, que por la desgracia de un obrero, de un hombre del pueblo. En esa diferencia hay sin duda una gran injusticia, pero esa injusticia no es premeditada, es instintiva. Proviene de que las condiciones y los hábitos de la vida, que ejercen sobre los hombres una influencia siempre más poderosa que sus ideas y sus condiciones políticas, esas condiciones y esos hábitos, esa manera especial de existir, de desarrollarse, de pensar y de obrar, todas esas relaciones sociales —tan múltiples y al mismo tiempo tan regularmente convergentes al mismo fin— que constituyen la vida burguesa, el mundo burgués, establecen entre los hombres que pertenecen a ese mundo, cualquiera que sea la diferencia de sus opiniones políticas, una solidaridad infinitamente más real, más profunda, más poderosa y sobre todo más sincera que la que podría establecerse entre los burgueses y los obreros, a consecuencia de una comunidad más o menos grande de convicciones y de ideas.

La vida domina el pensamiento y determina la voluntad. He aquí una verdad que no se debe perder jamás de vista, cuando se quiere comprender algo en los fenómenos políticos y sociales. Si se quiere, pues, establecer entre los hombres una voluntad, es preciso fundarla sobre las mismas condiciones de vida, sobre la comunidad de intereses. Y como hay, para las condiciones mismas de su existencia respectiva, entre el mundo burgués y el mundo obrero un abismo, porque el uno es el mundo explotador y el otro el mundo explotado y víctima, concluyo que si un hombre nacido y educado en el medio burgués quiere convertirse sinceramente y sin frases en el amigo y en el hermano de los obreros, debe renunciar a todos sus hábitos burgueses, romper todas sus relaciones de sentimiento, de vanidad de espíritu con el mundo burgués y, volviendo la espalda a ese mundo, convertirse en su enemigo y declararle una guerra irreconciliable, debe lanzarse enteramente sin restricciones ni reservas en el mundo obrero.

Si no encuentra en sí una pasión de justicia suficiente para inspirarle esta resolución y este valor, que no se engañe él mismo y que no engañe a los obreros; no llegará nunca a ser su amigo. Sus pensamientos abstractos, sus sueños de justicia, podrán arrastrarlo en los momentos de reflexión, de teoría y de calma, cuando nada se mueve en el exterior, de parte del mundo explotado. Pero que llegue un momento de gran crisis social, cuando esos mundos irreconciliablemente opuestos se encuentren en lucha suprema, y todos los lazos de su vida le lanzarán inevitablemente al mundo explotador. Esto es lo que ha sucedido precedentemente a muchos de nuestros amigos y es lo que

sucedirá siempre a todos los republicanos y socialistas burgueses.

Los odios sociales, como los odios religiosos, son mucho más intensos, más profundos que los odios políticos. He ahí la explicación de la indulgencia de vuestros demócratas burgueses hacia los bonapartistas y su excesiva severidad contra los revolucionarios socialistas. Detestan mucho menos a los primeros que a los últimos; lo que tiene por consecuencia necesaria el unirlos con los bonapartistas en una reacción común.

* * *

Los bonapartistas, al principio excesivamente espantados, se apercibieron pronto de que en el gobierno de Defensa Nacional y en ese mundo casi republicano y oficial nuevo, improvisado por dicho gobierno, tenían aliados poderosos. Han debido asombrarse y regocijarse mucho —ellos que, a falta de otras cualidades, tienen al menos la de ser hombres realmente prácticos y la de querer los medios que conducen a su fin—, viendo que ese gobierno, no contento con respetar sus personas y dejarlas gozar en plena libertad del fruto de sus rapiñas, había conservado, en toda la administración militar, jurídica y civil de la nueva república, los viejos funcionarios del imperio, contentándose solamente con reemplazar los prefectos y los subprefectos, los procuradores generales y los procuradores de la república, pero dejando todas las oficinas de las prefecturas, lo mismo que los ministerios, repletos de bonapartistas, y la inmensa mayoría de las comunas de Francia bajo el yugo corruptor de las municipalidades nombradas por el gobierno de Napoleón III, de esas municipalidades que hicieron el último plebiscito y que, bajo el ministerio Palikao y bajo la dirección jesuítica de Chevreau, han hecho en los campos una propaganda tan atroz en favor del infame.

Debieron reírse mucho de esta tontería verdaderamente inconcebible de parte de los hombres de inteligencia que componen el gobierno provisional actual, que les hizo esperar que desde el momento en que ellos, republicanos, estuvieran al frente del poder, toda esa administración bonapartista se haría republicana también. Los bonapartistas obraron de otro modo en diciembre. Su primer cuidado fue romper y expulsar hasta el más pequeño funcionario que no quiso dejarse corromper, expulsar toda la administración republicana y colocar en todas las funciones, desde las más elevadas hasta las más inferiores y mínimas, adeptos de la banda bonapartista. En lo que respecta a los republicanos y a los revolucionarios, deportaron y encarcelaron en masa a los últimos, y expulsaron de Francia a los primeros, no dejando en el interior del país más que a los inofensivos, a los menos resueltos, a los menos convencidos y a los más tontos, o bien a los que de una manera u otra habían consentido en venderse. Es así como llegaron a

apoderarse del país y a maltratarlo sin ninguna resistencia de su parte durante más de veinte años, puesto que, como lo he observado ya, el bonapartismo procede de junio y no de diciembre, y el señor Jules Favre y sus amigos, republicanos burgueses de la Asamblea Constituyente y Legislativa, han sido los verdaderos fundadores.

Es preciso ser justo con todo el mundo, incluso con los bonapartistas. Estos son cobardes, es verdad, pero cobardes muy prácticos. Han tenido, lo vuelto a repetir, el conocimiento y la voluntad de los medios que conducían a su fin, y bajo este aspecto se han demostrado infinitamente superiores a los republicanos que pretenden gobernar a Francia hoy. En este momento mismo, después de su derrota, se muestran superiores y mucho más poderosos que todos esos republicanos oficiales que ocuparon sus puestos. No son los republicanos, son ellos los que gobiernan actualmente a Francia todavía. Reasegurados por la generosidad del gobierno de Defensa Nacional, consolados al ver reinar por todas partes, en vez de la revolución que temen, la reacción gubernamental; volviendo a encontrar en todas las partes de la administración de la república a sus viejos amigos, sus cómplices, que les están irrevocablemente encadenados por esa *solidaridad de la infamia y del crimen* de que hablé ya y sobre la cual volveré aún, y conservando en sus manos un instrumento terrible, toda esa inmensa riqueza que han acumulado en veinte años de horrible saqueo, los bonapartistas han vuelto a levantar decididamente la cabeza.

Su acción oculta y potente, mil veces más potente que la del rey de Yvetot colectivo que gobierna en Tours, se siente en todas partes. Sus periódicos, la *Patrie*, el *Constitutionnel*, el *Pays*, el *Peuple* del señor Duvernois, la *Liberté* del señor Emile de Girardin, y muchos otros aún, continúan apareciendo. Traicionan al gobierno de la república y hablan abiertamente, sin temor ni vergüenza, como si no hubiesen sido los traidores asalariados, los corruptores, los vendedores, los sepultureiros de Francia. El señor Emile de Girardin, que se había enriquecido en los primeros días de septiembre, ha vuelto a encontrar su voz, su cinismo y su incomparable locuacidad. Como en 1848, propone generalmente al gobierno de la república «una idea por día». Nada le turba, nada le asombra; desde el momento que oyó que no se tocará ni a su persona ni a su bolsillo, se reaseguró y se siente de nuevo sobre la tierra firme: «Estableced solamente la república —escribe— y veréis las bellas reformas políticas, económicas y filosóficas que os propondré». Los periódicos del imperio moldean abiertamente la reacción en provecho del imperio. Los órganos del jesuitismo comienzan a hablar otra vez de los beneficios de la religión.

La intriga bonapartista no se limita a esa propaganda de la prensa. Se ha hecho omnipotente en los campos y en las ciudades también. En los campos, sostenida por una multitud de grandes y pequeños

propietarios bonapartistas, por los señores curas y por todas esas antiguas municipalidades del imperio, tiernamente conservadas y protegidas por el gobierno de la república, predica más apasionadamente que nunca el odio a la república y el amor al imperio. Desvía a los campesinos de toda participación en la Defensa Nacional y les aconseja, al contrario, acoger bien a los prusianos, esos nuevos aliados del emperador. En las ciudades, apoyados por las oficinas de las prefecturas y subprefecturas, sino por los prefectos y subprefectos mismos, por los jueces del imperio, sino por los abogados generales y por los procuradores de la república, por los generales y por casi todos los oficiales superiores del ejército, sino por los soldados que son patriotas, pero que están encadenados por la vieja disciplina; apoyados también por la gran mayoría de las municipalidades, y por la inmensa mayoría de los grandes y de los pequeños comerciantes, industriales, propietarios y tenderos; apoyados también por esa multitud de republicanos burgueses, moderados, timoratos, antirrevolucionarios en todas las ocasiones y que, no hallando energía más que contra el pueblo, hacen el negocio del bonapartismo sin saberlo y sin quererlo; sostenidos por todos esos elementos de la reacción inconsciente y conciente, los bonapartistas paralizan todo lo que es movimiento, acción espontánea y organización de las fuerzas populares, y por eso entregan incontestablemente las ciudades lo mismo que los campos a los prusianos y por medio de los prusianos al jefe de su banda, al emperador. En fin, ¿qué diré?, entregan a los prusianos las fortalezas y los ejércitos de Francia; ahí están como pruebas las capitulaciones infames de Sedan, de Estrasburgo y de Ruan. Matan a Francia.

* * *

El gobierno de Defensa Nacional, ¿debía y podía tolerarlo? Me parece que a esta pregunta no puede existir más que una respuesta: No, mil veces no. Su primer, su más grande deber desde el punto de vista de la salvación de Francia era extirpar hasta en su raíz la conspiración y la acción malhechora de los bonapartistas. ¿Pero cómo extirparla? No había más que un medio: hacer arrestar y encarcelar primeramente a todos, en masa, en París y en las provincias, comenzando por la emperatriz Eugenia y su corte, todos los altos funcionarios militares y civiles, senadores, consejeros del Estado, diputados bonapartistas, generales, coroneles, capitanes en caso de necesidad, arzobispos y obispos, prefectos y subprefectos, alcaldes, jueces de paz, todo el cuerpo administrativo y judicial, sin olvidar la policía, todos los propietarios notoriamente adictos al imperio —todos los que, en una palabra, constituyen la banda bonapartista—.

¿Era posible ese arresto en masa? Nada más fácil. El gobierno de Defensa Nacional y sus delegados en las provincias no tenían más que

hacer su signo, recomendando, sin embargo, a las poblaciones que no maltrataran a nadie, y se podía estar seguro de que en pocos días, sin mucha violencia y sin mucha efusión de sangre, la inmensa mayoría de los bonapartistas, sobre todo los ricos, los influyentes y los notables de ese partido habrían sido detenidos y encarcelados en toda la superficie de Francia. ¿No habrían detenido a muchos las poblaciones de los departamentos por su propio impulso en la primera mitad de septiembre y, notadlo bien, sin hacer mal a nadie, del modo más cortés y más humano del mundo?

La crueldad y la brutalidad no están en las costumbres del pueblo francés, sobre todo no están en las costumbres del proletariado de las ciudades de Francia. Si quedan algunos vestigios, hay que buscarlos en parte entre los campesinos, pero sobre todo en la clase tan estúpida como numerosa de los tenderos. ¡Ah, éstos son verdaderamente feroces! Lo han demostrado en junio de 1848¹² y muchos hechos prue-

^{12.} He aquí en qué términos describe el señor Louis Blanc el día siguiente de la victoria obtenida en junio por las guardias nacionales burguesas sobre los obreros de París:

«Nadie podría pintar la situación y el aspecto de París durante las horas que precedieron y siguieron inmediatamente al fin de ese drama inaudito. Apenas declarado el estado de sitio, los comisarios de policía fueron en todas direcciones a ordenar a los transeúntes que entraran en sus domicilios. ¡Y desgraciado del que reapareciese hasta nueva decisión en el umbral de su puerta! Si el decreto os había sorprendido vestido de paisano lejos de vuestra morada érais reconducido de puesto a puesto y obligado a encerraros. Habían sido detenidas mujeres que llevaban mensajes ocultos en sus cabellos y se descubrieron cartuchos en los pliegues de algunos fiacres; por tanto, todo fue motivo de sospecha. Los féretros podían contener pólvora: se desconfió en los entierros, y los cadáveres, en el camino del eterno reposo, fueron indicados como sospechosos. La bebida dada a los soldados (de la guardia nacional, claro está) podía estar envenenada: se detuvo por precaución a los pobres vendedores de limonada y los vivanderos de quince años se amedrentaron. Se prohíbe a los ciudadanos mostrarse en las cruzadas y dejar las persianas abiertas, porque el espionaje y la muerte estaban allí sin duda al acecho. Una lámpara agitada detrás de un vidrio, los reflejos de la luna sobre la pizarra de un techo, bastaban para difundir el espanto. Deplorar el extravío de los insurrectos, llorar entre tantos vencidos a los que se había amado, nadie se hubiese atrevido a hacerlo impunemente. *¡Se fusiló a una joven porque había hecho vendas en una ambulancia de insurrectos, para su amante, quizás para su esposo, para su padre!* La fisonomía de París fue, durante algunos días, la de una ciudad to-

mada por asalto. El número de las casas en ruinas y de los edificios a los cuales en cañón había hecho brechas *testimoniaba bastante la potencia de ese gran esfuerzo de un pueblo acorralado*. Filas de burgueses uniformados cortaban las calles; patrullas azoradas golpeaban el pavimento... ¿Hablaré de la represión?

“¡Obreros! Y todos los que tenéis levantadas las armas contra la república, una última vez, en nombre de todo lo que hay de respetable, de santo, de sagrado para los hombres, deponed las armas. La Asamblea Nacional, la nación entera os lo piden. *Se os dice que os esperan crueles venganzas: son nuestros enemigos, los vuestros, quienes hablan así*. Venid a nosotros, venid como hermanos arrepentidos y sumisos a la ley y los brazos de la república están dispuestos a recibirlos”.

Tal era la proclama que el 23 de junio dirigió el general Cavaignac a los insurrectos. En la segunda proclama dirigida el 26 a la guardia nacional y al ejército, decía: “En París veo vencedores y vencidos. Que mi nombre sea maldito si consintiese en que haya víctimas”. Seguramente nunca habían sido pronunciadas palabras más hermosas en un momento semejante. Pero ¡qué lejos estuvo esa promesa de ser cumplida, justo cielo!...

Las represalias tomaron en algunos lugares un carácter salvaje: es así que los prisioneros amontonados en el jardín de las Tullerías, en el fondo del subterráneo del borde del agua, fueron muertos al azar por las balas que se les enviaban a través de las lumbreras; es así como los prisioneros fueron fusilados en montón en la llanura de Grenelle, en el cementerio de Montparnasse, en las carreras de Montmartre, en el patio del hotel de Cluny, en el claustro de San Benito..., y que un humillante terror dominó, acabada la lucha, sobre el París devastado... Otro rasgo complementará el cuadro.

El 3 de julio, un número bastante grandes de prisioneros fueron retirados de los sótanos de la Escuela Militar para ser conducidos a la prefectura de policía y de allí a los fuertes. *Se les ató de cuatro en cuatro por las manos y con cuerdas muy ceñidas. Después, cuando estos desdichados apenas podían caminar, agotados como estaban por el hambre, se les llevó escudillas de sopa. Como tenían las manos ligadas, se vieron obligados a acostarse sobre el vientre y a arrastrarse hasta las escudillas como los animales en medio de las explosiones de risa de los oficiales de la escolta, que llamaban a eso el socialismo en la práctica. Tengo dato de uno de los que soportaron este suplicio»* (*Histoire de la revolution de 1848*, por Louis Blanc, t. II).

He aquí, pues, la humanidad burguesa, y hemos visto cómo, más tarde, la justicia de los republicanos burgueses se manifestó por la *deportación sin juicio, por simple medida de seguridad general*, de cuatro mil trescientos cuarenta y ocho ciudadanos detenidos. [Nota de Bakunin.]

ban que no han cambiado hoy de naturaleza. Lo que sobre todo hace al tendero tan feroz es la cobardía, al lado de su estupidez desesperante, es el miedo y su insaciable avaricia. Se venga del miedo que se le hace experimentar y de los riesgos que se han hecho correr a su bolsa que constituye, como se sabe, junto con su gran vanidad, la parte más sensible de su ser. No se venga sino cuando puede hacerlo sin el menor peligro para él mismo. ¡Oh, pero entonces no tiene piedad!

El que conozca los obreros de Francia sabe que si los verdaderos sentimientos humanos, tan fuertemente disminuidos y sobre todo tan considerablemente falseados en nuestros días por la hipocresía oficial y por la sensiblería burguesa, se han conservado en alguna parte, es entre ellos. Es la única clase de la sociedad de quien se puede decir que es realmente generosa, demasiado generosa por el momento, y demasiado olvidadiza de los crímenes atroces y de las traiciones odiosas de que fue tan frecuentemente víctima. Es incapaz de crueldad. Pero tiene al mismo tiempo un instinto justo que le hace marchar derechamente al fin, un buen sentido que dice que cuando se quiere poner final al mal es necesario detener y paralizar primeramente a los malhechores. Estando Francia evidentemente traicionada era preciso impedir a los traidores que continuaran traicionando. Es por esto que en casi todas las ciudades de Francia el primer movimiento de los obreros fue la detención y el encarcelamiento de los bonapartistas.

El gobierno de Defensa Nacional los hizo poner en libertad inmediatamente en todas partes. ¿Quién erró el camino, los obreros o el gobierno? Sin duda, este último. No hubo solamente error, se cometió un crimen al hacerlos poner en libertad. ¿Por qué no ha hecho poner en libertad al mismo tiempo a todos los asesinos, los ladrones y los criminales de toda categoría que están detenidos en las cárceles de Francia? ¿Qué diferencia hay entre ellos y los bonapartistas? Los primeros han robado, atacado, maltratado, asesinado individuos. Una parte de los últimos han cometido literalmente los mismos crímenes, y todos juntos han saqueado, violado, deshonrado, traicionado, asesinado y vendido a Francia, a un pueblo entero. ¿Qué crimen es mayor? Sin duda, el de los bonapartistas.

El gobierno de Defensa Nacional, ¿habría hecho más mal a Francia si hubiese libertado a todos los criminales y forzados detenidos en las cárceles y que trabajan en los presidios, habría hecho más daño que el que hizo al respetar y hacer respetar la libertad y la propiedad de los bonapartistas, dejándoles consumir libremente la ruina de Francia? No, mil veces no. Los forzados, libres, matarían algunas decenas, digamos algunas centenas, o más bien a algunos millares de individuos —los prusianos matan mucho más cada día—, pero serían detenidos de nuevo y reencarcelados por el pueblo mismo. Los bonapartistas matan al pueblo, y por poco que se les deje hacer todavía algún tiem-

po, es al pueblo entero, es a Francia a quien aprisionarán.

¿Pero cómo arrestar y mantener en la cárcel tanta gente sin juicio alguno? Eso no importa. Por poco que se halle en Francia un número suficiente de jueces íntegros, y por poco que se tomen la molestia de hojear en los actos pasados de los servidores de Napoleón III, encontrarán, sin duda, materia para condenar a las tres cuartas partes de ellos a presidio y muchos de ellos a muerte, aplicándoles simplemente y sin severidad excesiva el código criminal.

Por otra parte, ¿no han dado el ejemplo los bonapartistas mismos? ¿No han detenido y encarcelado más de vestiréis mil ciudadanos patriotas, durante y después del golpe de Estado de diciembre, y deportado a Argelia y a Cayena más de trece mil? Se dirá que les estaba permitido obrar así, porque eran bonapartistas, es decir, gentes sin fe, sin principio, bandidos; pero que los republicanos, que luchan en nombre del derecho y que quieren hacer triunfar el principio de la justicia, no deben, no pueden transgredir las condiciones fundamentales y primarias. Entonces citaré otro ejemplo:

En 1848, después de *vuestra* victoria de junio, señores republicanos burgueses, que os mostráis tan escrupulosos ahora sobre esa cuestión de justicia, porque se trata de aplicarla a los bonapartistas, es decir, a los hombres que, por su nacimiento, su educación, sus hábitos, su posición en la sociedad y por su manera de encarar la cuestión social, la cuestión de la emancipación del proletariado, pertenecen a vuestra clase, son vuestros hermanos; después de este triunfo obtenido por vosotros en junio sobre los obreros de París, la Asamblea Nacional — en la que estaba usted, señor Jules Favre, en la que usted estaba, señor Cremieux, y en el seno de la cual está en este momento usted al menos, señor Jules Favre, con el señor Pascal Duprat, su compadre, uno de los órganos más elocuentes de la reacción furiosa—, esa Asamblea de republicanos burgueses, ¿no ha tolerado que durante tres días consecutivos fusilase la burguesía furiosa sin juicio alguno a centenares, por no decir millares de obreros desarmados? E inmediatamente después, ¿no hizo arrojar a las prisiones quince mil obreros, *sin ningún juicio, por simple medida de seguridad pública*? Y después de haber quedado allí meses y meses, demandando en vano esa justicia en nombre de la que hacéis tantas frases ahora, en la esperanza de que esas frases podrán enmascarar la convivencia con la reacción, esa misma Asamblea de republicanos burgueses, que lo tiene siempre a la cabeza, señor Jules Favre, ¿no ha hecho condenar a cuatro mil trescientos cuarenta y ocho a la deportación, también sin juicio y siempre *por medida de seguridad general*? ¡Márchense, no son más que odiosos hipócritas!

¿Cómo es que el señor Jules Favre no ha encontrado en sí mismo y no creyó bueno emplear contra los bonapartistas un poco de esa *altiva energía*, un poco de esa ferocidad despiadada que ha manifestado tan

ampliamente en junio de 1848, cuando se trataba de herir a los obreros socialistas? ¿O piensa que los obreros que reclaman su derecho a la vida, a las condiciones de una existencia humana, que piden con las armas en la mano la justicia igual para todos, son más culpables que los bonapartistas que asesinan a Francia?

¡Y bien, sí!, tal es innegable, no sin duda el pensamiento explícito —tal pensamiento no se atrevería a confesárselo a sí mismo—, sino el instinto profundamente burgués, y a causa de eso, unánime que inspira todos los decretos del gobierno de Defensa Nacional, lo mismo que los actos de la mayor parte de sus delegados provinciales: comisarios generales, prefectos, subprefectos, procuradores generales y procuradores de la república que, perteneciendo sea al colegio de abogados, sea a la prensa republicana, representan por decir así la flor del radicalismo burgués. A los ojos de todos esos ardientes patriotas, lo mismo que en la opinión históricamente constatada del señor Jules Favre, *la revolución social constituye para Francia un peligro más grave todavía que la invasión extranjera misma*. Quiero creer que si no todos, al menos la mayor parte de esos dignos ciudadanos harían de buena gana el sacrificio de su vida por salvar la gloria, la independencia y la grandeza de Francia; pero estoy igualmente más seguro, por otra parte, que una mayoría mucho más considerable todavía de ellos preferirá ver más bien a esta noble Francia sufrir el yugo temporal de los prusianos que deber su salvación a una franca revolución popular que demolerá inevitablemente del mismo golpe la dominación económica y política de su clase. De ahí su indulgencia repulsiva, pero obligada, hacia los partidos tan numerosos y desgraciadamente todavía tan potentes de la traición bonapartista, y su severidad apasionada, sus persecuciones implacables contra los socialistas revolucionarios, representantes de esas clases obreras que son las que toman únicamente hoy en serio la liberación del país.

Es evidente que no son vanos escrúpulos de justicia, sino el temor de provocar y de animar la revolución social, lo que impide al gobierno proceder contra la conflagración flagrante del partido bonapartista. De otro modo, ¿cómo explicar el que no lo haya hecho ya el 4 de septiembre? ¿Ha podido dudar un solo instante, él, que se atrevió a tomar la terrible responsabilidad de la salvación de Francia, de su derecho y de su deber de recurrir a las medidas más enérgicas contra los infames partidarios de un régimen que, no contento con haber sumido a Francia en un abismo, se esfuerza todavía por paralizar todos sus medios de defensa, en la esperanza de poder restablecer el trono imperial con la ayuda y bajo el protectorado de los prusianos?

Los miembros del gobierno de Defensa Nacional detestan la revolución, sea. Pero cuando se sabe y se hace de día en día evidente que en la situación desastrosa en que se encuentra colocada Francia no le

queda otra alternativa que ésta: *o la revolución o el yugo de los prusianos*; no considerando la cuestión más que desde el punto de vista del patriotismo, esos hombre que han asumido el poder dictatorial en nombre de la salvación de Francia, ¿no serán criminales, no serán ellos mismos traidores a su patria si por odio a la revolución entregan a Francia, o simplemente permiten que sea entregada a los prusianos?¹³

* * *

Pronto hará un mes que el régimen imperial, derribado por las bayonetas prusianas, ha rodado entre el lodo. Un gobierno provisional compuesto de burgueses más o menos radicales ha tomado su puesto. ¿Qué hacer para salvar a Francia?

Esa es la verdadera cuestión, la única cuestión. En cuanto a la de la legitimidad del gobierno de Defensa Nacional y de su derecho, diré más, de su deber de aceptar el poder en manos del pueblo de París, después que este último barrió por fin la podredumbre bonapartista, no fue planteada al día siguiente de la vergonzosa catástrofe de Sedan más que por los cómplices de Napoleón III, o, lo que quiere decir lo mismo, por los enemigos de Francia. Emile de Girardin estuvo naturalmente entre ellos¹⁴.

13. Aquí se bifurca el manuscrito, continuando por una parte en lo que tituló *Apéndice. Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre el mundo real y sobre el hombre*, y por otra en lo que se reproduce a continuación. Las primeras hojas del *Apéndice* se incluyen en el presente volumen, y las *Consideraciones* en uno próximo. [Nota del editor.]

14. Nadie personifica mejor la inmoralidad política y social de la burguesía actual que el señor Emile Girardin. Charlatán intelectual bajo las apariencias de un pensador serio, apariencias que han engañado a muchas gentes —hasta al mismo Proudhon, que tuvo la ingenuidad de creer que el señor Girardin podía asociarse de buena fe y por completo a un principio cualquiera—, él en otros tiempos redactor de la *Presse* y de la *Liberté* es peor que un sofista: es un sofisticador, un falsificador de todos los principios. Basta que toque la idea más simple, más verdadera, más útil, para que sea inmediatamente falseada y envenenada. Por otra parte, no inventó nada nunca, pues su negocio consistió en falsificar siempre las invenciones ajenas. Se le considera, en un cierto mundo, como el más hábil creador y redactor de periódicos. Ciertamente, su naturaleza de explotador y falsificador de las ideas de los demás, y su descarado charlatanismo, han debido hacerle muy apropiado para ese oficio. Toda su naturaleza, todo su ser, se resume en estas dos palabras: *reclame* y *chantaje*. Debe toda su fortuna al periodismo; y por medio de la prensa no se hace uno rico si permanece honestamente bajo la misma convicción y la misma bandera. Nadie como él llevó tan lejos el arte de cambiar hábilmente y a tiempo sus convicciones y banderas. Ha sido sucesivamente orleanista,

republicano, bonapartista, y en caso de necesidad se habría hecho legitimista o comunista. Se diría que está dotado del instinto de las ratas, porque ha sabido abandonar siempre el barco del Estado en la víspera del naufragio. Así volvió las espaldas al gobierno de Luis Felipe algunos meses antes de la revolución de febrero, no por las razones que impulsaron a Francia a derribar el trono de julio, sino por razones particulares, y entre las cuales las dos principales fueron sin duda su ambición vanidosa y su amor al lucro. Al día siguiente de febrero se hizo republicano ardiente, más republicano que los republicanos de la víspera, propuso sus ideas y su persona: una idea por día, naturalmente robada a alguno, pero preparada, transformada por Emile Girardin mismo, de modo que envenenase a quien la aceptara de sus manos; una apariencia de verdad, con un inagotable fondo de mentira; y su persona, que lleva naturalmente esa mentira, y con ella el descrédito y la desgracia sobre todas las causas que abraza. Ideas y persona fueron rechazadas por el desprecio popular. Entonces el señor Girardin se hizo enemigo implacable de la república. Nadie conspiró tan malvadamente contra ella, nadie contribuyó tanto, al menos con la intención, a su caída. No tardó en convertirse en uno de los agentes más activos y más intrigantes de Bonaparte. Este periodista y este *estadista* estaban hechos para entenderse. Napoleón III realizaba, en efecto, todos los sueños del señor Girardin. Éste era el hombre fuerte que se burlaba como él de todos los principios, y dotado de un corazón bastante amplio como para elevarse sobre todos los vanos escrúpulos de conciencia, por sobre todos los estrechos y ridículos prejuicios de la honradez, de la delicadeza, del honor, de la moralidad pública y privada, por encima de todos los sentimientos de humanidad, escrúpulos, prejuicios y sentimientos que no pueden menos que obstaculizar la acción política; era el hombre de la época, en una palabra, evidentemente llamado a gobernar al mundo. Durante los primeros días que siguieron al golpe de Estado hubo así como una bruma liviana entre el augusto soberano y el augusto periodista. Pero no fue otra cosa que un enojo de amantes, no una disidencia de principios. El señor Emile de Girardin no se creyó suficientemente recompensado. Ama sin duda mucho el dinero, pero le hacen falta también honores, una participación en el poder. He aquí lo que Napoleón III, a pesar de toda su buena voluntad, no pudo concederle jamás. Tuvo siempre cerca de él algún Morny, algún Fleury, algún Bidault, algún Rouher que lo impidieron. De suerte que no fue sino hacia fines de su reinado cuando pudo conferir el señor Emile Girardin la dignidad de senador del Imperio. Si Emile Ollivier, el amigo de Girardin, no hubiese caído tan pronto, sin duda hubiéramos visto de ministro al gran periodista. El señor Emile de Girardin fue uno de los principales actores del ministerio Ollivier. Desde entonces su influencia política se acrecentó. Fue inspirador y consejero perseverante de los dos últimos actos políticos del emperador que tuvieron la virtud de perder a Francia: el plebiscito y la guerra. Adorador en delante de Napoleón III, amigo del general Prim en España, padre espiritual de Emille Ollivier y senador del imperio, el señor Emile de Girardin se siente demasiado gran hombre al fin para continuar su periodismo. Abandonó la re-

Si el momento no hubiese sido tan terrible, se habría podido reír mucho al ver el descaro incomparable de estas gentes. Sobrepasan hoy a Robert Macario, el jefe espiritual de su iglesia, y a Napoleón III, que es el jefe visible.

¡Cómo! Han matado la república y hecho subir el digno emperador al trono por los medios que se sabe. Durante veinte años consecutivos han sido los instrumentos utilizados y voluntarios de las más cínicas violaciones de todos los derechos y de todas las legitimidades posibles; han corrompido sistemáticamente y desorganizado a Francia; han atraído por fin sobre esa desgracia víctima de su avaricia y de su vergonzosa ambición desgracias cuya inmensidad sobrepasa todo lo que la imaginación más pesimista haya podido prever. En presencia de una catástrofe tan horrible y de la que han sido los actores principales, aplastados por los remordimientos, por la vergüenza, por el terror, por el temor de un castigo popular mil veces merecido, habrían debido enterrarse, ¿no es así?, o refugiarse al menos como su amo bajo la bandera de los prusianos, la única que hoy es capaz de cubrir su suciedad. Y bien, no; reasegurados por la indulgencia criminal del gobierno de la Defensa Nacional, han quedado en París y se han esparcido por toda Francia, clamando en alta voz contra ese gobierno que declaran ilegal e ilegítimo en nombre de los derechos del pueblo, en nombre del sufragio universal.

El cálculo es exacto. Una vez convertida la decadencia de Napoleón III en un hecho irrevocablemente realizado, no queda otro medio para reponerlo en Francia que el triunfo definitivo de los prusianos. Pero para asegurar y para acelerar ese triunfo hay que paralizar todos los

dacción de la *Liberté* a su sobrino y discípulo, el propagador fiel de sus ideas, señor Detropat; y como un joven que se prepara para la primera comunión, se encerró en un recogimiento meditativo, a fin de recibir con toda la dignidad conveniente el poder tanto tiempo ambicionado, y que por fin iba a caer en sus manos. ¡Qué amarga desilusión! Abandonado esa vez por su instinto ordinario, en señor Emile Girardin no había sentido que el imperio se derumbara y que eran precisamente sus inspiraciones y sus consejos lo que le impulsaban al abismo. No había tiempo para cambiar de frente. Arrastrado en su caída, el señor de Girardin cayó desde la altura de sus sueños ambiciosos, en el mismo momento en que parecía que se iban a realizar. Cayó aplanado y esta vez definitivamente anulado. Desde el 4 de septiembre se esfuerza enormemente, poniendo en juego sus antiguos artificios, por atraer sobre sí la atención. No pasa una semana sin que su sobrino, el nuevo redactor de la *Liberté*, lo proclame el primer estadista de Francia y de Europa. Todo eso es inútil. Nadie lee la *Liberté* y Francia tiene otras cosas que hacer que ocuparse de las grandezas del señor Emile de Girardin. Esta vez ha muerto de veras, y Dios quiera que el charlatanismo moderno de la prensa, que él contribuyó a crear, haya muerto igualmente con él. [Nota de Bakunin.]

esfuerzos patrióticos y necesariamente revolucionarios de Francia, destruir en su raíz todos los medios de defensa, y para llegar a este fin la vía más corta, la más segura, es la inmediata convocatoria de una Asamblea Constituyente. Lo demostraré.

La alianza rusa y la rusofobia de los alemanes¹⁵

La posición del conde de Bismarck y de su señor el rey Guillermo I, por triunfante que sea, no es del todo fácil. Su objetivo resulta evidente: es la unificación semi-forzada y semi-voluntaria de todos los Estados de Alemania bajo el centro real de Prusia, que se transformará pronto, sin duda, en el cetro imperial; es la constitución del más poderoso imperio en el corazón de Europa. Apenas hace cinco años que entre las cinco grandes potencias de Europa, Prusia era considerada como la última. Hoy quiere convertirse en la primera y, sin duda, va a serlo. ¡Y cuidado entonces con la independencia y la libertad de Europa! (cuidado, sobre todo, con los pequeños Estados que tienen la desgracia de poseer en su seno poblaciones germánicas o que fueron germánicas en otro tiempo, como los flamencos, por ejemplo). El apetito del burgués alemán es tan feroz como es enorme su servilidad, y apoyándose en ese patriótico apetito y en esa servilidad completamente alemana, el señor conde de Bismarck, que no tiene escrúpulos y que es un estadista como para no ahorrar la sangre de los pueblos y respetar su bolsa, su libertad y sus derechos, será muy capaz de emprender la realización de los sueños de Carlos V en beneficio de su amo.

Una parte de la tarea que se impuso está liquidada. Gracias a la convivencia de Napoleón III, al que engañó, gracias a la alianza de Alejandro II, a quien engañará, logró ya aplastar a Austria. Hoy la mantiene en respeto por la actitud amenazadora de su aliada fiel, Rusia.

En cuanto al imperio del zar, después del reparto de Polonia y precisamente por ese reparto, está enfeudado al reino de Prusia, como este último está enfeudado al imperio de todas las Rusias. No pueden hacerse la guerra, a menos de emancipar las provincias polacas que les fracasaron, lo que es también imposible para uno como para otro, porque la posesión de estas provincias constituye para cada uno de ellos la condición esencial de su potencia como Estado. No pudiendo hacerse la guerra, *nolens volens* deben ser íntimos aliados. Basta que Polonia se mueva para que el imperio de Rusia y el reino de Prusia estén obligados a experimentar uno para otro un acrecentamiento de pasión. Esta solidaridad forzosa es el resultado fatal, a menudo desventajoso y siempre penoso, del acto de banditismo que han perpetrado ambos contra esa noble y desgraciada Polonia. Porque no hay

¹⁵. Título de James Guillaume. [Nota del editor.]

que imaginarse que los rusos, aún oficiales, quieran a los prusianos, ni que estos últimos adoren a los rusos. Al contrario, se detestan cordialmente, profundamente. Pero como dos bandidos, encadenados uno a otro por la solidaridad del crimen, están obligados a marchar juntos y a ayudarse mutuamente. De ahí la inefable ternura que une a las cortes de San Petesburgo y Berlín y que el conde de Bismarck no se olvida jamás de mantener por medio de algún regalo, por ejemplo, por la entrega de algunos desgraciados polacos de tanto en tanto a los verdugos de Varsovia o de Vilna.

En el horizonte de esta amistad sin nubes se muestra ya, sin embargo, un punto negro. Es el problema de las provincias bálticas. Esas provincias, se sabe, no son ni rusas ni alemanas. Son letonas o finlandesas, pues la población alemana, compuesta de nobles y burgueses, no constituye más que una minoría ínfima allí. Estas provincias habían pertenecido primero a Polonia, después a Suecia, más tarde fueron conquistadas por Rusia. La mejor solución para ellas, desde el punto de vista popular —y yo no admito otro—, sería, según mi opinión, su vuelta, junto con Finlandia, no a la dominación de Suecia, sino a una alianza federativa íntima con ella, a título de miembros de la federación escandinava, que abarcaría Suecia, Noruega, Dinamarca y toda la parte danesa del Schleswig, que no disguste a los señores alemanes. Esto sería justo, sería natural, y estas dos razones basta para que desagraden a los alemanes. Eso pondría, en fin, un límite saludable a sus ambiciones marítimas. Los rusos quieren rusificar esas provincias, los alemanes quieren germanizarlas. Unos y otros se engañan. La inmensa mayoría de la población, que detestan igualmente a los alemanes y a los rusos, quiere permanecer lo que es, es decir, finlandesa y letona y no podrá hallar el respeto de su autonomía y de su derecho, ser ella misma más que en la confederación escandinava.

Pero, como he dicho ya, eso no se concilia de ningún modo con las avaricias patrióticas de los alemanes. Desde hace algún tiempo hay mucha preocupación por este asunto en Alemania. Ha sido despertada por las persecuciones del gobierno ruso contra el clero protestante, que en esas provincias es alemán. Esas persecuciones son odiosas, como lo son todos los actos de un despotismo cualquiera, ruso o prusiano. Pero no sobrepasan a las que el gobierno prusiano comete cada día en sus provincias ruso-polacas, y, sin embargo, ese mismo público alemán se guarda bien de protestar contra el despotismo prusiano. De todo eso resulta que para los alemanes no se trata de ningún modo de justicia, sino de adquisición, de conquista. Ambicionan esas provincias, que les serían efectivamente muy útiles desde el punto de vista de su potencia marítima en el Báltico y no dudo que Bismarck alimente ya en algún repliegue muy recóndito de su cerebro la intención de apoderarse tarde o temprano, de una manera o de otra, de ellas. Tal

es el punto negro que surge entre Prusia y Rusia.

Por negro que sea, no es capaz de separarlas. Tienen demasiada necesidad una de otra. Prusia, desde ahora no podrá tener en Europa otra salida que Rusia, porque todos los demás Estados (sin exceptuar Inglaterra), al sentirse hoy amenazados por su ambición, que pronto no reconocerá límites, se vuelven o se volverán tarde o temprano contra ella. Prusia se guardará bien, pues, de plantear ahora una cuestión que necesariamente debería malquistarla con su única amiga, Rusia. Tiene necesidad de su ayuda, o de su neutralidad, mientras no haya aniquilado completamente al menos por veinte años la potencia de Francia, destruido el imperio de Austria, y englobado la Suiza alemana, una parte de Bélgica, Holanda y toda Dinamarca; la posesión de estos últimos reinos le es indispensable para la creación y consolidación de su potencia marítima. Todo eso será la consecuencia necesaria de un triunfo sobre Francia, si ese triunfo es definitivo y completo. Pero todo eso, suponiendo las circunstancias más felices para Prusia, no podrá realizarse de un golpe. La ejecución de esos proyectos inmensos necesitará muchos años, y durante ese tiempo, Prusia tendrá más necesidad que nunca del concurso de Rusia; porque es preciso suponer que el resto de Europa, por cobarde y estúpido que se muestre el presente, acabará, sin embargo, por despertarse cuando sienta el cuchillo en su garganta, y no se dejará acomodar a la salsa pruso-germánica sin resistencia y sin combates. Sólo que Prusia, aunque triunfe, aún después de haber aplastado a Francia, será demasiado débil para luchar contra todos los Estados de Europa reunidos. Si Rusia se volviese también contra ella, estaría perdida. Sucumbiría aún con la neutralidad rusa; necesitará forzosamente el concurso efectivo de Rusia; ese mismo concurso que le hace hoy un servicio inmenso, teniendo en jaque a Austria: porque es evidente que si Austria no estuviera amenazada por Rusia, al día siguiente de la entrada de los ejércitos alemanes en el territorio de Francia habría lanzado los suyos sobre Prusia, sobre la Alemania desguarnecida de soldados, para reconquistar su dominio perdido y para obtener una brillante revancha de Sadowa.

El señor Bismarck es un hombre demasiado prudente para malquistarse, en medio de circunstancias semejantes, con Rusia. Ciertamente esta alianza debe serle desagradable bajo muchos aspectos. Le impopulariza en Alemania. El señor Bismarck es, sin duda, demasiado estadista para dar un valor sentimental al amor y a la confianza de los pueblos. Pero sabe que ese amor y esa confianza constituyen en ciertos momentos una gran fuerza, la única cosa que, a los ojos de un profundo político como él, sea verdaderamente respetable. Por consiguiente, esa impopularidad de la alianza rusa le molesta. Debe lamentar, sin duda, que la única alianza que le queda hoy a Alemania sea precisamente la que rechaza el sentimiento unánime de Alemania.

* * *

Cuando hablo de los sentimientos de Alemana, me refiero, naturalmente, a los de su burguesía y a los de su proletariado. La nobleza alemana no odia a Rusia, porque no conoce de Rusia más que el imperio, cuya política bárbara y cuyos procedimientos sumarios le agradan, adulan sus instintos, convienen a su propia naturaleza. Tuvo por el difunto emperador Nicolás una admiración entusiasta, un verdadero culto. Este Gengis-Kan germanizado, o más bien, este príncipe alemán mongolizado, realizaba a sus ojos el sublime ideal del soberano absoluto. Vuelve a encontrar hoy la imagen fiel en su rey-coco, el futuro emperador de Alemania. No es, pues, la nobleza alemana, la que se opondrá a la alianza rusa. La apoya, al contrario, con una doble pasión: primero por simpatía profunda hacia las tendencias despóticas de la política rusa; luego porque su rey quiere esa alianza, y en tanto que la política real tienda a la sumisión de los pueblos, esa voluntad será sagrada para ella. No sería así, claro está, si el rey, repentinamente infiel a todas las tradiciones de su dinastía, decretase su emancipación. Entonces, pero sólo entonces, será capaz de rebelarse contra él, lo que por otra parte no sería muy peligroso, porque la nobleza alemana, por numerosa que sea, no tiene ninguna potencia propia. No tiene raíces en el país, y no existe como casta burocrática y militar sobre todo más que gracias al Estado. Por lo demás, como no es probable que el futuro emperador de Alemania firme nunca libremente y por su propio impulso un decreto de emancipación, se puede esperar que la conmovedora armonía que existe entre él y su fiel nobleza se mantendrá siempre. Siempre que continúe siendo un déspota franco, ella será su esclava abnegada, dichosa de prosternarse ante él y de ejecutar todas sus órdenes, por tiránicas y feroces que sean.

No sucede lo mismo con el proletariado de Alemania. Me refiero sobre todo al proletariado de las ciudades. El de los campos está demasiado aplastado, demasiado aniquilado por su posición precaria, por sus relaciones habituales de subordinación ante los campesinos propietarios, por la instrucción sistemáticamente envenenada de mentiras políticas y religiosas que recibe en las escuelas primarias, para que pueda él mismo saber cuáles son sus sentimientos y sus anhelos. Sus pensamientos sobrepasan raramente el horizonte demasiado estrecho de su existencia miserable. Es necesariamente socialista por posición y por naturaleza, pero sin saberlo. Únicamente la revolución social francamente universal y más amplia que la que sueñan los demócratas socialistas de Alemania, podrá despertar al diablo que duerme en él. Despertado en su seno ese diablo: el instinto de libertad, la pasión de la igualdad, la santa rebeldía, no volverá a adormecerse. Pero hasta ese momento supremo, el proletariado de los campos

permanecerá, de acuerdo a las recomendaciones del señor pastor, el humilde súbito de su rey y el instrumento maquinal en manos de todas las autoridades públicas y privadas posibles.

En cuanto a los campesinos propietarios, están inclinados en su mayoría más bien a sostener la política real que a combatirla. Tienen para eso muchas razones: primeramente el antagonismo de las campiñas y de las ciudades que existe en Alemania como en todas partes, y que se ha establecido sólidamente desde 1525, cuando la burguesía alemana, con Lutero y Melanchton a su cabeza, traicionó de un modo tan vergonzoso y tan desastroso para sí misma la única revolución de campesinos que hubo en Alemania; además por la instrucción profundamente retrógrada de que hablé ya y que domina en todas las escuelas de Alemania y sobre todo en Prusia; el egoísmo, los instintos y los prejuicios de conservación, inherentes a todos los propietarios grandes y pequeños; por fin, el aislamiento relativo de los trabajadores de los campos, que disminuye de una manera excesiva la circulación de las ideas y el desenvolvimiento de las pasiones políticas. De todo esto resulta que los campesinos propietarios de Alemania se interesan mucho más por sus negocios comunales, que les conciernen más de cerca, que por la política general. Y como la naturaleza alemana, generalmente considerada, está mucho más inclinada a la obediencia que a la resistencia, a la piadosa confianza que a la rebeldía, se sigue que el campesino alemán se entrega voluntariamente —en lo que respecta a los intereses generales del país— a la sabiduría de las altas autoridades instruidas por Dios. Llegará, sin duda, un momento en que el campesino de Alemania se despertará también. Será cuando la grandeza y la gloria del nuevo imperio pruso-germánico que está en trance de fundarse hoy, no sin una cierta simpatía mística e histórica de su parte, se traduzca para él en pesados impuestos, en desastres económicos. Será cuando vea su pequeña propiedad gravada con deudas, hipotecas, tasas y sobretasas de toda especie, fundirse y desaparecer en sus manos, para ir a redondear el patrimonio creciente de los grandes propietarios; será cuando reconozca que, por una ley económica fatal, es arrojado a su vez al proletariado. Entonces se despertará y probablemente se rebelará también. Pero ese momento está todavía lejos y si hay que esperarlo, Alemania que, sin embargo, no peca nunca de una impaciencia excesiva, podría poder muy bien perder la paciencia.

El proletariado de las fábricas y de las ciudades se encuentra en una situación completamente contraria. Aunque asociados como siervos por la miseria a las localidades en que trabajan, los obreros, al no tener propiedad, no tienen intereses locales. Todos sus intereses son de otra naturaleza, no nacional, sino internacional; porque la cuestión del trabajo y del salario, la única que les interesa directa, real, diaria,

vivamente, que se ha convertido en el centro y en la base de todas las otras cuestiones, tanto sociales como políticas y religiosas, tiende hoy a tomar, por el simple desenvolvimiento de la omnipotencia del capital en la industria y en el comercio, un carácter absolutamente internacional. Es eso lo que explica el maravilloso crecimiento de la *Asociación Internacional de los Trabajadores*, asociación que, fundada hace apenas seis años, cuenta ya en Europa solamente con más de un millón de miembros.

Los obreros alemanes no han quedado atrás. En esos años sobre todo han hecho progresos considerables, y no está lejos el momento en que podrán constituirse en una verdadera potencia. Tienden a ello, es verdad, de una manera que no me parece la mejor para llegar a ese fin. En lugar de tratar de formar una potencia francamente revolucionaria, negativa, destructiva del Estado, lo único que mi convicción profunda puede tener por resultado la emancipación integral y universal de los trabajadores y del trabajo, desean, o más bien se dejan arrastrar por sus jefes a soñar la creación de una potencia positiva, la institución de un Estado obrero, popular (Volksstaat), necesariamente nacional, patriótico y pangermánico, lo que les pone en contradicción flagrante con los principios fundamentales de la *Asociación Internacional* y en una posición muy equivocada ante el imperio pruso-germánico nobiliaria y burgués que el señor Bismarck está en vías de instaurar. Esperan, sin duda, que por el camino de una agitación legal primero, seguida después de un movimiento revolucionario más pronunciado y decisivo, llegarán a apoderarse y a transformarlo en un Estado puramente popular. Esa política, que considero como ilusoria y desastrosa, imprime ante todo a su movimiento un carácter reformista y no revolucionario, lo que por otra parte tiene también quizás algo de la naturaleza particular del pueblo alemán, más dispuesto a las reformas sucesivas y lentas que a la revolución. Esa política ofrece aún otra gran desventaja, que no es por lo demás más que una consecuencia de lo primero: la de poner al movimiento socialista de los trabajadores de Alemania a remolque del partido de la democracia burguesa. Se quiso renegar más tarde de la existencia misma de esa alianza, pero se ha constatado sobradamente por la adopción del programa burguesamente socialista del doctor Jacoby como base de una entente posible entre los burgueses demócratas y el proletariado de Alemania, así como por los diversos ensayos de transacción intentados en los congresos de Nürenberg y de Stuttgart. Es una alianza perniciosa bajo todos los aspectos. No puede aportar a los obreros ninguna utilidad, aunque sea parcial, porque el partido de los demócratas y de los socialistas burgués en Alemania es verdaderamente un partido demasiado nulo, demasiado ridículamente impotente para ayudarle con una fuerza cualquiera; pero ha contribuido mucho a restringir y a falsear el programa socialista de los trabajadores de Alemania. El pro-

grama de los obreros de Austria, por ejemplo, antes de que se hayan dejado regimentar en el partido de la democracia socialista, ha sido mucho más vasto, infinitamente más vasto y más práctico también que actualmente.

Sea como quiera, es más bien un error de sistema que de instinto. El instinto de los obreros alemanes es abiertamente revolucionario y lo será más cada vez. Los intrigantes a sueldo del señor Bismarck por bien que sepan obrar no lograrán jamás enfeudar la masa de los trabajadores alemanes a su imperio pruso-germánico. Por lo demás, el tiempo de las coqueterías gubernamentales con el socialismo ha pasado. Teniendo de aquí en adelante de su parte el entusiasmo servil y estúpido de toda la burguesía alemana, la indiferencia y la pasividad obediente, sino las simpatías de los campos, toda la nobleza alemana, que no espera más que un signo para exterminar la canalla, y la potencia organizada de una fuerza militar inmensa inspirada y conducida por esa misma nobleza, el señor Bismarck querrá aplastar necesariamente al proletariado y extirpar en su raíz, a sangre y fuego, esa gangrena, esa maldita cuestión social en que se ha centrado todo lo que queda de espíritu de rebeldía en los hombres y en las naciones. Eso será una guerra a muerte contra el proletariado, en Alemania como en todas partes. Pero aún invitando a los obreros de todos los países a prepararse bien, declaro que no temo a esa guerra. Cuento con ella, al contrario, para poner el diablo en el cuerpo de las masas obreras. Cortará en seco todos esos razonamientos sin desenlace y sin fin que adormecen, que agotan sin aportar ningún resultado, y alumbrará en el seno del proletariado de Europa esa pasión sin la cual no hay jamás triunfo. ¿Quién puede dudar de triunfo final del proletariado? La justicia, la lógica de la historia están con él.

El obrero alemán, haciéndose de día en día más revolucionario, ha vacilado, sin embargo, un instante, al comienzo de esta guerra. Por un lado, veía en Napoleón III, por el otro a Bismarck con su rey-coco; el primero representaba la invasión, los dos últimos la defensa nacional. ¿No es natural que a pesar de toda su antipatía por esos dos representantes del despotismo alemán haya creído un instante que su deber de alemán le mandaba colocarse bajo su bandera? Pero esa vacilación no duró mucho. En cuanto las primeras noticias de las victorias de las tropas alemanas fueron anunciadas en Alemania, se hizo evidente que los franceses no podrían pasar el Rin, sobre todo después de la capitulación de Sedán y la caída memorable e irrevocable de Napoleón III en el fango, en cuanto la guerra de Alemania contra Francia, perdiendo su carácter de legítima defensa, tomó el de una guerra de conquista, el de una guerra del despotismo alemán contra la libertad de Francia, los sentimientos del proletariado alemán cambiaron repentinamente y adquirieron una dirección abiertamente opuesta a esa guerra y pro-

fundamente simpática para la república francesa. Y aquí me apresura a hacer justicia a los jefes del partido de la democracia socialista, a todo su comité director, a los Bebel, a los Liebknecht y a los otros tantos que tuvieron, en medio de los clamores de la gente oficial y de toda la burguesía de Alemania, rabiosa de patriotismo, el valor de proclamar altamente los derechos sagrados de Francia. Han cumplido noblemente, heroicamente, su deber porque les ha sido preciso, en verdad, un valor heroico para atreverse a hablar en lenguaje humano en medio de toda esa rugiente animalidad burguesa.

* * *

Los obreros de Alemania son, naturalmente, enemigos apasionados de la alianza y de la política rusa. Los revolucionarios rusos no deben asombrarse, ni siquiera afligirse demasiado, si alguna vez los trabajadores alemanes envuelven al pueblo ruso mismo en el odio tan profundo y tan legítimo que les inspira la existencia de todos los actos políticos del imperio de todas las Rusias, como los obreros alemanes, a su vez, no deberán asombrarse ni ofenderse demasiado si el proletariado de Francia llegara en lo sucesivo, algunas veces, a no establecer una distinción conveniente entre la Alemania oficial, burocrática, militar, nobiliaria y burguesa a la Alemania popular. Para no lamentarse demasiado, para ser justos, los obreros alemanes deben juzgar por sí mismos. ¿No confunden muy a menudo, demasiado a menudo, siguiendo en eso el ejemplo y las recomendaciones de muchos de sus jefes, el imperio ruso y el pueblo ruso en un mismo sentimiento de desprecio y de odio, sin pensar que ese pueblo es la primera víctima y el enemigo irreconciliable y siempre rebelde de ese imperio, como he tenido frecuentemente ocasión de probarlo en mis discursos y en mis folletos, y como estableceré de nuevo en el curso de este escrito? Pero los obreros alemanes podrán objetar que no tienen en cuenta las palabras, que su juicio está basado sobre los hechos y que todos los hechos rusos que se han manifestado al exterior han sido antihumanos, crueles, bárbaros, despóticos. A esto los revolucionarios rusos no tienen nada que responder. Reconocerán que hasta cierto punto los obreros alemanes tienen razón; porque cada pueblo es más o menos solidario de los actos perpetrados por su Estado, en su nombre y por su brazo, hasta que haya derribado y destruido ese Estado. Pero si eso es verdad para Rusia, debe ser igualmente verdadero para Alemania.

Ciertamente, el imperio ruso representa y realiza un sistema bárbaro, inhumano, odioso, detestable, infame. Adjudicarle todos los adjetivos que queráis, no soy yo el que me quejaré. Partidario del pueblo ruso y no patriota del Estado o del imperio de todas las Rusias, desafío a quien quiera que sea, a odiar a este último más que yo. Sólo que,

como ante todo hay que ser justo, ruego a los patriotas alemanes que quieran observar y reconocer que aparte de algunas hipocresías de forma, su reino de Prusia y su viejo imperio de Austria de antes de 1866 no han sido mucho más liberales ni más humanos que el imperio de todas las Rusias, el cual el imperio pruso-germánico o *knuto-germánico*, que el patriotismo alemán levanta hoy sobre sus ruinas y en las sangre de Francia, promete superar en horrores. Veamos, el imperio ruso, por detestable que sea, ¿ha hecho nunca a Alemania, a Europa, la centésima parte del mal que Alemania hace hoy a Francia y que amenaza hacer a Europa entera? Ciertamente, si alguien tiene derecho a detestar al imperio de Rusia y de las Rusias, son los polacos. Es verdad, si los rusos se han deshonrado alguna vez y si han cometido horrores, ejecutando las órdenes sanguinarias de sus zares, fue en Polonia. Y bien, apelo a los polacos mismos. Los ejércitos, los soldados, y los oficiales rusos, tomados en masa, ¿han realizado jamás la décima parte de los actos execrables que los ejércitos, los soldados y los oficiales de Alemania tomados en masa realizan hoy en Francia? Los polacos, he dicho, tienen el derecho de detestar a Rusia. Pero los alemanes, no, al menos que no se detesten a sí mismos al mismo tiempo. Veamos: ¿qué mal les hizo nunca el imperio ruso? ¿Es que un emperador ruso cualquiera ha soñado jamás con la conquista de Alemania? ¿Le arrancó alguna vez una provincia? ¿Han ido tropas rusas a Alemania para aniquilar su república, que no ha existido jamás —y para restablecer sobre el trono a sus déspotas—, que no han cesado nunca de reinar?

Dos veces solamente, desde que las relaciones internacionales existen entre Rusia y Alemania, han hecho los emperadores rusos un mal positivo a esta última. La primera vez fue cuando Pedro III, apenas en el trono, en 1761, salvó a Federico el Grande y al reino de Prusia con él, de una ruina inminente, ordenando al ejército ruso, que había combatido hasta allí con los austriacos contra él, a unirse a él contra los austriacos. Otra vez fue cuando el emperador Alejandro I, en 1807, salvó a Prusia de un completo aniquilamiento.

He aquí, sin contradicción, dos malos servicios que Rusia hizo a Alemania, y si es de eso de lo que se quejan los alemanes, debo reconocer que tienen mil veces razón; porque al salvar dos veces a Prusia, Rusia ha, si no forjado, al menos contribuido innegablemente a forjar las cadenas de Alemania. De otro modo no sabría comprender verdaderamente de qué pueden quejarse los buenos patriotas alemanes.

En 1813 los rusos han ido a Alemania como libertadores y no han contribuido poco, digan lo que quieran los señores alemanes, a liberarla del yugo de Napoleón. ¿O bien guardan rencor a ese mismo emperador Alejandro porque impidió en 1814 al mariscal de campo prusiano Blücher entregar París al saqueo, de lo cual habría expresado la

intención?, lo que prueba que los prusianos han tenido siempre los mismos instintos y que no han cambiado de naturaleza. ¿No quieren al emperador Alejandro por haber casi forzado a Luis XVIII a dar una constitución a Francia, contra los votos expresados por el rey de Prusia y por el emperador de Austria, y por haber asombrado a Europa y a Francia al mostrarse, él, emperador de Rusia, más humano y más liberal que los dos grandes potentados de Alemania?

¿Quizás los alemanes no pueden perdonar a Rusia el odioso reparto de Polonia? ¡Ay!, no tienen derecho a ello, porque han tomado su parte en el pastel. Claro está, ese reparto fue un crimen. Pero entre los bandidos coronados que lo realizaron hubo un ruso y dos alemanes: la emperatriz María Teresa de Austria y el gran rey Federico II de Prusia. Podría decir aún que los tres fueron alemanes, porque la emperatriz Catalina II, de lasciva memoria, no era más que una princesa alemana de pura sangre. Federico II, se sabe, tenía apetito. ¿No había propuesto a su buena comadre de Rusia repartir igualmente a Suecia donde reinaba su sobrino? La iniciativa del reparto de Polonia pertenece a él por completo. El reino de Prusia ha ganado allí mucho más que los otros dos coparticipantes, porque no se ha constituido como una verdadera potencia más que por la conquista de la Alta Silesia y por el reparto de Polonia.

En fin, ¿odian los alemanes al imperio de Rusia por la represión violenta, bárbara, sanguinaria de las dos revoluciones polacas, en 1830 y en 1863? Pero precisamente no tienen ningún derecho: porque en 1830 como en 1863 Prusia ha sido el cómplice más íntimo del gabinete de San Petersburgo y el proveedor complaciente y fiel de sus verdugos. El conde de Bismarck, el canciller y el fundador del futuro imperio knuto-germánico, ¿no consideraba un deber entregar a los Muravieff y a los Bergh todas las cabezas polacas que cayesen bajo sus manos?, y esos mismos lugartenientes prusianos que ostentan ahora su humanidad y su liberalismo pangermánico en Francia, ¿no han organizado en 1863, 1864 y 1865 en la Prusia polaca y en el gran ducado de Posen, como verdaderos gendarmes, de que por lo demás tienen toda la naturaleza y los gustos, una caza en guerra contra los desgraciados insurrectos polacos que huían de los cosacos, para entregarlos encadenados al gobierno ruso? Cuando en 1863 Francia, Inglaterra y Austria enviaron sus protestas en favor de Polonia al príncipe Gorchakof, únicamente Prusia se negó a protestar. Le había sido imposible protestar por la simple razón de que desde 1860 todos los esfuerzos de su diplomacia tendieron a disuadir al emperador Alejandro II de que hiciera la menor concesión a los polacos¹⁶.

¹⁶. Cuando el embajador de la Gran Bretaña en Berlín, lord Bloomfield, si no me engaño, propuso al señor Bismarck que firmara en nombre de Prusia la famosa protesta de las cortes de Occidente, Bismarck rehusó a ello diciendo

Se ve que bajo estas relaciones, los patriotas alemanes no tienen derecho a reprochar nada al imperio ruso. Si canta falso, y ciertamente su voz es odiosa, Prusia, que constituye hoy la cabeza, el corazón y los brazos de la gran Alemania unificada, no le rehusó jamás su acompañamiento voluntario. Queda, pues, un solo agravio, el último.

«Rusia —dicen los alemanes— ha ejercido, desde 1815 hasta el día, una influencia desastrosa sobre la política exterior e interior de Alemania. Si Alemania ha quedado tanto tiempo dividida, si permanece esclava, es a esa influencia a lo que se debe».

Confieso que este reproche me pareció siempre excesivamente ridículo, inspirado por la mala fe e indigno de un gran pueblo; la dignidad de cada nación, como la de cada individuo, deberá consistir, según mi opinión, principalmente en esto: en que cada uno acepte la responsabilidad de sus actos sin tratar de rechazar miserablemente los defectos sobre los demás. ¿No serían algo muy tonto las jeremiadas de un muchachote que se quejara lloriqueando de que otro lo depravó, lo arrastró al mal? Y bien, lo que no es permitido a un muchacho, con tanta más razón debe estarle prohibido a una nación, prohibido por el respeto que debe tener hacia sí misma¹⁷.

al embajador inglés: «¿Cómo queréis que protestemos cuando desde hace tres años no hacemos más que repetir a Rusia una sola cosa, o sea, que no haga ninguna concesión a Polonia?». [Nota de Bakunin.]

¹⁷. Confieso que me asombré profundamente al encontrar este mismo agravio en una carta dirigida el año pasado por el señor Carlos Marx, el célebre jefe de los comunistas alemanes, a los redactores de una pequeña hoja que se publicaba en lengua rusa en Ginebra. Pretende que si Alemania no está todavía organizada democráticamente, la culpa es sólo de Rusia. Desconoce singularmente la historia de su propio país, al enunciar una cosa cuya imposibilidad, dejando aparte los hechos históricos, se demuestra fácilmente por la experiencia de todos los tiempos y de todos los países. ¿Se ha visto a una nación inferior en civilización imponer o inocular sus propios principios a un país mucho más civilizado, a menos que no lo haga por la vía de la conquista? Pero Alemania, que yo sepa, no fue nunca conquistada por Rusia. Es, por consiguiente, por completo imposible que haya podido adoptar un principio ruso cualquiera; pero es más que probable, es cierto, que, vista su vecindad inmediata y a causa de la preponderancia incontestable de su desenvolvimiento político, administrativo, jurídico, industrial, comercial, científico y social, Alemania, al contrario, ha hecho pasar muchas de sus propias ideas a Rusia, lo que los alemanes conceden generalmente cuando dicen, no sin orgullo, que Rusia debe a Alemania lo poco de civilización que posee. Felizmente para nosotros, para el porvenir de Rusia, esa civilización no ha pasado más allá

de la Rusia oficial, en el pueblo. Pero, en efecto, es a los alemanes a quienes debemos nuestra educación política, administrativa, política, militar y burocrática y todo el perfeccionamiento de nuestro edificio imperial, aun nuestra augusta dinastía.

Que la vecindad de un gran Emir mogol-bizantino-germánico ha sido más agradable a los déspotas de Alemania que a sus pueblos; más favorable al desarrollo de su servidumbre indígena, completamente nacional, germánica, que al desarrollo de las ideas liberales y democráticas importadas de Francia, ¿quién puede dudarlo? Alemania se habría desenvuelto mucho más pronto en el sentido de la libertad y de la igualdad si, en lugar del imperio ruso, hubiese tenido como vecino a los Estados Unidos de Norteamérica, por ejemplo. Por otra parte, ha tenido un vecino que la separaba del imperio moscovita. Era Polonia, no democrática, es verdad, sino nobiliaria, fundada sobre la servidumbre de los campesinos como la Alemania feudal, pero mucho menos aristocrática, más liberal, más abierta a todas las influencias humanas que esta última. Y bien, Alemania, impaciente por esa verdad turbulenta, tan contraria a sus hábitos de orden, de servilidad piadosa y de leal sumisión, le devoró una buena mitad, dejando la otra mitad al zar moscovita, a ese imperio de todas las Rusias de que se ha convertido por ese acto en vecina inmediata. ¡Y ahora se queja de esa vecindad! Es ridículo.

Rusia habría igualmente ganado mucho si en lugar de Alemania tuviese por vecina en el Occidente a Francia; y en lugar de China en Oriente, la América del Norte. Pero los socialistas revolucionarios o, como se comienza a llamarlos en Alemania, los anarquistas rusos están demasiado orgullosos de la dignidad de su pueblo para rechazar toda la culpa de su esclavitud sobre los alemanes o sobre los chinos. Y, sin embargo, con mucha más razón habrían tenido el derecho histórico de echarla tanto sobre unos como sobre otros. Porque, en fin, es verdad que las hordas mongólicas que conquistaron a Rusia vinieron por la frontera china. Es verdad que durante más de dos siglos la tuvieron sometida bajo su yugo. Dos siglos de yugo bárbaro, ¡qué educación! Felizmente, esta educación no penetró nunca en el pueblo ruso propiamente dicho, en la masa de los campesinos, que continuaron viviendo bajo su ley consuetudinaria comunal, ignorando y detestando toda otra política y jurisprudencia, como lo hacen actualmente. Pero depravó completamente la nobleza y en gran parte también el clero ruso, y estas dos clases privilegiadas, igualmente brutales, igualmente serviles, pueden ser consideradas como las verdaderas fundadoras del imperio moscovita. Es verdad que este imperio fue fundado principalmente por el sometimiento del pueblo, y que el pueblo ruso, que no recibió en el reparto esa virtud de la resignación de que parece dotado en tan alto grado el pueblo alemán, no cesó nunca de detestar ese imperio, ni de rebelarse contra él. Ha sido, y es todavía hoy, el único verdadero socialista revolucionario en Rusia. Sus revueltas, o más bien sus revoluciones (en 1612, en 1667, en 1771), han amenazado frecuentemente la existencia del imperio moscovita y tengo la firme convicción de que, sin tardar demasiado, una nueva revolución socialista popular, esta vez triunfante, lo derribará

por completo. Es verdad que si los zares de Moscú, más tarde emperadores de San Petersburgo, triunfaron hasta aquí de esta tenaz y violenta resistencia popular, no es más que gracias a la ciencia política, administrativa, burocrática y militar que nos han dado los alemanes, que, al dotarnos de tantas bellas cosas, no se olvidaron de regalarnos, no han podido dejar de regalarnos su culto, no oriental, sino protestante-germánico, al soberano, representante personal de la razón de Estado, la filosofía de la servilidad nobiliaria, burguesa, militar, y burocrática erigida en sistema; lo que fue una desgracia, según mi opinión. Porque la esclavitud oriental, bárbara, rapaz, saqueadora, de nuestra nobleza y de nuestro clero, era el producto brutal, pero completamente natural, de las circunstancias históricas desgraciadas, de una profunda ignorancia y de una situación económica y política todavía más desgraciada. Esta esclavitud era un hecho natural, no un sistema, y como tal podía y debía modificarse bajo la influencia bienhechora de las ideas liberales, democráticas, socialistas y humanitarias de Occidente. Se modificó, en efecto, de suerte que, para no hacer mención sino de los hechos más característicos, hemos visto de 1818 a 1825 varios centenares de nobles, la flor de la nobleza, pertenecientes a la clase más instruida y más rica de Rusia, formar una conspiración muy seria y muy amenazadora contra el despotismo imperial, según el deseo de unos, o una gran república federativa y democrática, según el del gran número, teniendo por base uno y otro la emancipación completa de los campesinos con la propiedad de la tierra. Desde entonces no hubo una sola conspiración en Rusia en que los jóvenes nobles, a menudo muy ricos, no hayan participado. Por otra parte, todo el mundo sabe que son precisamente los hijos de nuestros sacerdotes, los estudiantes de nuestras academias y de nuestros seminarios los que constituyen la falange sagrada del partido socialista revolucionario en Rusia. Que los señores patriotas alemanes, en presencia de estos hechos incontestables y que toda su proverbial mala fe no logrará destruir, quieran decirme si hubo jamás en Alemania muchos nobles y estudiantes de teología que hayan conspirado contra el Estado y por la emancipación del pueblo. Y, sin embargo, no es que le falten ni nobles ni teólogos. ¿De qué procede, pues, esa pobreza, por no decir esa ausencia de sentimientos liberales y democráticos en la nobleza, en el clero y diré también, para ser sincero hasta el fin, en la burguesía de Alemania? Es que en todas esas clases respetables, representantes de la civilización alemana, el servilismo no es sólo un hecho natural, producto de causas naturales; se ha convertido en un sistema, en una ciencia, en una especie de culto religioso, y a causa de eso mismo constituye una enfermedad incurable. ¿Podéis imaginaros un burócrata alemán, o bien un oficial del ejército alemán, conspirando o rebelándose por la libertad, por la emancipación de los pueblos? No, sin duda. Hemos visto últimamente a los oficiales y a altos funcionarios de Hannover conspirar contra Bismarck, pero ¿con qué fin? Con el de reestablecer sobre el trono un rey déspota, un rey legítimo. Y bien, la burocracia rusa y el cuerpo de oficiales rusos cuenta en sus filas muchos conspiradores por el pueblo. He aquí la diferencia; está todavía a favor de Rusia. Es, pues, natural que aunque la acción servilizadora

Al final de este escrito, al echar un vistazo sobre la cuestión germano-eslava, demostraré con hechos históricos irrecusables que la acción diplomática de Rusia sobre Alemania, y no hubo otra jamás, tanto bajo el aspecto de su desenvolvimiento interior como bajo el de su extensión exterior, ha sido nula o casi nula hasta 1866, mucho más nula en todos los casos de lo que estos buenos patriotas alemanes y de lo que la diplomacia rusa se han imaginado. Y demostraré que, a partir de 1866, el gabinete de San Petersburgo, reconocido al concurso mor-

de la civilización alemana no pudo corromper completamente los mismos cuerpos privilegiados y oficiales de Rusia, ha debido ejercer constantemente sobre esas clases una influencia malsana. Y, lo repito, es una gran dicha para el pueblo ruso que no haya sido alcanzado por esa civilización, lo mismo que no fue alcanzado por la civilización de los mongoles.

Contra todos estos hechos, ¿podrán los burgueses patriotas alemanes citar uno solo que constate la influencia de la civilización mongólica-bizantina de la Rusia oficial sobre Alemania? Les sería completamente imposible hacerlo, puesto que los rusos no han ido nunca a Alemania ni como conquistadores ni como profesores, ni como administradores; de donde resulta que si Alemania tomó realmente algo de la Rusia oficial, lo que niego formalmente, no podía ser más que por inclinación y por gusto.

Sería verdaderamente un acto mucho más digno de un excelente patriota alemán y de un demócrata socialista sincero, como lo es indudablemente el señor Carlos Marx, y sobre todo más provechoso para la Alemania popular si, en lugar de tratar consolar la vanidad nacional, atribuyendo falsamente las faltas, crímenes y vergüenza de Alemania a una influencia extranjera, quisiera emplear su erudición inmensa para probar, conforme a la justicia y a la verdad históricas, que Alemania ha producido, llevado y desarrollado históricamente en sí misma todos los elementos de su esclavitud actual. Le habría abandonado voluntariamente la tarea de realizar un trabajo tan útil, necesario sobre todo desde el punto de vista de la emancipación del pueblo alemán y que, salido de su cerebro y de su pluma, apoyado en esa erudición asombrosa ante la cual me he inclinado ya, sería, es natural, infinitamente más completa. Pero como no espero que encuentre nunca conveniente y necesario decir toda la verdad sobre este punto, me encargo yo, y me esforzaré por demostrar, en el curso de este escrito, que la esclavitud, los crímenes y la vergüenza de la Alemania actual son los productos completamente autóctonos de cuatro grandes causas históricas: la feudalidad nobiliaria, cuyo espíritu, lejos de haber sido vencido como en Francia, se incorporó a la constitución actual de Alemania; el absolutismo del soberano, sancionado por el protestantismo y transformado por él en un objeto de culto; la servilidad perseverante y crónica de la burguesía de Alemania, y la paciencia a toda prueba de su pueblo. Una quinta causa, en fin, que se refiere por otra parte muy de cerca a las cuatro primeras, es la del nacimiento y la rápida formación de la potencia completamente mecánica y completamente antinacional del Estado de Prusia. [Nota de Bakunin.]

al, sino a la ayuda material, que el de Berlín le aportó durante la guerra de Crimea, y más enfeudado a la política prusiana que nunca ha contribuido poderosamente, por su actitud amenazadora contra Austria y Francia, al completo logro de los proyectos gigantescos del conde de Bismarck y por consiguiente también a la edificación definitiva del gran imperio pruso-germánico, cuyo próximo establecimiento va por fin a coronar todos los anhelos de los patriotas alemanes.

Como el doctor Fausto, estos excelentes patriotas han perseguido dos fines, dos tendencias opuestas: una hacia una poderosa unidad nacional, otra hacia la libertad. Habiendo querido conciliar estos dos cosas inconciliables, paralizaron largo tiempo una por otra, hasta que por fin, aleccionados por la experiencia, se decidieron a sacrificar una para conquistar la otra. Y es así que sobre las ruinas, no de su libertad —no han sido jamás libres—, sino de sus sueños liberales, están en trance de construir ahora su gran imperio pruso-germánico. Constituyen de aquí en adelante por su propio deseo, *libremente*, una nación poderosa, un Estado formidable y un pueblo esclavo.

* * *

Durante cincuenta años consecutivos, desde 1815 hasta 1866, la civilización alemana vivió en una singular ilusión en relación a sí misma: se había creído liberal, y no lo era de ningún modo. Desde la época en que recibió el bautismo de Melanchton y de Lutero, que la asociaron religiosamente al poder absoluto de los príncipes, perdió definitivamente todos sus instintos de libertad. La resignación y la obediencia se convirtieron más que nunca en su hábito y en la expresión reflexiva de sus más íntimas convicciones, en el resultado de su culto supersticioso hacia la omnipotencia del Estado. El sentimiento de la revuelta, ese orgullo satánico que rechaza la dominación de todo amo, divino o humano, y que crea en el hombre el amor a la independencia y a la libertad, no sólo le es desconocido, sino que le repugna, le escandaliza y le espanta. La burguesía alemana no sabría vivir sin amo; experimenta demasiado la necesidad de respetar, de adorar, de someterse a no importa quién. Si no es a un rey, a un emperador, pues bien, será a un monarca colectivo, el Estado y todos los funcionarios del Estado, como era hasta aquí el caso de Francfort, Hamburgo, Bremen, Lübeck, llamadas ciudades republicanas y libres, y que pasaron a la dominación del nuevo emperador de Alemania sin percibirse de que han perdido su libertad.

Lo que descontenta al burgués alemán no es, pues, el tener que obedecer a un amo: porque ahí está su hábito, se segunda naturaleza, su religión, su pasión. Es la insignificancia, la debilidad, la impotencia relativa de aquel a quien debe y quiere obedecer. El burgués alemán posee en el más alto grado ese orgullo de todos los criados que refle-

jan en sí mismos la importancia, la riqueza, la grandeza, la potencia de su amo. Es así como se explica el culto retrospectivo de la figura histórica y casi mítica del emperador de Alemania, culto nacido en 1815 simultáneamente por el pseudo liberalismo alemán del que fue después siempre el obligado acompañamiento y al que debía necesariamente ahogar y destruir tarde o temprano, como acaba de hacerlo en nuestros días. Tomad las canciones patrióticas de los alemanes compuestas desde 1815. No hablo de las canciones de los obreros socialistas que abren una era nueva, profetizan un mundo nuevo, el de la gran emancipación universal. No, tomad las canciones de los patriotas burgueses, comenzando por el himno pangermánico de Arndt. ¿Cuál es el sentimiento que domina allí? ¿Es el del amor a la libertad? No, es el de la grandeza y el de la potencia nacionales: «¿Dónde está la patria alemana?» —se pregunta—. Y responde: «En todas partes donde resuena la lengua alemana». La libertad no inspira sino muy mediocrementemente a estos cantores del patriotismo alemán. Su entusiasmo serio y sincero pertenece únicamente a la unidad. Y hoy mismo, ¿de qué argumentos se sirven para probar a los habitantes de Alsacia y de Lorena, que fueron bautizados franceses por la revolución y que en este momento de crisis tan terrible para ellos se sienten más apasionadamente franceses por la revolución y que en este momento de crisis tan terrible para ellos se sienten más apasionadamente franceses que nunca, que son alemanes y que deben volver a ser alemanes? ¿Les prometen la libertad, la emancipación del trabajo, una gran prosperidad material, un noble y vasto desenvolvimiento humano? No, nada de eso. Estos argumentos les conmueven tan poco a ellos mismos que no comprenden que puedan conmover a los demás. Por otra parte, no se atreverían a llevar tan allá la mentira, en un tiempo de publicidad en que la mentira se hace tan difícil, sino imposible. Saben, y todo el mundo lo sabe, que ninguna de esas bellas cosas existe en Alemania, y que Alemania no puede convertirse en un gran imperio knuto-germánico más que renunciando a ellas por largo tiempo, aun en sus sueños, pues la realidad se ha hecho demasiado sorprendente hoy, demasiado brutal para que haya puesto y ocio en ella para los sueños.

A falta de todas estas grandes cosas a la vez reales y humanas, los publicistas, los sabios, los patriotas y los poetas de la burguesía alemana, ¿de qué les hablan? De la grandeza pasada del imperio de Alemania, de los Hohenstaufen y del emperador Barbarroja. ¿Están locos? ¿Son idiotas? No, son burgueses alemanes, patriotas alemanes. ¿Por qué diablos estos buenos burgueses, estos excelentes patriotas adoran ese gran pasado católico, imperial y feudal de Alemania? ¿Encuentran en él, como las ciudades de Italia en los siglos doce, trece, catorce y quince, recuerdos de potencia, de libertad, de inteligencia y de gloria burguesa? La burguesía, o si queremos escuchar esta palabra conforme al espíritu de estos tiempos retrasados, la nación, el pueblo

alemán, ¿fue entonces menos oprimido por sus príncipes despóticos y por su nobleza arrogante? No, sin duda; lo fue más que hoy. Pero entonces, ¿qué quieren buscar en los siglos pasados esos sabios burgueses de Alemania? La potencia del amo. La ambición de los criados.

En presencia de lo que pasa hoy, la duda no es posible. La burguesía alemana no amó nunca, ni comprendió ni quiso la libertad. Vive en su servidumbre, tranquila y feliz como una rata en un queso, pero quiere que el queso sea grande. Desde 1815 hasta nuestros días no ha deseado más que una sola cosa; pero esa cosa la ha querido con una pasión perseverante, enérgica y digna de un objeto más noble. Ha querido sentirse bajo la mano de un amo poderoso, aunque sea un déspota feroz y brutal, siempre que pueda darle, en compensación de su necesaria esclavitud, lo que llama su grandeza nacional; siempre que haga temblar a los pueblos, comprendido el pueblo alemán, en nombre de la civilización alemana.

Se me objetará que la burguesía de todos los países demuestra hoy las mismas tendencias; que en todas partes corre presurosa a refugiarse bajo la protección de la dictadura militar, su último refugio contra las invasiones más y más amenazadoras del proletariado. En todas partes renuncia a su libertad, en nombre de la salvación de su bolsa, y para conservar sus privilegios renuncia en todas partes a sus derechos. El liberalismo burgués se ha convertido en todos los países en una mentira, pues no existe apenas más que de nombre.

Sí, es verdad. Pero al menos en el pasado el liberalismo de los burgueses italianos, suizos, holandeses, belgas, ingleses y franceses ha existido realmente, mientras que el de la burguesía alemana no existió nunca. No encontraréis rastro alguno de él antes ni después de la Reforma.

Historia del liberalismo alemán

La guerra civil, tan funesta para el poder de los Estados es, por el contrario y a causa de ello mismo, siempre favorable para el despertar de la iniciativa popular y el desenvolvimiento intelectual, moral y aun material de los pueblos. La razón es muy sencilla: perturba, rompe en las masas esa disposición carneril, tan querida por todos los gobiernos y que transforma a los pueblos en otros tantos rebaños a los que se apacenta y esquila la voluntad. Quebrantad la monotonía embrutecedora de su existencia cotidiana, maquinal, desprovista de pensamiento y, forzándolos a reflexionar sobre las pretensiones respectivas de los príncipes o de los partidos que se disputan el derecho a explotarlos y a oprimirlos, los lleva muy a menudo a la conciencia, sino reflexiva, al menos instintiva de esta profunda verdad, que los derechos de los unos son tan nulos como los derechos de los otros

y que sus intenciones son igualmente malas. Además, desde el momento que el pensamiento, de ordinario dormido, de las masas se despierta sobre un punto, se extiende necesariamente a todos los demás. La inteligencia del pueblo se rebela, rompe su inmovilidad secular y saliendo de los límites de una fe maquinal, rompiendo el yugo de las representaciones o de las nociones tradicionales y petrificadas que le habían ligado contra todo pensamiento, somete a una crítica severa, apasionada, dirigida por su buen sentido y por su honesta conciencia —que valen a menudo más que la ciencia—, todos sus ídolos de ayer. Es así como se despierta el espíritu del pueblo. Con el espíritu nace en él el instinto sagrado, el instinto esencialmente humano de la revuelta, fuente de toda emancipación, y se desarrolla simultáneamente su moral y su prosperidad material, hijas gemelas de la libertad. Esa libertad, tan benéfica para el pueblo, encuentra un apoyo, una garantía y un aliento en la guerra civil misma que, al dividir a sus opresores, a sus explotadores, a sus tutores y a sus amos, disminuye naturalmente la potencia maléfica de unos y de otros. Cuando los amos se desgarran entre sí, el pobre pueblo, libertado al menos en parte de la monotonía del orden público, o más bien de la anarquía y de la iniquidad petrificadas que se le impusieron bajo ese nombre de orden público por su autoridad detestable, puede respirar un poco más a sus anchas. Por lo demás, las partes adversas, debilitadas por la división y la lucha, tienen necesidad de las simpatías de las masas para triunfar unas sobre otras. El pueblo se convierte en querida adulada, solicitada, cortejada. Se le hacen toda suerte de promesas, y cuando el pueblo es bastante inteligente como para no contentarse con promesas, se le hacen concesiones reales, políticas y materiales. Si no se emancipa entonces, la culpa es suya.

El procedimiento que acabo de describir es precisamente aquel por el cual se ha emancipado al menos en la Edad Media las comunas de todos los países del occidente de Europa. Por el modo de emanciparse y sobre todo por las consecuencias políticas, intelectuales y sociales que han sabido sacar de su emancipación, se puede juzgar de su espíritu, de sus tendencias naturales y de sus temperamentos nacionales respectivos.

Así, hacia fines del siglo XI ya, vimos a Italia en pleno desenvolvimiento de sus libertades municipales, de su comercio y de sus artes nacientes. Las ciudades de Italia saben aprovechar la lucha memorable de los emperadores y de los Papas que comienza, para conquistar su independencia. En ese mismo siglo, Francia e Inglaterra se encuentran ya en plena filosofía escolástica, y como consecuencia de este primer despertar del pensamiento en la fe y de esa revuelta implícita contra la fe, vemos en el mediodía de Francia el nacimiento de la herejía valdense. En Alemania, nada. Trabaja, reza, canta, construye sus tem-

plos, sublime expresión de su fe robusta e ingenua, y obedece sin murmullos a sus sacerdotes, a sus nobles, a sus príncipes y a su emperador que la embrutece y la roban sin piedad ni vergüenza.

En el siglo XII se forma la Liga de las ciudades independientes y libres de Italia contra el emperador y contra el Papa. Con la libertad política comienza naturalmente la rebeldía de la inteligencia. Vemos al gran Arnaldo de Brescia quemado en Roma por herejía en 1155. En Francia se quema a Pierre de Bruys y se persigue a Abelardo; y lo que es más, la herejía verdaderamente popular y revolucionaria de los albigenses se subleva contra la dominación del Papa, de los sacerdotes y de los señores feudales. Perseguidos, se esparcen por Flandes, por Bohemia, hasta Bulgaria, pero no por Alemania. En Inglaterra el rey Enrique I Beauclerc es obligado a firmar una constitución, base de todas las libertades ulteriores. En medio de ese movimiento, únicamente la fiel Alemania queda inmóvil e intacta. Ni un pensamiento, ni un acto que denote el despertar de una voluntad independiente o de una aspiración cualquiera en el pueblo. Sólo dos hechos importantes. Primero la creación de dos órdenes caballerescas nuevas, la de los cruzados teutónicos, y la de los porta-espadas livonianos, encargadas ambas de preparar la grandeza y del poder del futuro imperio knuto-germánico por la propaganda armada del catolicismo y del germanismo en el nordeste y el norte de Europa. Se conoce el método uniforme y constante de que hicieron uso estos amables propagandistas del evangelio de Cristo para convertir y germanizar las poblaciones eslavas bárbaras y paganas. Es por lo demás el mismo método que sus dignos sucesores emplean hoy para *moralizar*, para *civilizar*, para *germanizar* a Francia: estos tres verbos tienen en los labios y en los pensamientos de los patriotas alemanes el mismo sentido. Es la masacre en masa y en detalle, el incendio, el saqueo, la violación, la destrucción de una parte de la población y el sometimiento del resto. En el país conquistado, alrededor de los campos atrincherados de estos civilizadores armados, se forman luego ciudades alemanas. En medio de ellos iba a establecerse el santo obispo, que bendecía siempre todos los atentados cometidos o emprendidos por estos nobles bandidos; con él venía una tropa de sacerdotes y bautizaba por la fuerza a los pobres paganos que habían sobrevivido a la masacre, después se obligada a estos esclavos a construir iglesias. Atraídos por tanta santidad y gloria llegaban después los burgueses alemanes, humildes, serviles, cobardemente respetuosos ante la arrogancia nobiliaria, de rodillas ante todas las autoridades establecidas, políticas y religiosas, achatados en una palabra ante todo lo que significaba un poder cualquiera, pero excesivamente duros y llenos de desprecio y de odio hacia las poblaciones indígenas vencidas; por otra parte, uniendo a estas cualidades útiles, ya que no brillantes, una fuerza, una inteligencia y una perseverancia de trabajo muy respetables, y no sé qué potencia vegetativa de crecimiento y de

expansión invasora que hacían a estos parásitos laboriosos muy peligrosos para la independencia y la integridad del carácter nacional, aún en el país a donde habían ido a establecerse, no por derecho de conquista, sino por favor, como en Polonia, por ejemplo. Es así como la Prusia oriental y occidental y una parte de gran ducado de Posen se vieron un buen día germanizadas. El segundo hecho alemán que se realiza en este siglo es el renacimiento del derecho romano, provocado, no sin duda por la iniciativa nacional, sino por la voluntad de los emperadores que preparan las bases del absolutismo moderno al proteger y propagar el estudio de las Pandectas de Justiniano encontradas.

En el siglo XII la burguesía alemana parece por fin despertar. La guerra de los güelfos y gibelinos, después de haber durado cerca de un siglo logra interrumpir sus cantos y sus sueños y sacarla de su piadoso letargo. Comienza verdaderamente con un golpe maestro. Siguiendo sin duda el ejemplo que le habían dado las ciudades de Italia, cuyas relaciones comerciales se habían extendido por toda Alemania, más de sesenta ciudades alemanas forman una liga comercial y necesariamente política, formidable, la famosa Hansa.

Si la burguesía alemana hubiese tenido el instinto de la libertad, aunque parcial y restringido, lo único que habría sido posible en esos tiempos lejanos, hubiera podido conquistar su independencia y establecer su poder político ya en el siglo XIII, como lo había hecho mucho antes la burguesía de Italia. La situación política de las ciudades alemanas por otra parte se parecía mucho a la de las ciudades italianas, a las que estaban asociadas doblemente por las pretensiones del Santo Imperio y por las relaciones más reales del comercio.

Como las ciudades republicanas de Italia, las ciudades alemanas no podían contar más que consigo mismas. No podían apoyarse como las comunas de Francia en el poder creciente de la centralización monárquica, no habiendo podido jamás consolidarse y echar raíces en Alemania el poder de los emperadores, que residía mucho más en sus capacidades y en su influencia personal que en las instituciones políticas y que, por consiguiente, variaba con el cambio de las personas. Por lo demás, ocupados siempre con los negocios de Italia y con su lucha interminable contra los Papas, pasaban las tres cuartas partes de su tiempo fuera de Alemania. Por esta doble razón la potencia de los emperadores, siempre precaria y siempre disputada, no podía ofrecer, como la de los reyes de Francia, un apoyo suficiente y serio para la emancipación de las comunas.

Las ciudades de Alemania no podían tampoco aliarse como las comunas inglesas con la aristocracia territorial contra el poder del emperador para reivindicar su parte de libertad política; las casas soberanas y toda la nobleza feudal de Alemania, al contrario de la aristocracia inglesa, se habían distinguido siempre por una ausencia completa de

sentido político. Eran simplemente un amasijo de brutales bandidos, bestiales, estúpidos, ignorantes, sin gusto más que para la guerra feroz y rapaz, para la lujuria y el desenfreno. No valían más que para atacar a los mercaderes de las ciudades en los grandes caminos o bien para saquear las ciudades mismas cuando se sentían con fuerzas para ello, pero no para comprender la utilidad de una alianza con éstas.

Las ciudades alemanas, para defenderse contra la brutal opresión, contra las vejaciones y contra la rapiña regular o no regular de los emperadores, de los príncipes soberanos y de los nobles, no podían contar realmente más que con sus propias fuerzas y con la alianza entre sí. Pero para que esta alianza, esa misma Hansa que no fue nunca más que una alianza casi exclusivamente comercial, pudiese ofrecerles una protección suficiente, habría sido preciso que tomase un carácter y una importancia decisivamente política: que interviniese como parte reconocida y respetada en la constitución misma y en todos los asuntos tanto interiores como exteriores del Imperio.

Las circunstancias por lo demás eran enteramente favorables. La potencia de todas las autoridades del imperio había sido considerablemente debilitada por la lucha de los gibelinos y de los güelfos; y puesto que las ciudades alemanas se habían sentido bastantes fuertes para formar una liga de defensa mutua contra todas partes, nada les impedía dar a esa liga un carácter político mucho más positivo, el de una formidable potencia colectiva que reclamase e impusiese respeto. Podían hacer más: aprovechándose de la unión más o menos ficticia que el místico Santo Imperio había establecido entre Italia y Alemania, las ciudades alemanas habrían podido aliarse o federarse con las ciudades italianas, como se habían aliado con las flamencas y más tarde con algunas ciudades polacas; habrían debido hacerlo naturalmente, no sobre una base exclusivamente alemana, sino ampliamente internacional; y quién sabe si tal alianza, añadiendo a la fuerza nativa y un tanto pesada y bruta de los alemanes, el espíritu, la capacidad política y al amor a la libertad de los italianos, no hubiese dado al desenvolvimiento político y social del occidente una dirección del mundo entero. La sola gran desventaja que habría probablemente resultado de tal alianza hubiese sido la formación de un nuevo mundo político, poderoso y libre, al margen de las masas agrícolas y, por consiguiente, contra ellas; los campesinos de Italia y Alemania habrían sido entregados más aún a la merced de los señores feudales, resultando que, por otra parte, no fue evitado, puesto que la organización municipal de las ciudades ha tenido por consecuencia separar profundamente los campesinos de los burgueses y de sus obreros, en Italia como en Alemania.

Pero no soñemos por estos buenos burgueses alemanes. Sueñan bastante ellos mismos; la desgracia es que sus sueños no hayan teni-

do jamás la libertad por objeto. No han tenido nunca, ni entonces ni después, las disposiciones intelectuales y morales necesarias para concebir, para amar, para querer y para crear la libertad. El espíritu de independencia les ha sido siempre desconocido. La rebeldía les repugna tanto como les espanta. Es incompatible con su carácter resignado y sumiso, con sus hábitos pacientes y apaciblemente laboriosos, con su culto a la vez razonado y místico de la autoridad. Se diría que todos los burgueses alemanes nacen con la jiba de la piedad, con la jiba del orden público y de la obediencia incondicional. Con tales disposiciones no se emancipa nunca y aún en medio de las condiciones más favorables se queda uno esclavo.

Esto es lo que sucedió a la liga de las ciudades hanseáticas. No salió nunca de los límites de la moderación y de la prudencia, no exigiendo más que tres cosas: que se le dejase enriquecerse apaciblemente con su industria y con su comercio; que se respetase su organización y su jurisdicción interna; y que no se le exigiesen sacrificios de dinero demasiado grandes a cambio de la protección o de la tolerancia que se le concedía. En cuanto a los asuntos generales del imperio, tanto interiores como exteriores, la burguesía alemana los dejó de buen grado a los grandes señores (*den grossen Herren*), demasiado modesta para mezclarse con ellos.

Una moderación política tan grande ha debido ser acompañada necesariamente, o más bien es hasta un síntoma cierto de una gran lentitud en el desenvolvimiento intelectual y social de una nación. Y, en efecto, vemos que durante todo el siglo XIII el espíritu alemán, a pesar del gran movimiento comercial e industrial, a pesar de toda la prosperidad material de las ciudades alemanas, no produjo absolutamente nada. En ese mismo siglo se enseñaba ya en las escuelas de la Universidad de París, no obstante el rey y el Papa, una doctrina cuyo atrevimiento habría espantado a nuestros metafísicos y a nuestros teólogos, doctrina que afirmaba, por ejemplo, que siendo eterno el mundo no había podido ser creado y negaba la inmortalidad de las almas y el libre arbitrio. En Inglaterra encontramos al gran monje Roger Bacon, el precursor de la ciencia moderna y el verdadero inventor de la brújula y de la pólvora, aunque los alemanes quieran atribuirse esta última invención, sin duda para hacer mentir al proverbio. En Italia nacía Dante. En Alemania, noche intelectual completa.

En el siglo XIV, Italia posee ya una magnífica literatura nacional: Dante, Petrarca, Boccaccio; y en el orden político a Rienzi, a Miguel Lando, el obrero cardador, confaloniero en Florencia. En Francia las comunas representadas en los Estados Generales determinan definitivamente su carácter político, apoyando a la realeza contra la aristocracia y el Papa. Este es también el siglo de la *jacquerie*, esa primera insurrección de los campos de Francia, insurrección por la cual los

socialistas sinceros no tendrán, sin duda, el desdén ni el odio de los burgueses. En Inglaterra, Juan Wicleff, el verdadero iniciador de la reforma religiosa, comienza a predicar. En Bohemia, país eslavo, que desgraciadamente constituía parte del imperio germánico, hallamos en las masas populares, entre los campesinos, la secta tan interesante y tan simpática de los *fraticelli* que se atrevieron a tomar, contra el déspota celeste, el partido de Satanás, ese jefe espiritual de todos los revolucionarios pasados, presentes y del porvenir, el verdadero autor de la emancipación humana según testimonio de la Biblia, el negador del imperio celeste como nosotros lo somos de todos los imperios terrestres, el creador de la libertad: aquel mismo a quien Proudhon, en su libro sobre la justicia, saludaba con una elocuencia llena de amor. Los *fraticelli* prepararon el terreno para la revolución de Huss y de Ziska. La libertad suiza, en fin, nace en este siglo.

La revuelta de los cantones alemanes de Suiza contra el despotismo de la casa de los Habsburgo es un hecho tan contrario al espíritu nacional de Alemania que tuvo por consecuencia necesaria, inmediata, la formación de una nueva nación suiza, bautizada en el nombre de la revuelta y de la libertad, y como tal separada desde entonces por una barrera infranqueable del imperio germánico.

Los patriotas alemanes tienen gusto en repetir, con la célebre canción pangermánica de Arndt, que «su patria se extiende tan lejos como resuena su idioma, cantando alabanzas a Dios».

*So weit die deutsche Zunge kling,
Und Gott im Himmel Lieder singt!*

Si quisieran conformarse más bien al sentido real de su historia que a las inspiraciones de su fantasía omnívora, habría debido decir que su patria se extiende tan lejos como la esclavitud de los pueblos y cesa donde comienza la libertad.

No sólo Suiza, sino las ciudades de Flandes, ligadas, sin embargo, con las de Alemania por intereses materiales, por los de un comercio creciente y próspero, y no obstante formar parte de la liga anseática, tendieron, a partir de este mismo siglo, a separarse siempre más bajo de la influencia de esa misma libertad.

En Alemania, durante todo ese siglo, en medio de una prosperidad material creciente, no se percibe movimiento alguno intelectual ni social. En política, dos hechos únicamente: el primero es la declaración de los príncipes del imperio que, arrastrado por el ejemplo de los reyes de Francia, proclaman que el imperio debe ser independiente del Papa y que la dignidad imperial no procede más que de Dios sólo. El segundo es la institución de la famosa Bula de Oro que organiza de-

finitivamente el imperio y decide que habrá en lo sucesivo siete príncipes electores, en honor a los siete candelabros del Apocalipsis.

Henos aquí llegados al siglo XV. Es el siglo del Renacimiento. Italia está en plena florecencia. Armado con la filosofía que volvió a encontrar en la Grecia antigua, rompe la dura prisión en que había sido encerrado durante diez siglos el espíritu humano. La fe cae; el pensamiento libre renace. Esta es la aurora resplandeciente y alegre de la emancipación humana. El suelo libre de Italia se cubre de libres y atrevidos pensadores. La iglesia misma se hace pagana. Los Papas y los cardenales desdeñan a San Pablo por Aristóteles y Platón, abrazan la filosofía materialista de Epicuro y, olvidadizos de Júpiter cristiano, no juran ya más que por Baco y Venus; lo que no les impide perseguir por momentos a los librepensadores cuya propaganda sugestiva amenaza aniquilar la fe de las masas populares, ese recurso de su poder y de sus rentas. El ardiente e ilustre propagador de la fe nueva, de la fe humana, Pico de la Mirandola, muerto tan joven, atrae sobre todo contra él los rayos del Vaticano.

En Francia y en Inglaterra, época del estancamiento. En la primera mitad de este siglo hay una guerra odiosa, estúpida, fomentada por la ambición de los reyes y sostenida tontamente por la nación inglesa, una guerra que hizo retroceder un siglo a Inglaterra y a Francia. Como los prusianos hoy, los ingleses del siglo XV habían querido destruir, someter a Francia. Se habían apoderado de París, lo que los alemanes, a pesar de toda su buena voluntad, no lograron todavía hacer hasta ahora¹⁸, y habían quemado a Juana de Arco en Ruan, como los alemanes ahorcan hoy a los franco-tiradores. Fueron por fin expulsados de París y de Francia como, lo esperamos siempre, los alemanes acabarán también por serlo. En la segunda mitad del siglo XV, en Francia vemos el nacimiento del verdadero despotismo real, reforzado por esa guerra.

Es la época de Luis XI, un rudo colega que vale por sí solo un Guillermo I con sus Bismarck y Moltke, el fundador de la centralización burocrática y militar de Francia, el creador del Estado. Se digna también algunas veces apoyarse en las simpatías interesadas de su fiel burguesía, que ve con gusto a su buen rey abatir las cabezas, tan arrogantes y tan altivas, de sus señores feudales; pero se ve ya en el modo de comportarse con ella que si ésta no quisiese apoyarlo, podría bien obligarla a ello. Toda independencia, nobiliaria o burguesa, espiritual o temporal, le es igualmente odiosa. Suprime la caballería e instituye las órdenes militares: eso para la nobleza. Impone a sus buenas ciu-

¹⁸. Estas páginas fueron escritas antes de haber recibido Bakunin la noticia de la capitulación de París, y constituyen parte del envío de manuscritos que me hizo el autor el 16 de febrero de 1871 (hojas 81-109). [Nota de Guillaume.]

dades su conveniencia y dicta su voluntad a los Estados generales: eso para la burguesía. Prohíbe, en fin, la lectura de las obras de los *nominales* y ordena la de los *reales*: eso para el libre pensamiento. Y bien, a pesar de su comprensión tan dura, Francia da nacimiento a Rabelais a fines del siglo XV: un genio profundamente popular, galo, desbordante de ese espíritu de rebeldía humana que caracteriza el siglo del Renacimiento.

En Inglaterra, a pesar del debilitamiento del espíritu popular, consecuencia natural de la guerra odiosa que había hecho a Francia, vemos durante todo el siglo XV a los discípulos de Wicleff propagar la doctrina del maestro, no obstante las crueles persecuciones de que son víctimas, y preparar así el terreno de la revolución religiosa que estalló un siglo más tarde. Al mismo tiempo, por la vía de una propaganda individual, sorda, invisible e insecuestrable, pero sin embargo muy vivaz, en Inglaterra tanto como en Francia, el espíritu libre del Renacimiento tiende a crear una filosofía nueva. Las ciudades alemanas, amantes de su libertad y fuertes en su prosperidad material, entran en pleno desenvolvimiento artístico e intelectual moderno, separándose por eso mismo más y más de Alemania.

En cuanto a Alemania, la vemos dormir su más hermoso sueño durante toda la primera mitad de este siglo. Y, sin embargo, sucedió en el seno del imperio y en la vecindad más inmediata de Alemania un hecho inmenso que hubiese bastado para sacudir la somnolencia de cualquier otra nación. Me estoy refiriendo a la revuelta religiosa de Juan Huss, el gran reformador eslavo.

* * *

Pienso con un sentimiento de profunda simpatía y de altivez fraternal en ese gran movimiento nacional de un pueblo eslavo. Fue más que un movimiento religioso, fue una protesta victoriosa contra el despotismo alemán, contra la civilización aristocrático-burguesa eslava contra el Estado alemán. Dos grandes revueltas eslavas habían tenido lugar ya en el siglo XI. La primera fue dirigida contra la piadosa opresión de esos bravos caballeros teutónicos, antepasados de los lugartenientes-*junkers* actuales de Prusia. Los insurrectos eslavos habían quemado todas las iglesias y exterminado a los sacerdotes. Detestaban el cristianismo, y con mucha razón, porque el cristianismo era el germanismo en su forma menos agraciada: era el amable caballero, el virtuoso sacerdote y el honesto burgués, los tres alemanes de pura sangre y representantes como tales de la idea de autoridad incondicional y de la realidad de una opresión brutal, insolente y cruel. La segunda insurrección tuvo lugar una treintena de años después, en Polonia. Esa fue la primera y la única insurrección de los campesinos propiamente polacos. Fue ahogada por el rey Casimiro. He aquí cómo

es juzgado ese acontecimiento por el historiador polaco Lelewel, cuyo patriotismo y hasta una cierta predilección por la clase que él llama «democracia nobiliaria» no pueden ser puestos en duda por nadie: «El partido de Maslaw [el jefe de los campesinos insurrectos de Mazovia] era popular y aliado del paganismo; el partido de Casimiro era aristocrático y amigo del cristianismo» [es decir, del germanismo]. Y añade más lejos: «Es preciso absolutamente considerar este movimiento desastroso como una victoria obtenida sobre las clases inferiores, cuya suerte no podía menos de empeorar en su consecuencia. *El orden fue restablecido*, pero la marcha del estado social se hizo desde entonces grandemente desventajosa para las clases inferiores» (*Historia de Polonia*, Joaquín Lelewel, t. II, pág. 19).

Bohemia se había dejado germanizar todavía más que Polonia. Como esta última, jamás había sido conquistada por los alemanes, pero se había dejado depravar profundamente por ellos. Miembro del Santo Imperio desde su formación como Estado, no había podido, por desgracia, separarse jamás de él, y había adoptado todas las instituciones clericales, feudales y burguesas. Las ciudades y la nobleza de Bohemia se habían germanizado en parte; nobleza, burguesía y clero eran alemanes, no de nacimiento, sino de bautismo, así como por educación y por posición política y social; la organización primitiva de las comunas eslavas no admitía ni sacerdotes, ni clases. Solos, los campesinos de Bohemia se habían conservado puros de esa lepra alemana y eran naturalmente las víctimas. Esto explica sus simpatías instintivas hacia todas las grandes herejías populares. Así vimos la herejía de los valdenses esparcirse por Bohemia ya en el siglo XII y la de los *fraticelli* en el siglo XIV, y hacia el fin de este siglo le tocó la vez a la herejía de Wicleff, cuyas obras fueron traducidas en idioma bohemio. Todas esas herejías habían llamado igualmente a las puertas de Alemania; hasta han debido atravesarla para llegar a Bohemia. Pero en el suelo del pueblo alemán no encontraron el menor eco. Llevando en sí el germen de la revuelta, debieron deslizarse sin poder afectarlo, sobre su felicidad inquebrantable, no llegando siquiera a turbar su sueño profundo. Al contrario, encontraron un terreno propicio en Bohemia, cuyo pueblo, sometido pero no germanizado, maldecía desde el fondo de su corazón esa servidumbre y toda la civilización aristocrático-burguesa de los alemanes. Esto explica por qué, en el camino de la protesta religiosa, el pueblo checo ha debido adelantarse en un siglo al pueblo alemán.

Una de las primeras manifestaciones de ese movimiento religioso en Bohemia fue la expulsión en masa de todos los profesores alemanes de la Universidad de Praga, crimen horrible que los alemanes no pudieron perdonar jamás al pueblo checo. Y, sin embargo, si se mira más de cerca, se deberá convenir que ese pueblo tuvo mil veces

razón para expulsar a estos corruptores patentados y serviles de la juventud eslava. A excepción de un corto periodo, de treinta y cinco años más o menos, entre 1813 y 1848, durante los cuales la *desvergüenza* del liberalismo, hasta del democraticismo burgués, se había deslizado por contrabando y se había mantenido en las universidades alemanas, representado por una veintena, por una treintena de sabios, ilustres y animados de un liberalismo sincero, ved lo que han sido los profesores alemanes hasta esa época y lo que han llegado a ser bajo la influencia de la reacción en 1849; los aduladores de todas las autoridades, los profesores de la servilidad. Salidos de la burguesía alemana, expresan concientemente sus tendencias y su espíritu. Su ciencia es la manifestación fiel de la conciencia eslava. Es la consagración ideal de una esclavitud histórica.

Los profesores alemanes del siglo XV en Praga eran al menos tan serviles, tan lacayos como lo son los profesores de la Alemania actual. Éstos están entregados en cuerpo y alma a Guillermo I el feroz, el amo próximo al imperio knuto-germánico. Aquéllos estaban servilmente dedicados de antemano a todos los emperadores que pluguiera a los siete príncipes electores apocalípticos de Alemania dar al Santo Imperio germánico. Poco importaba para ellos quién era el amo, siempre que lo hubiese, siendo una sociedad sin amo una monstruosidad que debía rebelar necesariamente su imaginación burguesa-alemana. Eso hubiese sido el derrumbe de la civilización germánica.

Por lo demás, ¿qué ciencias enseñaban estos profesores alemanes del siglo XV? La teología católico-romana y el código de Justiniano, dos instrumentos del despotismo. Agregad a ello la filosofía escolástica y eso en una época en que, después de haber hecho sin duda en los siglos pasados grandes servicios a la emancipación del espíritu, se había detenido y como inmovilizado en su pesadez monstruosa y pedante, batida en brecha por el pensamiento moderno que animaba el presentimiento, sino todavía la posesión, de la ciencia viva. Añadid a esto un poco de medicina bárbara, enseñada como lo demás en un latín muy bárbaro, y tendréis todo el bagaje científico de esos profesores. ¿Valía la pena retenerlos para eso? Había una gran urgencia en alejarlos: además de depravar la juventud con su enseñanza y su ejemplo servil, eran agentes muy activos, muy celosos de esa fatal casa de Habsburgo que ambicionaba ya la Bohemia como su presa.

Juan Huss y Jerónimo de Praga, su amigo y su discípulo, contribuyeron mucho a su expulsión. Así, cuando el emperador Segismundo, violando el salvoconducto que les había sido concedido, los hizo juzgar primero por el concilio de Constanza, después quemar a los dos, uno en 1415 y el otro en 1416, allá, en plena Alemania, en presencia de una inmensa concurrencia de alemanes que habían acudido desde lejos para asistir al espectáculo, ninguna voz alemana se

levantó para protestar contra esa atrocidad desleal e infame. Fue preciso que pasasen cien años todavía para que Lutero rehabilitase en Alemania la memoria de estos dos grandes reformadores y mártires eslavos.

Pero si el pueblo alemán, probablemente todavía adormecido y en sueños, dejó sin protesta ese odioso atentado, el pueblo checo protestó por una revolución formidable. El grande y terrible Ziska, ese héroe, ese vengador popular, cuya memoria vive todavía como un promesa de porvenir en el seno de las campiñas de Bohemia entera, se levantó y a la cabeza de sus taboritas, recorriendo toda Bohemia, quemó iglesias, masacró los sacerdotes y barrió toda la podredumbre imperial o alemana, lo que entonces significaba la misma cosa, porque todos los alemanes en Bohemia eran partidarios del emperador. Después de Ziska fue el gran Procopio el que llevó el terror al corazón de los alemanes. Los mismos burgueses de Praga, por otra parte, mucho más moderados que los husitas de los campos, hicieron saltar por las ventanas, según el antiguo uso de ese país, a los partidarios del emperador. Segismundo, en 1419, cuando ese infame perjurio, ese asesinato de Juan Huss y de Jerónimo de Praga tuvo la audacia insolente y cínica de presentarse como competidor de la corona vacante de Bohemia. ¡Un buen ejemplo a seguir! —es así como deberán ser tratadas, en vista de la emancipación universal, todas las personas que quieran imponerse como *autoridades oficiales* a las masas populares bajo cualquier máscara, bajo cualquier pretexto y bajo cualquier dominación que sea—.

Durante diez y siete años, estos taboritas terribles que vivían entre sí en comunidad fraternal derrotaron todas las tropas de Sajonia, de Franconia, de Baviera, de Rhin y de Austria que el emperador y el Papa enviaron en cruzada contra ellos; limpiaron la Moravia y la Silesia y llevaron el terror de sus armas al corazón mismo de Austria. Fueron, al fin, batidos por el emperador Segismundo. ¿Por qué? Porque fueron debilitados por las intrigas y por la traición de un partido checo también, pero formado por la coalición de la nobleza indígena y de la burguesía de Praga, alemanas por educación, y que se llamaban, por oposición a los taboritas comunistas y revolucionarios, el partido de los *calixtinos*; pedían reformas *sabias, posibles*; representaban, en una palabra, en esa época, en Bohemia, esa misma política de la moderación hipócrita y de la impotencia hábil que los señores Palacki, Rieger, Brauner y compañía representan tan bien hoy.

A partir de esa época, la revolución popular comenzó a declinar rápidamente, cediendo el puesto primero a la influencia diplomática y un siglo más tarde a la dominación de la dinastía austriaca. Los políticos, los moderados, los hábiles, aprovechándose del aborrecido Segismundo, se apoderaron del gobierno, como lo harán probablemente en Francia después del fin de esta guerra y para desgracia de Francia.

Sirvieron, los unos concientemente y con mucha utilidad para la amplitud de sus bolsillos, los otros, torpemente, sin imaginarlo, de instrumentos de la política austriaca, como los Thiers, los Jules Favre, los Jules Simon, los Picard, y muchos otros servirán de instrumentos a Bismarck. Austria les magnetizaba y les inspiraba. Veinticinco años después de la derrota de los husitas por Segismundo, esos patriotas hábiles y prudentes dieron el último golpe a la independencia de Bohemia, haciendo destruir por manos de su rey Podiebrad la ciudad de Tabor, o más bien el campo fortificado de los taboritas. Es así como los republicanos burgueses de Francia proceden y harán proceder todavía más a su presidente o a su rey contra el proletariado socialista, este último campo atrincherado del porvenir y de la dignidad nacional de Francia.

En 1526, la corona de Bohemia cayó por fin en la dinastía austriaca, que no se desprendió más de ella. En 1620, después de una agonía que duró un poco menos de cien años, Bohemia, entregada al fuego y a la sangre, devastada, saqueada, masacrada y medio desplomada, perdiendo de un solo golpe lo que le quedaba aún de independencia, de existencia nacional y de derecho políticos, se encontró encadenada bajo el triple yugo de la administración imperial, de la civilización alemana y de los jesuitas austriacos. Esperamos, para honor y salvación de la humanidad, que no pase lo mismo con Francia.

* * *

A comienzos de la segunda mitad del siglo XV, la nación alemana dio, en fin, una prueba de inteligencia y de vida, y esa prueba, es preciso decirlo, fue espléndida: inventó la imprenta y, por ese camino, creado por ella misma, se puso en relación con el movimiento intelectual de toda Europa. El viento de Italia, el siroco del librepensamiento sopló sobre ella y bajo ese soplo ardiente se fundó su indiferencia bárbara, su inmovilidad glacial. Alemania se hizo humanista y humana.

Además del camino de la imprenta, tuvo otro aún, menos general y más vivo. Viajeros alemanes que volvían de Italia a fines de este siglo le aportaron ideas nuevas, el evangelio de la emancipación humana, y lo propagaron con una religiosa pasión. Y esta vez la semilla preciosa no fue perdida. Encontró en Alemania un buen terreno, preparado para recibirla. Esta gran nación despertó al pensamiento, a la vida, a la acción, iba a tomar a su vez la dirección del movimiento del espíritu. Pero, ¡ay!, se encontró incapaz de conservarla más de veinticinco años en sus manos.

Es preciso distinguir entre el movimiento del Renacimiento y el de la Reforma religiosa. En Alemania, el primero procedió algunos años al segundo. Hubo un corto periodo, entre 1517 y 1525, en que estos

dos movimientos parecieron confundirse, aunque animados de un espíritu completamente opuesto; el uno representado por hombres como Erasmo, como Reuchlin, como el generoso, heroico Ulrico von Hutten, poeta y pensador de genio, el discípulo de Pico de la Mirandola y el amigo de Franz von Sickingen, de Ecolampadio y Zwinglio, el que formó en cierto modo el rasgo de unión entre el quebrantamiento puramente filosófico del Renacimiento, la transformación puramente religiosa de la de por la Reforma protestante, y la sublevación revolucionaria de las masas, provocadas por las primeras manifestaciones de esta última; la otra, representada principalmente por Lutero y Melanchton, los dos padres del nuevo desenvolvimiento religioso y teológico de Alemania. El primero de estos movimientos, profundamente humanitario, tendía mediante los trabajos literarios y filosóficos de Erasmo, de Reuchlin y de otros a la emancipación completa del espíritu y a la destrucción de las tontas creencias del cristianismo y tendía al mismo tiempo, por la acción más práctica y más heroica de Ulrico von Hutten, de Ecolampadio y de Zwinglio, a la emancipación de las masas populares del yugo nobiliario y principesco; mientras que el movimiento de la Reforma, francamente religioso, teológico y como tal lleno de respeto divino y desprecio humano, supersticioso hasta el punto de ver al diablo y de arrojarle tinteros a la cabeza — como se dice que sucedió a Lutero en el castillo de Watburgo, donde se muestra todavía en el muro una mancha de tinta—, debía convertirse necesariamente en el enemigo irreconciliable de la libertad de espíritu y de la libertad de los pueblos.

Hubo, sin embargo, en él, como he dicho ya, un momento en que esos dos movimientos tan contrarios debieron confundirse realmente, siendo el primero revolucionario por principio, y el segundo forzado a serlo por la posición. Por lo demás, en Lutero había una contradicción evidente. Como teólogo, era y debía ser reaccionario; pero como naturaleza, como temperamento, como instinto, era apasionadamente revolucionario. Tenía la naturaleza del hombre del pueblo, y esa naturaleza poderosa no estaba hecha para sufrir pacientemente el yugo de quien quiera que fuese. No quería plegarse más que ante Dios, en el que tenía una fe ciega y del cual creía sentir la presencia y la gracia en su corazón; y es en nombre de Dios como el *dulce* Melanchton, el sabio teólogo, y nada más que un teólogo, su amigo, su discípulo, en realidad su maestro y el abozalador de esa naturaleza leonina, llegó a encadenarlo definitivamente a la reacción.

Los primeros rugidos de ese grande y rudo alemán fueron completamente revolucionarios. No puede uno imaginarse, en efecto, nada más revolucionario que sus manifiestos contra Roma, que las inventivas y las amenazas que lanzó al rostro de los príncipes de Alemania, que su polémica apasionada contra el hipócrita y el lujurioso déspota

y reformador de Inglaterra Enrique VIII. A partir de 1517 hasta 1525 no se escuchó ya en Alemania más que los estallidos de trueno de esa voz que parecía llamar al pueblo alemán a una renovación general, a la revolución.

Su llamado fue oído. Los campesinos de Alemania se levantaron con un grito formidable, el grito socialista: «¡Guerra a los castillos, paz a las chozas!», que se traduce hoy por este grito más formidable aún: «¡Abajo todos los explotadores y todos los tutores de la humanidad; libertad y prosperidad al trabajo, igualdad y fraternidad del mundo humano, constituido libremente sobre las ruinas de todos los Estados!».

Ese fue el momento crítico para la Reforma religiosa y para todo el destino político de Alemania. Si Lutero hubiese querido ponerse a la cabeza de ese movimiento popular, socialista, de las poblaciones rurales insurgidas contra sus señores feudales, si la burguesía de las ciudades lo hubiese apoyado, habría terminado el imperio, el despotismo principesco y la insolencia nobiliaria de Alemania. Pero para apoyarlo habría sido preciso que Lutero no fuese teólogo, más preocupado de la gloria divina que de la dignidad humana, ni se indignara porque los hombres oprimidos, los siervos, que no debían pensar más que en la salvación de sus almas, se hubiesen atrevido a reivindicar su porción de felicidad humana *sobre esta tierra*; hubiera sido preciso también que los burgueses de las ciudades de Alemania no fueran burgueses alemanes.

Aplastada por la indiferencia y en gran parte también por la hostilidad notoria de las ciudades y por las maldiciones teológicas de Melancton y de Lutero, mucho más aún que por la fuerza armada de los señores y de los príncipes, esa formidable revuelta de los campesinos de Alemania fue vencida. Diez años más tarde fue igualmente ahogada otra insurrección, la última que haya sido provocada en Alemania por la Reforma religiosa. Quiero referirme a la tentativa de una organización místico-comunista por los anabaptistas de Münster, capital de Westalia. Münster fue tomada y Juan de Leyde, el profeta anabaptista, fue condenado al suplicio en medio de los aplausos de Melancton y de Lutero.

Por otra parte, ya cinco años antes, en 1530, los dos teólogos de Alemania habían puesto los sellos en su país a todo movimiento ulterior, aun religioso, al presentar al emperador y a los príncipes de Alemania su confesión de Ausburgo que, petrificado de un solo golpe el libre florecimiento de las almas, renegando de la misma libertad de las conciencias individuales en nombre de la cual se había hecho la Reforma, imponiéndoles como una ley absoluta y divina un dogmatismo nuevo, bajo la salvaguardia de los príncipes protestantes reconocidos como los protectores naturales y los jefes del culto religioso, constituyó una

nueva iglesia oficial que, más absoluta aun que la iglesia de Bizancio, fue en lo sucesivo, en manos de esos príncipes protestantes, un instrumento de despotismo terrible, y condenó a toda la Alemania protestante y por contragolpe también a la católica de tres siglos por lo menos de la esclavitud más embrutecedora, una esclavitud que, según creo, no parece hoy mismo estar dispuesta a dejar plaza a la libertad¹⁹.

Ha sido una dicha para Suiza que el concilio de Estrasburgo, dirigido en ese mismo año por Zwinglio y Bucero, haya rechazado esa constitución de la esclavitud; una constitución llamada religiosa y que lo era en efecto puesto que en nombre de Dios mismo se consagraba el poder absoluto de los príncipes. Salida casi exclusivamente de la cabeza teológica y sabia del profesor Melancthon, bajo la presión evidente y del respeto profundo, ilimitado, inquebrantable, servil, que todo burgués y profesor alemán bien nacido experimenta por la persona de sus maestros, fue ciegamente aceptada por el pueblo alemán *porque sus príncipes la habían aceptado*; síntoma nuevo de la esclavitud histórica, no sólo exterior, sino interior, que pesa sobre este pueblo.

Esta tendencia, por lo demás tan natural, de los príncipes protestantes de Alemania, a repartir entre sí los restos del poder espiritual del Papa, o a constituirse en jefes de la iglesia en los límites de sus países respectivos, la volveremos a encontrar igualmente en otros países monárquicos protestantes, en Inglaterra, por ejemplo, y en Suecia; pero ni en uno ni en otro llegó a triunfar del altivo sentimiento de la independencia que se había despertado en los pueblos. En Suecia, en Dinamarca y en Noruega, el pueblo y la clase campesina, sobre todo, supo mantener su libertad y sus derechos tanto contra las invasiones de la nobleza como contra las de la monarquía. En Inglaterra la

¹⁹. Para convencerse del espíritu servil que caracteriza a la iglesia luteriana de Alemania, incluso en nuestros días, basta leer la fórmula de declaración o promesa escrita que todo ministro de esa iglesia, en el reino de Prusia, debe firmar y jurar observar antes de entrar en funciones. No sobrepasa, sino que ciertamente iguala en servilidad a las obligaciones impuestas al clero ruso. Cada ministro del evangelio en Prusia presta juramento de ser durante toda su vida un súbito abnegado y sumiso de su señor y amo, no al buen dios, sino el rey de Prusia; observar escrupulosamente sus asuntos mandamientos y no perder de vista los intereses sagrados de Su Majestad; inculcar ese mismo respeto y esa misma obediencia absoluta a sus ovejas, y denunciar al gobierno todas las tendencias, todas las empresas, todos los actos que podrían ser contrarios a la voluntad, o sea, a los intereses del gobierno. ¡Y es a semejantes esclavos a los que se confía la dirección exclusiva de las escuelas populares en Prusia! Esa instrucción tan alabada no es más que un envenenamiento de las masas, una propagación sistemática de la doctrina de la esclavitud. [Nota de Bakunin.]

lucha de la iglesia anglicana y oficial con las iglesias libres de los presbiterianos de Escocia y de los independientes de Inglaterra terminó en una grande y memorable revolución, de la cual parte de la grandeza nacional de la Gran Bretaña. Pero en Alemania el despotismo tan natural de los príncipes no encontró los mismos obstáculos. Todo el pasado del pueblo alemán, tan lleno de sueños, pero tan pobre de pensamientos libres y de acción o de iniciativa popular, habíalo difundido, por decirlo así, en el molde de la piadosa sumisión y de la obediencia respetuosa, resignada y pasiva; no encontró en sí mismo, en ese momento crítico de su historia, la energía y la independencia, ni la pasión necesaria para mantener su libertad contra la autoridad tradicional y brutal de sus innumerables soberanos mobiliarios y principescos. En el primer momento de entusiasmo había tomado, sin duda, un ímpetu magnífico. En ese momento Alemania pareció demasiado estrecha para contener el desborde de su pasión revolucionaria. Pero no fue más que un momento, y como el efecto pasajero y ficticio de una inflación cerebral. El aliento le faltó pronto; y pesado, sin aliento y sin fuerza se rindió sobre sí mismo; entonces, embridado de nuevo por Melanchton y por Lutero, se dejó conducir tranquilamente al redil, bajo el yugo histórico y salvador de los príncipes.

Había tenido un sueño de libertad y se despertó más esclavo que nunca. Desde entonces, Alemania se transformó en el verdadero centro de la reacción en Europa. No contenta con predicar la esclavitud con su ejemplo, y con enviar sus príncipes, sus princesas y sus diplomáticos para introducirla y para propagarla en todos los países de Europa, la hizo objeto de sus más profundas investigaciones científicas. En todos los demás países, la administración, tomada en la acepción más amplia, como la organización de la explotación burocrática y fiscal ejercida por el Estado sobre las masas populares, es considerada como un arte: el arte de embridar a los pueblos, de mantenerlos bajo una severa disciplina y de esquilmarlos siempre sin hacerles gritar. En Alemania este arte es enseñado como una ciencia en todas las universidades. Esa ciencia podría ser llamada teología moderna, la teología del culto del Estado. En esa religión del absolutismo terrestre, el soberano toma el puesto del buen Dios; los burócratas son los sacerdotes, y el pueblo, naturalmente, la víctima sacrificada siempre en el altar del Estado.

Si es verdad, como es mi firme convicción, que sólo por el instinto de la libertad, por el odio a los opresores, y por el poder de rebelarse contra todo lo que lleva el carácter de la explotación y de la dominación en el mundo, contra toda especie de explotación y de despotismo, se manifiesta la dignidad humana de las naciones y de los pueblos, es preciso convenir que, desde que existe una nación germánica hasta 1848, sólo los campesinos de Alemania han probado por su revuelta

del siglo XVI que esta nación no es absolutamente extraña a esa dignidad. Si se quisiese juzgarla, al contrario, según los hechos y gestos de su burguesía, se la debería considerar como predestinada para realizar el ideal de la esclavitud voluntaria.

FRAGMENTO²⁰

La revolución, de otro lado, no es vindicativa ni sanguinaria. No exige la muerte ni la deportación en masa, ni tan siquiera individual, de esa turba bonapartista, que armada con poderosos medios, y mucho mejor organizada que la república misma, conspira abiertamente contra la república, contra Francia. No exige más que la prisión de todos los bonapartistas *como simple medida de seguridad general*, hasta el fin de la guerra, *y hasta que esos pícaros y esas pícaras hayan desembolsado por lo menos las nueve décimas partes de las riquezas que han robado a Francia*. Después de lo cual se les permitirá marcharse con plena libertad a donde quieran, dejando aún algunos millones de renta a cada uno a fin de que puedan alimentar su vejez y su vergüenza. Ya veis que no sería una medida de ningún modo cruel, pero sí muy eficaz y justa en el más alto grado absolutamente necesario desde el punto de vista de la salvación de Francia.

La revolución, en cuanto se reviste del carácter socialista, deja de ser sanguinaria y cruel. El pueblo no es cruel de ningún modo, son las clases privilegiadas las que lo son. Se levanta en ciertos momentos furioso contra todas las opresiones y torturas de que es víctima, y entonces se lanza como un toro enfurecido, no viendo nada más ante sí y rompiendo todo lo que encuentra a su paso. Pero éstos son momentos muy raros y cortos. Ordinariamente es bueno y humano. Sufre demasiado él mismo como para no padecer en los sufrimientos ajenos. A menudo, ¡ay!, demasiado a menudo ha servido de instrumento al furor sistemático de las clases privilegiadas. Todas esas ideas nacionales, religiosas y políticas por las que vertió su propia sangre y la sangre de sus hermanos, los pueblos extraños, no sirvieron más que a los intereses de esas clases, y se han transformado siempre en nueva opresión contra él. En todas las escenas furiosas de la historia de todos los países, en las que las masas populares, enfurecidas hasta el frenesí, se destruyeron mutuamente, hallaréis siempre tras esas masas agitadores y directores que pertenecen a las clases privilegiadas: de los oficiales, de los nobles, de los sacerdotes y de los burgueses. No está en el pueblo, pues, está en los instintos, en las pasiones y en las instituciones políticas y religiosas, de las clases privilegiadas, en la iglesia y en el Estado, en sus leyes y en la aplicación despiadada e inicua de esas leyes: he ahí donde hay que buscar la crueldad y el furor frío, concentrado y

²⁰. Se trata de las primeras páginas del *Apéndice* aludido en la nota 13. [Nota del editor.]

sistemáticamente organizado.

He mostrado el furor de los burgueses en 1848. Los furores de 1792, 1793 y 1794 fueron igualmente, exclusivamente, furores burgueses. Las famosas matanzas de Aviñón (octubre de 1791), que abrieron la era de los asesinatos políticos en Francia, fueron dirigidos y también en parte ejecutados por un lado por los sacerdotes y los nobles, y por otro por los burgueses. Las matanzas de Vendée, ejecutadas por los campesinos, fueron igualmente mandadas por la reacción de la nobleza y de la iglesia coaligadas. Los ordenadores de las masacres de septiembre fueron todos, sin excepción, burgueses y, lo que se conoce menos, es que los iniciadores de la ejecución misma, la mayoría de los masacradotes principales, pertenecieron igualmente a esa clase²¹. Col-

21. Para demostrarlo cito el testimonio de A. Michelet:

«Se hubiese podido fácilmente asesinar a los presos en su prisión: *pero entonces la cosa no hubiese podido presentarse como un acto espontáneo del pueblo*. Era preciso que fuese una apariencia de casualidad; si hubiesen hecho la ruta a pie, el azar hubiera servido más pronto la intención de los masacradores; pero pidieron coches. Los veinticuatro presos se colocaron en seis carruajes; eso les protegía un poco. Era necesario que los masacradores encontrasen medio o de irritar a los presos a fuerza de ultrajes, hasta que perdiesen la paciencia, se sublevasen, olvidando el cuidado de sus vidas, y pareciese que habrían provocado, merecido su desgracia; o bien aun *era preciso irritar al pueblo, sublevar su furor contra los presos*; es lo que se trató de hacer primero. La procesión lenta de los seis coches tuvo todo el carácter de una cruel exhibición: “¡Helos aquí —gritaban los masacradores—; he aquí a los traidores!, los que entregaron Verdun, los que iban a degollar vuestras mujeres y vuestros hijos... ¡Vamos, ayudadnos, matadlos!”.

Eso no se consiguió. La multitud, es verdad, aullaba alrededor, pero no obraba. No se obtuvo ningún resultado a lo largo del muelle, ni en la travesía del puente nuevo, ni en la calle Dauphine. Se llegó a la encrucijada Bucí, cerca de la Abbaye, sin haber podido cansar la paciencia de los presos, *ni decidir al pueblo a poner la mano sobre ellos*. Se iba a entrar en la prisión y no había tiempo que perder. Si se les mataba sin que la cosa fuese preparada por alguna demostración semipopular, se haría visible *que perecerían por orden y por hecho de la autoridad*. En la encrucijada, donde se hallaba el teatro de los alistamientos, había muchos obstáculos, una gran multitud. Allí los masacradores, aprovechándose de la confusión, tomaron su partido y comenzaron a repartir sablazos y lanzadas desde los coches. Un preso que tenía un bastón, sea por instinto de defensa, sea por desprecio a los miserables que pegaban a gentes desarmadas, dio a uno de ellos un bastonazo en

la cara. Dio así el pretexto que se esperaba. Algunos fueron muertos en los coches mismos, otros al bajar al patio de la Abbaye... Esa fue la primera masacre...

La masacre continuó en la Abbaye. ¿Es curioso saber quiénes eran los masacradores?

Los primeros los hemos visto: habían sido federados marseleses, aviñonenses y otros del mediodía, a los cuales se unieron, si hay que creer en la tradición, algunos muchachos carniceros, algunas gentes de rudos oficios, jóvenes sobre todo, pilluelos ya robustos y en estado de hacer mal, aprendices a quienes se educa cruelmente a fuerza de golpes, y que en tales días los devuelven al primer llegado; había, entre otros, un pequeño peluquero que mató a varios con su propia mano.

Pero el informe que se dio más tarde sobre los septembristas no mencionaba ni una ni otra de estas dos clases, ni los saldados del mediodía ni la turba popular que, sin duda, habiendo pasado el tiempo, no pudo encontrarse más. Designa sólo gentes establecidas sobre quienes podía echarse mano: en total cincuenta y tres personas de la vecindad, casi todos comerciantes de la calle Sainte Margarite y de las calles vecinas a ésta. Pertenecen a todas las profesiones: relojero, cafetero, salchichero, frutero, zapatero, cofrero, panadero, etc. No hay más que un solo carnicero establecido. Hay varios sastres, entre ellos dos alemanes o tal vez alsacianos.

Si se cree esta información, tales gentes se habrían alabado no sólo de haber matado un gran número de presos, sino de haber ejercido espantosas atrocidades en los cadáveres.

Estos comerciantes de los alrededores de la Abbaye, vecinos de los franciscanos, de Marat, y sin duda sus lectores habituales, ¿eran una élite de maratistas que la Comuna llamó para comprometer la guardia nacional en la masacre, cubrirla con el uniforme burgués, impedir que la gran masa de la guardia nacional interviniese para detener la efusión de sangre? Eso no es inverosímil.

Sin embargo, no es absolutamente necesario recurrir a esta hipótesis. Declararon ellos mismos, en el informe, que los presos los insultaban, los provocaban todos los días a través de las rejas, que los amenazaban con la llegada de los prusianos y con los castigos que les esperaban.

Lo más cruel ya se experimentaba: era la cesación del comercio en absoluto, las quiebras, el cierre de los negocios, la ruina y el hambre, la muerte de París. El obrero soporta a menudo mejor el hambre que el comerciante la quiebra. Eso se debe a muchas causas, a una sobre todo que no hay que olvidar: es que en Francia no es una simple desgracia (como en Inglaterra o en América), sino la pérdida del honor(1). "Hacer honor a sus negocios" es un proverbio francés que no existe más que en Francia. El comerciante en quiebra, aquí, se vuelve

lot d'Herbois, Panis, adorador de Robespierre, Chaumette, Bourdon, Fouquier-Tinville, esa personificación de la hipocresía revolucionaria y de la guillotina, Carrier, el ahogador de Nantes, todas esas gentes fueron burguesas. El Comité de Salvación Pública, el terror calculado, frío, legal, la guillotina misma, fueron instituciones burguesas. El pueblo no fue sino el espectador y algunas veces también, desgraciadamente, el que aplaudió estúpidamente esas exhibiciones de la legalidad hipócrita y del furor político de los burgueses. Después de la ejecución de Danton, comenzó a convertirse en víctima.

* * *

La revolución jacobina, burguesa, exclusivamente política, de 1792 a 1794, debía llegar necesariamente a la hipocresía legal y a la solución de todas las dificultades y de todas las cuestiones por el argumento victorioso de la guillotina.

Quando para extirpar la reacción se contenta con atacar sus manifestaciones sin tocar su raíz y las causas que la producen siempre de muy feroz.

Esas gentes habían esperado tres años que la revolución terminase; habían creído un momento que el rey acabaría apoyándose en Lafayette. ¿Quién lo había impedido sino los cortesanos, los sacerdotes que se tenía en la Abbaye? "Nos han perdido y se han perdido —decían esos mercaderes furiosos—; que mueran ahora".

Nadie duda que el pánico haya influido mucho en su furor. La alarma les turbaba el espíritu (como hoy los cantos patrióticos con que llenan las calles los obreros de Lyon y de Marsella, impiden dormir a los tenderos), el cañón que se disparaba les producía el efecto del cañón de los prusianos. Arruinados, desesperados, ebrios de rabia y de miedo, se lanzaron sobre el enemigo, sobre aquel al menos que se encontraba a su alcance, desarmado, poco difícil de vencer, y que podían matar un capricho, casi sin salir de la casa. Se diría que Michelet ha escrito estas páginas después de haber sido testigo de las jornadas de junio y de las horribles masacres realizadas fríamente por los burgueses de París, sobre obreros desarmados, durante los días que siguieron. [Nota de Bakunin.]

(1) Michelet se engaña; no es la pérdida del honor lo que inquieta al tendero, sino la pérdida del crédito y la lesión de su vanidad burguesa. El tendero se atiene tan poco a su honor que no quiere nada mejor que faltar a sus compromisos, si puede hacerlo ganando y no perdiendo. En cuanto a su honor, se manifiesta completamente en los falsos pesos y en la falsa medida, tanto como en el envenenamiento y el deterioro de todas sus mercaderías. [Nota de Bakunin.]

nuevo, se llega forzosamente a la necesidad de matar muchas gentes, de exterminar con o sin fuerzas legales muchos reaccionarios. Sucede fatalmente entonces que después de haber matado mucho, los revolucionarios se ven llevados a esa melancólica convicción de que no han ganado nada, ni dado un solo paso siquiera a favor de su causa; que al contrario, la han perjudicado y que han preparado con sus propias manos el triunfo de la reacción. Y esto por una doble razón: la primera es que habiendo sido respetadas las causas de la reacción, ésta se reproduce y se multiplica bajo formas nuevas; y la segunda es que la matanza, la masacre, acaban por indignar siempre lo que hay de humano en los hombres y por hacer volver pronto el sentimiento popular de parte de las víctimas.

La revolución de 1793, dígame lo que se quiera, no era ni socialista ni materialista, o para servirme de la expresión pretenciosa del señor Gambetta, no fue de ningún modo *positivista*. Fue esencialmente burguesa, jacobina, metafísica, política e idealista. Generosa e infinitamente amplia en sus aspiraciones, había querido una cosa imposible: el establecimiento de una igualdad ideal, en el seno mismo de la desigualdad material. Al conservar como bases secretas todas las condiciones de la desigualdad económica, había podido creer poder reunir y envolver a todos los hombres en un inmenso sentimiento de igualdad fraternal, humana, intelectual, moral, política y social. Este fue su sueño, su religión, manifestados por el entusiasmo y los actos grandiosamente heroicos de sus mejores, de sus más grandes representantes. Pero la realización de ese sueño era imposible, porque era contrario a todas las leyes naturales y sociales.

Esta obra, como todos los escritos, por otra parte poco numerosos, que publiqué hasta aquí, nació de los acontecimientos. Es la continuación natural de las *Cartas a un francés* (septiembre de 1870), en las cuales tuve el fácil y triste honor de prever y predecir las horribles desgracias que quieren hoy a Francia y, con ella, a todo el mundo civilizado; desgracias contra las que no había ni queda ahora más que un remedio: *la revolución social*.

Probar esta verdad, de aquí en adelante incontestable, por el desenvolvimiento histórico de la sociedad, y por los hechos mismos que se desarrollan bajo nuestros ojos en Europa, de modo que sea aceptada por todos los hombres de buena fe, por todos los investigadores sinceros de la verdad, y luego exponer francamente, sin reticencia, sin equívocos, los principios filosóficos tanto como los fines prácticos que constituyen, por decirlo así, el alma activa, la base y el fin de lo que llamamos la revolución social, es el objeto del presente trabajo.

La tarea que me impuse no es fácil, lo sé, y se me podría acusar de presunción si aportase a este trabajo una pretensión personal. Pero no hay tal cosa, puedo asegurarle al lector. No soy ni un sabio ni un filósofo, ni siquiera un escritor de oficio. Escribí muy poco en mi vida y no lo hice nunca sino en caso de necesidad, y solamente cuando una convicción apasionada me forzaba a vencer mi repugnancia instintiva contra toda exhibición de mi propio yo en público.

¿Qué soy yo, y qué me impulsa ahora a publicar este trabajo? Soy un buscador apasionado de la *verdad* y un enemigo no menos encarnizado de las ficciones perjudiciales de que el *partido del orden*, ese representante oficial, privilegiado e interesado de todas las ignominias religiosas, metafísicas, políticas, jurídicas, económicas y sociales, presentes y pasadas, pretende servirse hoy todavía para embrutecer y esclavizar al mundo. Soy un amante fanático de la *libertad*, considerándola como el único medio en el seno de la cual pueden desarrollarse y crecer la inteligencia, la dignidad y la dicha de los hombres; no de esa libertad formal, otorgada, medida y reglamentada por el Estado, mentira eterna y que en realidad no representa nunca nada más que el privilegio de unos pocos fundado sobre la esclavitud de todo el mundo; no de esa libertad individualista, egoísta, mezquina y ficticia, pregonada por la escuela

¹. Título puesto por Eliseo Reclus para su publicación en 1878. El original era *Prefacio a la segunda entrega de «El imperio knuto-germánico»*.

de J. J. Rousseau, así como todas las demás escuelas del liberalismo burgués, que consideran el llamado derecho de todos, representado por el Estado, como el límite del derecho de cada uno, lo cual lleva necesariamente y siempre a la reducción del derecho de cada uno a cero. No, yo entiendo que la única libertad verdaderamente digna de este nombre, es la que consiste en el pleno desenvolvimiento de todas las facultades materiales, intelectuales y morales de cada individuo. Y es que la libertad, la auténtica, no reconoce otras restricciones que las propias de las leyes de nuestra propia naturaleza. Por lo que, hablando propiamente, la libertad no tiene restricciones, puesto que esas leyes no nos son impuestas por un legislador, sino que nos son inmanentes, inherentes, y constituyen la base misma de todo nuestro ser, y no pueden ser vistas como una limitante, sino más bien debemos considerarlas como las condiciones reales y la razón efectiva de nuestra libertad.

Me refiero a la libertad de cada uno que, lejos de agotarse frente a la libertad del otro, encuentra en ella su confirmación y su extensión hasta el infinito; la libertad ilimitada de cada uno por la libertad de todos, la libertad en la solidaridad, la libertad en la igualdad; la libertad triunfante sobre el principio de la fuerza bruta y del principio de autoridad que nunca ha sido otra cosa que la expresión ideal de esa fuerza; la libertad que, después de haber derribado todos los ídolos celestes y terrestres, fundará y organizará un mundo nuevo: el de la humanidad solidaria, sobre la ruina de todas la Iglesias y de todos los Estados.

Soy un partidario convencido de la *igualdad económica y social*, porque sé que fuera de esa igualdad, la libertad, la justicia, la dignidad humana, la moralidad y el bienestar de los individuos, lo mismo que la prosperidad de las naciones, no serán más que otras tantas mentiras. Pero, partidario incondicional de la libertad, esa condición primordial de la humanidad, pienso que la igualdad debe establecerse en el mundo por la organización espontánea del trabajo y de la propiedad colectiva de las asociaciones productoras libremente organizadas y federadas en las comunas, mas no por la acción suprema y tutelar del Estado.

Este es el punto que nos divide a los socialistas revolucionarios, de los comunistas autoritarios que defienden la iniciativa absoluta del Estado. El fin es el mismo, ya que ambos deseamos por igual la creación de un orden social nuevo, fundado únicamente sobre la organización del trabajo colectivo en condiciones económicas de irrestricta igualdad para todos, teniendo como base la posesión colectiva de los instrumentos de trabajo.

Ahora bien: los comunistas se imaginan que podrían llegar a eso por el desenvolvimiento y por la organización de la potencia

política de las clases obreras, y principalmente del proletariado de las ciudades, con ayuda del radicalismo burgués, mientras que los socialistas revolucionarios, enemigos de toda ligazón y de toda alianza equívoca, pensamos que no se puede llegar a ese fin más que por el desenvolvimiento y la organización de la potencia no política sino social de las masas obreras, tanto de las ciudades como de los campos, comprendidos en ellas los hombres de buena voluntad de las clases superiores que, rompiendo con todo su pasado, quieran unirse francamente a ellas y acepten íntegramente su programa.

He ahí dos métodos diferentes. Los comunistas creen deber el organizar a las fuerzas obreras para posesionarse de la potencia política de los Estados. Los socialistas revolucionarios nos organizamos teniendo en cuenta su inevitable destrucción, o, si se quiere una palabra más cortés, teniendo en cuenta la liquidación de los Estados. Los comunistas son partidarios del principio y de la práctica de la autoridad, los socialistas revolucionarios no tenemos confianza más que en la libertad. Partidarios unos y otros de la ciencia que debe liquidar a la fe, los primeros quisieran imponerla y nosotros nos esforzamos en propagarla, a fin de que los grupos humanos, por ellos mismos se convenzan, se organicen y se federen de manera espontánea, libre; de abajo hacia arriba conforme a sus intereses reales, pero nunca siguiendo un plan trazado de antemano e impuesto a las masas ignorantes por algunas inteligencias superiores.

Los socialistas revolucionarios pensamos que hay mucha más razón práctica y espíritu en las aspiraciones instintivas y en las necesidades reales de las masas populares, que en la inteligencia profunda de todos esos doctores y tutores de la humanidad que, a tantas tentativas frustradas para hacerla feliz, pretenden añadir otro fracaso más. Los socialistas revolucionarios pensamos, al contrario, que la humanidad ya se ha dejado gobernar bastante tiempo, demasiado tiempo, y se ha convencido que la fuente de sus desgracias no reside en tal o cual forma de gobierno, sino en el principio y en el hecho mismo del gobierno, cualquiera que este sea.

Esta es, en fin, la contradicción que existe entre el comunismo científicamente desarrollado por la escuela alemana y aceptado en parte por los socialistas americanos e ingleses, y el socialismo revolucionario ampliamente desenvuelto y llevado hasta sus últimas consecuencias, por el proletariado de los países latinos².

El socialismo revolucionario llevó a cabo un intento práctico en la *Comuna de París*.

Soy un partidario de la Comuna de París, la que no obstante haber

². También es aceptado, y lo será cada vez más, por el instituto anti-político de los pueblos eslavos. [Nota de Bakunin.]

sido masacrada y sofocada en sangre por los verdugos de la reacción monárquica y clerical, no por eso ha dejado de hacerse más vivaz, más poderosa en la imaginación y en el corazón del proletariado de Europa; soy partidario de ella sobre todo porque ha sido una audaz negativa del Estado.

Es un hecho histórico el que esa negación del Estado se haya manifestado precisamente en Francia, que ha sido hasta ahora el país más proclive a la centralización política; y que haya sido precisamente París, la cabeza y el creador histórico de esa gran civilización francesa, el que haya tomado la iniciativa. París, abdicando de su corona y proclamando con entusiasmo su propia decadencia para dar la libertad y la vida a Francia, a Europa, al mundo entero; París, afirmando nuevamente su potencia histórica de iniciativa al mostrar a todos los pueblos esclavos el único camino de emancipación y de salvación; París, que da un golpe mortal a las tradiciones políticas del radicalismo burgués y una base real al socialismo revolucionario; París, que merece de nuevo las maldiciones de todas las gentes reaccionarias de Francia y de Europa; París, que se envuelve en sus ruinas para dar un solemne desmentido a la reacción triunfante; que salva, con su desastre, el honor y el porvenir de Francia y demuestra a la humanidad que si bien la vida, la inteligencia y la fuerza moral se han retirado de las clases superiores, se conservaron enérgicas y llenas de porvenir en el proletariado; París, que inaugura la era nueva, la de la emancipación definitiva y completa de las masas populares y de su real solidaridad a través y a pesar de las fronteras de los Estados; París, que mata la propiedad y funda sobre sus ruinas la religión de la humanidad; París, que se proclama humanitario y ateo y reemplaza las funciones divinas por las grandes realidades de la vida social y la fe por la ciencia; las mentiras y las iniquidades de la moral religiosa, política y jurídica por los principios de la libertad, de la justicia, de la igualdad y de la fraternidad, fundamentos eternos de toda moral humana; París heroico y racional confirmando con su caída el inevitable destino de la humanidad transmitiéndolo mucho más enérgico y viviente a las generaciones venideras; París, inundado en la sangre de sus hijos más generosos. París, representación de la humanidad crucificada por la reacción internacional bajo la inspiración inmediata de todas las iglesias cristianas y del gran sacerdote de la iniquidad, el Papa. Pero la próxima revolución internacional y solidaria de los pueblos será la resurrección de París.

Tal es el verdadero sentido y tales las consecuencias bienhechoras e inmensas de los dos meses memorables de la existencia y de la caída imperecedera de la Comuna de París.

La Comuna de París ha durado demasiado poco tiempo y ha sido demasiado obstaculizada en su desenvolvimiento interior por la

lucha mortal que debió sostener contra la reacción de Versalles, para que haya podido, no digo aplicar, sino elaborar teóricamente su programa socialista. Por lo demás, es preciso reconocerlo, la mayoría de los miembros de la Comuna no eran socialistas propiamente y, si se mostraron tales, es que fueron arrastrados invisiblemente por la fuerza irresistible de las cosas, por la naturaleza de su ambiente, por las necesidades de su posición y no por su convicción íntima. Los socialistas, a la cabeza de los cuales se coloca naturalmente nuestro amigo Varlin, no formaban en la Comuna más que una minoría ínfima; a lo sumo no eran más que unos catorce o quince miembros. El resto estaba compuesto por jacobinos. Pero entendámonos, hay de jacobinos a jacobinos. Existen los jacobinos abogados y doctrinarios, como el señor Gambetta, cuyo republicanismo *positivista*³, presuntuoso, despótico y formalista, habiendo repudiado la antigua fe revolucionaria y no habiendo conservado del jacobinismo más que el culto de la unidad y de la autoridad, entregó la Francia popular a los prusianos y más tarde a la reacción interior; y existen los jacobinos francamente revolucionarios, los héroes, los últimos representantes sinceros de la fe democrática de 1793, capaces de sacrificar su unidad y su autoridad bien amadas, a las necesidades de la revolución, ante todo; y como no hay revolución sin masas populares, y como esas masas tienen eminentemente hoy el instinto socialista y no pueden ya hacer otra revolución que una revolución económica y social, los jacobinos de buena fe, dejándose arrastrar más y más por la lógica del movimiento revolucionario, acabaron convirtiéndose en socialistas a su pesar.

Tal fue precisamente la situación de los jacobinos que formaron parte de la Comuna de París. Delescluze y muchos otros, firmaron proclamas y programas cuyo espíritu general y cuyas promesas eran positivamente socialistas. Pero como a pesar de toda su buena fe y de toda su buena voluntad no eran más que individuos arrastrados al campo socialista por la fuerza de las circunstancias, como no tuvieron tiempo ni capacidad para vencer y suprimir en ellos el cúmulo de prejuicios burgueses que estaban en contradicción con el socialismo, hubieron de paralizarse y no pudieron salir de las generalidades, ni tomar medidas decisivas que hubiesen roto para siempre todas sus relaciones con el mundo burgués.

Fue una gran desgracia para la Comuna y para ellos; fueron paralizados y paralizaron la Comuna; pero no se les puede reprochar como una falta. Los hombres no se transforman de un día a otro y no cambian de naturaleza ni de hábitos a voluntad. Han probado su sinceridad haciéndose matar por la Comuna. ¿Quién se atreverá a

3. Ver su carta a la Littré en el *Progrès*, de Lyon. [Nota de Bakunin.]

pedirles más?

Son tanto más excusables cuanto que el pueblo de París mismo, bajo la influencia del cual han pensado y obrado, era mucho más socialista por instinto que por idea o convicción reflexiva. Todas sus aspiraciones son en el más alto grado y exclusivamente socialistas; pero sus ideas o más bien sus representaciones tradicionales están todavía bien lejos de haber llegado a esta altura. Hay todavía muchos prejuicios jacobinos, muchas imaginaciones dictatoriales y gubernamentales en el proletariado de las grandes ciudades de Francia y aún en el de París. El culto a la autoridad religiosa, esa fuente histórica de todas las desgracias, de todas las depravaciones y de todas las servidumbres populares no ha sido desarraigado aún completamente de su seno. Esto es tan cierto que hasta los hijos más inteligentes del pueblo, los socialistas más convencidos, no llegaron aún a libertarse de una manera completa de ella. Mirad su conciencia y encontraréis al jacobino, al gubernamentalista, rechazado hacia algún rincón muy oscuro y vuelto muy modesto, es verdad, pero no enteramente muerto.

Por otra parte, la situación del pequeño número de los socialistas convencidos que han constituido parte de la Comuna era excesivamente difícil. No sintiéndose suficientemente sostenidos por la gran masa de la población parisiense, influenciando apenas sobre unos millares de individuos, la organización de la Asociación Internacional, por lo demás muy imperfecta, han debido sostener una lucha diaria contra la mayoría jacobina. ¡Y en medio de qué circunstancias! Les ha sido necesario dar trabajo y pan a algunos centenares de millares de obreros, organizarlos y armarlos combatiendo al mismo tiempo las maquinaciones reaccionarias en una ciudad inmensa como París, asediada, amenazada por el hambre, y entregada a todas las sucias empresas de la reacción que había podido establecerse y que se mantenía en Versalles, *con el permiso y por la gracia de los prusianos*. Les ha sido necesario oponer un gobierno y un ejército revolucionarios al gobierno y al ejército de Versalles, es decir, que para combatir la reacción monárquica y clerical, han debido, olvidando y sacrificando ellos mismos las primeras condiciones del socialismo revolucionario, organizarse en *reacción* jacobina.

¿No es natural que en medio de circunstancias semejantes, los jacobinos, que eran los más fuertes, puesto que constituían la mayoría en la Comuna y que además poseían en un grado infinitamente superior el instinto político, la tradición y la práctica de la organización gubernamental, hayan tenido inmensas ventajas sobre los socialistas? De lo que hay que asombrarse es de que no se hayan aprovechado mucho más de lo que lo hicieron, de que no hayan dado a la sublevación de París un carácter exclusivamente jacobino y de que se hayan dejado arrastrar, al contrario, a una revolución social.

Sé que muchos socialistas, muy consecuentes en su teoría, reprochan a nuestros amigos de París el no haberse mostrado suficientemente socialistas en su práctica revolucionaria, mientras que todos los ladrones de la prensa burguesa los acusan, al contrario, de no haber seguido más que demasiado fielmente el programa del socialismo. Dejemos por el momento a un lado a los innobles denunciadores de esa prensa, y observemos que los severos teóricos de la emancipación del proletariado son injustos hacia nuestros hermanos de París porque, entre las teorías más justas y su práctica, hay una distancia inmensa que no se franquea en algunos días. El que ha tenido la dicha de conocer a Varlin, por ejemplo, para no nombrar sino a aquel cuya muerte es cierta, sabe cómo han sido apasionadas, reflexivas y profundas en él y en sus amigos las convicciones socialistas. Eran hombres cuyo celo ardiente, cuya abnegación y buena fe no han podido ser nunca puestas en duda por nadie de los que se les hayan acercado. Pero precisamente porque eran hombres de buena fe, estaban llenos de desconfianza en sí mismos al tener que poner en práctica la obra inmensa a que habían dedicado su pensamiento y su vida. Tenían por lo demás la convicción de que en la revolución social, diametralmente opuesta a la revolución política, la acción de los individuos es casi nula y, por el contrario, la acción espontánea de las masas lo es todo. Todo lo que los individuos pueden hacer es elaborar, aclarar y propagar las ideas que corresponden al instinto popular y además contribuir con sus esfuerzos incesantes a la organización revolucionaria del potencial natural de las masas, pero nada más, siendo al pueblo trabajador al que corresponde hacerlo todo. Ya que actuando de otro modo se llegaría a la dictadura política, es decir, a la reconstitución del Estado, de los privilegios, de las desigualdades, llegándose al restablecimiento de la esclavitud política, social, económica de las masas populares.

Varlin y sus amigos, como todos los socialistas sinceros, y en general como todos los trabajadores nacidos y educados en el pueblo, compartían en el más alto grado esa prevención perfectamente legítima contra la iniciativa continua de los mismos individuos, contra la dominación ejercida por las individualidades superiores; y como ante todo eran justos, dirigían también esa prevención, esa desconfianza, contra sí mismos más que contra todas las otras personas. Contrariamente a ese pensamiento de los comunistas autoritarios, según mi opinión, completamente erróneo, de que una revolución social puede ser decretada y organizada sea por una dictadura, sea por una asamblea constituyente salida de una revolución política, nuestros amigos, los socialistas de París, han pensado que no podía ser hecha y llevada a su pleno desenvolvimiento más que por la acción espontánea y continua de las masas, de los grupos y de las asociaciones populares.

Nuestros amigos de París han tenido mil veces razón. Porque, en

efecto, por general que sea, ¿cuál es la cabeza, o si se quiere hablar de una dictadura colectiva, aunque estuviese formada por varios centenares de individuos dotados de facultades superiores, cuáles son los cerebros capaces de abarcar la infinita multiplicidad y diversidad de los intereses reales, de las aspiraciones, de las voluntades, de las necesidades cuya suma constituye la voluntad colectiva de un pueblo, y capaces de inventar una organización social susceptible de satisfacer a todo el mundo? Esa organización no será nunca más que un lecho de Procusto sobre el cual, la violencia más o menos marcada del Estado forzarán a la desgraciada sociedad a extenderse. Esto es lo que sucedió siempre hasta ahora, y es precisamente a este sistema antiguo de la organización por la fuerza a lo que la revolución social debe poner un término, dando a las masas su plena libertad, a los grupos, a las comunas, a las asociaciones, a los individuos mismos, y destruyendo de una vez por todas la causa histórica de todas las violencias, el poder y la existencia misma del Estado, que debe arrastrar en su caída todas las iniquidades del derecho jurídico con todas las mentiras de los cultos diversos, pues ese derecho y esos cultos no han sido nunca nada más que la consagración obligada, tanto ideal como real, de todas las violencias representadas, garantizadas y privilegiadas por el Estado.

Es evidente que la libertad no será dada al género humano, y que los intereses reales de la sociedad, de todos los grupos, de todas las organizaciones locales así como de todos los individuos que la forman, no podrán encontrar satisfacción real más que cuando no haya Estados. Es evidente que todos los intereses llamados generales de la sociedad, que el Estado pretende representar y que en realidad no son otra cosa que la negación general y consciente de los intereses positivos de las regiones, de las comunas, de las asociaciones y del mayor número de individuos a él sometidos, constituyen una ficción, una obstrucción, una mentira, y que el Estado es como una carnicería y como un inmenso cementerio donde, a su sombra, acuden generosa y beatamente, a dejarse inmolar y enterrar, todas las aspiraciones reales, todas las fuerzas vivas de un país; y como ninguna abstracción existe por sí misma, ya que no tiene ni piernas para caminar, ni brazos para crear, ni estómago para digerir esa masa de víctimas que se le da para devorar, es claro que también la abstracción religiosa o celeste de Dios, representa en realidad los intereses positivos, reales, de una casta privilegiada: el clero, y su complemento terrestre, la abstracción política, el Estado, representa los intereses no menos positivos y reales de la clase explotadora que tiende a englobar todas las demás: la burguesía. Y como el clero está siempre dividido y hoy tiende a dividirse todavía más en una minoría muy poderosa y muy rica, y una mayoría muy subordinada y hasta cierto punto miserable. Por su parte, la burguesía y sus diversas organizaciones políticas y sociales, en la industria, en la agricultura, en la banca y en el comercio,

al igual que en todos los órganos administrativos, financieros, judiciales, universitarios, policiales y militares del Estado, tiende a escindirse cada día más en una oligarquía realmente dominadora y en una masa innumerable de seres más o menos vanidosos y más o menos decaídos que viven en una perpetua ilusión, rechazados inevitablemente y empujados, cada vez más hacia el proletariado por una fuerza irresistible: la del desenvolvimiento económico actual, quedando reducidos a servir de instrumentos ciegos de esa oligarquía omnipotente.

La abolición de la Iglesia y del Estado debe ser la condición primaria e indispensable de la liberación real de la sociedad; después de eso, ella sola puede y debe organizarse de otro modo, pero no de arriba a abajo y según un plan ideal, soñado por algunos sabios, o bien a golpes de decretos lanzados por alguna fuerza dictatorial o hasta por una asamblea nacional elegida por el sufragio universal. Tal sistema, como lo he dicho ya, llevaría inevitablemente a la creación de un nuevo Estado, y, por consiguiente, a la formación de una aristocracia gubernamental, es decir, de una clase entera de gentes que no tienen nada en común con la masa del pueblo y, ciertamente, esa clase volvería a explotar y a someter bajo el pretexto de la felicidad común, o para salvar al Estado.

La futura organización social debe ser estructurada solamente de abajo a arriba, por la libre asociación y federación de los trabajadores, en las asociaciones primero, después en las comunas, en las regiones, en las naciones y finalmente en una gran federación internacional y universal. Es únicamente entonces cuando se realizará el orden verdadero y vivificador de la libertad y de la dicha general, ese orden que, lejos de renegar, afirma y pone de acuerdo los intereses de los trabajadores y los de la sociedad.

Se dice que el acuerdo y la solidaridad universal de los individuos y de la sociedad no podrá realizarse nunca porque esos intereses, siendo contradictorios, no están en condición de contrapesarse ellos mismos o bien de llegar a un acuerdo cualquiera. A una objeción semejante responderé que si hasta el presente los intereses no han estado nunca ni en ninguna parte en acuerdo mutuo, ello tuvo su causa en el Estado, que sacrificó los intereses de la mayoría en beneficio de una minoría privilegiada. He ahí por qué esa famosa incompatibilidad y esa lucha de intereses personales con los de la sociedad, no es más que otro engaño y una mentira política, nacida de la mentira teológica que imaginó la doctrina del pecado original para deshonar al hombre y destruir en él la conciencia de su propio valor. Esa misma idea falsa del antagonismo de los intereses fue creada también por los sueños de la metafísica que, como se sabe, es próxima pariente de la teología. Desconociendo la sociabilidad de la naturaleza humana, la metafísica

consideraba la sociedad como un agregado mecánico y puramente artificial de individuos asociados repentinamente en nombre de un tratado cualquiera, formal o secreto, concluido libremente, o bien bajo la influencia de una fuerza superior. Antes de unirse en sociedad, esos individuos, dotados de una especie de alma inmortal, gozaban de una absoluta libertad.

Pero si los metafísicos, sobre todo los que creen en la inmortalidad del alma, afirman que los hombres fuera de la sociedad son seres libres, nosotros llegamos entonces inevitablemente a una conclusión: que los hombres no pueden unirse en sociedad más que a condición de renegar de su libertad, de su independencia natural y de sacrificar sus intereses, personales primero y grupales después. Tal renunciamiento y tal sacrificio de sí mismos debe ser por eso tanto más imperioso cuanto que la sociedad es más numerosa y su organización más compleja. En tal caso, el Estado es la expresión de todos los sacrificios individuales. Existiendo bajo una semejante forma abstracta, y al mismo tiempo violenta, continúa perjudicando más y más la libertad individual en nombre de esa mentira que se llama felicidad pública, aunque es evidente que la misma no representa más que los intereses de la clase dominante. El Estado, de ese modo, se nos aparece como una negación inevitable y como una aniquilación de toda libertad, de todo interés individual y general.

Se ve aquí que en los sistemas metafísicos y teológicos, todo se asocia y se explica por sí mismo. He ahí por qué los defensores lógicos de esos sistemas pueden y deben, con la conciencia tranquila, continuar explotando las masas populares por medio de la Iglesia y del Estado. Llenándose los bolsillos y sacando todos sus sucios deseos, pueden al mismo tiempo consolarse con el pensamiento de que penan por la gloria de Dios, por la victoria de la civilización y por la felicidad eterna del proletariado.

Pero nosotros, que no creemos ni en Dios ni en la inmortalidad del alma, ni en la propia libertad de la voluntad, afirmamos que la libertad debe ser comprendida, en su acepción más completa y más amplia, como fin del progreso histórico de la humanidad. Por un extraño aunque lógico contraste, nuestros adversarios idealistas, de la teología y de la metafísica, toman el principio de la libertad como fundamento y base de sus teorías, para concluir buenamente en la indispensabilidad de la esclavitud de los hombres. Nosotros, materialistas en teoría, tendemos en la práctica a crear y hacer duradero un idealismo racional y noble. Nuestros enemigos, idealistas divinos y trascendentes, caen hasta el materialismo práctico, sanguinario y vil, en nombre de la misma lógica, según la cual todo desenvolvimiento es la negación del principio fundamental. Estamos convencidos de que toda la riqueza del desenvolvimiento intelectual, moral y material del hombre, lo

mismo que su aparente independencia, son el producto de la vida en sociedad. Fuera de la sociedad, el hombre no solamente no será libre, sino que no será hombre verdadero, es decir, un ser que tiene conciencia de sí mismo, que siente, piensa y habla. El concurso de la inteligencia y del trabajo colectivo ha podido forzar al hombre a salir del estado de salvaje y de bruto que constituía su naturaleza primaria. Estamos profundamente convencidos de la siguiente verdad: que toda la vida de los hombres, es decir, sus intereses, tendencias, necesidades, ilusiones, e incluso sus tonterías, tanto como las violencias, y las injusticias que en carne propia sufren, no representa más que la consecuencia de las fuerzas fatales de la vida en sociedad. Las gentes no pueden admitir la idea de independencia mutua, sin renegar de la influencia recíproca de la correlación de las manifestaciones de la naturaleza exterior.

En la naturaleza misma, esa maravillosa correlación y filiación de los fenómenos no se ha conseguido sin lucha. Al contrario, la armonía de las fuerzas de la naturaleza no aparece más que como resultado verdadero de esa lucha constante que es la condición misma de la vida y el movimiento. En la naturaleza y en la sociedad el orden sin lucha es la muerte.

Si en el universo el orden natural es posible, es únicamente porque ese universo no es gobernado según algún sistema imaginado de antemano e impuesto por una voluntad suprema. La hipótesis teológica de una legislación divina conduce a un absurdo evidente y a la negación, no sólo de todo orden, sino de la naturaleza misma. Las leyes naturales no son reales más que en tanto son inherentes a la naturaleza, es decir, en tanto que no son fijadas por ninguna autoridad. Estas leyes no son más que simples manifestaciones, o bien continuas modalidades de hechos muy variados, pasajeros, pero reales. El conjunto constituye lo que llamamos naturaleza. La inteligencia humana y la ciencia observaron estos hechos, los controlaron experimentalmente, después los reunieron en un sistema y los llamaron leyes. Pero la naturaleza misma no conoce leyes; obra inconscientemente, representando por sí misma la variedad infinita de los fenómenos que aparecen y se repiten de una manera fatal. He ahí por qué, gracias a esa inevitabilidad de la acción, el orden universal puede existir y existe de hecho.

Un orden semejante aparece también en la sociedad humana que evoluciona en apariencia de un modo llamado antinatural, pero en realidad se somete a la marcha natural e inevitable de las cosas. Sólo que la superioridad del hombre sobre los otros animales y la facultad de pensar unieron a su desenvolvimiento un elemento particular que, como todo lo que existe, representa el producto material de la unión y de la acción de las fuerzas naturales. Este elemento

particular es el razonamiento, o bien esa facultad de generalización y de abstracción gracias a la cual el hombre puede proyectarse por el pensamiento, examinándose y observándose como un objeto exterior extraño. Elevándose, por las ideas, por sobre sí mismo, así como por sobre el mundo circundante, logra arribar a la representación de la abstracción perfecta: a la nada absoluta. Este límite último de la más alta abstracción del pensamiento, esa nada absoluta, es Dios.

He ahí el sentido y el fundamento histórico de toda doctrina teológica. No comprendiendo la naturaleza y las causas materiales de sus propios pensamientos, no dándose cuenta tampoco de las condiciones o leyes naturales que le son especiales, los hombres de la Iglesia y del Estado no pueden imaginar a los primeros hombres en sociedad, puesto que sus nociones absolutas no son más que el resultado de la facultad de concebir ideas abstractas. He ahí porque consideraron esas ideas, sacadas de la naturaleza, como objetos reales ante los cuales la naturaleza misma cesaba de ser algo. Luego se dedicaron a adorar a sus ficciones, sus imposibles nociones de absoluto, y a prodigarles todos los honores. Pero era preciso, de una manera cualquiera, figurar y hacer sensible la idea abstracta de la nada o de Dios. Con este fin inflaron la concepción de la divinidad y la dotaron, de todas las cualidades, buenas y malas, que encontraban sólo en la naturaleza y en la sociedad.

Tal fue el origen y el desenvolvimiento histórico de todas las religiones, comenzando por el fetichismo y acabando por el cristianismo.

No tenemos la intención de lanzarnos en la historia de los absurdos religiosos, teológicos y metafísicos, y menos aún de hablar del despliegamiento sucesivo de todas las encarnaciones y visiones divinas creadas por siglos de barbarie. Todo el mundo sabe que la superstición dio siempre origen a espantosas desgracias y obligó a derramar ríos de sangre y lágrimas. Diremos sólo que todos esos repulsivos extravíos de la pobre humanidad fueron hechos históricos inevitables en su desarrollo y en la evolución de los organismos sociales. Tales extravíos engendraron en la sociedad esta idea fatal que domina la imaginación de los hombres: la idea de que el universo es gobernado por una fuerza y por una voluntad sobrenaturales. Los siglos sucedieron a los siglos, y las sociedades se habituaron hasta tal punto a esta idea que finalmente mataron en ellas toda tendencia hacia un progreso más lejano y toda capacidad para llegar a él.

La ambición de algunos individuos y de algunas clases sociales, erigieron en principio la esclavitud y la conquista, y enraizaron la terrible idea de la divinidad. Desde entonces, toda sociedad fue imposible sin tener como base éstas dos instituciones: la Iglesia y el Estado. Estas dos plagas sociales son defendidas por todos los

doctrinarios.

Apenas aparecieron estas dos instituciones en el mundo, se organizaron repentinamente dos castas sociales: la de los sacerdotes y la de los aristócratas, que sin perder tiempo se preocuparon en inculcar profundamente al pueblo subyugado la indispensabilidad, la utilidad y la santidad de la Iglesia y del Estado.

Todo eso tenía por fin transformar la esclavitud brutal en una esclavitud legal, prevista, consagrada por la voluntad del ser supremo.

Pero ¿creían sinceramente, los sacerdotes y los aristócratas, en esas instituciones que sostenían con todas sus fuerzas en su interés particular? o acaso ¿no eran más que mistificadores y embusteros? No, respondo, creo que al mismo tiempo eran creyentes e impostores.

Ellos creían, también, porque compartían natural e inevitablemente los extravíos de la masa y es sólo después, en la época de la decadencia del mundo antiguo, cuando se hicieron escépticos y embusteros. Existe otra razón que permite considerar a los fundadores de los Estados como gentes sinceras: el hombre cree fácilmente en lo que desea y en lo que no contradice a sus intereses; no importa que sea inteligente e instruido, ya que por su amor propio y por su deseo de convivir con sus semejantes y de aprovecharse de su respeto creará siempre en lo que le es agradable y útil. Estoy convencido de que, por ejemplo, Thiers y el gobierno versallés se esforzaron a toda costa por convencerse de que matando en París a algunos millares de hombres, de mujeres y de niños, salvaban a Francia.

Pero si los sacerdotes, los augures, los aristócratas y los burgueses, de los viejos y de los nuevos tiempos, pudieron creer sinceramente, no por eso dejaron de ser siempre mistificadores. No se puede, en efecto, admitir que hayan creído en cada una de las ideas absurdas que constituyen la fe y la política. No hablo siquiera de la época en que, según Cicerón «los augures no podían mirarse sin reír». Aun en los tiempos de la ignorancia y de la superstición general es difícil suponer que los inventores de milagros cotidianos hayan sido convencidos de la realidad de esos milagros. Se puede decir lo mismo de la política que es posible resumir así: «es preciso subyugar y explotar al pueblo de tal modo, que no se queje demasiado de su destino, que no se olvide someterse y no tenga el tiempo para pensar en la resistencia y en la rebelión».

¿Cómo, pues, imaginar después de eso que las gentes que han transformado la política en un oficio y conocen su objeto - es decir, la injusticia, la violencia, la mentira, la traición, el asesinato en masa y aislado -, puedan creer sinceramente en el arte político y en la sabiduría de un Estado generador de la felicidad social? No pueden haber llegado a ese grado de estupidez, a pesar de toda su crueldad.

La Iglesia y el Estado han sido en todos los tiempos grandes escuelas de vicios. La historia está ahí para atestiguar sus crímenes; en todas partes y siempre el sacerdote y el estadista han sido los enemigos y los verdugos conscientes, sistemáticos, implacables y sanguinarios de los pueblos.

Pero, ¿cómo conciliar dos cosas en apariencia tan incompatibles: los embusteros y los engañados, los mentirosos y los creyentes? Lógicamente eso parece difícil; sin embargo, en la realidad, es decir, en la vida práctica, esas cualidades se asocian muy a menudo.

Son mayoría las gentes que viven en contradicción consigo mismas. No lo advierten hasta que algún acontecimiento extraordinario las saca de la somnolencia habitual y las obliga a echar un vistazo sobre ellos y sobre su derredor.

En política como en religión, los hombres no son más que máquinas en manos de los explotadores. Pero tanto los ladrones como sus víctimas, los opresores como los oprimidos, viven unos al lado de otros, gobernados por un puñado de individuos a los que conviene considerar como verdaderos explotadores. Así, son esas gentes que ejercen las funciones de gobierno, las que maltratan y oprimen. Desde los siglos XVII y XVIII, hasta la explosión de la Gran Revolución, al igual que en nuestros días, mandan en Europa y obran casi a su capricho. Y ya es necesario pensar que su dominación no se prolongará largo tiempo.

En tanto que los jefes principales engañan y pierden a los pueblos, sus servidores, o las hechuras de la Iglesia y del Estado, se aplican con celo a sostener la santidad y la integridad de esas odiosas instituciones. Si la Iglesia, según dicen los sacerdotes y la mayor parte de los estadistas, es necesaria a la salvación del alma, el Estado, a su vez, es también necesario para la conservación de la paz, del orden y de la justicia; y los doctrinarios de todas las escuelas gritan: «sin iglesia y sin gobierno no hay civilización ni progreso».

No tenemos que discutir el problema de la salvación eterna, porque no creemos en la inmortalidad del alma. Estamos convencidos de que la más perjudicial de las cosas, tanto para la humanidad, para la libertad y para el progreso, lo es la Iglesia. ¿No es acaso a la iglesia a quien incumbe la tarea de pervertir las jóvenes generaciones, comenzando por las mujeres? ¿No es ella la que por sus dogmas, sus mentiras, su estupidez y su ignominia tiende a matar el razonamiento lógico y la ciencia? ¿Acaso no afecta a la dignidad del hombre al pervertir en él la noción de sus derechos y de la justicia que le asiste? ¿No transforma en cadáver lo que es vivo, no pierde la libertad, no es ella la que predica la esclavitud eterna de las masas en beneficio de los tiranos y de los explotadores? ¿No es ella, esa Iglesia implacable, la que tiende a perpetuar el reinado de las tinieblas, de la ignorancia, de

la miseria y del crimen?

Si el progreso de nuestro siglo no es un sueño engañoso, debe terminar con la iglesia...

[Aquí se interrumpe el manuscrito]

Esta obra, como todos mis escritos, por otra parte poco numerosos, que publiqué hasta aquí, nació de los acontecimientos. Es la continuación natural de las *Cartas a un francés*, publicadas en septiembre de 1870. En tales cartas tuve el fácil y triste honor de predecir todas las horribles desgracias que hieren hoy a Francia y con ella a todo el mundo civilizado, desgracias contra las que no había entonces, ni hay hoy, más que un solo remedio: *la revolución social*.

Desde el comienzo de la guerra, y sobre todo después de las dos primeras victorias brillantes obtenidas por los alemanes sobre los ejércitos de Napoleón III, en presencia del pánico singular que se había apoderado de estos últimos, era evidente que Francia debía ser vencida. Y para quien tenía idea, por un lado de la desorganización y de la desmoralización horrorosa que, bajo el nombre de orden público y de salvación de la civilización, habían dominado en este desdichado país durante los veinte años del régimen imperial y por el otro sabía todo lo que hay de brutal avaricia y de vanidad a la vez servil y feroz en el patriotismo alemán, de instinto despótico y cruel, de insolencia implacable y de desprecio humano en los Bismarck, los Moltke, y en todos los otros jefes coronados y no coronados de Alemania, debía ver claro que Francia como Estado, como dominación política y como potencia de primer orden, estaba perdida. Aniquilada como Estado, Francia no podía renacer a un poder nuevo, a una grandeza nueva, no ya política esta vez, sino social, más que por la revolución, a menos que prefiriese arrastrar una existencia miserable como Estado de segundo o de tercer orden, con el permiso especial del señor Bismarck y bajo la protección poco graciosa de ese gran imperio knuto-germánico que acaba de reemplazar hoy al imperio de Napoleón III.

Toda la cuestión estaba, pues, allí: Francia, después de haber hecho bancarrota como Estado, y hallándose por eso mismo incapaz de oponer a la invasión knuto-germánica una fuerza política y administrativamente organizada, ¿encontrará en sí, como sociedad, como nación, bastante genio y bastante poder vital para buscar su salvación en la revolución? Y como hoy no existe otra revolución posible que la revolución social; como la sublevación unánime y sinceramente popular de una nación contra una invasión extranjera detestada, significa guerra sin cuartel, guerra a caudillo e incendiaria, como lo hemos visto ya en España y después en Rusia, cuando los rusos respondieron a la invasión de Napoleón I con el incendio de Moscú; así como acabamos

¹. Escrito en Locarno, del 25 de junio al 3 de julio de 1871.

de verlo, en fin, en esa heroica ciudad de París, cuyo proletario magnánimo, tomando en serio una expresión magnífica que no había sido más que una frase repulsiva e hipócrita en los labios de los señores Jules Favre y compañía, ha preferido *enterrarse bajo las ruinas*, antes que rendirse a los odiosos extranjeros de Versalles unidos a los prusianos de Saint Denis —se trataba de saber qué parte de la sociedad francesa encontraría en su seno bastante energía, grandeza intelectual y moral, abnegación, heroísmo y *patriotismo* para hacer esa revolución y esa guerra, para realizar ese inmenso sacrificio a cuyo precio únicamente podría ser salvada Francia—.

Para el que conozca un poco la moral y el espíritu actual de las clases poseedoras, que por irrisión sin duda se llaman clases superiores, cultas o instruidas, debía ser evidente que no había que esperar nada de esa parte para la salvación de Francia; nada más que frases más o menos hipócritas y que son siempre ridículas y odiosas porque, impotentes cuando prometen el bien, no son serias más que cuando predicen el mal: nada más que inepticia, traición y cobardía. En cuanto a mí, no puedo conservar sobre este punto duda alguna. Desde hace varios años, me he entregado con una especie de voluptuosidad amarga y cruel al estudio especial de esa impotencia intelectual y moral asombrosa de la burguesía actual. Y cuando hablo de la burguesía, comprendo igualmente con esta denominación a toda la clase nobiliaria que, habiendo perdido en todo el continente de Europa y en gran parte de Inglaterra mismo todos los rasgos distintivos que hicieron de ella antes una clase política y socialmente distinta, se ha aburguesado completamente hoy bajo la presión irresistible del movimiento capitalista actual. Comprendo también con esa palabra la masa innumerable de los grandes y de los pequeños funcionarios militares, civiles, judiciales, religiosos, escolares y policiales de Estado, menos los simples soldados que, sin ser ellos mismos burgueses, son sin embargo la providencia visible, la única razón de ser y como los arcángeles forzados de la burguesía y del Estado, los sostenes únicos e indispensables de lo que los burgueses llaman hoy civilización.

Denomino, pues, *burgués* a todo el que no es trabajador de las fábricas, de los talleres o de la tierra; y *pueblo* a toda la masa de los obreros propiamente dichos, lo mismo que a los campesinos que cultivan con sus brazos sea su propia tierra, sea la tierra de otro. Yo, que escribo, soy desgraciadamente un burgués. No obstante se podría considerar como no-burguesa y como perteneciente al proletariado a esa masa de trabajadores de la ciencia y de las artes que apenas consiguen ganar su vida y que se aplastan mutuamente en una concurrencia espantosa; su existencia es a menudo más precaria y más miserable que la de los obreros propiamente dichos. En realidad no son más que proletarios; para hacerse tales no les falta más que una cosa, y es volverse

proletarios por voluntad, por el sentimiento y por la idea. Pero es eso lo que los separa precisamente del proletariado. Son en gran parte burgueses por sus prejuicios, por sus aspiraciones y por sus esperanzas siempre ilusorias, y sobre todo por su vanidad. Lo mismo puede decirse de esa masa más numerosa aún de pequeños industriales y de pequeños comerciantes que, no queriendo ver y rehusándose a comprender que el concurso de las fuerzas económicas actuales les lleva fatalmente al proletariado, se imaginan localmente que son solidarios de los intereses de la alta burguesía.

Todo ese mundo burgués actualmente es, desde el punto de vista intelectual, impotente y está moralmente podrido. Ha renegado de todos sus dioses, no tienen fe en nada ni en sí mismo, y no vive más que de la hipocresía y de la violencia. De todas las religiones que ha profesado y que considera bueno aparentar aún, no conserva más que una seria: la de la propiedad de la riqueza adquirida, siempre aumentada y conservada a todo precio y por cualquier medio que sea. Con una disposición de ánimo semejante y de espíritu, no hay más que una sola forma política posible: es la dictadura militar, indígena o extranjera, porque no hay duda —y los hechos que se sucedieron en Francia lo han demostrado por otra parte— que todo burgués bien pensado y bien nacido, sacrificando la patria sobre el altar de su propiedad, preferirá siempre el yugo del déspota extranjero más insolente, más duro, a la salvación de su propio país por la revolución social.

He tenido el triste honor de predecirlo, hace dos años, en una serie de artículos publicados en la *Egalité* de Ginebra. Habiendo el comité central de la Liga de la Paz de la Libertad, que reside en esa ciudad, publicando un programa en que proponía el estudio de sus raros fieles esa cuestión: ¿Qué misión está llamada a desempeñar la clase burguesa y la burguesía radical sobre todo en presencia de la cuestión social que hoy se impone de un modo verdaderamente formidable a todos los países de Europa? —yo respondí que según mi opinión no le quedaba más que una sola misión que llenar: «morir con gracia»—. Sí, inmolarsé generosamente, como había inmolado la nobleza de Francia en la noche memorable del 4 de agosto de 1789.

Pero esa nobleza, por degenerada y corrompida que estuviese por varios siglos de existencia servil en la corte de los reyes, había conservado todavía hasta fines de siglo XVIII y en el momento en que la revolución burguesa le daba un golpe mortal, un resto de idealismo, de fe, de entusiasmo. A falta de su corazón, su imaginación permanecía abierta a las aspiraciones generosas. ¿No había saludado, protegido, difundido las ideas humanitarias del siglo? ¿No había enviado sus más nobles hijos a América para sostener con las armas en la mano la causa de la libertad contra el despotismo? La noche del 4 de agosto fue en parte la expresión de ese espíritu caballeresco que hizo de ella en

cierto modo el instrumento, por lo demás casi siempre inconsciente, de su propia destrucción.

Es verdad que los acontecimientos influyeron también mucho. Si los campesinos no hubiesen atacado los castillos, destruido los palomares y quemado los pergaminos nobiliarios, esas leyes de la servidumbre rural, no es seguro que los representantes de la nobleza en la Asamblea Nacional se hubiesen ejecutado tan generosamente. Es verdad igualmente que la nobleza emigrada, al volver a Francia con los Borbones en 1814, se mostró animada de unas disposiciones todo menos generosas y caballerescas. Comenzó por hacerse pagar mil millones de indemnización, y manifestó, en el reparto de esa indemnidad, un espíritu de mentira y de avaricia que probó que no había heredado ninguna de las cualidades reales o supuestas de sus padres, y no tenía más que la codicia rapaz y la vanidad fanfarrona y senil. Veinticinco años de emigración forzada hubiera bastado para aburguesar completamente la nobleza de Francia. La revolución de 1830 la transformó definitivamente en una nueva categoría de la clase burguesa, la de los propietarios de la tierra, la *burguesía rural*.

La burguesía rural, en otro tiempo noble, mezclada por otra parte con mucho de la burguesía y aún de campesinos pura sangre y que se dicen nobles y porque han adquirido propiedades más o menos respetables y que hacen cultivar por brazos asalariados, esa burguesía nobiliaria se distingue hoy de la burguesía propiamente dicha o de la burguesía de las ciudades por un grado mayor de estupidez, de ignorancia y de presunción. La mayor parte de sus hijos es educada por los sacerdotes, por los buenos padres de Jesús. Es dura, egoísta, sin convicciones, sin habilidad, sin honor, sin idea, pero excesivamente vanidosa y presuntuosa; ávida de confort material y de goces groseros, capaz de vender, por algunos millares de francos, padre, madre, hermanos, hermanas, hijos, pero con la boca siempre llena de sentencias morales sacadas de las enseñanzas del catecismo cristiano; acude muy regularmente a misa, aunque en el fondo de su corazón no se cuida ni de Dios ni del diablo, y no conservó de los tres objetos consagrados por el culto antiguo de sus padres: patria, trono y altar, más que los dos últimos.

La nobleza de Francia no es patriota, es ultramontana primero, después realista. Le es necesario ante todo el Papa, luego un rey sometido a ese Papa, y que reine por su gracia. A la realización de este ideal está dispuesta a sacrificar a Francia. Un justo instinto, ese instinto de egoísmo que se encuentra en los animales más torpes, le advierte que la prolongación de su existencia ridícula no es posible más que a ese precio. Es un espectro, un vampiro que no puede vivir más que bebiendo la sangre joven del pueblo y que para legitimar su crimen tiene necesidad de la sanción igualmente criminal del represent-

ante visible del fantasma divino sobre la tierra, del llamado vicario de un supuesto Dios, del Papa.

La nobleza de Francia, por lo demás, no fue nunca excesivamente patriota. Durante el largo periodo de la formación del Estado monárquico, hasta Luis XIV, conspiró constantemente, se sabe, contra la unidad nacional, representada por los reyes, con el Papa, con España, con Alemania, con los ingleses. Los jefes de las más grandes casas nobiliarias de Francia han vuelto sus armas contra Francia y vertido sangre de sus conciudadanos bajo banderas extrañas. El patriotismo forzado de la nobleza no data más que de la muerte del cardenal Mazzarino, y no tuvo más que una corta duración de treinta años aproximadamente, hasta 1792.

Luis XIV la hizo patriota sometiéndola definitivamente al Estado. Enemiga y explotadora siempre del pueblo, en tanto que había conservado frente al despotismo de los reyes su independencia, su noble altivez, había sido igualmente enemiga de la patria como Estado. Sometida al Estado por la mano tan pesadamente real de Luis XIV, se convirtió en su servidora, tan obsequiosa e interesada como celosa, sin cesar de ser la enemiga natural y la explotadora despiadada del pueblo. Lo oprimió doblemente, como propietaria exclusiva de la tierra y como funcionario privilegiado del Estado. Hay que leer las memorias del duque de Saint Simon y las cartas de Mme. De Sevigné, para darse una idea del grado de rebajamiento a que había reducido la insolencia y la fatuidad despótica del más arbitrario de los soberanos a estos nobles señores feudales, ante los iguales de sus reyes, que se convirtieron en sus meros cortesanos, en sus lacayos; y para comprender esta transformación en apariencia tan repentina, pero en realidad largamente preparada por la historia, es preciso recordar que la pérdida de su independencia se encontró compensada ampliamente por grandes ventajas materiales. Al derecho de apalear sin conmiseración a sus siervos, añadieron dos títulos extremadamente lucrativos: el de mendigos privilegiados de la corte y el de ladrones consagrados del Estado, y del pueblo también por la potencia del Estado. Tal fue el secreto y el verdadero fundamento de su nuevo patriotismo.

Habiéndoles privado repentinamente la revolución de estos privilegios preciosos, los nobles de Francia cesaron de comprender el patriotismo francés. En 1792, un cuerpo armado, casi formado exclusivamente de nobles emigrados de Francia, invadió el territorio francés bajo la bandera alemana del duque de Brunswick; y desde entonces, obligados a batirse vergonzosamente en retirada ante el patriotismo democrático de las tropas republicanas, conspiraron contra Francia, como en los días más hermosos de su independencia feudal, con todo el mundo y con todas partes: con el Papa, en toda Italia, en España; en Inglaterra con Pitt; en Alemania con Prusia y Austria; en Suecia

mismo, y en Rusia con la virtuosa Catalina II, hasta la época en que las victorias fulminantes de Napoleón, cónsul y emperador, hubieron, no aniquilado, sino forzado a enterrar en el secreto, en la intriga, esa conspiración primeramente tan ruidosa de la nobleza de Francia contra Francia.

Tal es, pues, la verdadera naturaleza de ese patriotismo de que hace hoy tanta ostentación. Reducido a sus elementos más simples, es el desinterés económico del burgués, mezclado a la altivez del cortesano y a la humanidad de la sacristía; es la fidelidad siempre dispuesta a venderse y a vender a Francia, pero abrigándose siempre bajo la bandera nacional, siempre que esa bandera sea blanca e inmaculada como ella misma; paño bendito de la iglesia, un talismán maravilloso y fecundo en beneficio para los propietarios de Francia —pero para el pueblo de Francia, para la dignidad intelectual y moral de esta grande y mísera nación, un sudario—.

¡Quién no sabe la historia del envilecimiento o del aburguesamiento definitivo de esa pobre nobleza! Vuelta por los Borbones por amos, en los furgones de los ejércitos aliados con Francia, en 1814 y en 1815, había tratado de restaurar su pasado, no feudal, sino cortesano. Quince años de dominación le bastaron para ir a la bancarrota. Fantasma ella misma, no como propietaria de la tierra, sino como aristocracia política, arrastró en su caída otro fantasma, su aliado y su eterno santificador, la iglesia. La burguesía fortalecida por su riqueza y de inteligencia positiva, voltairiana, expulsó a una y otra del poder político y de las ciudades, después de lo cual la nobleza, lo mismo que la iglesia, se repusieron ambas en los campos y de allí data sobre todo su influencia nefasta sobre los campesinos.

Excluidas de la vida política por la revolución de julio y, por lo tanto, viéndose privadas repentinamente de toda la influencia social en los grandes centros de la civilización burguesa, encontrándose, por decirlo así, desterradas de París y de las otras ciudades considerables de Francia, se refugiaron y fortificaron en la Francia rural; y más aliadas que nunca, uniendo sus esfuerzos, una llevando el peso de sus riquezas materiales y su influencia de gran propietaria, otra su acción sistemáticamente inmoral y embrutecedora sobre la superstición religiosa de los campesinos y en especial sobre la de sus mujeres, llegaron a dominarlos.

La revolución de 1830 había quitado la corona, derribado políticamente, pero no desposeído a la nobleza de Francia, que no por eso quedó menos como propietaria por excelencia, de la tierra. Sólo que el carácter de esa propiedad había cambiado enteramente. Feudal, inmueble y privilegiada en la Edad Media, había sido transformada por la revolución en propiedad completamente burguesa, es decir, sometida a todas las consideraciones de la producción capitalista, en medio del

trabajo asalariado.

Durante la restauración de la nobleza había tratado de hacer revivir, sino el trabajo forzado y otras servidumbres rurales que fueron la base esencial de la propiedad feudal, al menos el principio de la inalienabilidad de la tierra en sus manos, instituyendo los mayorazgos, por una legislación especial que en fin de cuentas no llegó más que a un solo resultado, al obstaculizar las ventas de las propiedades: el de hacer el crédito territorial poco menos que imposible. Pero hoy, propietario y no propietario, el que no tiene crédito no tiene capital, y el que no tiene capital no puede asalariar el trabajo, ni procurarse instrumentos perfeccionados y, por consiguiente, no puede producir riquezas. Por tanto, toda esa legislación ridícula y que, a primera vista, parecía deber proteger la propiedad, la esterilizaba al contrato en manos de los propietarios y condenaba a estos últimos a la pobreza. La revolución de julio puso fin a todas esas tentativas ridículas de volver a la Edad Media. La propiedad territorial se movilizó, casándose con el capital, y sometiéndose forzosamente a todas las vicisitudes de la producción capitalista.

Hoy los grandes propietarios de la tierra, como los otros capitalistas, son fabricantes, especuladores, mercaderes. Especulan y juegan mucho a la Bolsa, compran y venden acciones, toman parte en toda especie de empresas industriales reales o ficticias, venden todas las cosas, su conciencia, su religión y ante todo su honestidad.

El sentimiento social de la nobleza, en otra época tan exclusivo, se moviliza y se aburguesa al mismo tiempo que su propiedad. Antes una mala alianza era considerada como una vergüenza, como un crimen. A partir del primer imperio, bajo la restauración misma, y sobre todo bajo el régimen de julio, se transformó en un lugar común. La nobleza empobrecida por la revolución y no indemnizada suficientemente por el millar de millones que le dio la restauración tenía necesidad de rehacer su forma. Sus hijos se casaron con las burguesas y dio sus hijas a los burgueses. Soportó que estos últimos se cubriesen de títulos nobiliarios a los que no tenían derecho alguno. Se burló, es verdad, pero no se opuso. Al principio estas usurpaciones ridículas salvaron en cierto modo las apariencias. ¿No era preferible poder llamar a su yerno, conde, marqués, vizconde, o barón que llamarlo simplemente señor Jourdain? Además había una utilidad social evidente en esas mascaradas bufonas. Nobleza obliga. Un burgués que se cubre con el título que no le pertenece debe guardar el decoro, debe darse al menos la apariencia de un hombre bien nacido y bien criado; debe ostentar sentimientos aristocráticos, despreciar la canalla, aparentar sentimentalidad religiosa e ir regularmente a misa.

La venta de los bienes nacionales y después las transacciones territoriales habían hecho caer muchas grandes propiedades en manos

de los burgueses. Si todos esos burgueses propietarios hubiesen continuado haciendo banda aparte, si, llevando sus costumbres y sus opiniones voltairianas y liberales a los campos, hubiesen continuado su lucha encarnizada contra la nobleza y contra la iglesia, no había podido arraigar la influencia de éstas sobre los campesinos. Era preciso, pues, asimilarlos a todo precio, y para eso no había mejor medio que dejarlos ennoblecerse y disfrazarse de descendientes de los Cruzados. Ese medio era infalible, porque estaba calculado principalmente sobre la vanidad, pasión que ocupa el puesto más considerable en el corazón de los burgueses, después de la avaricia; la avaricia representa su ser real, que la vanidad trata de enmascarar en vano bajo apariencias sociales. Como el burgués gentilhomme de Molière, todo burgués capitalista o propietario de Francia, está abrasado por el deseo de converse por lo menos en barón y de acostarse con alguna marquesa, aunque no fuera más que una vez en su vida.

Así se formó, bajo el reinado de Luis Felipe, en los campos, en las provincias, cooperando la vanidad burguesa y la comunidad de los intereses, una sociedad nueva, la *burguesía rural*, en la que imperceptiblemente se perdió por completo la antigua nobleza. El espíritu que animó después a esa clase fue un producto complejo de diversos elementos. La burguesía contribuyó con su positivismo cínico, la brutalidad de las cifras, la dureza de los intereses materiales; y la nobleza con su vanidad cortesana, con su falsa caballerosidad en que el honor había sido reemplazado desde hacía mucho tiempo por el punto de honor; sus bellas maneras y sus hermosas frases que disimulan tan agradablemente la miseria de su corazón y la nulidad desoladora de su espíritu; su vergonzosa ignorancia, su filosofía sacristía, su culto al hisopo y su hipócrita sentimentalidad religiosa. La iglesia, en fin, siempre práctica, siempre encarnizada en la persecución de sus intereses materiales y de su poder temporal, sancionó con su bendición ese conubio monstruoso entre dos clases antes enemigas, pero confundidas en lo sucesivo en una clase nueva para desdicha de Francia. Esa clase se transformó necesariamente en el Don Quijote del ultramontanismo. Tal fue precisamente su rasgo distintivo y que la separa hoy de la burguesía de las ciudades. Lo que identifica a esas dos clases es la explotación brutal y despiadada del trabajo popular, y la impaciencia por enriquecerse a costa de cualquier medio y a cualquier precio, y el deseo de conservar en sus manos el poder del Estado, como el medio más seguro para garantizar y ensanchar esa explotación. Lo que las une, en fin, es el objetivo. Pero lo que las separa profundamente son los medios y las rutas, es el método que cada una cree deber emplear para llegar a ese objetivo. La burguesía rural es ultramontana, y la burguesía de las ciudades es galicana; lo que quiere decir que la primera cree poder llegar más seguramente a su fin por la subordinación del Estado a la iglesia, mientras que la segunda, por lo contrario, tiende a

la subordinación de la iglesia al Estado. Pero ambas están unánimes sobre este punto, que *una religión es absolutamente necesaria para el pueblo*.

En otro tiempo, antes de la gran revolución, y aún antes de la revolución de julio, bajo la Restauración, se podía decir que la nobleza era religiosa y que la burguesía era irreligiosa. Pero hoy no es lo mismo. La nobleza, o más bien la burguesía rural que reemplazó definitivamente a la nobleza, no ha conservado la sombra de ese antiguo fervor, de esa sencillez y de esa profunda ingenuidad religiosa que se había mantenido en gran parte en los gentilhombres de la campaña hasta los primeros años del siglo presente. Lo que domina entre los gentilhombres actuales no es ya el sentimiento, esa imbecilidad y la crasa ignorancia; no es la abnegación caballeresca, heroica, fanática, es la frase de todo eso, que enmascara hipócritas cálculos. En el fondo de todo, lo repito, no hay más que una ambición miserable, una vanidad ridícula, una avaricia feroz y una necesidad insaciable de sensuales goces materiales —es decir, todo lo contrario del verdadero sentimiento religioso—. Todas esas tendencias innobles, que caracterizan hoy la nobleza o la burguesía rural de Francia, están agrupadas bajo la bandera del ultramontanismo.

Esta clase ultramontana, porque está educada en gran parte por los jesuitas y habituada desde la infancia a la alianza de los sacerdotes, sin los cuales no llegaría nunca a dominar en los campos; envidiosa por lo demás de la burguesía de las grandes ciudades que la aplasta por su inteligencia y por una civilización mucho más ampliamente desarrollada, considera a la iglesia como la más segura garantía de su poder político y de sus privilegios materiales, y le sacrifica con gusto el Estado, es decir, la patria, que garantiza al contrario más los intereses y el poder exclusivo de la burguesía de las grandes ciudades.

Por su parte, esta última, fiel en eso a sus antiguas tradiciones, da al Estado la preferencia sobre la iglesia. No se ha vuelto religiosa, pero cesó de hacer alarde de ateísmo y hasta de su indiferencia a las mentiras tan útiles de la religión. Desde 1830, es decir, desde que se apoderó definitivamente de todos los poderes del Estado, había comenzado ya a comprender que las promesas celestes de la religión podían únicamente impedir al proletariado, cuyo trabajo le enriquece, sacar consecuencias terrenales de la fórmula revolucionaria: «Libertad, Igualdad y Fraternidad», de que ella se había servido para derribar el poder de su hermana mayor, la nobleza. El socialismo, no el socialismo teórico elaborado por los pensadores generosos salidos de su seno, sino el socialismo práctico de las masas obreras, surgido del instinto y de los sufrimientos mismos de esas masas, y que hizo su primera manifestación brillante y sangrienta en Lyon en 1831, y más vastamente en París en 1848, acabó de abrir los ojos a los burgueses.

Y cuando en estos últimos años el proletariado, no de Francia solamente, sino de Europa y de Francia, organizado en una inmensa Asociación Internacional, levantó audazmente la bandera del ateísmo, es decir, de la rebelión contra toda autoridad divina y humana, entonces los burgueses comprendieron que no había para ellos más salvación que el mantenimiento a todo precio de la religión. Despreocupados, libertinos, voltairianos y ateos, después de un siglo de lucha heroica contra los absurdos de la fe y contra la depravación religiosa, comenzaron a decir ahora, como Enrique IV de burguesa memoria lo había dicho en París, que «la conservación del bolsillo burgués bien vale una misa».

Y van a misa, acompañan de nuevo a ella a sus castas esposas y a sus hijas inocentes, ángeles sumidos en el amor divino y en la moral de la santa iglesia católica, de la que permanecen servidores consagradas, y que les hace bendecir hoy las ejecuciones horribles, la masacre en masa de la canalla republicana y socialista de París, comprendidos los niños y las mujeres, por los salvadores de Versalles, como sus abuelos, dirigidos por esa misma iglesia, habían aplaudido, hace justamente tres siglos, las masacres no menos meritorias y no menos grandiosas de la San Bartolomé. A tres siglos de distancia ¿no se repite la misma cuestión, el mismo crimen? ¿No han sido los hugonotes lo que los comunistas son hoy: rebeldes criminales e impíos contra el yugo salvador de Dios y de todos sus dignos representantes sobre la tierra? Entonces esos representantes, esos salvadores, se llamaban: el Papa, la Compañía de Jesús, el concilio de Trento, Felipe II, el duque de Alba, Carlos IX, Catalina de Médicis, los Guisas y todos los santos héroes de la Liga; hoy se llaman: el Papa, la Compañía de Jesús, el concilio del Vaticano, el consistorio de Berlín, el emperador Guillermo I, el príncipe de Bismarck; y al lado de esas terribles figuras, a guisa de figuras menores, los Thiers, Jules Favre y Jules Simon, con toda su patriótica Asamblea Nacional de que son la flor y nata: el honesto Trochu, el astuto Picard, Dufaure el justo, el heroico Mac Mahon, el caballeresco Ducroy, el antiguo masacrador de París, y ese viejo general Changarnier que no puede consolarse por no haber tenido nunca que masacrar más que árabes, ese dulce Gallifet, este buen Napoleón III, el gran hombre desconocido y caído, la piadosa Eugenia con su granuja imperial bautizado por el Papa, Enrique IV, el predestinado, todos esos amables príncipes de Orleáns, viejos y jóvenes, que mueren de gana de sacrificarse por la salvación de Francia, y tantos otros pretendientes legítimos e ilegítimos, pájaros de presa, bestias feroces más o menos hambrientas que giran sobre ella en este momento, impacientes por devorarla.

Sí, toda esa horrorosa canalla, dirigida por el doble renegado de la filosofía y de la república, Jules Simon, debe ir a misa, y los burgueses

voltairianos de Francia deben seguirla. Impulsados por una fuerza en lo sucesivo irresistible, renunciando a todo lo que había constituido antes su honor a la verdad, a la libertad, a la justicia y a todo lo que se llama conciencia y dignidad humana; retrocediendo ante la lógica de su propio pasado, no atreviéndose ni a enfrentar ni a encarar siquiera el porvenir, y condenados fatalmente a no buscar su salvación sino en la negación más vergonzosa de todo lo que había adorado y servido en los días de su grandeza intelectual y moral, se dejaron arrastrar hasta besar, por no decir otra cosa, la pantufla del Papa, ese jefe espiritual, ese santificador y ese inspirador consagrado de todos los absurdos, de todas las infamias y torpezas que se instalan hoy de nuevo triunfalmente en el mundo.

Irán, pues, a misa, pero irán contra su voluntad; tendrán vergüenza de sí mismos y he ahí lo que constituye su debilidad relativa ante la burguesía rural de Francia, y lo que les dará una posición necesariamente inferior con relación a ésta, no sólo en las cosas de la religión, sino necesariamente también en los asuntos políticos. Es verdad que el cinismo de los burgueses, estimado por la cobardía y por la avaricia, va muy lejos. Pero por cínico que se sea no se llega jamás a olvidar completamente el pasado. A falta de la conciencia del corazón, se conserva la conciencia y el pudor de la inteligencia. Un burgués consentirá mejor en pasar por un pillo; hasta se vanagloriará de ello, porque es un título de gloria en los ambientes y en las épocas de la villanía audaz; pero difícilmente se resignará a pasar por un tonto. Querrá explicarse, por consiguiente, y como no hay explicación para la tontería aumentada por la cobardía, se embarazará y se enredará en razonamientos inextricables. Se sentirá despreciado, se despreciará a sí mismo, y no es con un sentimiento semejante que se hace uno fuerte. Su inteligencia misma y su instrucción superior le condenarán a una debilidad invencible y, débil, se dejará arrastrar fatalmente por los que se sientan y, en efecto, sean más fuertes. ¡Ah, sí, esos buenos burgueses de Francia deberán triscar la hierba como Nabucodonosor!

Los más fuertes hoy son los nobles duques, los marqueses, los condes, los barones, los ricos propietarios, en una palabra, toda la burguesía de la campiña; son también los pillos francos de la banda bonapartista, los bandidos elegantes: estadistas, prelados, generales, coroneles, oficiales, administradores, senadores, diputados, comerciantes, grandes y pequeños funcionarios y policías formados por Napoleón II. No obstante es necesario establecer una distinción entre estas dos categorías que están llamadas a darse la mano, como se la dieron ya bajo el segundo imperio.

La banda bonapartista no peca ni de tontería ni de ignorancia. En tanto que representada por sus jefes, al contrario, hasta es muy inteligente, muy sabia. No ignora el bien y el mal, como nuestros prim-

eros padres antes de haber probado el fruto del árbol de la ciencia, o como lo hace en parte en nuestros días la clase burguesa rural a la cual una santa y crasa ignorancia y la profunda estupidez inherente al aislamiento de la vida del campo rehicieron una especie de virginidad. Cuando los bonapartistas hacen mal, no pueden menos de hacerlo y lo hacen conscientemente y sin forjarse la menor ilusión sobre la naturaleza, los móviles y el fin de sus empresas o, más bien, han llegado a ese punto del desenvolvimiento intelectual y moral en que la diferencia entre el bien y el mal no existe ya, y en que todas las nociones sociales, las pasiones políticas, aun los intereses colectivos de las clases, lo mismo que todas las creencias religiosas y todas las convicciones filosóficas, perdiendo su sentido primitivo, su sinceridad, su seriedad, se transforman en otros tantos excelentes pretextos o disfraces de que se sirvan para ocultar el juego de sus pasiones individuales.

La burguesía rural, los gentilhombres campesinos están lejos de haber llegado a ese nivel. Su fuerza relativa en relación a la burguesía de las ciudades no está de ningún modo en su ciencia, ni en su espíritu; reside precisamente en esa crasa ignorancia y en esa estupidez increíble gracias a las cuales se encuentra el abrigo de todas las tentaciones del demonio moderno: la duda. La nobleza campesina no duda de nada, ni aún del milagro de la Salette. Demasiada indiferente y demasiado perezosa para fatigar inútilmente el cerebro, acepta sin la menor crítica, y sin vacilación alguna, los absurdos más monstruosos, siempre que la iglesia considere bueno imponerlos a su fe. Ninguna tontería, por lo demás, por monstruosa que sea, podría repugnar a su espíritu sistemáticamente embrutecido por una fuerte educación religiosa.

Educación del espíritu, no del corazón. Los buenos padres de la Compañía de Jesús, que tienen necesariamente la alta dirección, hallan mucho más útil falsear el desarrollo de los espíritus y paralizar su ímpetu natural que encender las pasiones religiosas en el corazón de sus alumnos. Hasta se podría decir que temen esas pasiones, que les han jugado a menudo malas pasadas, llevando a sus alumnos fuera de las vías prescriptas, y haciéndoles caer a veces desde los excesos de ese fanatismo místico que se encuentra en el origen de todas las herejías religiosas, en los excesos contrarios de un escepticismo furioso. A lo sumo cultivan, cuando no pueden obrar de otro modo, el misticismo del corazón en las mujeres, cuyas pasiones, frecuentemente inevitables, son un poco incómodas, es verdad, algunas veces hasta peligrosas, pero al mismo tiempo tan útiles, tan preciosas como medio de acción y como instrumento de poder en manos de los sacerdotes.

Los buenos padres de Jesús no se ocupan, pues, apenas de la educación del corazón masculino, y no se preocupan de encender en él las santas llamas del amor celeste. Lo dejan llenarse con todos los intere-

ses, con todas las vanidades y todas las pasiones de este mundo. No le prohíben los goces sensuales, al contrario. Dejan crecer en paz la concupiscencia, el egoísmo, la ambición, el orgullo y la vanidad nobiliaria, acompañadas casi siempre de la bajeza cortesana, de la crueldad y de todas las otras flores de la humana bestialidad; porque saben sacar ventaja de ellas, tanto como del misticismo de las mujeres. Su fin no es hacer buenos a sus discípulos, honestos, sinceros, humanos, sino ligarlos por lazos indisolubles al servicio de la iglesia, y transformarlos en instrumentos a la vez ciegos e interesados de la santa religión.

No destruyen la potencia del querer, como se ha pretendido. Los hombres privados de esa potencia no podrían ser de una gran utilidad. Obran mejor: aun ayudando al desenvolvimiento de toda su fuerza, la someten y la encarcelan, haciendo al pensamiento de sus alumnos incapaz para siempre de dirigirla. El medio que emplean para eso es tan infalible como sencillo: por una enseñanza sabia, profundamente combinada, alimentada con detalles aplastadores, pero desprovista de pensamiento, y sobre todo calculada de modo que mate en el cerebro de los alumnos toda impulsión racional, toda capacidad de percibir lo real, lo viviente, todo pensamiento de lo verdadero, toda osadía, toda independencia, toda franqueza, colman su espíritu de una ciencia falsa desde el comienzo hasta el fin: falsa desde el punto de vista de la lógica, falsa sobre todo bajo el aspecto de los hechos; pero que han tenido el arte de presentar con el pedantesco artificio de una erudición concienzuda y profunda y de un desenvolvimiento escrupulosamente racional, y han tenido cuidado de imprimir tan profundamente esa ciencia falsificada en la memoria, en la imaginación, en la rutina intelectual de esos desdichados cerebros desviados, que les sería preciso una potencia espiritual verdaderamente extraordinaria para poder libertarse más tarde. Los que, en efecto, son excesivamente raros. La mayor parte de los mejores alumnos jesuitas permanecen sabios tontos toda su vida, y la inmensa mayoría no conserva más que el espíritu necesario para ejecutar fielmente, ciegamente las órdenes de sus directores espirituales.

Lo que los jesuitas se apresuran a matar ante todo en sus alumnos es el espíritu crítico; pero al contrario, cultivan en ellos con esmero la credulidad estúpida y la sumisión perezosa y servil del espíritu; y para salvaguardarlos para siempre contra las tentaciones del demonio, los arman con un preconcepto que se transforma a la larga en un hábito saludable de desviar conscientemente, voluntariamente su pensamiento de todo lo que podría quebrantar su fe; todo lo que es contrario a la fe, por plausible y natural que parezca, no puede ser más que una sugestión del infierno. Me apresuro a añadir que la mayor parte de sus discípulos no tienen necesidad de emplear ese medio, pues están mucho mejor garantizados contra las tentaciones del demonio por la

indiferencia y por la sumisión perezosa de su espíritu sistemáticamente enervado.

Se concibe que, gracias a esa educación, los gentilhombres del campo se hayan hecho campeones inquebrantables de la santa iglesia, modernos héroes de la fe; este heroísmo, por otra parte, no les exige el sacrificio de ningún goce material, ni de ninguna ventaja social, puesto que la iglesia se lo garantiza al contrario plenamente hoy, sino sólo el sacrificio de su honor, de su libre arbitrio en los asuntos de la religión y de la política, el sacrificio de su libre pensamiento. Y bien, francamente, ese sacrificio no les cuesta nada. ¡El honor!, hace ya mucho tiempo que la nobleza francesa ha perdido la memoria y el sentido de él. En cuanto a lo que se llama librepensamiento, esa nobleza tiene hacia él desde el comienzo de este siglo una repugnancia, un horror que no le ceden en intensidad al de los sacerdotes. Está tan aferrada a este punto que se puede estar seguro de que ninguna idea nueva, ningún nuevo descubrimiento de la ciencia, en contradicción con las enseñanzas de la iglesia, podrá franquear el abismo o más bien traspasar la espesa capa de grasa que su educación religiosa, su pereza, su indiferencia, su imbecilidad, su vulgar egoísmo y su crasa ignorancia formaron alrededor de ella. Se comprende que esto le dé una inmensa ventaja sobre la burguesía de las ciudades que —aún reconociendo la utilidad, ¡qué digo!, la implacable necesidad de la más brutal reacción religiosa, militar y policial, siendo esa reacción en lo sucesivo el arma única que pueda y que sepa oponer a la revolución social, y bien que decida perfectamente a lanzarse a ella y aceptar todas las consecuencias, hasta las más desagradables y las más humillantes— debe sentirse, no obstante, considerablemente embarazada y avergonzada de esa posición nueva. ¡Diablo!, no es fácil deshacerse en un abrir y cerrar de ojos, y a voluntad, de todos los antiguos hábitos. Haber sido durante tres siglos, y si se toma en consideración la burguesía italiana, al menos durante siete siglos, la clase inteligente, productora, progresiva, humanitaria y liberal por excelencia; haber creado todas las maravillas de la civilización moderna; haber escalado el cielo y la tierra, derribado los altares y los tronos, y fundando sobre las ruinas de los unos la ciencia y sobre las ruinas de los otros la libertad; haber soñado y realizado en parte la transformación del mundo; haber concentrado en sus manos todo: inteligencia, sabiduría, riqueza, poder —¡y verse reducida en este momento a no hallar refugio, protección, salvación más que en la sacristía y el cuartel!—. Estar forzada ahora a arrodillarse ante esos mismos altares que había derribado, a repetir, humildemente, hipócritamente, las horribles e inmorales estupideces del catecismo cristiano, a recibir la bendición y besar la mano de esos sacerdotes, profetas y explotadores de la mentira, que había despreciado tan justamente; ¡sentirse asegurada y consolada cuando los asesinos de profesión, los odiosos mercenarios de la

fuerza brutal e inicua, los generales, los oficiales, los soldados quieren poner en sus manos suplicantes y temblorosas, sus manos repulsivas, manchadas con la sangre del proletariado! ¡Estar reducido a glorificar esa sacristía y ese cuartel como la más alta expresión de la civilización moderna! Todo eso es hoy rigurosamente impuesto a la burguesía de las ciudades, pero no es agradable de ningún modo, y no hay que asombrarse si se muestra embarazada y desmañada en medio de sus nuevos amigos, sus enemigos en otro tiempo.

No hay que asombrarse si a pesar de su inteligencia superior, desorientada en ese mundo que no es y que no podrá ser nunca el suyo, se deja dominar hoy por la brutalidad del sable y por la imbecilidad imperturbable, completa, armoniosa, invencible de la burguesía rural. Estos honestos campesinos, iniciados desde la infancia en todos los misterios del hisopo y de la brujería ritual de la iglesia, están en la sacristía como en su casa, no tiene otra patria, y es allí donde hay que buscar el secreto de su política. Su imbecilidad artificialmente cultivada por la iglesia, y que les da una superioridad moral tan grande sobre la inteligencia desmoralizada y decaída de la burguesía de las ciudades, les hace naturalmente incapaces de dirigir esa fuerza que les presta. Bajo el aspecto de la inteligencia, de la organización y de la dirección políticas, la burguesía de las ciudades, a pesar de su desmoralización completa, permanece infinitamente superior. Tiene la ciencia, tiene la práctica de los negocios, tiene el hábito de la administración y la rutina del mando. Sólo que no puede aprovecharse de todo eso, porque ha perdido la fe en sus propios principios y en ella misma, porque se ha vuelto cobarde, porque de todas sus antiguas pasiones políticas y sociales no conservó más que una sola, la del lucro; porque, desgarrada en sí misma por las contradicciones insolubles, no forma ya un cuerpo organizado y compacto, no es propiamente ya una clase, sino una inmensa cantidad de individuos que se detestan y que desconfían recíprocamente; porque, en fin, esa masa de individuos urbanos y burgueses, no teniendo para el porvenir otro lazo entre sí que el miedo inmenso que le causa el socialismo, se ve forzada a buscar hoy su salvación en un mundo que es el antípoda de su mundo, tradicionalmente racional y liberal; y en ese mundo de la reacción soldadesca y clerical, desorientada, desorbitada, despreciada y despreciándose a sí misma, se muestra necesariamente más torpe que los más torpes, más ignorante que los más ignorantes y mil veces más cobarde que los hijos del cuartel y de la sacristía.

Por todas estas razones, la burguesía de las ciudades se vio obligada a abdicar. Su dominación ha terminado; pero no se sigue de allí que la dominación de la burguesía de los campos haya comenzado. Se mostró bastante compacta, bastante fuerte para quitarla a los burgueses de las ciudades, pero no tiene ni la inteligencia ni la ciencia necesarias

para retenerla en sus manos. Incapaz de dirigirse a sí misma, ¿cómo dirigiría el gobierno de un gran país? No es más que un instrumento pasivo y ciego en manos del clero. La conclusión es sencilla. Serán sus directores espirituales, los inspiradores únicos de todos sus pensamientos y de todos sus actos; será la intriga ultramontana de la que no es más que el instrumento ciego; será la iglesia de Roma, en una palabra, la que se encargará en lo sucesivo del gobierno de Francia, y la que, formando una alianza ofensiva y defensiva con la razón del sable y la moralidad de la bolsa, la tendrá en sus manos, hasta la hora más o menos cercana en que triunfe la causa de los pueblos, la de la humanidad, representada por la revolución social.

No es de un golpe como la clase de los gentilhombres del campo, de otro modo la burguesía rural, ha llegado a constituir la clase realmente dominante en Francia. Su nacimiento, bajo esa forma nueva, data del primer imperio. Es entonces cuando se operó, por los matrimonios en una vasta escala, la primera fusión de la antigua nobleza, sea con los advenedizos que adquirieron los bienes nacionales, sea con los burgueses advenedizos del ejército. Este movimiento fue, sino completamente detenido, al menos considerablemente apaciguado durante la Restauración, que reanimó la nobleza de Francia su altivez aristocrática y en la burguesía su odio contra la nobleza. Pero desde 1830 la fusión se operó con una increíble rapidez, y fue precisamente bajo el reino de Luis Felipe cuando se formó también, bajo los auspicios del clero, el espíritu de la clase nueva.

Se formó como en sordina, imperceptiblemente, de un modo natural, y sin el menor estallido. El reinado de Luis Felipe, se sabe, fue señalado por la dominación de las grandes ciudades, y de París sobre todo. La burguesía de las ciudades triunfaba, la nobleza de las provincias y todos los propietarios campesinos con ella eran anulados. Vivieron en la oscuridad, nadie se inquietó por saber lo que pensaban, por lo que hacían, y es precisamente en medio de esa oscuridad donde se formó lentamente la nueva potencia de la burguesía rural. Durante los diez y ocho años que duró el régimen de julio, la fusión completa de los elementos constitutivos de esa clase, la vieja nobleza y la burguesía propietaria, fue terminada. Debía operarse porque a pesar de sus antiguas envidias, estos dos elementos, igualmente ofuscados y heridos por la dominación despreciativa de la burguesía urbana, se sintieron atraídos recíprocamente. Los nobles tenían necesidad de rehacer su fortuna, y los propietarios burgueses se sentían cruelmente atormentados por la pasión de los títulos. Entre esas dos aspiraciones recíprocas e igualmente apasionadas no faltaba más que un intermediario. El intermediario se encontró: fue el sacerdote.

La política de la clase nueva surgida de esa fusión no podía ser ni la de la nobleza antigua ni aún la de la nobleza de la Restauración.

Lentamente preparada y siempre dirigida por los sacerdotes hace el mismo fin, la dominación de la iglesia ultramontana o, si se quiere, internacional, establecida sobre las ruinas de todas las instituciones nacionales, esa política ha tenido diferentes fases de desenvolvimiento.

Ante todo, inmediatamente después de la caída de la rama más vieja de los borbones, cuando las pasiones que habían separado tan largo tiempo ambas clases no se habían apaciguado todavía, cuando su fusión parecía imposible, y el trono de Luis Felipe, violentamente atacado y minado por las insurrecciones y las conspiraciones del partido republicano, parecía todavía vacilar, dejando una esperanza de regreso al rey legítimo, el protector natural de la nobleza y del clero, esa política fue excesivamente nobiliaria. Los legitimistas constituyeron entonces en las provincias, sobre todo en el Mediodía y en una gran parte del oeste de Francia, un partido militante y serio.

Pero ya en 1837, cuando Luis Felipe se sintió bastante consolidado sobre el trono para poder amnistiar sin peligro a los ministros de Carlos X, y sobre todo después del advenimiento del ministerio del 29 de octubre (Guizot, Sault, Duchatel) en 1840, ministerio apoyado por una fuerte mayoría de la Cámara y saludado por todos los gobiernos de Europa como una probabilidad seria de la vuelta de Francia a la política de la reacción, tanto en el interior como en el exterior, al mismo tiempo que de enfeudación definitiva del país legal o burgués a la dinastía de Orleáns, toda esperanza de transformación pareció perdida. Las agitaciones políticas que habían atormentado la primera mitad de ese reinado cesaron repentinamente y la opinión pública, antes tan tempestuosa, volvió a caer en una calma absoluta. No se oyó hablar más que de ferrocarriles, de compañías trasatlánticas y de otros asuntos comerciales e industriales. Los republicanos continuaron sus conspiraciones, pero se dijo que no conspiraban más que por su propio placer, tan inocentes parecían sus conspiraciones. La política del señor Duchatel, lejos de temerles, parecía protegerles, y en caso de necesidad hasta de provocarlos. En cuanto a la oposición parlamentaria, representada por ambiciosos inofensivos como los señores Thiers, Odillon, Barrot, y Dufaure, Passy y tantos otros, tomó un carácter de insignificancia y monotonía desesperantes, no pareciendo, y no siendo ya, en efecto, más que una válvula de seguridad en este régimen, de que se había hecho completamente necesaria. El ideal de la burguesía moderna habíase realizado; Francia se había vuelto razonable, torpe y fastidiosa hasta morir.

Esa fue la época de la aparición de los libros y de las ideas de Proudhon, que contenían en germen —pido perdón al señor Luis Blanc, su demasiado débil rival, así como al señor Marx, su antagonista envidioso— toda la revolución social, comprendida sobre todo la Comuna socialista, destructora del Estado. Pero quedaron ignoradas de la may-

oría de los lectores; los periódicos radicales de esa época el *Nacional* y hasta la *Reforme*, que se decía demócrata socialista, pero que lo era a la manera de Luis Blanc, se guardaron bien de decir una palabra, sea de elogio, sea de censura. Contra Proudhon hubo, de parte de los representantes oficiales del republicanismo, como una conspiración del silencio.

Esa fue también la época de las lecciones elocuentes, pero estériles, de Michelet y de Quinet en el Colegio de Francia, última floración de un idealismo, pleno, sin duda, de aspiraciones generosas, pero condenado en lo sucesivo a la impotencia. Trataron un contrasentido, pretendiendo establecer la libertad, la igualdad y la fraternidad de los hombres sobre la base de la propiedad, del Estado y del culto divino: Dios, la propiedad y el Estado han persistido; pero en lo relativo a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad no tenemos más que lo que nos dan hoy Berlín, San Petersburgo y Versalles.

Por otra parte, todas esas teorías no ocuparon más que a una ínfima minoría de Francia. La inmensa mayoría de los lectores no se preocupaba siquiera de ellas, contentándose con las interminables novelas de Eugenio Sué y de Alejandro Dumas, que llenaban los folletines de los grandes diarios, el *Constitutionnel*, los *Debats* y la *Presse*.

Esa fue especialmente la época en que se inauguró, sobre una vasta escala, el comercio de las conciencias. Luis Felipe, Duchatel y Guizot compraron y pagaron el liberalismo legal y conservador de Francia, como más tarde el conde de Cavour compró y pagó la unidad italiana. Lo que entonces se llamaba el *país legal* en Francia, ofrecía, en efecto, una semejanza notable con lo que en Italia se llamaba hoy *Consorteria*. Esto es un revoltijo de gentes privilegiadas y muy interesadas, que se han vendido o que no desean nada mejor que venderse y que transformaron su parlamento nacional en una Bolsa, donde venden diariamente al país al por mayor y al por menor. El patriotismo se manifiesta entonces por transacciones comerciales, naturalmente desastrosas para el país; pero muy ventajosas por los individuos que están en estado de ejercer ese comercio. Esto simplifica mucho la ciencia política, reduciéndose a la habilidad gubernamental, en lo sucesivo, a saber escoger, entre esa multitud de conciencias que se prestan en el mercado, precisamente aquellas a cuya adquisición es más provechosa. Se sabe que Luis Felipe hizo uso en gran escala de este excelente medio de gobierno.

También el *legitimismo* de la nobleza provincial de Francia, al principio tan feroz y tan altivo, se fundió ostensiblemente, durante la segunda mitad de su reinado, bajo la acción deletérea de ese medio irresistible. Por otra parte, la política de ese rey advenedizo, salido de una revolución, se había transformado considerablemente y había acabado por tomar, tanto en el exterior como en el interior, un carácter

francamente retrógrado, muy consolador para los defensores del altar y del trono; porque al mismo tiempo que rompía su alianza liberal con Inglaterra, y se esforzaba por ganar el perdón, la amnistía, la benevolencia de las tres potencias despóticas del norte, demostrándoles que estaba animado de sentimientos y de tendencias no menos despóticas que las suyas, lo que les demostró, en efecto, al aliarse con ellas en el asunto del *Souderbund*, el gobierno de Luis Felipe hizo esfuerzos inimaginables para reconciliarse con la iglesia y con la nobleza de Francia. Tomando partido por los jesuitas contra los radicales de Suiza, había dado un gran paso en ese camino. La iglesia le sonrió y la nobleza de Francia, siempre obediente a la iglesia, y cansada, por otra parte, de devorarse siempre sin provecho y sin esperanza de su rey legítimo, cuyo restablecimiento sobre el trono de sus padres parecía imposible para lo sucesivo, condescendió por fin a dejarse ganar por el rey advenedizo. Por lo demás, su transformación económica y social se había hecho antes que ese mercado político hubiese sido concluido. Por sus alianzas matrimoniales, tanto como por todas las condiciones materiales de su existencia nueva, se había vuelto, sin darse cuenta, completamente burguesa. Su orgullo de casta, su lealtad caballeresca y su fidelidad en la desgracia no eran más que frases insípidas, ridículas, en las cuales había perdido ella misma toda confianza, y a las cuales no podía, razonablemente, sacrificar más tiempo los intereses serios de la ambición y de la avaricia. De todos sus rasgos pasados no conservó más que uno: el que, fundado sobre su bajo egoísmo y sobre una ignorancia estúpida, la asocia indisolublemente a la Iglesia y la hace esclava de Roma. Ese es también el único punto que separa seriamente en esta hora a la *burguesía rural* y a la *burguesía de las ciudades*.

Desde 1848, la burguesía rural constituye propiamente lo que se llama hoy en Francia el *gran partido del orden*. Habiendo abdicado la burguesía de las ciudades por cobardía, no es ya más que el apéndice y como la aliada forzada, arrastrada a remolque por esos bravos gentilhombres campesinos, esos verdaderos caballeros y salvadores del orden social en Francia, que son también soldados de Bonaparte y están santamente inspirados y dirigidos por los sacerdotes.

¡El partido del orden! ¿Cuál es el hombre honrado que, después de las traiciones, las matanzas y las deportaciones en masa de junio y diciembre; después del innoble abandono de esa desgraciada Francia a los prusianos, por casi todos los propietarios rurales y urbanos de Francia; después, sobre todo, de las últimas masacres, horribles, atroces y únicas en la historia, cobardemente ejecutadas en París y en Versalles por una soldadesca desenfundada y fríamente mandada, en nombre de Francia, por la Asamblea Nacional y por el gobierno republicano de Versalles; después de tantos crímenes acumulados durante más de veinte años, por los representantes de la virtud y de la piedad

oficiales, de la legalidad, de la libertad prudente, del desinterés oficial y del derecho de los más fuertes, en Francia lo mismo que en los demás países de Europa, quién podrá pronunciar estas palabras: *partido del orden*, que resumen en el porvenir todas las ignominias de que son capaces los hombres corrompidos por el privilegio y animados de innobles pasiones, sin experimentar un estrechamiento de horror, de cólera, de disgusto?

Entendido así el orden es la bestialidad amenazante, hipócrita en caso necesario, pero siempre implacable; es la mentira descarada; es la infame traición; es la cobardía; es la crueldad; es el crimen cínicamente triunfante; es la virtud, la lealtad y la inteligencia de esos excelentes gentilhombres del campo, dando la mano a la humanidad del sable y al desinterés patriótico de la Bolsa, aliándose, bajo los auspicios de la santa iglesia, a la sinceridad política y religiosa de los hombres de Estado, y de los sacerdotes para la mayor gloria de Dios, para la mayor potencia del Estado, para la más grande prosperidad material y temporal de las clases privilegiadas y para la salvación eterna de los pueblos; es la negación más insolente de todo lo que hasta aquí da un sentido intelectual y moral a la historia; es una bofetada dada por un montón de bandidos hipócritas y repuestos a la humanidad entera; es la resurrección de los grandes monstruos y de los grandes masacradores del siglo XVI y del siglo XVII, ¿qué digo?, es Torquemada, es Felipe II, es el duque de Alba, es Fernando de Austria con sus Wallenstein y sus Tilly; es María Tudor, la reina sanguinaria; es Catalina de Médicis, la infame intrigante florentina; son los Guisas de Francia, los masacradores de la San Bartolomé; es Luis XIV; es la Maintenon; es Luis el siniestro, a quienes vemos superados por nuestros emperadores de Rusia, de Alemania y de Francia, y por sus Muravieff, sus Haynau, sus Radetzki, sus Schartzenberg, sus Bismarck, sus Moltke, por los Mac Mahon, los Ducroit, los Galliffet, los Changarnier, los Bazaine, los Trochu, los Vinoy, por las Eugenia, los Palikao, los Picard, los Favre, los *Thiers*. El orden personificado en este momento por ese vejete abominable, el intrigante de todos los regímenes, el ambicioso siempre impotente para el bien, pero, ¡ay!, demasiado poderoso para el mal, el que fue uno de los creadores principales del segundo imperio, como se sabe, que, exhibiéndose como salvador de Francia, acaba de superar en furor homicida a todos los masacradores presentes y pasados de la historia. (El orden es la ferocidad del ejército francés que hace olvidar todos los horrores cometidos por los ejércitos de Guillermo I en territorio de Francia; es la ignominia de la Asamblea de Versalles que hace perdonar todas las ignominias de las Asambleas Legislativas de Napoleón III; es el fantasma divino, el antiguo vampiro, el bebedor de sangre de los pueblos, el atormentador de la humanidad a quien hoy la ciencia y el buen sentido popular redujeron al estado de fallido celeste, que tiende una vez más su mano malhechora, pero

felizmente impotente, para cubrir con su protección a todos los verdugos de la Tierra. El orden es una cloaca en que todas las impurezas de una civilización, a quien sus propias contradicciones, sus propias iniquidades, su propia disolución y putrefacción condenan a morir; acaban de confundirse en una conspiración última contra la inevitable emancipación del mundo humano.

¿Tenemos razón para gritar: ¡Abajo el orden!, ¡abajo ese orden político, autoritario, estúpido, hipócrita, brutal, despótico y divino! y viva la revolución social que debe libertarnos, para fundar sobre sus ruinas el orden de la humanidad regenerada, vuelta en sí y constituida libremente?

Habría que ser un enemigo de la humanidad para negarlo. Desgraciadamente, sus enemigos son numerosos, y en esta hora son ellos, una vez más, los que triunfan. Pero todo tiene un término para el que sabe tener paciencia, perseverar, trabajar arduamente y esperar. Nosotros tendremos la revancha.

En espera de esa revancha, continuemos nuestros estudios históricos sobre el desenvolvimiento del partido del orden en Francia.

Producto del sufragio universal, se manifestó por primera vez en su verdadero carácter en 1848, y principalmente después de las jornadas de junio. Se sabe que al día siguiente de la revolución de febrero pasó en Francia un hecho muy singular. No había ya partidarios de la monarquía; todos se habían vuelto republicanos abnegados y celosos. Los hombres más retrógrados, los más comprometidos, los más corrompidos en el servicio de la reacción monárquica, de la policía y de la represión militar, juraron que el fondo de su pensamiento había sido siempre republicano. Desde Emile de Girardin hasta el mariscal Bugeaud, sin olvidar al marqués de la Rochejaquelin, ese representante tan caballeresco de la lealtad vendeana, más tarde senador del imperio, aún hasta los generales ayudas de campo del rey, tan vergonzosamente expulsado, todos ofrecieron sus servicios a la república. Emile de Girardin le dio generosamente «una idea por día» y Thiers pronunció la palabra devenida tan francesa: «La república es lo que menos nos divide»; lo que no impidió naturalmente a uno y otro, más tarde, unir sus intrigas contra esa forma de gobierno y conspirar por la presidencia de Luis Bonaparte. La iglesia misma bendijo la república, ¿qué digo?, celebró el triunfo como su propia victoria: «La doctrina cristiana ¿no era la de libertad, de igualdad y fraternidad, y Cristo no fue el amigo del pueblo y el primer revolucionario del mundo?».

He ahí lo que se proclamó, no por algunos filósofos heréticos y audaces de la escuela de Lammennais y de Bauchez, sino en todas las iglesias, por los sacerdotes; y los sacerdotes en todas partes, llevando el crucifijo al encuentro de la bandera roja, símbolo de la emancipación popular, bendijeron los árboles de la libertad. Los alumnos de

la Escuela Politécnica, los estudiantes de ciencias morales, de filosofía, de filología, de historia y de derecho, incluidos los auditorios entusiastas de Michelet y de Quinet, todos igualmente embrutecidos por un idealismo malsano, lleno de incongruencias metafísicas y de equívocos prácticos —alimento intelectual por lo demás absolutamente conveniente para los jóvenes burgueses, ya que la verdad pura, las deducciones severas de la ciencia no eran digeribles para esa clase—; lloraron de emoción y de alegría. Únicamente las viejas las viejas viudas rentistas del barrio de Saint Germain movieron la cabeza protestando contra esa reconciliación monstruosa de la cruz con la bandera de la revolución. Los jesuitas consideraron justo explicarles que eso no era más que un fingimiento salvador, pero ellas no vieron más que un sacrificio. Tuvieron mil veces razón, y sólo ellas, en el campo de la reacción de otro tiempo, permanecieron honestas e imperturbablemente imbéciles.

Es en medio de un entusiasmo universal por la república cómo fue nombrada la Asamblea Constituyente de 1848, salida del sufragio universal. Sobre toda la superficie de Francia, ningún candidato se presentó a sus electores como partidario de la monarquía; todos se ofrecieron y todos fueron elegidos en nombre de la república. Así, la proclamación inmediata de la república por esa Asamblea, fue hecha de un golpe. ¿Cómo es que pudo salir de ella poco después de la reacción monárquica más encarnizada, más fanática y más cruel que Francia ha conocido?

Esa contradicción aparente se explica con gran facilidad. Gracias al sufragio universal, que da, bajo el aspecto del número, una ventaja tan señalada a los campos sobre las ciudades, la gran mayoría de la Asamblea Constituyente había sido formada con esa burguesía rural de quien acabamos de estudiar el carácter, los sentimientos, el espíritu y las costumbres. Se comprende que era de todo menos liberal y que no podía ser republicana. ¿Por qué se había presentado, pues, como tal a sus electores y por qué comenzó por proclamar la república? Esto se explica aún por dos razones: la primera es que había sido asustada, lo mismo que el clero de Francia, su director espiritual y temporal, por los acontecimientos de París. Hoy mismo, después de la derrota de la Comuna, París sigue siendo una gran potencia. En 1848 lo era mucho más. Se puede decir que desde Richelieu y desde Luis XIV, sobre todo, toda la historia de Francia se había hecho en París. No fue sino en 1848 cuando comenzó la reacción activa de las provincias contra París, porque hasta allí París, sea en el sentido de la revolución, sea en el de la reacción, decidió siempre la suerte de Francia, ciegamente obedecido por las provincias que lo envidiaban, que lo detestaban tanto como lo temían, pero que no se sentían con fuerza para resistirle. Habiendo proclamado París la república en 1848, las provincias,

aunque monárquicas hasta la médula, no se atrevieron a pronunciarse a favor de la monarquía. Enviaron, pues, a París, como diputados a la Asamblea Constituyente, los gentilhombres campesinos que habían sido alimentados en el odio a la república, como ellas mismas, pero que, igualmente intimidados y desconcertados por el triunfo de la república en París, se habían presentado a sus electores como partidarios convencidos de esa forma de gobierno.

Lo segunda razón fue el impulso unánime que le había dado el clero, que ya entonces, aunque menos que hoy, dominaba en las provincias. El que vivió en esa época se recuerda de la unanimidad hipócrita de la iglesia a favor de la república. Esa unanimidad se expresa por una palabra de orden emanada de Roma y ciegamente obedecida por todos los sacerdotes de Francia, desde los cardenales y los obispos hasta los más humildes oficiadores de las pobres iglesias de los campos.

La Roma jesuítica y papal es una monstruosa araña ocupada eternamente en reparar las desgarraduras causadas por los acontecimientos que no tiene nunca la facultad de prever, en la trama que urde sin cesar, esperando que podrá servirse un día de ella para ahogar completamente la inteligencia y la libertad del mundo. Alimenta todavía hoy esa esperanza, porque al lado de una erudición profunda, de un espíritu refinado y sutil como el veneno de la serpiente, de una habilidad y de su maquiavelismo formados por la práctica no interrumpida de catorce siglos por lo menos, está dotada de una inmensa infatuación de sí misma y de su ignorancia grosera de las ideas, de los sentimientos, de los intereses de la época actual y de la potencia intelectual y vital que, inherente a la sociedad humana, lleva fatalmente a ésta, a pesar de todos los obstáculos, a derribar todas las instituciones antiguas, religiosas, políticas, jurídicas, y a fundar sobre todas esas ruinas el orden social nuevo. Roma no comprende y no comprenderá nunca todo eso, porque está de tal modo identificada con el idealismo cristiano —de que sin querer desagradar a los protestantes y a los metafísicos, sin querer desagradar tampoco al fundador de la llamada nueva religión del progreso, el venerable Mazzini, es siempre la realización más lógica y más completa—, que, condenada a morir con él, no puede ver ni puede imaginar nada más allá. Le parece que más allá de ese mundo que es el suyo, y que constituye propiamente todo su ser, no puede haber más que la muerte. Como esos viejos de la edad media que, según se dice, se esforzaban por eternizar su vida propia inyectándose la sangre de los jóvenes que mataban. Roma no sólo es el embustero de todo el mundo, es la embustera de sí misma. No solamente engaña, sino que se engaña también. He ahí su incurable estupidez. Consiste en esa pretensión de eternizar su existencia, y eso en una época en que todo el mundo prevé su fin próximo; sus Syllabus y su proclamación del dogma de la infabilidad papal son una prueba

evidente de demencia y de incompatibilidad absoluta con las condiciones más fundamentales de la sociedad moderna; es la demencia de la desesperación, son las últimas convulsiones del moribundo que se levanta contra la muerte.

En 1848, Roma no había llegado todavía a ese punto. Los acontecimientos que habían precedido a esa época: la revolución burguesa de 1830 y la caída del ultramontanismo, que fue su consecuencia natural, la derrota ruidosa de los jesuitas en Suiza, el libertinaje liberal de Pío IX y el odio manifestado por ese Papa contra esos campeones de la iglesia durante el primer año de su reinado, por fin la misma revolución republicana de febrero, no era de naturaleza como para inspirar al gobierno supremo de la iglesia —dirigida exclusivamente, como se sabe, desde fines del siglo XVIII por la Compañía de Jesús— una confianza insensata de sí. Todos estos acontecimientos le ordenaban, al contrario, mucha moderación y mucha prudencia. No es sino después de los éxitos inesperados que la Iglesia obtuvo en Francia bajo el segundo imperio y gracias a la connivencia interesada de Napoleón III, estimulada excesivamente por las victorias efímeras y fáciles, cuando tuvo la estupidez de manifestar al mundo aturdido sus pretensiones monstruosas, asesinándose ella misma por un último exceso de viejo, lo que demuestra que en ella la locura le hacía creer en la eternidad de su existencia se hizo más fuerte que esta alta razón secular y práctica que le había permitido preservarla hasta aquí; lo que demuestra también que está condenada a morir bien pronto.

En 1848, la iglesia de Roma era aún muy sabia. Tenía precisamente esa sabiduría egoísta de los viejos, que consiste en prolongar su vida incondicionalmente, a pesar de todo, en detrimento del mundo que les rodea, y haciendo servir a ese fin los acontecimientos, las circunstancias y las cosas que les parecen más completamente opuestas. De este modo, lejos de sacrificar el interés positivo del presente al fantasma de la eternidad, emplean toda la energía que les queda para asegurarse al día siguiente, dejando los días posteriores al cuidado de los días futuros, y esforzándose solamente en prolongar su existencia inútil y malhechora todo lo posible. En lugar de espantar al mundo por la amenaza de su eternidad y por las manifestaciones de su potencia aparente o real, y para desarmar a la juventud hastiada y paralizada por su existencia demasiado prolongada, dan muestras de su debilidad y parecen prometer morir cada día. Este es un medio de que Napoleón III se sirvió durante más de veinte años con mucho éxito.

A la revolución democrática y republicana de 1848 la Roma jesuítica y papal se guardó bien de responder por un Syllabus o por la declaración de la infabilidad de su jefe. Hizo mucho más, se proclamó demócrata y republicana, sino para Italia, al menos para Francia. Aceptó para el Cristo crucificado, como corona, el bonete rojo del ja-

cobinismo. No quería caer de ningún modo con esa monarquía que durante siglos había sido para ella, más que una fiel aliada, una sierva abnegada y fiel: bendijo la república, sabiendo muy bien que sus beneficios no llevaban la dicha a nadie. Comprendió con mucha clarividencia que esa revolución no sólo era inevitable, sino que le era además saludable, en el sentido que la república —después de haber barrido las instituciones llamadas liberales, equívocas del régimen burgués, y derribando la dominación de las ciudades sobre los campos, obstaculiza por lo demás ella misma para organizarse y establecerse sólidamente, por la oposición de esos mismos campos que obedecían a la dirección casi absoluta del clero— debía terminar infaliblemente en el único régimen que puede en realidad convenir a la Iglesia, en el régimen del despotismo puro, sea bajo la forma de la monarquía legítima, sea bajo la de una franca dictadura militar. Los acontecimientos que siguieron han demostrado que los cálculos de la Iglesia no habían sido sino muy justos.

La conducta de los diputados campesinos en la Asamblea Constituyente, abierta el 4 de mayo, a pesar de que formaban una minoría indudable, fue al principio excesivamente reservada y modesta. París les imponía mucho, les intimidaba. Estos buenos gentilhombres de provincias se encontraban completamente desorientados: se sintieron muy ignorantes y muy torpes en presencia de todos esos brillantes abogados, sus colegas, a quienes no habían conocido hasta entonces más que de nombre y que los aplastaban ahora con su locuacidad soberbia. Por otra parte, el pueblo de París, ese proletariado indomable que había derribado tantos tronos, les causaba horrible miedo. Muchos habían hecho su testamento antes de lanzarse a esa sima en que al principio no vieron a su alrededor más peligros y maquinaciones. ¿No estaban expuestos cada día a alguna nueva sublevación de esa terrible población de París, que en sus desbordamientos revolucionarios no respeta nada, no evita nada y no se detiene ante nada?...

[Aquí se interrumpe el manuscrito].

I

Compañeros:

Después de la gran revolución de 1789-1793, ninguno de los acontecimientos que en Europa han sucedido ha tenido la importancia y la grandeza de los que se desarrollan ante nuestros ojos y de los que París es hoy escenario.

Dos hechos históricos, dos revoluciones memorables habían constituido lo que llamamos el mundo moderno, el mundo de la civilización burguesa. Uno, conocido bajo el nombre de Reforma, al comienzo del siglo XVI, había roto la clave de la bóveda del edificio feudal, la omnipotencia de la iglesia; al destruir ese poder preparó la ruina del poderío independiente y casi absoluto de los señores feudales que, bendecidos y protegidos por la iglesia, como los reyes y a menudo también contra los reyes, hacían proceder directamente de la gracia divina; y por eso mismo dio un impulso nuevo a la emancipación de la clase burguesa, lentamente preparada, a su vez, durante los dos siglos que habían precedido a esa revolución religiosa, por el desenvolvimiento sucesivo de las libertades comunales y por el del comercio y de la industria, que habían sido al mismo tiempo la condición y la consecuencia necesaria.

De esa revolución surgió un nuevo poder, que todavía no era el de la burguesía, sino el del Estado monárquico constitucional y aristocrático en Inglaterra, monárquico, absoluto, nobiliario, militar; burocrático sobre todo en el continente de Europa, a no ser dos pequeñas repúblicas, Suiza y los Países Bajos.

Dejemos por cortesía a un lado estas dos repúblicas y ocupémonos de las monarquías. Examinemos las relaciones de las clases, la situación política y social, después de la Reforma.

A tal señor, tal honor. Comencemos, pues, por los sacerdotes; y bajo este nombre no me refiero solamente a los de la iglesia católica, sino también a los ministros protestantes, en una palabra, a todos los individuos que viven del culto divino y que nos venden a Dios tanto al por mayor como al detalle. En cuanto a las diferencias teológicas que los separan, son tan sutiles y al mismo tiempo tan absurdas que sería verdadera pérdida de tiempo ocuparse de ellas.

Antes de la Reforma, la iglesia y los sacerdotes, con el Papa a la cabeza, eran los verdaderos señores de la tierra. Según la doctrina de

1. Saint Imier, mayo de 1871.

la iglesia, las autoridades temporales de todos los países, los monarcas más poderosos, los emperadores y los reyes no tenían derechos más que en tanto que esos derechos habían sido reconocidos y admitidos por la Iglesia. Se sabe que los dos últimos siglos de la edad media fueron ocupados por la lucha más y más apasionada y triunfal de los soberanos coronados contra el Papa, de los Estados contra la Iglesia. La Reforma puso un término a esa lucha al proclamar la independencia de los Estados. El derecho del soberano fue reconocido como procedente inmediatamente de Dios, sin la intervención del Papa y de cualquier otro sacerdote, y naturalmente, gracias a ese origen celeste, fue declarado absoluto. Es así como sobre las ruinas del despotismo de la Iglesia fue levantado el edificio despotismo monárquico. La iglesia, después de haber sido ama, se convirtió en sirviente del Estado, en su instrumento de gobierno en manos del monarca.

Tomó esa actitud, no solo en los países protestantes, en los que, sin exceptuar a Inglaterra —y principalmente por la iglesia anglicana—, el monarca fue declarado jefe de la iglesia, sino en todos los países católicos, sin exceptuar a España. La potencia de la iglesia romana, quebrantada por los golpes terribles que le había infligido la Reforma, no pudo sostenerse en lo sucesivo por sí misma. Para mantener su existencia tuvo necesidad de la asistencia de los soberanos temporales en los Estados. Pero los soberanos, se sabe, no prestan nunca su asistencia por nada. No tuvieron jamás otra religión sincera, otro culto, que el de su poder y el de sus finanzas, siendo estas últimas el medio y el fin del primero. Por tanto, para comprar el apoyo de los gobiernos monárquicos, la iglesia debía demostrar que era capaz de servirlos y que estaba deseosa de hacerlo. Antes de la Reforma había levantado algunas veces a los pueblos contra los reyes. Después de la Reforma se convirtió en todos los países, sin excepción de Suiza, en la aliada de los gobiernos contra los pueblos, en una especie de policía negra en manos de los hombres del Estado y de las clases gobernantes, dándose por misión la prédica a las masas populares de la resignación, de la paciencia, de la obediencia incondicional y de la renuncia a los bienes y goces de esta tierra, que el pueblo, decía, debe abandonar a los felices y a los poderosos celestes. Vosotros sabéis que todavía hoy las iglesias cristianas, católicas y protestantes continúan predicando en este sentido. Felizmente son cada vez menos escuchadas y podemos prever el momento en que estarán obligadas a cerrar sus establecimientos por falta de creyentes, o, lo que viene a significar lo mismo, por falta de bobos.

Veamos ahora las transformaciones que se han efectuado en la clase feudal, en la nobleza, después de la Reforma. Había permanecido como propietaria privilegiada y casi exclusiva de la tierra, pero había perdido casi toda su independencia política. Antes de la Reforma

había sido, como la iglesia, la rival y la enemiga del Estado. Después de esa revolución se convirtió en sirviente, como la iglesia y como ella, en una sirviente privilegiada. Todas las funciones militares y civiles del Estado, a excepción de las menos importantes, fueron ocupadas por nobles. Las cortes de los grandes y las de los más pequeños monarcas de Europa se llenaron con ellos. Los más grandes señores feudales, antes tan independientes y tan altivos, se transformaron en los criados titulares de los soberanos. Perdieron su altivez y su independencia, pero conservaron toda su arrogancia. Hasta se puede decir que se acrecentó, pues la arrogancia es el vicio privilegiado de los lacayos. Bajos, rastreros, serviles en presencia del soberano, se hicieron más insolentes frente a los burgueses y al pueblo, a los que continuaron saqueando, no ya en su propio nombre y por el derecho divino, sino con el permiso y al servicio de sus amos y bajo el pretexto del más grande bien del Estado.

Este carácter y esta situación particular de la nobleza se han conservado casi íntegramente aún en nuestros días en Alemania, país extraño y que parece tener el privilegio de soñar con las cosas más bellas, más nobles, para no realizar sino las más vergonzosas y más infames. Como prueba ahí están las barbaries innobles, atroces, de la última guerra y la formación reciente de ese terrible imperio knuto-germánico, que es incontestablemente una amenaza contra la libertad de todos los países de Europa, un desafío lanzado a la humanidad entera por el despotismo brutal de un emperador oficial de policía y militar a la vez y por la estúpida insolencia de su canalla nobiliaria.

Por la Reforma, la burguesía se había visto completamente libertada de la tiranía y del saqueo de los señores feudales, en tanto que bandidos o saqueadores independientes y privados; pero se vio entregada a una nueva tiranía y a un nuevo saqueo y en lo sucesivo regularizados, bajo el nombre de impuestos ordinarios y extraordinarios del Estado —es decir, en bandidos y saqueadores legítimos—. Esa transición del despojo feudal al despojo mucho más regular y mucho más sistemático del Estado pareció satisfacer primero a la clase media. Hay que conceder que fue primero para ella un verdadero alivio en su situación económica y social. Pero el apetito acude comiendo, dice el proverbio. Los impuestos del Estado, al principio tan modestos, aumentaron cada año en una proporción inquietante, pero no tan formidable, sin embargo, como en los Estados monárquicos de nuestros días. Las guerras, se puede decir incesantes, que esos Estados, hechos absolutos, se hicieron bajo el pretexto de equilibrio internacional desde la Reforma hasta la revolución de 1789; la necesidad de mantener grandes ejércitos permanentes, que se habían convertido ya en la base principal de la conservación del Estado; el lujo creciente de las cortes de los soberanos, que se habían

transformado en orgías incesantes donde la canalla nobiliaria, toda la servidumbre titulada, recamada, iba a mendigar a su amo pensiones; la necesidad de alimentar toda esa multitud privilegiada que llenaba las más altas funciones en el ejército, en la burocracia y en la policía —todo eso exigía grandes gastos—. Esos gastos fueron pagados, naturalmente, ante todo y primeramente por el pueblo, pero también, sino en el mismo grado que el pueblo, considerada como una vaca lechera sin otro destino que mantener al soberano y alimentar a esa multitud innumerable de funcionarios privilegiados. La Reforma, por otra parte, había hecho perder a la clase media en libertad quizás el doble de lo que le había dado en seguridad. Antes de la Reforma había sido igualmente la aliada y el sostén indispensable de los reyes en su lucha contra la iglesia y los señores feudales y había aprovechado esa alianza para conquistar un cierto grado de independencia y de libertad. Pero desde que la iglesia y los señores feudales se habían sometido al Estado, los reyes, no teniendo ya necesidad de los servicios de la clase media, privaron a ésta poco a poco de todas las libertades que le habían otorgado anteriormente.

Si tal fue la situación de la burguesía después de la Reforma, se puede imaginar cuál debió ser la de las masas populares, la de los campesinos y la de los obreros de las ciudades. Los campesinos del centro de Europa, en Alemania, en Holanda, en parte también en Suiza, se sabe, hicieron al principio del siglo XVI y de la Reforma un movimiento grandioso para emanciparse al grito de «guerra a los castillos, paz a las cabañas». Ese movimiento, traicionado por la burguesía y maldito por los jefes del protestantismo burgués, Lutero y Melanchton, fue ahogado en la sangre de varias decenas de millares de campesinos insurrectos. Desde entonces los campesinos se vieron, más que nunca, asociados a la gleba, siervos de derecho, siervos de hecho y permanecieron en ese estado hasta la revolución de 1789-1793 en Francia, hasta 1807 en Prusia y hasta 1848 en casi todo el resto de Alemania y principalmente en Mecklenburgo, la servidumbre existe todavía hoy, aún cuando ha dejado de existir en la propia Rusia.

El proletariado de las ciudades no fue mucho más libre que los campesinos. Se dividía en dos categorías, la de los obreros, que constituían parte de las corporaciones y la del proletariado, que no estaba de ninguna forma organizado. La primera estaba ligada, sometida en sus movimientos y en su producción por una multitud de reglamentos que la subyugaban a los jefes de las maestrías, a los patrones. La segunda, privada de todo derecho, era oprimida y explotada por todo el mundo. La mayoría de los impuestos, como siempre, recaía necesariamente sobre el pueblo.

Esta ruina y esta opresión general de las masas obreras y de la clase burguesa, en parte, tenían por pretexto y por fin confesado

la grandeza, la potencia, la magnificencia del Estado monárquico, nobiliario, burocrático y militar. Estado que había ocupado el puesto de la iglesia en la adoración oficial y era proclamado como una institución divina. Hubo, pues, una moral de Estado, completamente diferente a ella. En el mundo moral privado, en tanto que no está viciado por los dogmas religiosos, hay un fundamento no eterno, más o menos reconocido, comprendido, aceptado y realizado en cada sociedad humana. Ese fundamento no es otra cosa que el respeto humano, el respeto a la dignidad humana, al derecho y a la libertad de todos los individuos humanos. Respetarlos, he ahí el deber de cada uno; amarlos y provocarlos, he ahí la virtud; violarlos, al contrario, es el crimen. La moral del Estado es por completo opuesta a esta moral humana. El Estado se propone a sí mismo a todos los súbditos como el fin supremo. Servir a su potencia, a su grandeza, por todos los medios posibles e imposibles y contrariamente a todas las leyes humanas y al bien de la humanidad, he ahí su virtud. Porque todo lo que contribuye al poder y al engrandecimiento del Estado es el bien; todo lo que le es contrario, aunque fuese la acción más virtuosa, la más noble desde el punto de vista humano, es el mal. Es por esto que los hombres de Estado, los diplomáticos, los ministros, todos los funcionarios del Estado han empleado siempre crímenes y mentiras e infames traiciones para servir al Estado. Desde el momento que una villanía es cometida al servicio del Estado, se convierte en una acción meritoria. Tal es la moral del Estado. Es la negación misma de la moral humana y de la humanidad.

La contradicción reside en la idea misma del Estado. No habiendo podido realizarse nunca el Estado universal, todo Estado es un ser restringido que comprende un territorio limitado y un número más o menos restringido de súbditos. La inmensa mayoría de la especie queda, pues, al margen de cada Estado y la humanidad entera es repartida entre una multitud de Estados grandes, pequeños o medianos, de los cuales cada uno, a pesar de que no abraza más que una parte muy restringida de la especie humana, se proclama y se presenta como el representante de la humanidad entera y como algo absoluto. Por eso mismo, todo lo que queda fuera de él, todos los demás Estados, con sus súbditos y la propiedad de sus súbditos, son considerados por cada Estado como seres privados de toda sanción, de todo derecho y el Estado se supone, por consiguiente, el derecho de atacar, conquistar, masacrar, robar en la medida que sus medios y sus fuerzas se lo permitan. Vosotros sabéis, queridos compañeros, que no se ha llegado nunca a establecer un derecho internacional y no se ha podido hacerlo precisamente porque, desde el punto de vista del Estado, todo lo que está fuera del Estado está privado de derecho. Basta que un Estado declare la guerra a otro para que permita, ¿qué digo?, para que mande a sus propios súbditos cometer contra los

súbditos del Estado enemigo todos los crímenes posibles: el asesinato, el saqueo. Y todos estos crímenes se dice que están benditos por el Dios de los cristianos, que cada uno de los Estados beligerantes considera y proclama como su partidario con exclusión del otro —lo que naturalmente debe poner en un famoso aprieto a ese buen Dios, en nombre del cual han sido y continúan siendo cometidos sobre la tierra los crímenes más horribles—. Es por eso que somos enemigos del buen Dios y consideramos esta ficción, este fantasma divino, como una de las fuentes principales de los males que atormentan a los hombres.

Es por esto que somos igualmente adversarios apasionados del Estado y de todos los Estados. Porque en tanto que haya Estados, no habrá comunidad y en tanto que haya Estados, la guerra y la ruina, la miseria de los pueblos, que son sus consecuencias inevitables, serán permanentes.

En tanto que haya Estados, las masas populares, aún en las repúblicas democráticas, serán esclavas de hecho, porque no trabajaran en vista de su propia felicidad y de su propia riqueza, sino para la potencia y la riqueza del Estado. ¿Y qué es el Estado? Se pretende que es la expresión y la realización de la utilidad, del bien, del derecho y de la libertad de todo el mundo. Y bien, los que tal pretenden mienten, como mienten los que pretenden que el buen Dios es el protector de todo el mundo. Desde que se formó la fantasía de un ser divino en la imaginación de los hombres, Dios, todos los dioses y entre ellos sobre todo el Dios de los cristianos, han tomado siempre el partido de los fuertes y de los ricos contra las masas ignorantes y miserables. Han bendecido, por medio de sus sacerdotes, los privilegios más repulsivos, las opresiones y las explotaciones más infames.

Del mismo modo, el Estado no es otra cosa que la garantía de todas las explotaciones en beneficio de un pequeño número de felices privilegiados y en detrimento de las masas populares. Se sirve de la fuerza colectiva de todo el mundo para asegurar la dicha, la prosperidad y los privilegios de algunos, en detrimento del derecho humano de todo el mundo. Es un establecimiento en que la minoría desempeña el papel de martillo y la mayoría forma el yunque.

Hasta la gran revolución, la clase burguesa, aunque en un grado menor que las masas populares, había formado parte del yunque. Y es a causa de eso que fue revolucionaria.

Sí, fue bien revolucionaria. Se atrevió a rebelarse contra todas las autoridades divinas y humanas y puso en tela de juicio a Dios, a los reyes, al Papa. Se dirigió sobre toda la nobleza, que ocupaba en el Estado un puesto que ardía de impaciencia por ocuparlo a su vez. Pero no quiero ser injusto y no pretendo de ningún modo que en sus magníficas protestas contra la tiranía divina y humana no hubiese sido conducida

e impulsada más que por un pensamiento egoísta. La fuerza de las cosas, la naturaleza misma de su organización particular; la habían impulsado instintivamente a apoderarse del poder. Pero como todavía no tenía conciencia del abismo que la separaba realmente de las clases obreras que explota; como esa conciencia no se había despertado de ninguna manera aún en el seno del proletariado mismo, la burguesía, representada en esa lucha contra la iglesia y el Estado por sus más nobles espíritus y por sus más grandes caracteres, creyó de buena fe que trabajaba igualmente por la emancipación de todos.

Los dos siglos que separan a las luchas de la Reforma religiosa de las de la gran Revolución fueron la edad heroica de la burguesía. Convertida en poderosa por la riqueza y la inteligencia, atacó audazmente todas las instituciones respetadas por la iglesia y del Estado. Minó todo, primero, por la literatura y por la crítica filosófica; más tarde lo derribo todo por la rebelión franca. Es ella la que hizo la revolución de 1789-1793. Sin duda no pudo hacerlo más que sirviéndose de la fuerza popular; pero fue la que organizó esa fuerza y la dirigió contra la iglesia, contra la realeza y contra la nobleza. Fue ella la que pensó y tomó la iniciativa de todos los movimientos que ejecutó el pueblo. La burguesía tenía fe en sí misma, se sentía poderosa porque sabía que tras ella, con ella, tenía al pueblo.

Si se comparan los gigantes del pensamiento y de la acción que habían salido de la clase burguesa en el siglo XVIII, con las más grandes celebridades, con los enanos vanidosos célebres que la representan en nuestros días, se podrá uno convencer de la decadencia, de la caída espantosa que se ha producido en esa clase. En el siglo XVIII era inteligente, audaz, heroica. Hoy se muestra cobarde y estúpida. Entonces, llena de fe, se atrevía a todo y lo podía todo. Hoy, roída por la duda y desmoralizada por su propia iniquidad, que está aún más en su situación que en su voluntad, nos ofrece el cuadro de la más vergonzosa impotencia.

Los acontecimientos recientes de Francia lo prueban demasiado bien. La burguesía se muestra completamente incapaz de salvar a Francia. Ha preferido la invasión de los prusianos a la revolución popular que era la única que podía operar esa salvación. Ha dejado caer de sus manos débiles la bandera de los progresos humanos, la de la emancipación universal. Y el proletariado de París nos demuestra hoy que los trabajadores son los únicos capaces de llevarla en lo sucesivo.

Tratare de demostrarlo en una próxima sesión.

II

Queridos compañeros:

Ya os dije la otra vez que dos grandes acontecimientos históricos habían fundamentado el poder de la burguesía: la revolución religiosa del siglo XVI, conocida bajo el nombre de Reforma y la gran revolución política del siglo XVIII. He añadido que esta última, realizada ciertamente por el poder del brazo popular, había sido iniciada y dirigida exclusivamente por la clase media. Debo también probaros ahora que es también la clase media la que se aprovechó completamente de ella.

Y, sin embargo, el programa de esta revolución, en un principio parecía inmenso. ¿No se ha realizado en el nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad del género humano, tres palabras que parecen abarcar todo lo que en el presente y en el porvenir puede querer y realizar la humanidad? ¿Cómo es, pues, que una revolución que se había anunciado de una manera tan amplia terminó miserablemente en la emancipación exclusiva, restringida y privilegiada de una sola clase, en detrimento de esos millones de trabajadores que se ven hoy aplastados por la prosperidad insolente e inicua de esa clase? ¡Ah, es que esa revolución no ha sido más que una revolución política! Había derribado audazmente todas las barreras, todas las tiranías políticas, pero había dejado intactas —hasta las había proclamado sagradas e inviolables— las bases económicas de la sociedad, que han sido la fuente eterna, el fundamento principal de todas las iniquidades políticas y sociales, de todos los absurdos religiosos pasados y presentes. Había proclamado la libertad de cada uno y de todos, o más bien había proclamado el derecho a ser libre para cada uno y para todos. Pero no ha dado realmente los medios de realizar esa libertad y de gozar de ella más que a los propietarios, a los capitalistas, a los ricos.

La pauvreté, c'est l'esclavage!

(¡La pobreza es la esclavitud!)

He ahí las terribles palabras que con su voz simpática, que parte de la experiencia y del corazón, nos ha repetido nuestro amigo Clement varias veces, desde hace algunos días que tengo la dicha de pasar en medio de vosotros, queridos compañeros y amigos.

Sí, la pobreza es la esclavitud, es la necesidad de vender el trabajo y con el trabajo la persona, al capitalista que os da el medio de no morir de hambre. Es preciso tener verdaderamente el espíritu de los señores burgueses, interesados en la mentira, para atreverse a hablar de la libertad política de las masas obreras. Bella libertad la que las

somete a los caprichos del capital y que las encadena a la voluntad del capitalista por el hambre. Queridos amigos, no tengo seguramente necesidad de probaros, a vosotros que habéis conocido por una larga y dura experiencia las miserias del trabajo, que en tanto que el capital quede de una parte y el trabajo de la otra, el trabajo será el esclavo del capital y los trabajadores los súbditos de los señores burgueses, que os dan por irrisión todos los derechos políticos, todas las apariencias de la libertad, para conservar ésta en realidad exclusivamente para ellos.

El derecho a la libertad sin los medios de realizarla no es más que un fantasma. Y nosotros amamos demasiado la libertad, ¿no es cierto?, para contentarnos con su fantasma. Nosotros la queremos en la realidad. ¿Pero qué es lo que constituye el fondo real y la condición positiva de la libertad? Es el desenvolvimiento integral y el pleno goce de todas las facultades corporales, intelectuales y morales para cada uno. Por consecuencia es todos los medios materiales necesarios a la existencia humana de cada uno; es además la educación y la instrucción. Un hombre que muere de inanición, que se encuentra aplastado por la miseria, que muere cada día de hambre y de frío y que, viendo sufrir a todos los que ama, no puede acudir en su ayuda, no es un hombre libre, es un esclavo. Un hombre condenado a permanecer toda la vida un ser brutal, carente de educación humana, un hombre privado de instrucción, un ignorante, es necesariamente un esclavo; y si ejerce derechos políticos, podéis estar seguros que, de una manera o de otra, los ejercerá siempre contra sí mismo, en beneficio de sus explotadores, de sus amos.

La condición negativa de la libertad es ésta: ningún hombre debe obediencia a otro; no es libre más que a condición de que todos sus actos estén determinados, no por la voluntad de los otros, sino por su voluntad y sus convicciones propias. Pero un hombre a quien el hambre obliga a vender su trabajo y con su trabajo su persona, al más bajo precio posible al capitalista que se digna explotarlo; un hombre a quien su propia brutalidad y su ignorancia entregan a merced de sus sabios explotadores será necesariamente un esclavo.

No es eso todo. La libertad de los individuos no es un hecho individual, es un hecho, un producto colectivo. Ningún hombre podría ser libre fuera y sin el concurso de toda la sociedad humana. Los individualistas, o los falsos hermanos que hemos combatido en todos los congresos de trabajadores, han pretendido, con los moralistas y los economistas burgueses que el hombre podía ser libre, que podía ser hombre fuera de la sociedad, diciendo que la sociedad había sido fundada por un contrato libre de hombres anteriormente libres.

Esta teoría, proclamada por J.J. Rousseau, el escritor más dañino del siglo pasado, el sofisma que ha inspirado a todos los revolucionarios

burgueses, esa teoría denota una ignorancia completa, tanto de la naturaleza como de la historia. No es en el pasado ni en el presente donde debemos buscar la libertad de las masas, es en el porvenir —en un provenir próximo: en esa jornada del mañana que debemos crear nosotros mismos, por la potencia de nuestro pensamiento, de nuestra voluntad, pero también por la de nuestros brazos—. Tras nosotros no hubo nunca contrato libre, no hubo más que brutalidad, estupidez, iniquidad y violencia, y hoy aún, vosotros lo sabéis demasiado bien, ese llamado libre contrato se llama pacto del hambre, esclavitud del hambre para las masas y explotación del hambre para las minorías que nos devoran y nos oprimen.

La teoría del libre contrato es incompleta también desde el punto de vista de la naturaleza. El hombre no crea voluntariamente la sociedad: nace involuntariamente en ella. Es un animal social por excelencia. No puede llegar a ser hombre, es decir, un animal que piensa, que habla, que ama y que quiere más que en sociedad. Imaginaos al hombre dotado por naturaleza de las facultades más geniales, arrojado desde su tierna edad fuera de toda sociedad humana, en un desierto. Si no perece miserablemente, que es lo más probable, no será más que un bruto, un mono, privado de palabra y de pensamiento —porque el pensamiento es inseparable de la palabra: nadie puede pensar sin el lenguaje—. Por perfectamente aislados que os encontréis con vosotros mismos, para pensar debéis hacer uso de palabras; podéis muy bien tener imaginaciones representativas de las cosas, pero tan pronto como querías pensar, debéis servirlos de palabras, porque sólo las palabras determinan el pensamiento y dan a las representaciones fugitivas, a los instintos, el carácter del pensamiento. El pensamiento no existe antes de la palabra, ni la palabra antes del pensamiento; estas dos formas de un mismo acto del cerebro humano nacen juntas. Por tanto, no hay pensamiento sin palabras. Pero, ¿qué es la palabra? Es la comunicación, es la conversación de un individuo humano con muchos otros individuos. El hombre animal no se transforma en ser humano, es decir, pensante, más que por esa conversación, más que en esa conversación. Su individualidad, en tanto que humana, su libertad, es, pues, el producto de la colectividad.

El hombre no se emancipa de la presión tiránica que ejerce sobre cada uno la naturaleza exterior más que por el trabajo colectivo; porque el trabajo individual, impotente y estéril, no podría vencer nunca a la naturaleza. El trabajo productivo, el que ha creado todas las riquezas y toda nuestra civilización, ha sido siempre un trabajo social, colectivo; sólo que hasta el presente ha sido inicuaamente explotado por los individuos a expensas de las masas obreras. Lo mismo la instrucción y la educación que desarrollan al hombre —esa educación y esa instrucción de que los señores burgueses están tan orgullosos

y que vierten con tanta parsimonia sobre las masas populares— son igualmente los productos de la sociedad entera. El trabajo y de más aún, el pensamiento instintivo del pueblo los crean, pero no los ha creado hasta aquí más que en beneficio de los individuos burgueses. Se trata, pues, de la explotación de un trabajo colectivo por individuos que no tienen ningún derecho a monopolizar el producto.

Todo lo que es humano en el hombre, y más que otra cosa la libertad, es el producto de un trabajo social, colectivo. Ser libre en el aislamiento absoluto es un absurdo inventado por los teólogos y los metafísicos, que remplazaron la sociedad de los hombres por la de su fantasma, por Dios. Cada cual, dicen, se siente libre en presencia de Dios, es decir, del vacío absoluto, de la nada; eso es, pues, la libertad de la nada, o más bien la nada de la libertad, la esclavitud. Dios, la ficción de Dios, ha sido históricamente la causa moral o más bien inmoral de todas las sumisiones.

En cuanto a nosotros, que no queremos ni fantasmas ni la nada, sino la realidad humana viviente, reconocemos que el hombre no puede sentirse y saberse libre —y, por consiguiente, no puede realizar su libertad— más que en medio de los hombres. Para ser libre, tengo necesidad de verme rodeado y reconocido como tal, por hombres libres. No soy libre más que cuando mi personalidad, reflejándose, como en otros tantos espejos, en la conciencia igualmente libre de todos los hombres que me rodean, vuelve a mí reforzada por el reconocimiento de todo el mundo. La libertad de todos, lejos de ser una limitación de la mía, como lo pretenden los individualistas, es al contrario su confirmación, su realización y su extensión infinitas. Querer la libertad y la dignidad humana de todos los hombres, ver y sentir mi libertad confirmada, sancionada, infinitamente extendida por el asentimiento de todo el mundo, he ahí la dicha, el paraíso humano sobre la tierra.

Pero esa libertad no es posible más que en la igualdad. Si hay un ser humano más libre que yo, me convierto forzosamente en su esclavo, si yo lo soy más que él, él será el mío. Por tanto, la igualdad es una condición absolutamente necesaria de la libertad.

Los burgueses revolucionarios de 1793 han comprendido muy bien esta necesidad lógica. Así, la palabra igualdad figura como el segundo término en su fórmula revolucionaria: *libertad, igualdad, fraternidad*. Pero, ¿qué igualdad? La igualdad ante la ley, la igualdad de los derechos políticos, la igualdad de los ciudadanos, no la de los hombres; porque el Estado no reconoce a los hombres, no reconoce más que a los ciudadanos. Para él, el hombre no existe en tanto que ejerce —o que por una pura función se reputa como ejerciendo los derechos políticos—. El hombre que es aplastado por el trabajo forzado, por la miseria, por el hambre; el hombre que está socialmente oprimido,

económicamente explotado, aplastado y que sufre, no existe para el Estado; éste ignora sus sufrimientos y su esclavitud económica y social, su servidumbre real, oculta bajo las apariencias de una libertad política mentirosa. Esta es, pues la igualdad política, no la igualdad social.

Mis queridos amigos, sabéis todos por experiencia cuán engañosa es esa pretendida igualdad política cuando no está fundada sobre la igualdad económica y social. En un Estado ampliamente democrático, por ejemplo, todos los hombres llegados a la mayoría de edad y que no se encuentran bajo el peso de una condena criminal, tienen el derecho y aún el deber, se añade, de ejercer todos los derechos políticos y de llenar todas esas funciones: ¿se puede imaginar una igualdad más amplia que esa? Si él debe, puede legalmente; pero en realidad eso le es imposible. Ese poder no es más que facultativo para los hombres que constituyen parte de las masas populares, pero no podrá nunca ser real para ellos a menos de una transformación radical de las bases económicas de la sociedad —digamos la palabra, a menos de una revolución social—. Esos pretendidos derechos políticos ejercidos por el pueblo no son más que una vana ficción.

Estamos cansados de todas las ficciones, tanto religiosas como políticas. El pueblo está cansado de alimentarse de fantasmas y de fábulas. Ese alimento no engorda. Hoy exige realidad. Veamos, pues, lo que hay de real para él en el ejercicio de los derechos políticos.

Para llenar convenientemente las funciones y sobre todo las más altas funciones del Estado, es preciso poseer ya un grado bastante alto de instrucción. ¿Es por culpa suya? No, la culpa es de las instituciones. El gran deber de todos los Estados verdaderamente democráticos es esparcir la instrucción a manos llenas entre el pueblo. ¿Hay un solo Estado que lo haga? No hablemos de los Estados monárquicos, que tienen un interés evidente en esparcir, no la instrucción, sino el veneno del catecismo cristiano en las masas. Hablemos de los Estados republicanos y democráticos como los Estados Unidos de América y Suiza. Ciertamente hay que reconocer que estos dos Estados han hecho más que los otros por la instrucción popular. ¿Pero han llegado al fin, a pesar de su buena voluntad? ¿Les ha sido posible dar indistintamente a todos los niños que nacen en su seno una instrucción por igual? No, es imposible. Para los hijos de los burgueses, la instrucción superior; para los del pueblo, la instrucción primaria solamente, y en raras ocasiones, un poco de instrucción secundaria. ¿Por qué esta diferencia? Por la simple razón de que los hombres del pueblo, los trabajadores de los campos y las ciudades, no tienen el medio de mantener, es decir, de alimentar, de vestir, de alojar a sus hijos en el transcurso de toda la duración de los estudios. Para darse una instrucción científica es preciso estudiar hasta la edad de veintiún

años, algunas veces hasta los veinticinco. Os pregunto: ¿cuáles son los obreros que están en estado de mantener tan largo tiempo a sus hijos? Este sacrificio está por encima de sus fuerzas, porque no tienen ni capitales ni propiedad y porque viven al día con su salario, que apenas basta para el mantenimiento de una numerosa familia.

Y aún es preciso decir, queridos compañeros, que vosotros, trabajadores de las montañas, obreros en un oficio que la producción capitalista, es decir, la explotación de los grandes capitales, no llegó todavía a absorber, sois comparativamente muy dichosos. Trabajando en pequeños grupos en vuestros talleres y a menudo trabajando a domicilio, ganáis mucho más de lo que se gana en los grandes establecimientos industriales que emplean a centenares de obreros; vuestro trabajo es inteligente, artístico, no embrutece como el que se hace a máquina. Vuestra habilidad, vuestra inteligencia significan algo. Y además tenéis mucho más tiempo libre y relativa libertad; es por eso que sois más instruidos, más libres y más felices que los otros.

En las inmensas fábricas establecidas, dirigidas y explotadas por los grandes capitales y en las que son las máquinas, no los hombres, quienes juegan el papel principal, los obreros se transforman necesariamente en miserables esclavos —de tal modo miserables que muy frecuentemente están forzados a condenar a sus pobres hijitos, de ocho escasos años de edad, a trabajar doce, catorce, dieciséis horas por día por algunos miserables céntimos—. Y no lo hacen por avaricia, sino por necesidad. Sin eso no serían capaces de mantener a sus familias.

He ahí la instrucción que pueden darles. Yo no creo deber emplear más palabras para demostraros, queridos compañeros, a vosotros que lo sabéis tan bien por experiencia, *que en tanto que el pueblo no trabaje para sí mismo, sino para enriquecer a los detentadores de la propiedad y del capital*, la instrucción que pueda dar a sus hijos será siempre infinitamente inferior a la de los hijos de la clase burguesa.

Y he ahí una grande y funesta desigualdad social que encontraréis necesariamente en la base misma de la organización de los Estados: una masa forzosamente ignorante y una minoría privilegiada que, si no es siempre muy inteligente, es al menos comparativamente muy instruida. La conclusión es fácil de deducir. La minoría instruida gobernara eternamente a las masas ignorantes.

No se trata sólo de la desigualdad natural de los individuos; es una desigualdad a la que estamos obligados a resignarnos. Uno tiene una organización más feliz que el otro, uno nace con una facultad natural de inteligencia y voluntad más grande que el otro. Pero me apresuro a añadir: estas diferencias no son de ningún modo tan grandes como se quiere suponer. Aún desde el punto de vista natural, los hombres son casi iguales, las cualidades y los defectos se compensan más o menos

en cada uno. No hay más que dos excepciones a esta ley de igualdad natural: son los hombres de genio y los idiotas. Pero las excepciones no constituyen la regla y en general, se puede decir que todos los individuos humanos equivalen y que si existen diferencias enormes entre los individuos en la sociedad actual, nacen de la desigualdad monstruosa de la educación y de la instrucción y no de la naturaleza.

El niño dotado de las más grandes facultades, pero nacido en una familia pobre, en una familia de trabajadores que vive al día de su ruda labor cotidiana, se ve condenado a la ignorancia que mata todas sus facultades naturales en lugar de desarrollarlas: será el trabajador, el obrero manual, el mantenedor y el alimentador forzoso de los burgueses, que, por su naturaleza, son mucho más torpes que él. El hijo del burgués, al contrario, el hijo del rico, por torpe que sea naturalmente, recibirá la educación y la instrucción necesarias para desarrollar en lo posible sus pobres facultades: será un explotador del trabajo, el amo, el patrón, el legislador, el gobernante, un señor. Por torpe que sea, hará leyes para el pueblo y gobernará las masas populares.

En un Estado democrático, se dirá, el pueblo no elegirá más que a los buenos. ¿Pero cómo reconocerá a los buenos? No tiene ni la instrucción necesaria para juzgar al bueno y al malo, ni el tiempo preciso para conocer los hombres que se proponen a su elección. Esos hombres, por lo demás, viven en una sociedad diferente de la suya: no acuden a quitarse el sombrero ante Su Majestad el pueblo soberano más que en el momento de las elecciones y una vez elegidos, le vuelven la espalda. Por lo demás, perteneciendo a la clase privilegiada, a la clase explotadora, por excelentes que sean como miembros de sus familias y de la sociedad, serán siempre malos para el pueblo, porque naturalmente querrán siempre conservar los privilegios que constituyen la base misma de su existencia social y que condenan al pueblo a una esclavitud eterna.

Pero, ¿por qué no ha de enviar el pueblo a las asambleas legislativas y al gobierno hombres suyos, hombres del pueblo? Primeramente porque los hombres del pueblo, debiendo vivir de sus brazos, no tienen tiempo de consagrarse exclusivamente en la política; y no pudiendo hacerlo, estando la mayoría de las veces ignorantes de las cuestiones económicas y políticas que se tratan en esas altas regiones, serán casi siempre las víctimas de los abogados y de los políticos burgueses. Y luego, porque bastará casi siempre a esos hombres del pueblo entrar en el gobierno para convertirse en burgueses a su vez, en ocasiones más detestables y más desdeñosos del pueblo de donde han salido que los mismos burgueses de nacimiento.

Veis, pues, que la igualdad política, aun en los Estados democráticos, es una mentira. Lo mismo pasa con la igualdad jurídica, con la igualdad

ante la ley. La ley es hecha por los burgueses para los burgueses y es ejercida por los burgueses contra el pueblo. El Estado y la ley que lo expresa no existe más que para eternizar la esclavitud del pueblo en beneficio de los burgueses.

Por lo demás sabéis que cuando os encontráis lesionados en vuestros intereses, en vuestro honor, en vuestros derechos y queréis hacer un proceso, para hacerlo debéis demostrar primero que estáis en situación de pagar los gastos, es decir, debéis depositar una cierta suma. Y si no estáis en estado de depositarla, no podéis entablar el proceso. Pero el pueblo, la mayoría de los trabajadores, ¿tienen sumas para depositar en el tribunal? La mayoría de las veces, no. Por tanto, el rico podrá atacaros, insultaros impunemente, porque no hay justicia para el pueblo.

En tanto que no haya igualdad económica y social, en tanto que una minoría cualquiera pueda hacerse rica, propietaria, capitalista, no por el propio trabajo, sino por la herencia, la igualdad será una mentira. ¿Sabéis cuál es la verdadera definición de la propiedad hereditaria? Es la facultad hereditaria de explotar el trabajo colectivo del pueblo y de someter a las masas.

He ahí lo que ni los más grandes héroes de la revolución de 1793, ni Danton, ni Robespierre, ni Saint Just, habían comprendido. No querían más que la libertad y la igualdad políticas, no económicas y sociales. Y es por eso que la libertad y la igualdad fundadas por ellos han constituido y asentado sobre bases nuevas la dominación de los burgueses sobre el pueblo.

Han querido enmascarar esa contradicción poniendo como tercer término de su formula revolucionaria la *fraternidad*. También ésta fue una mentira. Os pregunto si la fraternidad es posible entre los explotadores y los explotados, entre los opresores y los oprimidos. ¡Cómo!, os haré sudar y sufrir durante todo un día y por la noche, cuando haya recogido el fruto de vuestros sufrimientos y de vuestro sudor, no dejándoos más que una pequeña parte, a fin de que podáis vivir, es decir, sudar de nuevo y sufrir en mi beneficio todavía mañana; por la noche, os diré: ¡Abrazémonos, somos hermanos!

Tal es la fraternidad de la revolución burguesa.

Queridos amigos, también nosotros queremos la noble libertad, la salvadora igualdad y la santa fraternidad. Pero queremos que estas cosas, que estas grandes cosas, cesen de ser ficciones, mentiras y se conviertan en una verdad y constituyan la realidad.

Tal es el sentido y el fin de lo que llamamos revolución social.

Puede resumirse en pocas palabras: quiere y nosotros queremos que todo hombre que nace sobre esta tierra pueda llegar a ser un hombre en el sentido más completo de la palabra; que no sólo tenga

el derecho, sino también todos los medios necesarios para desarrollar sus facultades y ser libre, feliz, en la igualdad y en la fraternidad. He ahí lo que queremos todos y todos estamos dispuestos a morir para llegar a ese fin.

Os pido, amigos, una tercera y última sesión para exponeros completamente mi pensamiento

III

Queridos compañeros:

Os dije la última vez cómo la burguesía, sin tener completamente conciencia de sí misma, pero en parte también y al menos en una cuarta parte, conscientemente, se ha servido del brazo poderoso del pueblo durante la gran revolución de 1789-1793 para asentar su propio poder sobre las ruinas del mundo feudal. Desde entonces se ha convertido en la clase dominante. Erróneamente se imagina que fueron la nobleza emigrada y los sacerdotes los que dieron el golpe de Estado reaccionario de termidor, que derribó y mato a Robespierre y a Saint Just y que guillotiné y deporto a una multitud de sus partidarios.

Sin duda, muchos de los miembros de estos dos órdenes caídos tomaron una parte activa en la intriga, felices de ver caer a los que les habían hecho temblar y que les habían cortado la cabeza sin piedad. Pero ellos solos no hubiesen podido hacerlo. Desposeídos de sus bienes, habían sido reducidos a la impotencia. Fue esa parte de la clase burguesa enriquecida por la compra de los bienes nacionales, por las provisiones de guerra y por el manejo de los fondos públicos que se aprovecho de la miseria pública y de la bancarrota misma para llenar su bolsillo; fueron esos virtuosos representantes de la moralidad y del orden publico los primeros instigadores de esa reacción. Fueron ardiente y poderosamente sostenidos por la masa de los tenderos, raza eternamente malhechora y cobarde que engaña y envenena al pueblo en detalle, vendiéndole sus mercaderías falsificadas y que tiene toda la ignorancia del pueblo sin tener su gran corazón, toda la vanidad de la aristocracia burguesa sin tener los bolsillos llenos; cobarde durante las revoluciones, se vuelve feroz en la reacción. Para ella, todas las ideas que hacen palpar el corazón de las masas, los grandes principios, los grandes intereses de la humanidad, no existen. Ignora el patriotismo o no conoce de él más que la vanidad o las fanfarronadas. No hay un sentimiento que pueda arrancarla a las preocupaciones mercantiles, a las miserables inquietudes del día. Todo el mundo ha sabido, y los hombres de todos los partidos nos lo han confirmado, que durante el terrible asedio de Paris —mientras que el pueblo se batía y la clase de los ricos intrigaba y preparaba la traición que entrego Paris a los prusianos, mientras que el proletariado generoso, las mujeres y los

niños del pueblo estaban semi-hambrientos— los tenderos no han tenido más que una sola preocupación, la de vender sus mercaderías, sus artículos alimenticios, los objetos más necesarios a la subsistencia del pueblo, al más alto precio posible.

Los tenderos de todas las ciudades de Francia han hecho lo mismo. En las ciudades invadidas por los prusianos abrieron las puertas a éstos. En las ciudades no invadidas se preparaban a abrirlas; paralizaron la defensa nacional y en todas partes donde pudieron se opusieron a la sublevación y al armamento populares, que era lo único que podía salvar a Francia. Los tenderos en las ciudades, lo mismo que los campesinos en los campos, constituyen hoy el ejército de la reacción. Los campesinos podrán y deberán ser convertidos a la revolución, pero los tenderos nunca.

Durante la gran revolución, la burguesía se había dividido en dos categorías, de las cuales una, que constituía la ínfima minoría, era la burguesía revolucionaria, conocida bajo el nombre genérico de jacobinos. No hay que confundir a los jacobinos de hoy con los de 1793. Los de hoy no son más que pálidos fantasmas y ridículos abortos, caricaturas de los héroes del siglo pasado. Los jacobinos de 1793 eran grandes hombres, tenían el fuego sagrado, el culto a la justicia, a la libertad y a la igualdad. No fue culpa suya si no comprendieron mejor ciertas palabras que resumen todavía hoy nuestras aspiraciones. No consideraron más que la faz política, no el sentido económico y social. Pero, lo repito, no fue culpa suya, como no es mérito nuestro el comprenderlas hoy. Es la culpa y el mérito del tiempo. La humanidad se desarrolla lentamente, demasiado lentamente, ¡ay! y no es más que por una sucesión de errores y de faltas y de crueles experiencias sobre todo, que son siempre su consecuencia necesaria, como los hombres conquistan la verdad. Los jacobinos de 1793 fueron hombres de buena fe, hombres inspirados por la idea, consagrados a la idea. Fueron héroes. Si no lo hubieran sido, no hubieran podido realizarse los grandes actos de la revolución. Nosotros podemos y debemos combatir los errores teóricos de los Danton, de los Robespierre, de los Saint Just, pero al combatir sus ideas falsas, estrechas, exclusivamente burguesas en economía social, debemos inclinarnos ante su potencia revolucionaria. Fueron los últimos héroes de la clase burguesa, en otro tiempo tan fecunda de héroes.

Aparte de esta minoría heroica, existía la gran masa de la burguesía materialmente explotadora y para la cual las ideas, los grandes principios de la revolución no eran más que palabras sin valor y sin sentido más que en tanto que los burgueses podían servirse de ellas para llenar sus bolsas tan vastas y tan respetables. Cuando los más ricos y, por consiguiente, los más influyentes de ellos llenaron suficientemente sus bolsas al ruido y por medio de la revolución,

consideraron que ésta había durado demasiado, que era tiempo de acabar y de restablecer el reino de la ley y el orden público.

Derribaron el Comité de Salvación Pública, mataron a Robespierre, a Saint Just y a sus amigos y establecieron el Directorio, que fue una verdadera encarnación de la depravación burguesa al fin del siglo XVIII, el triunfo y el reino del oro adquirido por el robo y aglomerado en los bolsillos de algunos millares de individuos.

Pero Francia, que no había tenido tiempo aún de corromperse, y que aún palpitaba por los grandes hechos de la revolución, no pudo soportar largo tiempo ese régimen. Protestó dos veces, en una fracasó y en otra triunfó. Si hubiese triunfado en la primera, si hubiese podido tener éxito, habría salvado a Francia y al mundo; el triunfo de la segunda inauguró el despotismo de los reyes y la esclavitud de los pueblos. Quiero hablar de la insurrección de Babeuf y de la usurpación del primer Bonaparte.

La insurrección de Babeuf fue la última tentativa revolucionaria del siglo XVIII. Babeuf y sus amigos habían sido más o menos amigos de Robespierre y de Saint Just. Fueron jacobinos socialistas. Habían sentido el culto a la igualdad, aún en detrimento de la libertad. Su plan fue muy sencillo: expropiar a todos los propietarios y a todos los detentores de instrumentos de trabajo y de otros capitales en beneficio del Estado republicano, democrático y social, de suerte que el Estado, convertido en el único propietario de todas las riquezas tanto mobiliarias como inmobiliarias, se transformaba en el único empleador, en el único patrón de la sociedad; provisto al mismo tiempo de la omnipotencia política, se apoderaba exclusivamente de la educación y de la instrucción iguales para todos los niños y obligaba a todos los individuos mayores de edad a trabajar y a vivir según la igualdad y la justicia. Toda autonomía comunal, toda iniciativa individual, toda libertad, en una palabra desaparecía aplastada por ese poder formidable. La sociedad entera no debía presentar más que el cuadro de una uniformidad monótona y forzada. El gobierno era elegido por el sufragio universal, pero una vez elegido y en tanto que quedase en funciones, ejercía en todos los miembros de la sociedad un poder absoluto.

La teoría de la igualdad establecida por la fuerza, por el poder no ha sido inventada por Babeuf. Los primeros fundamentos de esa teoría habían sido echados por Platón, varios siglos antes de Cristo, en su *República*, obra en que ese gran pensador de la antigüedad trató de esbozar el cuadro de una sociedad igualitaria. Los primeros cristianos ejercieron indudablemente un comunismo práctico en sus asociaciones perseguidas por toda sociedad oficial. En fin, al principio mismo de la revolución religiosa, en el primer cuarto del siglo XVI, en Alemania, Tomas Muenzer y sus discípulos hicieron una primera

tentativa para establecer la igualdad social sobre una base muy amplia. La conspiración de Babeuf fue la segunda manifestación práctica de la idea igualitaria en las masas. Todas estas tentativas, sin exceptuar la última, debieron fracasar por dos razones: primero, porque las masas no se habían desarrollado suficientemente para hacer posible su realización, y, luego y sobre todo, porque, en todos estos sistemas, la igualdad se asociaba a la potencia, a la autoridad del Estado y, por consiguiente, excluía la libertad.

Y nosotros sabemos, queridos amigos, que la igualdad no es posible más que con la libertad y por la libertad: no se trata de esa libertad exclusiva de los burgueses que está fundada sobre la esclavitud de las masas y que no es la libertad, sino el privilegio; se trata de esa libertad universal de los seres humanos que eleva a cada uno a la dignidad de hombre. Pero sabemos también que esa libertad no es posible más que en la igualdad. Rebelión, no solo teórica, sino práctica, contra todas las instituciones y contra todas las relaciones sociales creadas por la desigualdad; después, establecimiento de la igualdad económica y social por la libertad de todo el mundo: he ahí nuestro programa actual, el que debe triunfar a pesar de los Bismarck, de los Napoleón, de los Thiers y a pesar de todos los cosacos de mi Augusto emperador el zar de todas las Rusias.

La conspiración de Babeuf había reunido en su seno todo lo que había quedado de ciudadanos consagrados a la revolución de París después de las ejecuciones y deportaciones del golpe de Estado reaccionario de Termidor, y necesariamente muchos obreros. Fracásó; algunos fueron guillotinado, pero varios sobrevivieron, entre ellos el ciudadano Felipe Buonarroti, un hombre de hierro, un carácter antiguo, de tal modo respetable que supo hacerse respetar por los hombres de los partidos más opuestos. Vivió largo tiempo en Bélgica, donde fue el principal fundador de la sociedad secreta de los carbonario-comunistas; y en un libro que se hizo ya muy raro, pero trataré de enviar a nuestro amigo Adhemar, ha contado esa lúgubre historia, esa última protesta heroica de la revolución contra la reacción, conocida bajo el nombre de conspiración de Babeuf.

La otra protesta de la sociedad contra la corrupción burguesa que se había apoderado del poder bajo el nombre de Directorio fue, como lo he dicho ya, la usurpación del primer Bonaparte.

Esta historia, mil veces más lúgubre todavía, es conocida de todos vosotros. Fue la primera inauguración del régimen infame y brutal del sable, el primer bofetón dado al comienzo de este siglo por un advenedizo insolente sobre las mejillas de la humanidad. Napoleón I se hizo el héroe de todos los déspotas, al mismo tiempo que fue militarmente su terror. Venció, les dejó su funesta herencia, su infame principio: el desprecio a la humanidad y su opresión por el sable.

No os hablaré de la restauración. Fue una tentativa ridícula la de dar la vida y el poder político a dos cuerpos tarados y decrépitos: a la nobleza y a los sacerdotes. No hubo bajo la restauración más que esto de notable: que, atacada, amenazada en ese poder que creyó haber conquistado para siempre, la burguesía se volvió a hacer casi revolucionaria. Enemiga del orden público en tanto que ese orden público no es el suyo, es decir, en tanto que establece y garantiza otros intereses que los suyos, conspiró de nuevo. Los señores Guizot, Perrier, Thiers y tantos otros, que bajo Luis Felipe se distinguieron como los más fanáticos partidarios y defensores de un gobierno opresivo, corruptor, pero burgués y, por consiguiente, perfecto a sus ojos, todas esas almas corrompidas de la reacción burguesa, conspiraron bajo la restauración. Triunfaron en Julio de 1830, y el reino del *liberalismo burgués* fue inaugurado.

De 1830 data verdaderamente la dominación exclusiva de los intereses y de la política burguesa en Europa, sobre todo en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en Holanda y en Suiza. En otros países, tales como Alemania, Dinamarca, Suecia, Italia y España, los intereses burgueses habían prevalecido sobre todos los demás, pero no el gobierno político burgués. No hablo de ese grande y miserable imperio de todas las Rusias, sometido aún al despotismo de los zares, sin clase política intermediaria propiamente, ni como cuerpo burgués, donde no hay, en efecto, de una parte más que el mundo oficial, una organización militar, policial y burocrática para colmar los caprichos del zar, y de la otra del pueblo, las decenas de millones de seres humanos devorados por el zar y sus funcionarios. En Rusia, la revolución vendrá directamente del pueblo, como lo demostré ampliamente en un discurso bastante largo que pronuncié hace algunos años en Berna y que me apresuré a enviaros. No hablo tampoco de esa desgraciada y heroica Polonia que se debate, siempre sofocada de nuevo, pero no muerta, bajo las garras de tres águilas infames: la del imperio de Rusia, la del imperio de Austria y la del imperio de Alemania, representado por Prusia. En Polonia como en Rusia, en otro tiempo dominante y hoy desorganizada y decrépita en Polonia, y, de otro lado, existe el campesino en servidumbre, devorado, aplastado ahora, no por la nobleza, que ha perdido su poder, sino por el Estado, por sus funcionarios innumerables, por el zar. No os hablaré tampoco de los pequeños países como Suecia y Dinamarca, que no se han hecho realmente constitucionales más que después de 1848 y que han quedado más o menos retrasados en el desenvolvimiento general de Europa; ni de España y Portugal, donde el movimiento industrial y la política burguesa han sido paralizados tanto tiempo por la doble potencia del clero y del ejército. Sin embargo debo observar que España, que nos parecía tan atrasada, nos presenta hoy una de las más magníficas organizaciones de la Asociación Internacional de los

Trabajadores que existían en el mundo.

Me detendré un instante en Alemania. Desde 1830 nos ha presentado y continúa presentándonos Alemania el cual cuadro extraño de un país en que los intereses de la burguesía predominan, pero en el que la potencia política no pertenece a la burguesía, sino a la monarquía absoluta bajo una máscara de constitucionalismo, militar y burocráticamente organizada y servida exclusivamente por los nobles.

Es en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, sobre todo, donde hay que estudiar el reinado de la burguesía. Después de la unificación de Italia bajo el cetro de Víctor Manuel, puede ser estudiado también en Italia. Pero en ninguna parte se ha caracterizado tan plenamente como en Francia; es, pues, en este país donde la consideramos principalmente.

Desde 1830, el principio burgués ha tenido plena libertad de manifestarse en la literatura, en la política y en la economía social. Se puede resumir en una sola palabra: *individualismo*.

Entiendo por individualismo esa tendencia que —considerando toda la sociedad, la masa de los individuos, la de los indiferentes, la de los rivales, la de los concurrentes, lo mismo que la de los enemigos naturales, en una palabra, con los cuales cada uno está obligado a vivir, pero que obstruyen la ruta a cada uno— impulsa al individuo a conquistar y a establecer su propio bienestar, su prosperidad, su dicha, contra todo el mundo, en detrimento de todos los demás. Es una persecución enfurecida, un general, ¡sálvese el que pueda!, en que cada cual trata de llegar primero. ¡Ay de los que se detienen, si son adelantados! ¡Ay de los que, cansados por la fatiga, caen en el camino!, son inmediatamente aplastados. La concurrencia no tiene corazón, no tiene piedad. ¡Ay de los vencidos! En esa lucha necesariamente deben cometerse muchos crímenes; toda esa lucha fratricida no es sino un crimen continuo contra la solidaridad humana, que es la base única de toda moral. El Estado que —se dice— es el representante y el vindicador de la justicia, no impide la perpetración de esos crímenes, al contrario, los perpetúa y los legaliza. Lo que él representa, lo que defiende no es la justicia humana, es la justicia jurídica, que no es otra cosa que la consagración del triunfo de los fuertes sobre los débiles, de los ricos sobre los pobres. El Estado no exige más que una cosa: que todos esos crímenes sean realizados legalmente. Yo puedo arruinaros, aplastaros, mataros, pero debo hacerlo observando las leyes. De otro modo soy declarado criminal y tratado como tal. Tal es el sentido de este principio, de esta palabra: individualismo.

Ahora veamos cómo se ha manifestado ese principio en la literatura, en esa literatura creada por los Víctor Hugo, los Dumas, los Balzac, los Jules Janin y tantos otros autores de libros y de artículos de periódicos burgueses, que desde 1830 han inundado a Europa, llevando la

depravación y despertando el egoísmo en los corazones de los jóvenes de ambos sexos, y desgraciadamente también del pueblo. Tomad la novela que queráis: al lado de los grandes y falsos sentimientos, de las bellas frases; ¿qué encontráis? Siempre lo mismo. Un joven es pobre, oscuro, desconocido; está devorado por toda suerte de apetitos. Quisiera habitar en un palacio, comer frutas, beber champaña, marchar en carroza y acostarse con alguna bella marquesa. Lo consigue a fuerza de esfuerzos heroicos y aventuras extraordinarias, mientras que los demás sucumben. He ahí el héroe: ése es el individualismo puro.

Veamos la política. ¿Cómo se expresa en ella ese principio? Las masas —se dice— tienen necesidad de ser dirigidas, gobernadas; son incapaces de vivir sin gobierno, como son igualmente incapaces de gobernarse a sí mismas. ¿Quién las gobernará? No hay ya privilegio de clase. Todo el mundo tiene el derecho a subir a las más altas posiciones y funciones sociales. Pero para triunfar es preciso ser fuerte y dichoso; es preciso saber y poder sobreponerse a todos los rivales. He ahí aún una carrera de apuesta: serán los individuos hábiles y fuertes los que gobernarán, los que esquilmarán a las masas.

Consideremos ahora ese mismo principio en la cuestión económica, que en el fondo es la principal, hasta se podría decir la única cuestión. Los economistas burgueses nos dicen que son partidarios de una libertad ilimitada de los individuos, y que la competencia es la condición de esa libertad. Pero veamos, ¿qué es la libertad? Y antes una primera pregunta: ¿es el trabajo separado, aislado, el que produjo y continúa produciendo todas estas riquezas maravillosas de que se glorifica nuestro siglo? Sabemos bien que no. El trabajo aislado de los individuos apenas sería capaz de alimentar y de vestir a un pueblecito de salvajes; una gran nación no se hace rica y no puede subsistir más que por el trabajo colectivo, solidariamente organizado. Siendo colectivo el trabajo para la producción de las riquezas, parecería lógicamente, ¿no es cierto?, que el goce de esas riquezas debiera serlo también. Y bien, he ahí lo que no quiere, lo que rechaza como odia la economía burguesa. Quiere el disfrute aislado de los individuos. Pero, ¿de qué individuos? ¿Será de todos? ¡Oh, no! Quiere el disfrute de los fuertes, de los inteligentes, de los hábiles, de los dichosos. ¡Ah, sí, de los dichosos, sobre todo! Porque en su organización social, y conforme a esa ley de herencia, que es su fundamento principal, nacen una minoría de individuos más o menos ricos, felices, y millones de seres humanos desheredados, desgraciados. Después la sociedad burguesa dice a todos estos individuos: Luchad, disputad el premio, el bienestar, la riqueza, el poder político. Los vencedores serán felices. ¿Hay igualdad al menos en esta lucha fratricida? No, de ningún modo. Los unos, el pequeño número, están armados con todas las armas, fortalecidos por la instrucción y la riqueza heredadas, y los millones de hombres del

pueblo se presentan sobre la arena casi desnudos, con su ignorancia y su miseria igualmente heredadas. ¿Cuál es el resultado necesario de esa competencia llamada libre? El pueblo sucumbe, la burguesía triunfa y el proletariado encadenado está obligado a trabajar como un forzado para su eterno vencedor, el burgués.

El burgués está provisto principalmente de una arma contra la cual el proletariado quedará siempre sin posibilidad de defensa, en tanto que esa arma, el capital —que se ha transformado en todos los países civilizados en el agente principal de la producción industrial—, en tanto que ese proveedor del trabajo esté dirigido contra él.

El capital, tal como está constituido y apropiado hoy, no aplasta sólo al proletariado, agobia, expropia y reduce a la miseria a una gran cantidad de burgueses. La causa de este fenómeno, que la burguesía media y pequeña no comprende bastante, que ignora, es, sin embargo, muy sencilla. A consecuencia de la concurrencia, de esa lucha a muerte que reina hoy en el comercio y en la industria gracias a la libertad conquistada por el pueblo en beneficio de los burgueses, todos los fabricantes están obligados a vender sus productos, o más bien los productos de los trabajadores que emplean, que explotan, al más bajo precio. Vosotros lo sabéis por experiencia, los productos caros se ven hoy más y más excluidos del mercado por los productos baratos, aunque estos últimos sean mucho menos perfectos que los primeros. He ahí, pues, una primera consecuencia funesta de esa concurrencia, de esa lucha intestina en la producción burguesa. Tiende necesariamente a reemplazar los buenos productos mediocres, los trabajadores hábiles por los trabajadores mediocres. Disminuye al mismo tiempo la calidad de los productos y la de los productores.

En esta concurrencia, en esta lucha por el precio más bajo, los grandes capitales deben aplastar necesariamente a los pequeños, los grandes burgueses deben arruinar a los pequeños. Porque una inmensa fábrica puede confeccionar naturalmente sus propios productos y darlos más baratos que una fábrica pequeña o mediana. La instalación de una gran fábrica exige naturalmente un gran capital, pero proporcionalmente a lo que puede producir, cuesta menos que una fábrica pequeña o mediana: 100, 000 francos son más que 10,000 pero 100,000 francos empleados en una fábrica darían 50 por ciento, 60 por ciento; mientras que los 10,000 francos empleados de la misma manera no darán más que un 20 por ciento. El gran fabricante economiza en la construcción, en las materias primas, en las maquinas; empleando muchos menos que el fabricante pequeño o mediano, economiza también, o gana, por una organización mejor y por una mayor división del trabajo. En una palabra, con 100,000 francos concentrados en sus manos y empleados en el establecimiento y en la organización de una fábrica única produce mucho más que

diez fabricantes que empleen cada uno 10,000 francos; de manera que si cada uno de estos últimos realiza, sobre los diez mil francos que emplea, en beneficio líquido de 2,000 francos, por ejemplo, el fabricante que establece y que organiza una gran fábrica que le cuesta 100,000 francos gana por cada 10,000 francos 5,000 ó 6,000, es decir, que produce proporcionalmente muchas más mercaderías. Produciendo mucho más, puede vender naturalmente sus productos mucho más baratos que los fabricantes medianos o pequeños; pero al venderlos más baratos obliga igualmente a los fabricantes medianos y pequeños a bajar sus precios, sin lo cual sus productos no serían comprados. Pero como la producción de esos productos les resulta mucho más cara que al gran fabricante, al venderlos al precio del gran fabricante se arruinan. Es así como los grandes capitales matan a los pequeños, y si los grandes capitales tropiezan con otros mayores aún, son aplastados a su vez.

Esto es tan cierto que hoy existe en los grandes capitales una tendencia a asociarse para constituir capitales monstruosamente formidables. La explotación del comercio y de la industria por las sociedades anónimas comienza a reemplazar, en los países más industriados, en Inglaterra, en Bélgica y en Francia, a la explotación de los grandes capitales aislados. Y a medida que la civilización, que la riqueza nacional de los países más avanzados se acrecientan, crece la riqueza de los grandes capitalistas, pero disminuye el número de los capitalistas. Una masa de burgueses medianamente impulsada hacia el proletariado, hacia la miseria.

Es un hecho incontestable, constatado por la estadística de todos los países, lo mismo que por la demostración más exactamente matemática. En la organización económica de la sociedad actual, ese empobrecimiento gradual de la gran masa de la burguesía en beneficio de un número restringido de monstruosos capitalistas es una ley inexorable, contra la cual no hay otro remedio que la revolución social. Si la pequeña burguesía tuviese bastante inteligencia y buen sentido para comprenderlo, se habría asociado desde mucho al proletariado para realizar esa revolución. Pero la pequeña burguesía es generalmente muy torpe; su tonta vanidad y egoísmo le cierran el espíritu. No ve nada, no comprende nada, y aplastada por una parte por la gran burguesía, amenazada por la otra por ese proletariado a quien desprecia tanto como detesta y teme, se deja arrastrar estúpidamente al abismo.

Las consecuencias de esta competencia burguesa son desastrosas para el proletariado. Forzados a vender sus productos —o más bien los productos de los obreros que explotan— al más bajo precio posible, los fabricantes deben pagar necesariamente a sus obreros los salarios más bajos posibles. Por consiguiente, no pueden pagar el talento, el

genio de sus obreros. Deben buscar el trabajo que se vende —que está obligado a venderse— a la tarifa más baja. Las mujeres y los niños se contentan con un salario menor, emplean, pues, los niños y las mujeres con preferencia a los hombres, y los trabajadores mediocres con preferencia a los trabajadores hábiles, a menos que estos últimos no se contenten con el salario de los trabajadores inhábiles, de los niños y de las mujeres. Ha sido demostrado y reconocido por los economistas burgueses que la medida del salario del obrero es siempre determinada por el precio de su mantenimiento diario; así, si un obrero pudiera vestirse, alimentarse, alojarse por un franco diario, su salario caería bien pronto a un franco. Y esto por una razón muy sencilla: los obreros, presionados por el hambre, están obligados a hacerse concurrencia entre sí, y el fabricante, impaciente por enriquecerse lo más pronto posible por la explotación de su trabajo, y forzado por otra parte por la concurrencia burguesa a vender sus productos al más bajo precio, tomará naturalmente los obreros que le ofrezcan por el menor salario más horas de trabajo.

No es sólo una deducción lógica, es un hecho que pasa diariamente en Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Alemania y en las partes de Suiza donde se ha establecido la gran industria, la industria explotada en las grandes fábricas por los grandes capitales. En mi última conferencia os he dicho que erais obreros privilegiados. Aunque estéis lejos aún de recibir íntegramente en salario todo el valor de vuestra producción diaria, aunque seáis incontestablemente explotados por vuestros patrones, sin embargo, comparativamente a los obreros de los grandes establecimientos industriales, estáis bastante bien pagados, tenéis tiempo libre, sois libres, sois dichosos. Y me apresuro a reconocer que hay un gran mérito en vosotros por haber ingresado en la Internacional y haberos convertido en miembros abnegados y celosos de esa inmensa asociación del trabajo que debe emancipar a los trabajadores del mundo entero. Eso es noble, eso es generoso de vuestra parte. Demostráis que no pensáis sólo en vosotros mismos, sino en esos millones de hermanos que están mucho más oprimidos y que son mucho más desdichados que vosotros. Es con satisfacción que os ofrezco este testimonio.

Pero al mismo tiempo que dais prueba de generosa y fraterna solidaridad, dejadme deciros que dais también prueba de previsión y de prudencia; obráis no sólo por vuestros desgraciados hermanos de las otras industrias y de los otros países, sino también y, sino por completo por vosotros mismos, al menos por vuestros propios hijos. Estáis, no en lo absoluto, sino relativamente bien retribuidos, sois libres, dichosos. ¿Por qué? Por la simple razón de que el gran capital no invadió aún vuestra industria. Pero no creéis, sin duda, que será siempre así. El gran capital, por una ley que le es inherente, está

fatalmente impulsado a invadirlo todo. Ha comenzado naturalmente por explotar las ramas del comercio y la industria que le prometieron mayores ventajas, aquellas cuya explotación era más fácil, y acabara necesariamente, después de haberlas explotado suficientemente, y a causa de la concurrencia que se hace a sí mismo en esa explotación, por volverse a las ramas que no había tocado hasta allí. ¿No se hacen ya vestidos, zapatos, encajes a máquina? Creedlo, tarde o temprano, y sin duda antes de lo que se piensa, se harán también relojes a máquina. Los resortes, los escapes, la caja, la cubierta, la tapa, el pulido, el torneado, el grabado se harán a máquina. Los productos no estarán tan cuidados, no serán tan artísticos como los que salen de vuestras manos hábiles, pero costarán mucho menos y encontrarán más compradores que vuestros productos más perfectos, que acabarán por ser excluidos del mercado. Y entonces, si no vosotros, al menos vuestros hijos se encontrarán tan esclavos, tan miserables como los obreros de los grandes establecimientos industriales lo están hoy. Veis, pues, que al trabajar por vuestros hermanos, los desdichados obreros de otras industrias y de otros países, trabajáis también para vosotros mismos o al menos para vuestros propios hijos.

Trabajáis para la humanidad. La clase obrera se ha convertido hoy en la única representante de la grande, de la santa causa de la humanidad. El porvenir pertenece a los trabajadores: a los trabajadores de los campos, a los trabajadores de las fábricas y de las ciudades. Todas las clases que predominan, las eternas explotadoras del trabajo de las masas populares: la nobleza, el clero, la burguesía y toda esa miríada de funcionarios militares y civiles que representan la iniquidad y la potencia malhechora del Estado son clases corrompidas, atacadas de impotencia, incapaces en lo sucesivo de comprender y de querer el bien, y poderosas sólo para el mal.

El clero y la nobleza han sido desenmascarados y derrotados en 1793. La revolución de 1848 ha desenmascarado a la burguesía y ha mostrado su impotencia y su maldad. Durante las jornadas de junio, en 1848, la clase burguesa ha renunciado altamente a la religión de sus padres: a esa religión revolucionaria que había tenido la libertad, la igualdad y la fraternidad por principios y por bases. Tan pronto como el pueblo tomó la igualdad y la libertad en serio, la burguesía que no existe más que por la explotación, es decir, por la desigualdad económica y por la esclavitud social del pueblo, se ha lanzado a la reacción.

Los mismos traidores que quieren perder hoy una vez más a Francia, esos Thiers, esos Jules Favre y la inmensa mayoría de la Asamblea Nacional en 1848, han trabajado por el triunfo de la más inmunda reacción, como trabajan hoy todavía. Habían comenzado por elevar a la presidencia a Luis Bonaparte, y más tarde han destruido

el sufragio universal. El terror a la revolución, el horror a la igualdad, el sentimiento de sus crímenes y el temor a la justicia popular habían lanzado a toda esa clase decrepita, antes tan inteligente y tan heroica, hoy tan estúpida y tan cobarde, en los brazos de la dictadura de Napoleón III. Y han tenido dictadura militar durante dieciocho años consecutivos. No hay que creer que los señores burgueses se hayan encontrado tan mal en ella. Los que pudieron hacer motines y jugar al liberalismo de una manera demasiado ruidosa e incómoda para el régimen imperial fueron apartados naturalmente, comprimidos. Pero los demás, los que dejando las chácaras políticas al pueblo, se aplicaron exclusivamente, seriamente al gran negocio de la burguesía, a la explotación del pueblo, fueron poderosamente protegidos y alentados. Se les dio, para salvar su honor, todas las apariencias de la libertad. ¿No existía bajo el imperio una asamblea legislativa elegida regularmente por el sufragio universal? Por tanto, todo fue bien según los votos de la burguesía. No hubo más que un solo punto negro. Era la ambición conquistadora del soberano que arrastraba a Francia forzosamente a gastos ruinosos y acabó por aniquilar su antiguo poder. Pero ese punto negro no era un accidente, era una necesidad del sistema. Un régimen despótico, absoluto, aunque tenga apariencias de libertad, debe necesariamente apoyarse en un fuerte ejército, y todo gran ejército permanente hace necesaria tarde o temprano la guerra exterior, porque la jerarquía militar tiene por inspiración principal la ambición: todo teniente quiere ser coronel, y todo coronel quiere llegar a general; en cuanto a los soldados, sistemáticamente desmoralizados en el cuartel, sueñan con los nobles placeres de la guerra: la masacre, el saqueo, el robo, la violación —una prueba: las hazañas del ejército prusiano en Francia—. Y bien, si todas esas nobles pasiones, sistemáticamente alimentadas en el corazón de los oficiales y de los soldados, quedan largo tiempo sin satisfacción alguna, agrian el ejército y lo impulsan al descontento y del descontento a la rebelión. Por tanto es necesario hacer la guerra. Todas las expediciones y las guerras comprendidas por Napoleón III no han sido, pues, caprichos personales, como lo pretenden hoy los señores burgueses: fueron una necesidad del sistema imperial despótico que habían fundado ellos mismos por temor a la revolución social. Son las clases privilegiadas, es el clero alto y bajo, es la nobleza decaída, es, en fin, y sobre todo, esa respetable, honesta y virtuosa burguesía la que como todas las demás clases y más que Napoleón III mismo, es causa de todas las terribles desgracias que acaban de afectar a Francia.

Y lo habéis visto todo, compañeros, para defender a esa desgraciada Francia no se encontró en todo el país más que una sola masa, la masa de los obreros de las ciudades, aquella precisamente que ha sido traicionada y entregada por la burguesía al imperio y sacrificada por el imperio a la explotación burguesa. En todo el país no hubo

más que los generosos trabajadores de las fábricas y de las ciudades que quisieron la sublevación popular para la salvación de Francia. Los trabajadores de los campos, los campesinos, desmoralizados, embrutecidos por la educación religiosa que se les ha dado a partir del primer Napoleón hasta hoy, han tomado el partido de los prusianos y de la reacción contra Francia. Se hubiera podido hacerles levantar; en un folleto que muchos de vosotros habéis leído, titulado *Cartas a un francés*, he expuesto los medios de que era preciso hacer uso para arrastrarlos hacia la revolución. Pero para hacerlo era preciso primero que las ciudades se sublevaran y se organizaran revolucionariamente. Los obreros lo han querido; hasta lo intentaron en muchas ciudades del medio de Francia, en Lyon, en Marsella, en Montpellier, en Saint Etienne, en Toulouse. Pero en todas partes fueron oprimidos y paralizados por los burgueses radicales en nombre de la república. Sí en nombre mismo de la república, los burgueses, convertidos en republicanos por miedo al pueblo, y en nombre de la república, Gambetta, ese viejo pecador de Jules Favre, Thiers, ese zorro infame, y todos esos Picard, Ferry, Jules Simón, Pelletan y tantos otros, en nombre de la república, asesinaron a la república y a Francia.

La burguesía esta juzgada. Ella, que es la clase más rica y más numerosa de Francia —exceptuando la masa popular sin duda—, si hubiese querido habría podido salvar a Francia. Pero para eso habría tenido que sacrificar su dinero, su vida y apoyarse francamente con el proletariado, como lo hicieron sus antepasados burgueses en 1793. Y bien, quiso sacrificar su dinero menos aún que su vida, y prefirió la conquista de Francia por los prusianos a su salvación por la revolución social.

La cuestión entre los obreros de las ciudades y la burguesía fue planteada bastante claramente. Los obreros han dicho: haremos saltar antes las casas que entregar las ciudades a los prusianos. Los burgueses respondieron: nosotros abriremos más bien las puertas de las ciudades a los prusianos que permitirlos hacer desordenes públicos, y queremos conservar nuestras queridas casas a todo precio, aunque debiésemos besar el trasero a los señores prusianos.

Y notadlo bien, que no son hoy esos mismos burgueses los que se atreven a insultar la Comuna de París, esa noble Comuna que salva el honor de Francia y, lo esperamos, la libertad del mundo al mismo tiempo; son esos burgueses los que la insultan hoy, ¿en nombre de qué?, ¡en nombre del patriotismo!

¡Verdaderamente, los burgueses tienen una desfachatez enorme! Han llegado a un grado de infamia tal que les ha hecho perder hasta el último sentimiento de pudor. Ignoran la vergüenza. Antes de estar muertos están ya completamente podridos.

Y no es sólo en Francia, compañeros, donde la burguesía está

podrida, aniquilada moral e intelectualmente; el caso es general en toda Europa, y en todos los países de Europa sólo el proletariado ha conservado el fuego sagrado. Sólo él lleva hoy la bandera de la humanidad.

¿Cuál es su divisa, su moral, su principio? La solidaridad. Todos para uno y uno para todos y por todos. Esta es la divisa y el principio de nuestra gran Asociación Internacional que, franqueando las fronteras de los Estados, tiende a unir a los trabajadores del mundo entero en una sola familia humana, sobre la base del trabajo igualmente obligatorio para todos y en nombre de la libertad de todos y de cada uno. Esa solidaridad en la economía social se llama trabajo y propiedad colectivos; en política se llama destrucción de los Estados y libertad de cada uno para la libertad de todos.

Sí, queridos compañeros, vosotros solos, los obreros solidariamente con vuestros hermanos del mundo entero, heredáis hoy la gran misión de la emancipación de la humanidad. Tenéis un coheredero, trabajador como vosotros, aunque en condiciones distintas. Es el campesino. Pero el campesino no tiene aún conciencia de la gran misión popular. Ha sido envenenado, sigue siendo envenenado por los sacerdotes, y sirve aún de instrumento a la reacción. Debéis instruirlo, debéis salvarlo aún a su pesar, atrayéndolo, explicándole lo que es la revolución social.

En estos momentos, y sobre todo al comienzo, los obreros de la industria no deben, no pueden contar más que consigo mismos. Pero serán omnipotentes si quieren. Sólo que deben querer seriamente. Y para realizar ese querer no tienen más que dos medios. Establecer primero en sus grupos, y luego en todos los grupos, una verdadera solidaridad fraternal, no sólo con palabras, sino en la acción, no sólo para los días de fiesta, de discurso y de bebida, sino en la vida cotidiana. Cada miembro de la Internacional debe poder sentir, debe estar prácticamente convencido de que todos los miembros son sus hermanos.

El otro medio es la organización revolucionaria, la organización para la acción. Si las sublevaciones populares de Lyon, Marsella y otras ciudades de Francia han fracasado, es porque no había organización alguna. Yo puedo hablar con pleno conocimiento de causa, puesto que he estado allí y he sufrido allí. Y si la Comuna de París se mantiene valientemente hoy, es porque durante todo el asedio los obreros se han organizado seriamente. Por eso los periódicos burgueses no acusan sin razón a la Internacional de haber producido esa magnífica sublevación de París. Sí, digámoslo con orgullo, son nuestros hermanos internacionales los que, gracias a su trabajo perseverante, han organizado al pueblo y han hecho posible la Comuna de París.

Seamos, pues, buenos hermanos, compañeros, y organicémonos. No creáis que estamos ante el fin de la revolución, estamos ante

sus comienzos. La revolución estará en lo sucesivo a la orden del día durante muchas decenas de años. Vendrá a vuestro encuentro tarde o temprano; preparémonos, purifiquémonos, hagámonos más realistas, menos discutidores, menos gritadores, menos retóricos, menos bebedores, menos amigos de juergas. Fajémonos los riñones y preparémonos dignamente a esa lucha que debe salvar a todos los pueblos y emancipar finalmente a la humanidad.

¡Viva la revolución social! ¡Viva la Comuna de París!

